CAROL B. A.

Un destino completamente inesperado



zafiro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
Abril
Marc
Abril
Marc
Abril
Marc
Abril
Marc
Abril
Marc
Abril
Marc
Abril
Marc
Abril
Marc
Abril
Marc
Abril
Marc
Abril
Marc
Abril
Marc
Abril
Marc
Abril
Marc
Abril

Marc
Abril
Marc
Abril
Marc
Abril
Marc
Abril
Marc
Abril
Marc
Abril
Marc
Abril
Abril
Marc
Abril
Marc
Abril y Guadalupe
Abril y Marc
Abril y Lupe
Abril y Marc
Abril y Bastian
Lupe y Dani
Agradecimientos
Biografía
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Abril se va a casar. No es que sea la boda más espectacular del mundo pero eso le da igual; por fin ha llegado el día con el que tanto había soñado desde niña. Así que todo está preparado: la iglesia, los invitados, el cura… De hecho, todo sería perfecto si no fuera por un pequeño detalle, y es que el novio no se ha presentado.

Sin embargo, eso no va a detener a Abril, que vivirá, en contra de todo lo esperado, la mejor luna de miel que jamás hubiera imaginado. Entre otras cosas porque decidirá aprovechar los atractivos privilegios que su paquete vacacional le ofrece:

Estancia con régimen de todo (los mojitos) incluido.

Habitación junior suite, con sujeto a su disponibilidad.

Seguro de viaje que le garantizará sentirse más viva que nunca gracias a la increíble experiencia de descubrir, a través de dos preciosas historias de amor que traspasarán toda lógica, un destino completamente inesperado.

UN DESTINO COMPLETAMENTE INESPERADO

Carol B. A.

zafiro

Cuando, aun poniendo nuestras mejores intenciones, las cosas no salen como deseamos, quizá tengamos que pegarle una patada de rabia, dolor o tristeza a la vida y dejarla como un puzle desmontado. Seguro que después encontramos otra forma de montarlo. Así es la vida.

ANA-LUISA RAMÍREZ Y CARMEN RAMÍREZ

Es difícil encontrar en una persona todo lo que buscas. Yo, por ejemplo, sin buscar nada de ti terminé encontrando todas esas cosas que ni siquiera sabía que me hacían falta.

IKELI O'FARRELL

La vida sólo se puede entender hacia atrás, pero hay que vivirla hacia delante.

SØREN KIERKEGAARD

Abril

Era el día más importante de mi vida y ya estaba preparada. Los invitados habían llegado hacía un buen rato y esperaban ansiosos el enlace. Mi madre corría nerviosa de aquí para allá y no paraba de hablar por teléfono a saber con quién. Y yo... yo me miraba al espejo y me sentía radiante, feliz, porque por fin había llegado el día.

Siempre había soñado con él.

Y es que, cuando era niña, todas mis amigas jugaban a cosas muy diversas, desde cuidar de sus muñecas a saltar a la comba, pasando por el pilla-pilla o el escondite... pero yo no; yo jugaba siempre a que me enamoraba de mi príncipe azul y nos casábamos en un precioso castillo rodeado de una inmensa campiña.

Y por fin había llegado ese anhelado momento, sólo que no estábamos en ninguna campiña, ni mucho menos los esponsales se iban a celebrar en un castillo. Bastante suerte había tenido con poder convencer al cura de mi barrio de que nos casara, en época de comuniones, en su moderna y austera —y, por tanto, fea de narices— iglesia parroquial: la de Nuestra Santísima Señora de los Remedios.

Alrededor tampoco había inmensos jardines, como había imaginado cuando era pequeña, porque justo al bajar los cuatro escalones de la iglesia había una avenida, atestada siempre de tráfico y humo, y enfrente estaba situado el bar España, un establecimiento viejo y rancio, donde jamás se había oído hablar de la lejía o el amoníaco y en el que se reunían todos los quinquis de la zona, a fumarse los porros y decirles vulgaridades a las chonis de turno que pasaban por delante.

Por supuesto, ese día sus clientes más distinguidos —entre los que se encontraban un nieto del Vaquilla, otro del Lute y algún que otro amigo más con menor bagaje delincuencial en sus familias, pero con un posible mayor futuro delictivo personal— habían sacado las sillas fuera, para dedicar toda su atención a las damas de honor e invitadas de mi boda.

—¿Quieres un café? Yo te puedo echar la leche, reina... La tengo bien calentita —le había soltado uno de ellos a mi prima Isabelita, con lo pija y delicada que era ella.

Pero a mí todo eso me daba igual, porque, además de que ya estaba acostumbrada a esas barbaridades, después de vivir tantos años en aquel vecindario tras habernos abandonado mi padre, no pensaba dejar que nadie me arruinara mi ansiado día.

Pues bien, una vez que había llegado a la parroquia, me había metido por una puerta lateral directa a la sacristía; «para que te hagas los últimos retoques», me había argumentado mi madre a

la hora de darme una explicación de por qué no entraba desfilando directamente por el pasillo central del templo hasta llegar al altar. Por tanto, allí me encontraba, a la espera de poder salir a celebrar nuestra boda.

Sin embargo, desde que habíamos entrado, ella no había parado de hablar con alguien por el móvil y yo ya no tenía más retoques que hacerme. Estaba lista y deseando empezar con el que iba a ser el día más mágico de toda mi existencia.

Las campanas de la iglesia habían dado las cinco en punto hacía bastante rato, así que ya debía de estar próximo el momento en el que avanzaría hacia mi futuro marido para darle el sí que más ganas tenía de pronunciar desde mi nacimiento.

Nos habíamos conocido en la universidad, hacía ya doce años, de una manera un tanto accidentada. Él iba con su bici a toda velocidad porque llegaba tarde a un examen y yo crucé la calzada sin mirar porque... porque soy un tanto despistada, la verdad. El caso es que me atropelló. No obstante, con mi delirante a la vez que romántica imaginación, pensé que seguro que aquél sería el hombre de mi vida, el hombre con el que me casaría y tendría hijos.

—¡Pero ¿de dónde coño has salido?! ¿Es que no miras la calle antes de cruzar? ¡Joder! —me espetó, levantándose del suelo, sacudiéndose la ropa, recolocándose sus gafas de pasta, mirándose a ver si se había hecho alguna herida y poniendo la bicicleta de nuevo en posición vertical.

Bueno, nuestro primer encuentro no había sido, a priori, el mejor del mundo, pero, cuando me puse de pie y vi su cara, me pareció un chico muy guapo.

—Perdona..., iba algo distraída.

—¡¿Algo?! Joder, tía, tienes que mirar por dónde vas.

—Lo siento, de verdad, pero, no te preocupes, no me he hecho nada —le dije después de comprobar que sólo tenía el brazo derecho raspado... Bueno, el muslo también, pero eso era poca cosa. No me había roto nada, que era lo importante.

—Pues, si estás bien, me marcho. Llego tarde a un examen. ¡Joder! —volvió a exclamar con enfado al recordarlo mientras se subía a la bici y se largaba de allí, de nuevo a toda velocidad.

—Sí, sí, vete tranquilo —le contesté, gritando para que pudiera oírme— y que tengas mucha suerte con tu examen.

Permanecí de pie observando cómo aquel tío tan mono se iba de allí. Lo hice hasta que lo perdí de vista.

Después suspiré. En aquella época era muy ñoña y en cualquier situación quería ver una historia de amor. Estaba tan deseosa de encontrar a alguien que, en todo acercamiento que tenía con alguien del sexo opuesto, creía que podría haber una posibilidad potencial de dar con el amor de mi vida. Hasta un leve roce en la mano con el tipo que estaba en la caja del supermercado al entregarme las vueltas podía ser el inicio de un tórrido romance para mí.

En realidad, nunca había sido así y jamás había surgido nada de ninguna interacción con un desconocido, pero no pensaba dejar de buscar el amor en todas partes, pues me decía que seguro

que estaba escondido, acechándome para sorprenderme en el momento más inesperado.

«Piiiiiiiii.»

—¡Joder! —exclamé, entonces, asustada.

Un coche acababa de pegar un frenazo para no atropellarme y su conductor tocaba el claxon, iracundo.

¿Por qué la gente sacaba todo el estrés acumulado cuando conducía? ¿Por qué nos volvíamos tan groseros cuando nos poníamos al volante? Eso era algo que siempre me había intrigado.

—¿Te vas a quitar ya de en medio, imbécil, o tengo que bajar a apartarte yo?

Levanté la mano derecha para pedirle disculpas con ese gesto, al tiempo que me movía para dejarlo pasar.

Cualquiera hubiera dicho que vaya manera más desastrosa de comenzar el día. Sin embargo, a mí el rostro de aquel chico que me había atropellado con su bicicleta no se me iba a olvidar, y con tan sólo recordarlo me nacía una estúpida sonrisa en la cara..., la misma que debía de tener cuando me encontré con Vero, mi mejor amiga de todos los tiempos, con la que, además, estudiaba la carrera de Magisterio y compartía salidas al cine, compras, fiestas y borracheras.

—¿Te ha tocado la lotería o te has tropezado con algún buenorro esta mañana? Porque esa sonrisa de idiota que llevas no puede ser de otra cosa —me soltó nada más verme.

—Lo segundo. Bueno más bien se ha tropezado él conmigo. En realidad, me ha atropellado, pero estoy bien —le expliqué.

—¿Que te ha atropellado? Pero ¿por qué?

—Pues porque yo me he puesto en medio.

—¿Y por qué coño has hecho eso, Abril? ¿Tan desesperada estás, tía? —me preguntó, con los ojos abiertos como platos.

—¡No, jolín! No me he dado cuenta y me he puesto a cruzar la calle sin mirar. Estaba mandándote un mensaje a ti precisamente, para decirte que iba a llegar media hora tarde.

—Pues no le has dado a «Enviar», así que llevo aquí un montón de rato esperándote.

—Ay, lo siento —me disculpé—. Con todo el jaleo pensaba que sí que te lo había mandado.

—Bueno, da igual. Vamos a lo que importa... ¿Cómo se llama? ¿Quién es? ¿Qué estudia? ¿Qué te vas a poner para la cita?

—¡¿Qué cita?!... ¡Pero ¿qué dices, chalada?, si no he hablado nada con él!

—¡¿Cómo que no?! Saca ahora mismo los papeles del parte de accidente, que veamos su nombre, la fecha de nacimiento y su número de móvil.

—Pero ¿qué papeles?

—Los del seguro; ahí viene todo.

—¡Pero que me ha atropellado con una bici! No hay ningún papel.

—¡Joder, Abril, es que eres cutre hasta para eso! Por lo menos, ya que te tiras en medio y te haces atropellar, ponte delante de un tío que conduzca un buen deportivo. Pero no, tú vas y lo haces delante de un muerto de hambre que viene a la universidad en bicicleta.

—¡Que no me he tirado aposta, coño! ¡Que ha sido algo fortuito!

—Oye, pues mira... Ahora que lo pienso, a lo mejor tampoco sería una mala idea para ligarte a un buenorro con dinero, ¿no?

Suspiré, resignada.

—Vero, a veces no sé si es que la única neurona que tienes se coge vacaciones de vez en cuando o es que de verdad eres así de feliz.

—¡Ya está a la que nunca le parecen bien mis planes! —replicó, cruzándose de brazos.

—No pienso discutir contigo por qué no me parece buen plan tirarme delante de un coche en marcha por el mero hecho de querer conocer al tío que va dentro. No me voy ni a molestar, Vero.

—¡*Desaboría* que eres, coño! ¡Claro que así te va con los hombres! ¡Como nunca quieres hacer caso de mis planes!

Suspiré de nuevo, pero esta vez porque mi amiga, en parte, tenía razón. Siempre esperaba a que fueran ellos los que me entraran, y cada vez había menos tíos que lo hacían en general. Supongo que las mujeres se habían ido espabilando y, cuando querían a uno, iban a saco a por él, así que las cosas habían cambiado y ya no eran ellos los que nos cortejaban a nosotras. Sin embargo, yo seguía creyendo que mi príncipe azul llegaría algún día en su caballo blanco. Bueno, quien dice caballo blanco dice Vespa negra o bici roja. El caso es que llegara a mí, en el transporte que fuera, y me conquistara, para luego ser felices para el resto de nuestras vidas.

Pues bien, unos días después de aquello me volví a tropezar con él, sólo que esa vez venía mi amiga conmigo y a la tía le faltó tiempo para sonsacarle toda la información que quiso.

—Vero, sé disimulada y mira detrás de ti —le comenté—. En la barra, junto al profesor de Psicología del Desarrollo, está el tío que me atropelló con la bici. Es el que lleva los vaqueros negros y la camiseta verde de *Star Wars*.

No me dio tiempo a decirle nada más. Se levantó de la mesa donde estábamos sentadas y se fue directa a la barra, pero no para pedir un café como yo en un principio quise pensar, sino para hablar con aquel chico.

Cuando vi que, después de unos minutos charlando con él, éste se giraba para mirarme, cogía su cerveza y se dirigía hacia donde yo me encontraba, por poco me muero. Bueno, de hecho, esto casi fue literal, porque me atraganté con la empanadilla que me estaba comiendo y, de no haber sido por la maniobra de Heimlich que aquel tío me practicó, probablemente hubiera fallecido allí, asfixiada por atragantamiento.

Lo malo fue que, al hacerme aquella maniobra, junto con el trozo de empanadilla que se me había quedado atascado también salió todo el aire que había contenido en mi conducto respiratorio y solté el eructo más grande que había pronunciado en toda mi vida. Y digo *pronunciado* porque aquello pareció la llamada a la batalla de Azog, el rey de los orcos, a sus tropas.

La vergüenza que pasé, con toda la gente que había en la cantina de la facultad mirándome, fue horrible. Eso por no hablar de la cara que tenía Fede, que así era como se llamaba aquel tío

que acababa de salvarme la vida y que parecía aterrorizado de que semejante sonido hubiera salido de mis entrañas.

Vero estuvo riéndose durante mucho tiempo de aquello. Por supuesto, se lo contó a mi madre y a mi hermana al día siguiente, cuando vino a cenar a mi casa por mi cumpleaños.

—Teníais que haber visto la cara de todo el mundo en la cantina. ¡Si hubo hasta dos tías que se escondieron debajo de la mesa pensando que aquello era el fin del mundo!

—¡Eso no es verdad! —repliqué en mi defensa.

—¡Vaya que no! ¡Y de la estampida de pájaros que hubo fuera, ¿qué me dices?! ¿O de eso tampoco te acuerdas? —La miré con ganas de estrangularla, porque encima mi madre y mi hermana estaban dobladas de la risa—. ¡Si salió corriendo hasta el perro lazarillo de un compañero invidente que tenemos!

—¡Bueno, vale ya!, que siempre te tienes que cachondear de mí por todo.

—Menos mal... —continuó diciéndoles en un tono confidencial, como si yo no estuviera allí —... que, al menos, pude sacarle el nombre y el número de teléfono a aquel tío, y he hecho lo que toda buena amiga debe hacer en una situación así.

Miedo me daba.

—Vero, ¿de qué hablas? —le pregunté, completamente temerosa por la respuesta que me pudiera dar, pero, antes de que ella contestara, sonó el timbre de la puerta.

—¡Feliz cumpleaños, Abril! —me soltó entonces ella mientras me dedicaba una sonrisa de «esto me lo vas a agradecer toda tu vida», que, sin embargo, a mí no me gustó nada en absoluto.

Pero no quise ni preguntarle. Habían llamado a la puerta y por lo visto nadie iba a salir a abrirla, así que fui yo.

De camino me dio tiempo a ser consciente de las caras extrañamente sonrientes que había dejado en la cocina. Las entendí cuando abrí.

—¡Hola, Abril! ¡Felicidades! —dijo, algo nervioso, el chico que apareció ante mi vista.

Me quedé petrificada. No daba crédito a lo que mis ojos veían.

El tipo que días atrás me había atropellado con su bicicleta y que luego me había oído eructar como si no hubiera un mañana estaba delante de mí, ofreciéndome una caja de bombones.

—Espero que te gusten —añadió entonces.

—En realidad, a ella no le gustan, Fede, pero, no te preocupes, porque nosotras nos los comeremos encantadas. Muchas gracias por el detalle —le soltó Vero, como si nada, mientras le cogía la caja de las manos, lo hacía pasar y, ante mi atónita mirada, le presentaba a mi familia—. Mira, ésta es Blanca, la madre de Abril, y ésta, Ainara, su hermana.

Yo estaba flipando, y no sólo porque Verónica hubiera invitado a mi cumpleaños a Fede, sino porque él hubiera aceptado y estuviera allí, conociendo a mi gente.

—Bueno, y la que está ahí como un pasmarote, babeando además —añadió al tiempo que carraspeaba para ver si así yo salía de mi estado de trance y cambiaba la cara de idiota integral que tenía—, es Abril, a quien tuviste el gusto de atropellar y de salvar la vida días después.

Cuando vi que Fede se dirigía a mí para darme dos besos, me entró tal temblor de piernas que, justo cuando llegó a mi altura, éstas me fallaron y, si no hubiera sido porque él me sujetó con fuerza, me hubiera venido literalmente abajo.

¿Podía pasarme alguna cosa más delante de aquel tío?

—Ay, perdona —atiné a disculparme mientras me intentaba recomponer un poco y volver a mi estado habitual, lo cual no era tampoco garantía ninguna de que empezase a comportarme como una persona normal, pero bueno—. Es que me encuentro un poco floja porque he comido muy poco hoy.

—Pues, entonces, vamos a cenar. He preparado un montón de cosas ricas —intervino mi madre, echándome un capote, al tiempo que cogía del brazo a Fede para dirigirlo a la cocina y darme a mí, así, espacio y tiempo para recomponerme.

Menos mal que ella me conocía bien y me entendía. Siempre había sido mi apoyo y yo, el de ella, sobre todo después de que naciera mi hermana Ainara y mi padre decidiera largarse con otra mujer más joven y sin cargas familiares que le entorpecieran el ritmo de vida que quería llevar.

Desde entonces, mi madre y yo habíamos sido uña y carne, porque ambas nos sentimos abandonadas en ese momento. Cuando aquello pasó, yo tenía sólo cuatro años y, a pesar de mi escasa edad, lo recordaba perfectamente porque fue muy traumático. Mi madre no levantaba cabeza y yo tenía que «hacerme cargo» de ella y de mi hermana recién nacida, lo que fue un absoluto caos. A pesar de todo, sobrevivimos, y nuestros lazos se hicieron muy fuertes, más que los de cualquier madre con su hija, porque la una era el pilar de la otra.

Sin embargo, mi hermana Ainara era muy diferente. La queríamos con locura, pero ella, por las circunstancias o por su carácter innato, era muy independiente. Siempre lo había sido y muchas veces se burlaba de nuestra relación, que según ella era demasiado asfixiante. Y es que mi madre y yo lo hacíamos siempre todo juntas: ir de compras, salir de fiesta, incluso estudiar la carrera, aunque esto último finalmente no había podido ser, porque ella no fue capaz de compaginar una jornada laboral de ocho horas con los trabajos y exámenes de la universidad, por lo que, pasado el primer semestre, la dejó.

Así que sí, ella me conocía muy bien y sabía perfectamente cómo me estaba sintiendo yo en esos momentos. Y es que, aunque agradeciera mucho que Vero se preocupara por mí e intentara echarme un cable en el tema de amores, la situación, después de todo lo que me había ocurrido con Fede, había sido demasiado incómoda para mí. Y lo mismo que Ainara y mi amiga estaban disfrutando de verme tan expuesta a algo sumamente embarazoso para ver cómo era capaz de resolverlo, porque así eran ellas, mi madre sabía de sobra que para mí aquello estaba suponiendo un mal trago y que necesitaba que alguien me echara una mano.

Así que, cuando ella se llevó a la cocina a aquel chico, que desconocía por otra parte qué razón lo había llevado a acabar allí en mi casa, y me quedé con Vero y mi hermana en la entrada, pude por fin respirar medianamente tranquila.

—¡Abril, ese tío me ha puesto muchísimo! —me soltó Ainara a bocajarro, sin cortarse un pelo

—. ¿Cómo mierda te lo has ligado? ¡No lo entiendo!

—Bueno, no se lo ha ligado todavía —le aclaró Vero—. Lo que sí espero es que lo haga esta noche.

—Pues ya puedes espabilarte —me advirtió, entonces, mi hermana—, porque, como no le tires la caña tú, lo pienso hacer yo. ¡Joder, cómo me ponen los frikis de gafitas! Tirarte a uno debe de ser la leche, y más si es como éste, que estoy convencida de que está aún entero.

Ainara había dado en el clavo. Fede, que por aquel entonces contaba con veintidós años, era un empollón centrado únicamente en sus estudios que nunca había estado con una mujer. Ni en el sentido bíblico ni en ningún otro. Así que ni él ni yo estábamos muy puestos en ninguna cosa que tuviera que ver con una relación de pareja, por lo que tuvimos que aprenderlo todo juntos: desde cómo solucionar un problema a cómo buscar una reconciliación, pasando por cómo organizarnos el tiempo para estar juntos pero no descuidar nuestros estudios, hasta cómo lidiar con el tema del sexo... asunto que me trajo de cabeza durante mucho tiempo, porque aquello no era, ni por asomo, lo que yo había imaginado. Y es que, en esa materia, como en tantas otras, Fede era muy soso y comedido. Jamás me había arrinconado contra una pared con vehemencia ni lo habíamos hecho en otro sitio que no fuera una cama ni nos habíamos salido de la postura del misionero que tan aburrida me tenía. Porque, para él, el sexo era un simple acto de dar placer al cuerpo sin más, por lo que la pasión, la improvisación, el dejarse llevar y el probar cosas nuevas no estaban dentro de su, más que escaso, repertorio de conductas sexuales.

Y efectivamente, como mi hermana había imaginado, Fede era además virgen, lo que no ayudó mucho tampoco.

Yo también lo era. Me habían robado algún que otro beso, pero nunca había llegado a nada más con ningún chico.

Así que Fede no tenía ninguna experiencia en el tema del sexo y la mía había sido más bien escasa, por no decir nula, por lo que tuve que conformarme con lo poco que me ofreció. Y digo *conformarme* porque yo sabía que me quedaba sin enterarme de lo que era echar un buen polvo. Practicábamos sexo muy de vez en cuando, de manera totalmente aburrida y mecánica, y, además, sin ningún sobresalto que lo hiciera un poco más interesante.

Aun así, y después de lo accidentada que había sido nuestra manera de conocernos, estuvimos doce años de noviazgo antes de decidir dar por fin el paso de casarnos..., momento que tampoco fue nada romántico.

—Oye, Abril... —me empezó a decir un día Fede mientras fregábamos los platos en casa de mi madre después de comer—, digo yo que habrá que ir pensando en irnos a vivir juntos y firmar los papeles en el juzgado o algo de eso, ¿no?

Ésa fue su propuesta de matrimonio. Así era él de apasionado. Simplemente lo habló conmigo como si fuera lo mismo que preguntarme si quería ir esa tarde al cine. ¿Para qué pedírmelo románticamente? Eso, según él, no eran más que convencionalismos trasnochados y rancios de generaciones pasadas que daban más importancia a esas cosas que al hecho en sí de quererse.

Porque, sí, Fede me quería... a su manera, sin demasiadas atenciones y detalles, sin ninguna parafernalia, y sobre todo sin necesidad por su parte de decírmelo o demostrármelo. Y yo... yo ya me había acostumbrado a ello, porque no me quedaba otra y porque, al fin y al cabo, también lo quería.

Así que, mientras guardaba en la alacena las copas recién secadas con papel absorbente, le contesté que yo quería casarme, pero por la iglesia, y por supuesto de blanco, como había soñado desde pequeña. Él me puso una cara un poco rara, porque, según me había explicado en muchas ocasiones, no entendía la necesidad de las mujeres de formalizar de esa manera un compromiso.

Sin embargo, unos días después, tras pensarlo mejor, finalmente decidió acceder.

—Venga, vale. Nos casamos por la iglesia —me dijo mientras aún seguíamos acostados en la cama, después de haber estado él empujando rítmicamente dentro de mí mientras yo hacía mentalmente la lista de cosas que tenía que llevarme al día siguiente al trabajo para la exposición sobre la prehistoria que les había preparado a los peques en el cole—. Pero te encargas tú de todo, ¿eh?, que yo paso de esos rollos. Lo hablas con mi madre y ya os pondréis vosotras de acuerdo, que esas cosas os encantan a las mujeres.

Meses más tarde me enteré de que en realidad se casaba por no darle un disgusto a sus padres, del todo católicos y apostólicos, y por tanto supertradicionales para esos menesteres.

Pero a mí me dio igual. Yo lo único que quería era mi cuento, con mi príncipe azul, mi boda en una iglesia, un vestido blanco estilo princesa de lo más pomposo y vivir en un «felices para siempre» con él.

Y ese día había llegado, y yo, como ya he dicho antes, estaba pletórica, porque por fin mi sueño se iba a cumplir y, aunque mi historia de amor no fuera la más bonita ni romántica de la humanidad, era mi historia de amor, esa que me había llevado a querer a un tío un tanto raro para según qué cosas, pero que a mí me valía para según qué otras.

—¡Mamá, quieres dejar de hablar por teléfono de una vez y mirar si ya tengo que salir! —le pedí, algo crispada—. A ver si ahora va a resultar que está ya todo el mundo esperándome un buen rato y yo no he salido a casarme porque tú estás venga a charlar por el móvil con... Por cierto, ¿con quién demonios estás hablando?

Se giró y me miró con una expresión facial que en ese instante no pude descifrar, pero que momentos más tarde pude comprender perfectamente.

—Abril, ¿se puede saber dónde coño está Fede? —Mi hermana acababa de entrar en la sacristía, seguida del cura, que también traía cara de circunstancias—. Todos los invitados están sentados, esperando desde hace ya un buen rato a que empiece la ceremonia, que te recuerdo que era a las cinco y son ya las... —dijo al tiempo que sacaba su iPhone del *clutch* dorado que llevaba —. ¡Madre mía, si son casi las seis!

En ese instante, y antes de que pudiera reaccionar y ser consciente de todo lo que estaba ocurriendo, mi madre me tendió su mano, ofreciéndome el móvil con el que había estado hablando todo el tiempo y en el que Fede aparecía en pantalla.

La miré sin comprender aún la situación, porque en realidad no quería hacerlo... porque algo dentro de mí ya sabía lo que iba a pasar a continuación. Pero me negaba a que una cosa así fuera a ocurrirme a mí. Porque, si alguien me hubiera preguntado a lo largo de mi existencia qué sería lo que más podría temer que me sucediera en la vida, sin lugar a duda hubiese dicho precisamente eso que me estaba a punto de pasar.

—Cariño, es Fede. —Mi madre carraspeó primero y agachó la cabeza a continuación, al tiempo que me hacía un gesto para que cogiera el móvil.

—¿Es que ha tenido un accidente? —le pregunté a conciencia, por si estaba equivocada con mis suposiciones y podía entonces respirar tranquila... porque lo haría si no se había presentado a la boda a causa de un accidente, a pesar de que sé que eso suena fatal.

—Será mejor que te lo explique él —me contestó entonces mi madre, con lágrimas en los ojos, confirmándome así que mi peor pesadilla estaba a punto de convertirse en una cruel y despiadada realidad.

—¿Sí...? —dije con un hilo de voz al acercarme el teléfono al oído.

—Abril... —comenzó a decir Fede, pero paró, carraspeó, dio un largo y sonoro suspiró y después continuó hablando en un tono bastante más frío—. Esto... no voy a ir.

—¡Que no vas a ir, ¿a dónde?! —le pregunté, sin querer comprender—. ¿A casa de tus padres a comer mañana? ¿Al seminario que tenías programado para dentro de quince días sobre la incidencia que tienen las ventosidades de las vacas en el medio ambiente?, ¿o a casa de tu abuela este verano con motivo de las fiestas del pueblo, donde hacéis el concurso para ver quién es capaz de coger, sin partirse la crisma por el camino, un queso lanzado desde lo alto de una empinada colina antes de que llegue al río?

—Abril..., ya sabes que me refiero a la boda.

—¿A qué boda? ¿A la de Pedro y Anita del mes que viene? ¿O a la que tenemos en septiembre de Juanma y Patricia?

—¡Coño, Abril! ¡A la nuestra! —me soltó Fede, un tanto cansado por mi actitud de no querer entender lo que realmente pasaba.

—Bueno, pues si no puedes venir hoy, lo dejamos para otro día y ya está. No pasa nada —le contesté, para asombro de todos.

—¡Pero ¿tú te estás oyendo?! —me soltó entonces él, atónito—. ¡Que no me voy a casar contigo ni hoy ni mañana ni el año que viene, Abril! ¿Puedes comprender eso? —me terminó de decir con muy poco tacto, enterrándome con sus palabras.

Porque eso era lo que acababa de pasar, que sus palabras me habían matado y enterrado en vida. Porque eso era lo peor que me podía haber ocurrido; lo que siempre había temido.

—Pero... ¿por qué? —le pregunté, sollozando—. Podemos hablarlo y lo que no te guste se puede cambiar.

Mi hermana se había acercado a mí y le había dado al botón del altavoz del teléfono para que todos pudieran oír sus razones, cura incluido.

—A ver, Abril... —comenzó a decir entonces Fede, intentando serenarse y parecer calmado —. Yo... yo he estado reflexionando y creo que no siento lo que debería por ti, y así no puedo casarme. No debemos... porque tú tampoco sientes por mí lo que deberías y sería un grave error para los dos.

—¡¿Cómo que no sientes lo que deberías?! ¡Pero ¿qué quieres sentir tú si eres una ameba?! ¡Si el mayor sentimiento que has tenido en tu vida fue cuando te deprimiste porque te habían pisado el caracol que tenías y ya no ibas a poder analizar las propiedades de sus babas para ver si era verdad lo que decían de ellas en el anuncio! ¡¿Qué leches sabrás tú de sentimientos?!

—Abril, no creo que ese lenguaje sea muy correcto y así es muy difícil poder entablar un diálogo constructivo contigo...

—¡¿Sabes lo que te digo, Fede?! —lo corté en seco mientras veía que el cura salía de la sacristía, porque obviamente no quería ser testigo de aquella pelea, dejándose la puerta abierta—. ¡Que hablo como me sale de la seta y que te metas tu diálogo constructivo por el culo, a ver si así disfrutas por una vez en tu vida del sexo! Porque, ¿sabes otra cosa?: tu pene me aburre. Tengo consoladores que me hacen disfrutar infinitamente más que él y te recuerdo que son seres inertes. ¡Así que te puedes ir, tú y tu pene aburrido, a tomar por saco con las vacas y los quesos todo lo que te quede de vida! ¡Gilipollas!

Definitivamente, me había venido arriba.

Lo peor fue cuando dirigí mi mirada hacia la puerta abierta de la sacristía y pude observar cómo todos los invitados estaban mirándome con los ojos abiertos como platos y completamente atónitos ante mis palabras.

Pero ya me dio igual todo. Tenía tal subidón en el cuerpo, porque a pesar de todo en el fondo me sentía liberada, que salí, me planté en el centro del altar, quitándole el sitio y el micrófono al cura, y me dirigí a los allí presentes con una voz extrañamente tranquila y sosegada.

—Distinguidos invitados... como evidentemente esta boda ya no se va a celebrar por razones obvias, quiero anunciaros que, como manera de pediros disculpas por las molestias causadas, podréis acudir igualmente al banquete que se va a celebrar en el restaurante convenido a la misma hora que os habíamos indicado en la tarjeta de invitación al enlace.

Los padres de Fede habían querido desde el primer momento hacerse cargo del banquete, porque según ellos querían ofrecer lo mejor a sus invitados, que iban a ser algo más de trescientos frente a los poco más de cincuenta que había por mi parte, ya que la familia de mi padre se había negado a asistir si no lo invitábamos a él y, obviamente, no lo habíamos hecho. Por otra parte, la familia de mi madre era más bien escasa, ya que ella era hija única, mi abuelo había muerto veinte años atrás y mi abuela estaba ingresada en una residencia porque desde hacía más de quince años había enfermado de Alzheimer y desde hacía más de diez ya ni siquiera nos reconocía cuando íbamos a verla.

El caso es que, sabiendo que lo iban a pagar todo mis, en ese momento, ya exsuegros, quise que de alguna manera apechugaran con lo que acababa de pasar allí, ya que, al fin y al cabo, lo

había provocado su querido primogénito, y con un par de narices envié a todos los presentes a disfrutar del convite mientras yo me quedé con mi madre, mi hermana y Vero en el rancio bar España, bebiendo cervezas junto con tres amigos nuevos que nos habíamos echado esa misma tarde: el Azulejo, al que llamaban así porque según sus colegas, si no estaba en la cocina, estaba siempre en el baño; el Bombero, porque, también según ellos, era el que siempre andaba con la manguera fuera, y el Bioquímico, a quien, por lo que nos contaron, le habían puesto ese sobrenombre porque era el que se dedicaba a analizar las cagadas de los otros dos..., algo lógico, ya que no sólo parecía el mayor, sino también el más maduro.

Todo un pozo de filosofía y sabiduría era aquel lugar con semejantes especímenes.

—Pues yo, de ti, le quemaba el carro —me sugirió el Azulejo—. Si quieres te busco en el *internete* cómo se hacen los cócteles molotov para estamparle uno contra la luna delantera.

—No, no, gracias. No te preocupes —le contesté, siendo consciente en ese instante de con qué tipo de gente nos estábamos tomando las cervezas, que, por cierto, llevábamos ya unas cuantas de más—. Ya se me ocurrirá algo para vengarme de él... ¡Pero que conste que la tuya es una idea muy tentadora, eh! —terminé de decirle, con una sonrisa conciliadora, para que no se sintiera ofendido por no haber aceptado su oferta.

—¿Os ibais de luna de miel a alguna parte? —me preguntó entonces el Bioquímico, que además de ser, decididamente, bastante más maduro que los otros dos, era, de lejos, mucho más inteligente que ellos. La verdad era que, fijándome mejor, aquel tío no pegaba para nada con los otros.

—Sí, a la Riviera Maya, en México —le contesté, suspirando al ser consciente de que me iba a perder también aquel viaje que tanto había deseado hacer.

—¿Y quién tiene los billetes? —me preguntó entonces.

—Los guardé yo en mi equipaje, junto con toda la documentación. ¿Por qué?

—Pues porque yo de ti cogía esos billetes, se lo decía a alguien que quisiera acompañarme y me largaba a disfrutar de esa estancia —me aclaró, dejándome muy pensativa mientras mi madre y mi hermana asentían, viendo en aquella sugerencia una excelente idea.

—¡Claro, Abril! Busca a algún amigo que se pueda hacer pasar por Fede y que se vaya contigo —me animó Ainara, muy resuelta, como si aquélla fuera la mejor ocurrencia del mundo.

—Los únicos amigos varones que tengo son los de Fede, así que no creo que acepten tal disparatada oferta.

—¿Y si me disfrazo yo de hombre y me hago pasar por él? —me propuso entonces Vero, que ya estaba muy pasada de cervezas.

—¡No digas tonterías! —la reprendí.

—Pues díselo al primero que pase por la calle que se parezca un poco a tu ex y andando. Le ponemos unas gafas de pasta estilo friki como las que lleva él y listo —insistió Ainara, que también estaba demasiado contentilla.

—¡Pero ¿os habéis vuelto locas?! ¿¡Cómo me voy a ir de viaje con un desconocido!? Además,

suplantar la identidad de alguien es ilegal. ¡Anda, dejad de beber las dos, que empezáis a dar miedo! —les recriminé, intentando poner un poco de cordura en todo aquello—. ¡Mamá, diles algo, por favor! —le supliqué entonces a ésta, cuando vi que ambas se levantaban, junto con el Azulejo y el Bombero, a pedir otra ronda más para todos.

—Cariño, déjalas que disfruten, y tú... tú empieza a hacerlo también. Has perdido muchos años de tu vida desperdiciándolos con... con don pene aburrido —me soltó, decidida, esbozando una sonrisa, y sin saber aún que aquél sería el apelativo que acabaríamos usando siempre para referirnos a Fede—. Así que, sola o acompañada de quien sea, vete a ese viaje e intenta comenzar a disfrutar de tu nueva vida.

—Perdona... ¡¿Don pene aburrido?! —exclamó entonces, divertido, el Bioquímico, mirándome a la espera de que le ofreciera una explicación de por qué ese mote.

—¡Mamá...! —Ainara me interrumpió justo cuando me disponía a explicárselo—. Ven a decirle a este hombre cómo se hace un mojito —le gritó para que se acercara a la barra y le indicara los ingredientes al camarero.

Sin pensarlo dos veces, ella se levantó de la mesa y se fue, dejándome a solas con el Bioquímico.

Aquello no pintaba nada bien. Demasiado alcohol y demasiadas ganas de olvidar muchas cosas. Mala combinación de factores. Mi madre, a quien, después de lo dura que había sido su vida, le encantaba disfrutar de una fiesta con sus hijas; mi hermana, que había roto también hacía pocos meses con su novio de dos años y aún lo llevaba arrastrando, y Vero... bueno, Vero no necesitaba excusas para montar una fiesta en cualquier momento y lugar.

Lo dicho. Demasiadas ganas de liarla.

El Bioquímico carraspeó entonces, esperando mi explicación, y me giré hacia él para dársela.

—Es como he llamado a mi ex, delante de todos los invitados, cuando lo he mandado a freír espárragos por dejarme colgada en el altar.

Se echó a reír a carcajada limpia.

—¿Y puedo saber por qué lo has llamado de esa manera? —me planteó a continuación.

—No creo que haya mucho que explicar. El mote ya es bastante descriptivo por sí solo, ¿no crees?

—Obviamente, sí. Lo que no entiendo es que, si en esa faceta no os iba bien, ¿por qué te ibas a casar con él?

Me quedé mirando a aquel tipo, que sin duda no tenía nada que ver con los otros dos descerebrados.

—Perdona, no te conozco de nada como para ponerme a contarte mi vida privada —repliqué, un poco molesta por su atrevida pregunta.

—Lo siento, tienes razón. Es la deformación profesional.

Me quedé mirándolo, porque no comprendía qué había querido decir.

—¿Cómo?

Aquel tipo sonrió, miró hacia abajo y después, levantando la vista y mirándome fijamente a los ojos, me soltó lo siguiente:

—Soy psicólogo.

—¡¿Perdona?!

Estaba sorprendida. ¿Había oído bien?

—Verás, estoy trabajando para el ayuntamiento en un proyecto pionero en Europa, en el que tratamos de reconducir la vida de jóvenes en riesgo de exclusión social. El caso es que, en vez de hacerlo desde detrás de una mesa de despacho, lo hacemos directamente en su entorno, donde les es más fácil abrirse y mostrar sus problemas. Por eso me llaman el Bioquímico, porque dicen que soy el que analizo sus cagadas y luego les doy la fórmula para limpiarlas.

Me quedé contemplándolo y de pronto me pareció obvio que ni su edad ni su ropa ni su aspecto en general, ni tan siquiera su forma de hablar, tenía nada que ver con cómo se mostraban los otros dos muchachos.

—Por eso te he preguntado por las razones de casarte cuando una faceta de tu relación no iba bien —continuó diciéndome—. A veces se me olvida desconectar de mi profesión, pero, perdona, evidentemente no tienes que contestarme nada. Por supuesto, eso forma parte de tu intimidad y no quiero meterme en ella.

Estaba perpleja, observándolo.

Sin embargo, hubo algo que me hizo reaccionar y que provocó que comenzara a hablar sin medida.

—Es que, aunque quisiera, no podría decirte por qué quería casarme con él a pesar de todo. Y digo «a pesar de todo» porque había muchas más cosas que no me llenaban en mi relación. Sin embargo, si él no hubiera dado el paso, ahora mismo estaríamos celebrando nuestro enlace con todo el mundo...

—Oye, en serio..., no tienes por qué responderme. No quiero meterme donde no me llaman.

—Ya, ya. No te preocupes... Es sólo que...

Paré de hablar. Paré y me puse a reflexionar sobre mi vida, sobre qué me había llevado a encontrarme un sábado por la tarde en un bar nauseabundo y con un desconocido al que me apetecía contarle por qué demonios había sido tan idiota y tan ciega de no ver la triste realidad que tenía delante de mis ojos. Todo eso fue lo que reflexioné en milésimas de segundo mientras aquel tipo, del que ni siquiera conocía aún su verdadero nombre, se quedaba esperando a que yo continuara hablando.

—Es sólo que yo quería casarme. Por encima de todo. Incluso de mi felicidad. Aunque, haciéndolo, pensaba que la obtendría. ¡Qué contradictorio, ¿verdad?! Ahora soy consciente de ello... —Levanté la mirada hasta cruzarme con la de él y eso me devolvió a la realidad—. Perdona, ¿cómo te llamabas? —le pregunté a continuación.

—Marc —me contestó de manera automática y casi sin pensar, porque sin duda tenía ocupada su mente analizando lo que le había dicho.

—Debo parecerte idiota, ¿no es así? —le pregunté entonces, empezando a sentir vergüenza de mí misma.

—Mi trabajo no consiste en juzgar a las personas. Me limito a escuchar sus historias, intento comprender qué las ha llevado a encontrarse en el lugar en el que están y después, si quieren, las ayudo a encauzar su vida de otra forma que les resulte más positiva.

—Ya... ¿Y conmigo podrías hacer algo? Porque está claro que, después de lo de hoy, voy a necesitar, más que nunca, que alguien me ayude a reconducir mi vida para saber a dónde quiero ir.

Aquel tipo no me contestó. Seguramente pensó que no había por dónde empezar conmigo y no quiso complicarse la cabeza, así que, simplemente, sonrió como si no me hubiera oído siquiera, se levantó de la silla donde había estado sentado y, muy educadamente, se despidió... primero de sus colegas, mi madre, mi hermana y Vero, y unos segundos más tarde, de mí.

—Espero que a partir de ahora te vayan mejor las cosas —me dijo mientras pasaba por mi lado y me levantaba la mano para decirme adiós con ella—. Nos vemos.

«En el infierno», pensé yo, cabreada. Porque se había largado sin intentar siquiera decirme alguna palabra de consuelo. Claro que tampoco debería esperar mucho más de un desconocido que sólo trataba con adolescentes descarriados, por muy psicólogo que fuera.

El caso es que, mientras los demás reían y se divertían en la barra con las ocurrencias de unos y otros, empecé a sentirme algo agobiada. Comencé a sentir de verdad el peso de lo que había ocurrido. Toda mi vida, tal cual la tenía establecida, se había desmoronado de repente, y no tenía ni idea de cómo iba a continuarla.

Lo que sí tenía claro era que no iba a hacer aquel viaje. No me iba a ir de luna de miel sin ningún marido, convirtiéndome en el hazmerreír de la agencia de viajes, el hotel y todas las demás parejas que estuvieran disfrutando, en la dichosa Riviera Maya, de su romántica estancia allí.

No, definitivamente no me encontraba con ánimo suficiente como para hacer una escapada de ese tipo, en la que tendría que aguantar cómo otras parejas gozaban de su «felices para siempre» delante de mis narices.

Me levanté y me fui directa a la barra, decidida a despedirme de todos. De pronto había comenzado a sentir que me faltaba el aire y las lágrimas habían acudido a mis ojos sin previo aviso. Porque comenzaba a ser consciente, en ese momento en el que el alcohol había empezado a desvanecerse, de todo lo que me había ocurrido.

—Mamá, me voy a casa —le comuniqué con la voz rota.

—Espera, me voy contigo —me contestó al tiempo que se bajaba del taburete donde había estado sentada mientras le daba su receta del mojito a aquel camarero.

No quise decirle que no se viniera porque no sabía hasta qué punto la podría necesitar, así que no me negué a que me acompañara.

Sin embargo, a Vero y a mi hermana sí les dije que aprovecharan y se quedaran de fiesta.

Hice un esfuerzo sobrehumano por sonreír para convencerlas de que me encontraba relativamente bien y que no era necesario que se vinieran ellas también. Supongo que la cantidad de alcohol que llevaban encima ayudó mucho a la hora de poder persuadirlas rápidamente.

Una vez que salimos de aquel bar, le pedí a mi madre que fuéramos a casa caminando. Vivíamos cerca y no era preciso coger un taxi. Además, el paseo me vendría bien para serenarme si es que eso era posible.

De camino íbamos a pasar por la agencia donde, meses atrás, Fede y yo habíamos contratado el viaje a la Riviera Maya, así que informé a mi madre de que iba a entrar para anularlo. Ya había decidido que no lo haría y, cuanto antes lo cancelara, antes me quitaría ese peso de encima.

Pero algo ocurrió.

Mi madre se encontró con una amiga que hacía tiempo que no veía y se puso a hablar con ella, momento que aproveché para adelantarme hasta la agencia. No obstante, cuando me dispuse a entrar, un hombre mayor que había en la puerta me dijo algo que me hizo cambiar de idea.

—Un nuevo comienzo pasa necesariamente por un tiempo de reflexión previo, así que un viaje se puede convertir en la mejor manera de encontrarse a uno mismo, y quién sabe si también encontrar algo más.

Me quedé mirando a aquel sonriente anciano muy fijamente. Tenía una cara muy agradable y me observaba de una manera que yo calificaría como entrañable. En él se intuía, a pesar de los años, que en su juventud había sido un hombre muy apuesto. Era alto, iba bien vestido y tenía, junto a una antigua cicatriz en lo alto de su pómulo izquierdo, un curioso lunar que le otorgaba una imagen, cuando menos, enigmática.

Pero es que, además, sus palabras, por alguna extraña razón, me hicieron estremecer.

Le devolví la sonrisa educadamente y entré en la agencia. Me dirigí hacia la comercial que nos atendió a Fede y a mí en su día y, tras saludarla y sentarme en una silla después de que ella me lo indicara amablemente —mirándome extrañada por mis fachas, todo hay que decirlo— me giré hacia la puerta para ver si aquel anciano seguía allí... pero ya no estaba.

—¿En qué puedo ayudarte? —me preguntó entonces aquella chica, provocando que me volviera hacia ella.

—Pues verás... Yo quería... Venía a anular... —Dudé durante unos instantes acerca de qué era lo que realmente quería hacer mientras aquella muchacha me miraba impaciente al tiempo que golpeaba rítmicamente con sus uñas sobre la mesa—. Tenéis a un gran comercial en la puerta, ¿eh? —le solté para ganar algo de tiempo mientras intentaba decidir qué demonios hacer.

La joven, extrañada, desvió su mirada hacia la entrada y después la volvió a dirigir a mí, esperando, supongo, a que le dijera algo con coherencia.

—Es que venía a anular un viaje que tenía reservado, pero, cuando iba a entrar, ese hombre de la puerta me ha dicho algo que me ha hecho pensar y...

Volví a quedarme callada, porque, aunque había llegado allí con la determinación ya tomada de manera definitiva de olvidarme de aquellas vacaciones, en ese momento dudaba de si

aprovecharlas e irme a aquel destino con el fin de darme un tiempo para poder meditar tranquilamente, tal como me había sugerido aquel anciano.

Sonreí, nerviosa. Después hablé atropelladamente.

—Anula sólo la reserva que está a nombre de Federico Sánchez Quintana.

Si yo me iba, no quería que Fede también decidiera hacerlo y que coincidiéramos después los dos allí. Eso sería un despropósito. Por tanto, anulando su reserva me aseguraba de que sólo yo pudiera realizar aquel viaje.

—Uy, pero a estas alturas eso no se puede hacer. Vais a perder la mitad del dinero.

—Eso me da igual. Que se fastidie por haberme dejado colgada en el altar.

—Ya entiendo —me dijo entonces aquella chica, fijándose más detenidamente en mí y en mi atuendo, que hablaba por sí solo.

Seguramente le estaba dando la imagen de una novia completamente desquiciada y, por tanto, despechada. Y no te digo que no hubiera algo de ello, pero tampoco me sentía horriblemente dolida por lo que me había hecho Fede. Más bien, lo que sentía era miedo e incertidumbre por cómo iba a ser mi vida de ahí en adelante sin tener una relación de pareja.

Después de unos largos minutos, en los que aquella chica parecía no aclararse muy bien con lo que estaba haciendo, me dijo que podía irme tranquila, que ya estaba todo solucionado.

Entonces salí de allí, me fui directa a buscar a mi madre, que ya estaba despidiéndose de su amiga, y juntas pusimos rumbo a casa.

—Al final me voy, mamá..., a México, me refiero —le anuncié, esperando a ver cuál era su reacción.

Al principio se quedó callada, pensativa, pero enseguida comenzó a hablar.

—Te vendrá bien. Tendrás tiempo para ti y podrás descubrir qué es lo que quieres hacer con tu vida a partir de ahora.

—¿Te parece buena idea, entonces? —le pregunté, incrédula.

No esperaba que fuera a decirme precisamente lo que me había dicho. Más bien hubiera esperado por su parte un intento de convencerme de lo contrario.

—No es que me haga mucha gracia que te vayas, Abril, y menos aún que lo hagas sola, pero entiendo que necesites alejarte y, sobre todo, que necesites tomarte tu tiempo para serenarte antes de tomar determinadas decisiones.

Me quedé pensando en ello. Quizá, después de todo, sí que me vendría bien hacer ese viaje. Me dedicaría tiempo a mí misma, intentaría relajarme y disfrutar, además de reflexionar sobre determinadas cosas, pero sobre todo tendría tiempo para poder recomponerme y volver más fuerte.

Pues bien, así fue cómo dio comienzo, tras una boda no celebrada, una borrachera de récord Guinness y una decisión tomada en el último momento gracias al comentario hecho por un anciano desconocido, mi luna de miel, sin mi marido.

Marc

Me fui de aquel bar con una decisión tomada. Lo hice siendo un poco descortés, porque había dejado a aquella chica con su pregunta formulada y sin una respuesta por mi parte, pero es que aquella novia plantada en el altar, sin saberlo, me había dado la clave de lo que tenía que hacer.

Irme.

Sin duda sería mejor que seguir permaneciendo allí. No estaba huyendo del problema, sólo estaba intentando poner distancia y ver si de esa manera las cosas se podían calmar algo.

Sabía que había tomado la decisión de una manera totalmente precipitada y para nada reflexionada, pero realmente ya llevaba tiempo pensando en hacer algo parecido. Y estaba decidido, porque confiar en que las cosas finalmente se pudieran arreglar sin necesidad de tomar determinadas medidas había retrasado excesivamente mi decisión.

Pero ya estaba tomada. En ese momento ya no habría marcha atrás... y, aunque temía las posibles consecuencias de mi marcha, sabía que había llegado el momento de hacerlo.

Había avisado a mis padres. Ellos estaban al tanto de lo que ocurría en mi vida, a pesar de que yo nunca lo hubiera querido. No obstante, después de todo lo que había pasado, no me quedó más remedio que darles una explicación, así que entonces entendieron perfectamente por qué me iba y, por supuesto, me apoyaron.

Todo se había descontrolado por completo y tenía miedo hasta de mí mismo, de lo que pudiera hacer en un momento de desesperación. Porque jamás en mi vida me había encontrado en una situación tan extrema.

Así que esa misma tarde, después de hacer una llamada a mi jefe aceptando las vacaciones que él mismo unos días atrás me había ofrecido después de conocer mi estado, acudí a la agencia de viajes.

No tenía claro el destino, pero eso era lo de menos. Lo importante era irme y desaparecer.

—Pues es que así, de un día para otro, es muy difícil poder contratar un viaje, y más en estas fechas —me dijo el tipo de la agencia, mientras tecleaba lo que fuera en su ordenador sin mirarme siquiera—. Probablemente todos los destinos estén ya completos.

—Pero algo tiene que haber, en el sitio que sea... —le comenté, empezando a sentirme incómodo. A lo mejor mi idea había sido excesivamente precipitada.

—Me temo que para las fechas que me solicita ya no hay nada para ningún destino. Nos tendríamos que ir a dentro de dos meses y ahí le podría ver algo, en algún crucero a lo mejor.

—Pero es que necesito que sea para ya —insistí, desesperado—. Cualquier lugar del mundo

me vale, pero para ya.

—Pues lo siento, señor... pero no hay nada —me contestó aquel tío sin ningún atisbo de que realmente lo sintiera. Además, el hecho de que fuera ya la hora de cierre, un sábado por la tarde, tampoco ayudó mucho a que tuviera ganas de buscar detenidamente algo más.

Me hundí, porque ya me había hecho a la idea de que me iba y aquella posibilidad de tener que quedarme ya no cabía dentro de mis planes.

—Dale a refrescar la página —oí que le indicaba alguien—. A veces, así, se cargan cosas nuevas.

Levanté la cabeza y la dirigí hacia el lugar de donde había provenido la voz. Se trataba de otro comercial que había allí y que estaba sentado a la mesa de al lado.

—Pero Antonio... si el sistema dice que no hay nada, es que no hay nada —le respondió el que me estaba atendiendo, como si le pareciera una tontería lo que su compañero le acababa de proponer.

—Bueno, no te cuesta nada probar por última vez, ¿no? —replicó el otro, mirándolo por encima de sus gafas con cierto enfado en el semblante.

Aquel tipo bufó, pero después le dio a la tecla «F5» de su teclado para refrescar la página, aporreándola con mala leche.

Me lo quedé mirando, esperando que me dijera si había encontrado algo.

—No va a haber cambiado nada, señor —comenzó a decir—, como ya le he explicado... —Dejó de hablar y se aproximó al monitor para ver algo más de cerca—. Un segundo...

Me quedé expectante mientras mi corazón comenzaba a acelerarse. Necesitaba hacer ese viaje ya como fuera.

—Parece que ha habido una cancelación de última hora en un paquete de vuelo más alojamiento, pero le advierto que es para salir mañana mismo a primera hora —me aclaró.

Cuanto antes me fuera, mejor, así que, aunque tuviera que preparar mi equipaje con excesiva premura, a mí me valía.

—Eso no me importa. Me lo quedo.

—Pero aún no le he dicho el destino ni el precio.

—Eso es lo de menos. Lo importante es poder irme ahora que ya he tomado la decisión. Donde sea, estará bien.

—De acuerdo, entonces. Lo acabo de reservar. Voy a imprimir toda la documentación. Enhorabuena, ya ha conseguido usted sus anheladas vacaciones —me dijo el chico de la agencia, muy orgulloso, como si habérmelas conseguido hubiera sido gracias a su perseverancia.

Después me fui a casa a prepararlo todo, puesto que al día siguiente mi avión salía muy temprano, pero, cuando llegué al portal de mi edificio y abrí el buzón, encontré una nota doblada con mi nombre escrito a mano en su parte exterior, lo que provocó que mi cuerpo se tensara de inmediato. Había reconocido la letra.

Me giré completamente en alerta y miré en todas las direcciones. Allí no parecía haber nadie.

Lo más probable era que ella la hubiera echado en el buzón y se hubiese ido.

No quise leerla.

Sabía que no debía tirarla, pero tampoco me apetecía saber qué había escrito en ella, así que, simplemente, la metí en uno de los bolsillos traseros de mis vaqueros y llamé al ascensor.

Cuando cerré la puerta tras de mí, después de entrar en mi apartamento, solté el aire que había retenido inconscientemente, porque también cabía la posibilidad de que ella estuviera allí arriba esperándome y que mis planes más próximos se vieran truncados. Sin embargo, por suerte para mí, no había sido así.

Poco a poco me fui relajando. Sólo unas horas me separaban de poder largarme de la ciudad durante un tiempo. No sabía cómo iba a reaccionar ella cuando se enterara de que me había largado. Seguramente nada bien, pero ése ya no era mi problema, ya no debía serlo.

Me tiré hasta bastante entrada la madrugada preparando las cosas que me iba a llevar; algunas las tendría que comprar en mi destino, ya que no tenía de todo lo que iba a necesitar allí, pero me daba exactamente igual. El hecho de saber que iba a estar quince días totalmente desconectado de la pesadilla que estaba viviendo me hacía poder empezar a sonreír, y eso era algo que hacía ya demasiado tiempo que no sucedía, y no me lo merecía. No me merecía lo que me estaba pasando. Y aunque me hubiera preguntado ya mil veces si yo había tenido culpa de algo, la respuesta siempre era la misma: sólo había sido culpable de tener excesivo miedo a perderla y permitirle, debido a eso, que se aprovechara de mi debilidad. Mi relación anterior me había marcado demasiado, más de lo que me hubiese gustado, y, como resultado, mis temores me habían hecho tan vulnerable que había permitido que ocurriesen todas esas cosas que me habían llevado a encontrarme en la situación en la que estaba.

No quise seguir pensando en ello. Ya sabía cuál había sido mi error, que era lo importante y lo que más me había costado averiguar, así que sólo me quedaba intentar ser optimista y mirar hacia el futuro con la esperanza de que aquello se solucionara de la mejor manera posible para todos... para ella también. Porque, al fin y al cabo, ella igualmente se había convertido, como yo, en el producto de experiencias pasadas que marcan tu presente sin que seas consciente o puedas controlarlo. Así que ambos éramos víctimas de nuestro pasado, verdugos en nuestro presente y, dependiendo de cada uno, seríamos náufragos o supervivientes en nuestro futuro.

Lo malo era que tenerlo claro no hacía que las cosas hubieran mejorado, porque, aunque sí lo hubieran hecho en cuanto a mi tranquilidad como persona por saber que no había resuelto las cosas tan mal como en un principio había creído, en lo demás, todo seguía igual o peor.

Pero aquel viaje sería el balón de oxígeno que necesitaba. Así que, con más necesidad que ganas, configuré el despertador en mi móvil y me fui a dormir.

Tenía una extraña sensación con aquel viaje.

Tenía la sensación de que me iba a traer algo completamente inesperado.

Abril

—La verdad es que podríais haber venido conmigo alguna de vosotras —les lloriqueé, a mi madre y a mi hermana, nada más entrar en el aeropuerto.

—Imposible, Abril —comenzó a decirme Ainara—. Una no puede cogerse quince días de vacaciones en el trabajo de un día para otro. Mi jefe, directamente, me despediría, y mamá seguro que también tendría problemas. Además, a ver si así te echas allí algún maromo que te empotre como tiene que ser. ¡Que te hace mucha falta! Que ahora entiendo tu mal humor de todos estos años atrás.

Me dispuse a replicarle porque se había pasado tres pueblos, pero me contuve por no liarla en medio del aeropuerto.

—Cariño... —comenzó a decirme entonces mi madre, entre otras cosas para evitar la pelea que sabía que podía estallar en cualquier momento entre sus hijas—, tú disfruta todo lo que puedas del viaje. Te lo mereces. Y, por favor, llámanos por FaceTime todas las noches para saber que estás bien, ¿vale?

—Sí, mamá. No te preocupes —le contesté mientras subía mi maleta a la cinta transportadora que la llevaría hasta el lugar donde se encontraban todas las demás con mi mismo destino—. Estate tranquila, no te preocupes por mí. En realidad, me encuentro bien. Sólo necesito algo de tiempo para asimilar algunas cosas, pero ya está —le terminé de decir mientras le entregaba toda la documentación a la señorita que había tras el mostrador de facturación, quien, después de comprobar que tanto el peso de la maleta como la documentación que yo portaba estaban en regla, me entregó la tarjeta de embarque. Entonces me giré sobre los talones, dispuesta a despedirme de mi familia, y en ese momento vi aparecer a una Vero sin aliento, corriendo con los brazos abiertos hacia mí, lo que hizo que tuviera que postergar mi despedida.

—Uf, ya creía que no llegaba —me soltó cuando pudo recuperar el ritmo habitual de su respiración—. Quería decirte adiós antes de que te fueras. Te he mandado varios mensajes esta mañana para avisarte de que venía a despedirme, pero supongo que, con todo el jaleo del traslado al aeropuerto, no los has visto.

La verdad es que no había encendido el móvil siquiera. No me había atrevido a hacerlo, por miedo a lo que me pudiera encontrar. No quería que mis conocidos y familiares me bombardearan con preguntas sobre cómo me encontraba. Y, sobre todo, lo que no quería era encontrarme con ningún mensaje de Fede, del tipo que fuera. Porque, antes de verme condicionada por cualquier cosa que él me pudiera decir, quería, por mi cuenta, reflexionar sobre

todo lo que me había ocurrido... porque no sólo había sido el batacazo de la boda. Lo que peor llevaba era haberme dado cuenta de que había desperdiciado muchos años de mi vida pensando que Fede era todo lo que buscaba para ser feliz, cuando todo había sido un mero espejismo que yo misma me había fabricado en mi cabeza. Una falacia construida por mi mente en mi afán de hallar mi supuesto príncipe azul. Porque, sí, había querido a Fede, pero ¿realmente había estado enamorada de él en algún momento o simplemente me había dejado arrastrar por las circunstancias y las ganas que tenía de cumplir mi estúpido anhelo de niña?

Pensar eso hacía que me desquiciara. ¿Cómo había podido ser tan infantil, tan inmadura? Y, sobre todo, ¿cómo había podido estar tan ciega sobre la realidad de mi relación con Fede?

Pero en ese momento ya no tenía sentido machacarme. Lo hecho, hecho estaba. En adelante, sólo me quedaba tratar de entenderme para no caer en el mismo error, recomponerme poco a poco y, por último, sobreponerme a lo que me había sucedido. Necesitaba enfocarlo todo de una manera diferente. Necesitaba volver a empezar, comenzar de nuevo a andar el camino de mi vida..., uno distinto, que yo fuera construyendo conforme iba avanzando por él como decía la canción, pasito a pasito, hasta que por fin pudiera respirar con serenidad y decirme a mí misma que finalmente había conseguido hacer las paces con mi niña interior y que aquel sueño que había perseguido desde pequeña de casarme con alguien no podía ser a cualquier precio y a costa de todo.

Porque por fin tenía que entender que mi felicidad no podía depender de una boda con alguien con quien hubiera establecido una relación, más o menos, amorosa, sino que mi felicidad, en cuanto a la relación de pareja se refería, tenía que depender de que esa persona no sólo me complementara, sino que también me completara... y Fede no lo había hecho, en ningún sentido.

Pero no quería seguir pensando en ello; no al menos por el momento.

Sólo quería centrarme en disfrutar de aquel viaje, como me había recomendado mi madre que hiciera mientras nos despedíamos delante de los arcos de control que debía cruzar, para luego acceder a la zona de embarque.

Decirnos adiós había sido duro para ambas, porque iba a ser la vez que más tiempo íbamos a estar separadas, pero tendríamos que acostumbrarnos, ya que, a partir de que volviera de aquellas vacaciones, había decidido que, aunque ya no tuviera pareja, tenía que independizarme.

Tenía que abandonar el nido y comenzar a volar por mi cuenta. Mi hermana, cuatro años menor que yo, lo había hecho hacía tiempo, así que yo ya iba tarde.

Mi madre lo intuía, y lo comprendía también, pero no podía evitar que le costase, aunque fuese ley de vida y supiera que eso, tarde o temprano, tuviera que llegar.

Después de muchos abrazos y muchos llantos, nos dijimos adiós sabiendo que esa no sólo era la despedida para un viaje de vacaciones, sino que también sería el punto de partida del viaje que iniciaría en solitario a partir de entonces en mi vida.

No obstante, eso no ocurriría hasta que no regresara de mi destino, por lo que en ese momento sólo debía centrarme en aprovechar el tiempo, disfrutar de la experiencia y, por supuesto, sacarle

el máximo partido.

Estaba nerviosa, no lo voy a negar. Me iba sola a un país extranjero.

Sin embargo, también quise verlo como una oportunidad de probarme a mí misma, porque había estado muchos años con Fede y me había acostumbrado a hacerlo todo con él. Sin buscarlo y, sobre todo, sin quererlo, me había convertido en alguien dependiente e insegura para determinadas cosas, y eso tenía que cambiar.

Un rato después, con el último trago que le di al café con leche que había pedido para hacer tiempo, me levanté muy decidida para dirigirme a la que acababan de asignarme como puerta de embarque.

Cuando llegué a ella ya se había formado una larga cola, y las azafatas habían empezado a proceder con el ingreso de los pasajeros. Con todo, en realidad no tardé mucho en llegar al que iba a ser mi asiento durante, aproximadamente, las siguientes once horas. Ya podía acomodarme bien, porque iba a ser mucho tiempo. Me había tocado ventanilla y aún no sabía quién ocuparía el asiento que tenía al lado. Esperaba que fuera alguien que no me diera demasiado la tabarra. Estaba algo nerviosa y no tenía ganas de tener que estar soportando conversaciones banales sobre la meteorología o demás temas que normalmente se usan cuando no se sabe qué decir. Siempre me había gustado la gente que no se sentía incómoda con los silencios. Me parecía que eran personas seguras de sí mismas que no necesitaban hablar por hablar para no sentirse raras con los extraños.

Sin embargo, y para mi absoluta sorpresa, la persona que me tocó al lado no puedo decir que me fuera alguien del todo... desconocido.

Marc

Mi asiento estaba situado en la cola del avión, así que tuve que recorrerlo prácticamente entero hasta llegar a él. Me había tocado pasillo, pero, después de lo que me había costado encontrar algo tan a ultimísima hora, no me podía poner precisamente exigente con ese tema.

Lo primero que hice nada más llegar fue sacar las cosas que iba a necesitar durante el vuelo y después subí mi equipaje de mano a uno de los compartimentos que había dispuesto para ello en la parte superior de los asientos.

Ya había visto que mi compañera de asiento era una mujer joven. Esperaba, al menos, que no fuera de esas pesadas a las que les gusta hablar con todo el mundo para contarles su vida. Odiaba a ese tipo de personas; me aburrían. Siempre que me topaba con una de ellas, me daban ganas de soltarles aquello de «si lo que vas a decir no es más bello que el silencio, no lo vayas a decir», pero obviamente nunca lo acababa haciendo.

La cortesía estaba por delante de las preferencias de cada uno y, además, mis padres me habían dado una excelente educación como para ser alguien estúpido o cortante con los demás. De todos modos, eso no quitaba que a veces sintiera envidia de esa gente que decía todo lo que pensaba en cualquier situación, a pesar de las consecuencias. Yo, en esos momentos de mi vida, por fin había conseguido llegar a un equilibrio entre ser educado y respetuoso y también decir lo que pensaba en todas las ocasiones en que fuera preciso. *Asertividad,* lo llamábamos los psicólogos, algo muy difícil de lograr para muchas personas, que la mayoría de las veces se ven arrastradas por la deseabilidad social y no son capaces de expresar lo que realmente piensan o sienten, con tal de no importunar a quien tienen enfrente.

Así que, esperando que aquella chica no fuera demasiado habladora para no tener que decirle que prefería hacer otras cosas en lugar de charlar, me senté y pronuncié un escueto «hola».

Esa mujer no me contestó. Seguía mirando por la ventanilla y parecía nerviosa. Me eché un poco hacia delante para verle la cara, porque, aunque no me gustara liarme a hablar con desconocidos, sí que me gustaba que, al menos, me contestaran cuando saludaba.

Me dije que a lo mejor no me había oído y decidí repetir mi saludo.

Vi entonces cómo cerró los ojos y apretó los labios. Luego abrió de golpe ambas partes de esa anatomía facial y se giró hacia mí.

Me quedé parado. ¿De qué me sonaba su cara?

Sabía que la había visto recientemente en algún sitio, pero no era capaz de recordar dónde. No situaba quién era aquella mujer que me observaba con los ojos muy abiertos. Sin duda, para ella

también había sido una sorpresa toparse conmigo, a juzgar por cómo me miraba.

—Hola —me dijo entonces, algo tímida.

—Hola —repetí yo de nuevo mientras intentaba ubicarla.

—Marc, ¿verdad? —me preguntó entonces.

Asentí, dándole aún vueltas a quién podría ser ella.

—Perdona que no sepa tu nombre —me excusé a continuación—, pero es que... no consigo saber quién eres y está claro que tú a mí sí que me conoces.

—Soy Abril. La novia que conociste ayer en el bar.

—¡Ah, ya! Eres a la que había plantado el...

—Sí, ésa —me cortó.

Eran increíbles los cambios que daban las mujeres cuando se maquillaban y se peinaban de otra manera. A veces costaba hasta reconocerlas, como me acababa de ocurrir a mí. En el caso de ella, además, para mi gusto y al contrario de lo que ocurría con otras, ganaba mucho sin tanto producto en el rostro. Y no es que vestida y maquillada de novia no estuviera guapa, pero es que, vista así en aquel momento, al natural, me parecía que era más atractiva que con tanto artificio.

Ella se había girado de nuevo hacia la ventanilla, porque obviamente no quería que le recordara ese episodio, a todas luces incómodo y desagradable, y mucho menos quería que le viera la cara, ya que seguramente se sentía avergonzada por lo que le había ocurrido.

Entonces me vino a la mente que aquella mujer, antes de yo me levantara inesperadamente en aquel bar con la determinación recién tomada de largarme de la ciudad, me había preguntado si podría ayudarla con lo que le había pasado y con todo lo que se le venía encima... y no me había dignado siquiera contestarle. Me había ido de una manera un tanto abrupta, cosa que no era algo que yo hiciera normalmente. Sin embargo, las circunstancias me habían llevado a actuar de esa forma.

En todo caso, estaba claro que eso había sido muy poco cortés por mi parte y lo quise arreglar.

—Perdona que ayer me fuera tan inesperadamente —le comencé a decir—. Tenía que hacer una cosa urgente y ni siquiera me dio tiempo a contestarte cuando me pediste ayuda.

—No te preocupes —me respondió con una sonrisa a medias—. Entiendo que no quieras escuchar los problemas de los demás cuando no vas a cobrar por ello.

—Bueno, a ver, tampoco es eso. Simplemente necesitaba hacer algo que no podía esperar, pero por lo general no soy tan desconsiderado. En serio. Además, si estoy aquí es precisamente por haberme ido ayer tan rápido, así que, si quieres, podemos aprovechar y hablar ahora. Tenemos un montón de horas por delante —le propuse, con mi sonrisa más efectista.

Sin embargo, no pareció convencerle para nada lo que le había dicho.

Aquella mujer estaba herida por lo que le había pasado y me daba la sensación de que iba a hacer extensible su odio a todo el género masculino.

—Ahora no me apetece hablar —me soltó sin más.

Mira, al menos no necesitaba que nadie le trabajara la asertividad. A esa chica era obvio que

le sobraba y que era capaz de decir lo que pensaba sin reparo alguno.

Aguardé unos instantes por si cambiaba de opinión, pero después fui consciente de que al final sí que iba a tener un vuelo tranquilo, porque estaba claro que ella no se iba a poner a hablar conmigo para contarme su vida, así que me acomodé en el asiento, saqué mi iPad, los auriculares, me abroché el cinturón de seguridad y miré por última vez a aquella mujer antes de ponerme definitivamente los cascos para perderme en mi mundo con alguna película o música. No obstante, hubo una cosa que me llamó la atención. La tensión de su musculatura y sus movimientos descoordinados me dieron a entender que algo le ocurría.

—¿Nerviosa? —le pregunté, mirándola fijamente a los ojos. Quería saber si me contestaba la verdad.

—Si me miras así, sí —replicó sin dudar.

Sonreí. Definitivamente iba sobrada de asertividad.

—Si quieres, puedes cogerme la mano, si eso te sirve para estar más tranquila durante el despegue —le ofrecí, porque intuía que eso era lo que la preocupaba.

—No hace falta, gracias. Estoy bien —me contestó, a pesar de que no era cierto.

Podía ver el temor en sus ojos.

Abril

¡¿Cómo iba a cogerle la mano a aquel tipo que no conocía de nada?! Además, tampoco estaba tan nerviosa.

Sin embargo, aquel cacharro infernal comenzó en ese momento a moverse y el corazón empezó a latirme a demasiada velocidad..., la misma que estaba cogiendo el avión para efectuar su despegue. Nunca había volado y no sabía que mi cuerpo iba a reaccionar con tanta ansiedad.

Se me taponaron los oídos, se me tensó toda la musculatura, me comenzó a faltar el aire cuando mi cuerpo se pegó al asiento por la fuerza del aparato para poder elevarse y quise morirme, porque aquellas sensaciones estaban siendo muy desagradables para mí, así que cerré los ojos y me sujeté con fuerza a los apoyabrazos.

—¿Estás bien? —me preguntó de nuevo aquel tipo.

No pude contestarle. El miedo me había paralizado y fui incapaz de articular palabra.

—Abril... Abril... —Oía su voz, pero como si estuviera a muchos metros de distancia—. Oye, mírame, eh, mírame...

Sentí entonces el calor de unas manos sobre mi rostro acariciando mis mejillas.

Abrí los ojos. Marc estaba frente a mí, observándome atentamente con cara de preocupación.

—No dejes de mirarme, Abril —me pidió a continuación, y lo hice—. Estás comenzando a hiperventilar, así que intenta respirar más despacio. Vamos, respira conmigo —me pidió, al tiempo que me mostraba cómo lo hacía él.

Intenté seguirlo. Intenté no pensar en nada y centrarme sólo en respirar al ritmo que él me estaba marcando y mirarlo como me había pedido.

Poco a poco me fui calmando. Poco a poco mis músculos se fueron relajando y comencé a aflojar la fuerza con la que agarraba los apoyabrazos y entonces pude fijarme más detenidamente en aquel hombre que tenía delante. Era de pelo castaño y con unos rasgos bien perfilados y definidos. Sus ojos, del color del caramelo, tenían una mirada sincera. Sus labios, gruesos y enmarcados por una barbita de pocos días, escondían unos perfectos dientes blancos. Y, por último, su varonil nariz equilibraba el conjunto, procurándole mucha masculinidad.

Era bastante atractivo.

Él también me estaba mirando fijamente, pero porque evaluaba cómo me estaba sintiendo. Sabía que ya había conseguido relajarme bastante, pero supongo que todavía tenía miedo de que comenzara a sentir ansiedad de nuevo.

—¿Te encuentras mejor? —me preguntó entonces.

—Sí, gracias —le contesté, girando la cara y retirándola, por tanto, de entre sus manos. Me sentía avergonzada por haberme comportado de aquella manera, para mí, tan infantil.

Marc se quedó parado en un principio, sin cambiar la postura que había adoptado de cercanía hacia mí, pero, tras unos instantes de duda, volvió a la posición que mantendría el resto del viaje.

Ya no hablamos más en todo el trayecto. Él se puso sus cascos y comenzó a ver una película. Yo, por mi parte, saqué un libro y empecé a leer.

Por suerte para mí pude mantenerme relajada el resto del tiempo y la ansiedad no volvió a hacer acto de presencia, ni siquiera a la hora de aterrizar, cosa que me alegró sobremanera. Con haber dado el espectáculo una vez delante de aquel tipo ya había tenido suficiente.

Después de bajar del avión me despedí de él y, aunque luego lo volví a ver mientras esperábamos para recoger el equipaje en la cinta transportadora, ya no volvimos a hablar.

Sin embargo, cuando me subí al autobús que debía llevarme hasta el hotel, descubrí que también estaba allí. Parece ser que íbamos a coincidir en el mismo *resort*.

Fede y yo habíamos escogido uno que tenía cinco hoteles dentro del mismo complejo y, de esos cinco, habíamos elegido, por recomendación de la chica de la agencia, el que estaba destinado únicamente a adultos. Nos había explicado que aquellos *resorts* eran muy frecuentados por familias completas, con lo que eso suponía en cuanto a ruidos y molestias al haber un número muy elevado de niños. Así que nos convenció sin mucho esfuerzo, porque lo que queríamos era poder relajarnos y descansar después de todo el estrés que habíamos tenido, sobre todo yo, con los preparativos de la boda.

Enseguida constaté que no nos habíamos equivocado con aquella decisión, porque, al hacer el autobús todo el recorrido por los diferentes hoteles para ir dejando a la gente, pude observar cómo el ambiente en ellos era del todo menos tranquilo, así que me alegré cuando por fin llegué al mío y vi la calma que se podía respirar en él. Nos habíamos quedado en el autobús sólo Marc y yo. Por lo visto él también había solicitado un lugar tranquilo para sus vacaciones.

En parte me alegré de que se quedara por allí cerca. Aunque no lo conociera mucho, al menos era alguien a quien poder acudir en caso de apuro.

Nada más vernos bajar del vehículo, alguien del personal del hotel acudió a nosotros con dos copas de algún cóctel de un color muy llamativo. El primer trago me sentó fenomenal. El calor y la humedad que había allí habían hecho que me entrara mucha sed, así que decidí, mientras Marc pasaba por el mostrador de recepción para hacer su *check-in*, que me iba a sentar en aquel impresionante lobby a descansar unos minutos y beberme tranquilamente aquel delicioso mejunje. Además, también aproveché para mandarle un mensaje a mi madre, diciéndole que el viaje había ido bien y que había llegado al hotel, para que se quedara tranquila.

—Ya me han puesto la pulserita —me dijo Marc con una sonrisa, enseñándome su muñeca cuando terminó de registrarse—. Ya puedo beberme medio bar si quiero. —Le sonreí—. Bueno, pues supongo que ya nos veremos por aquí —añadió a continuación—. De todas formas, si en algún momento te apetece, podemos tomarnos algo y charlar tranquilamente. No sé... ya que

ambos venimos solos... —No le contesté. No sabía si me iba a apetecer o no. Quizá necesitara hablar en algún momento, pero quizá también necesitara precisamente todo lo contrario—. Bueno, ya lo iremos viendo sobre la marcha —concluyó al ver que no le respondía—. Disfruta de tus vacaciones, Abril.

—Lo mismo te digo, Marc. Nos vemos.

Dicho esto, dándose media vuelta, desapareció de allí.

Yo respiré profundamente antes de levantarme para ir a la recepción y hacer el *check-in.* Después me dirigí, siguiendo las instrucciones que me habían dado, a la que iba a ser mi habitación durante los próximos quince días, pero antes quise recrearme un poco con la belleza de aquel lugar.

La playa se veía desde el camino de acceso al edificio donde estaba situada la *suite* en la que me habían acomodado y quise acercarme a verla. Por suerte, de la maleta, según me habían indicado, ya se encargaban ellos y me la encontraría en la habitación, así que pude sentarme unos minutos en la arena y contemplar aquel maravilloso entorno.

El color turquesa del mar, junto con el verde esmeralda de la naturaleza que casi se adentraba irrespetuosa en él, constituían un repertorio de tonalidades perfectamente armónicas que teñían un paisaje absolutamente idílico y espectacular.

Me quedé casi sin aliento, porque comenzaba a ser consciente de dónde me encontraba y de lo que me quedaba por vivir durante los días que estuviera allí. Sin duda, pensaba aprovecharlos al máximo.

De hecho, acababa de decidir que las horas que me quedaban de luz solar las iba a pasar en aquella playa que me había parecido tan relajante, así que me puse en pie y me encaminé de nuevo hacia la habitación, con la intención de abrir la maleta, colocar algunas cosas en el armario y el baño, ponerme el bikini y volver a aquel impresionante lugar.

Mis vacaciones acababan de comenzar.

Cuando entré en la *suite* vi que ya me habían dejado allí el equipaje... pero debían de haberse confundido, porque había también otro que no me pertenecía. Me acerqué al teléfono para llamar a recepción, cuando oí la puerta del baño abrirse.

Me quedé completamente paralizada hasta que mi mente pudo entender qué ocurría allí. Marc acababa de salir casi completamente desnudo de él; tan sólo llevaba una toalla blanca alrededor de la cintura y parecía recién duchado, a juzgar por el olor a gel y las gotas de agua que recorrían, caprichosas, su perfectamente esculpido cuerpo.

Tragué saliva unos segundos después, porque haber estado con la boca abierta mientras mi cerebro procesaba lo que estaba ocurriendo había hecho que mi garganta se resecara bastante.

—¿Qué...?, ¿qué haces tú aquí? —le pregunté, muy confusa.

—Perdona, pero eso debería preguntártelo yo a ti, ¿no crees? Eres tú la que estás en mi habitación.

Miré la tarjeta que se usaba a modo de llave, que aún llevaba en la mano, para comprobar el

número de *suite* y, sin decir una sola palabra, pasé al lado de Marc, que me miraba atónito mientras yo salía a comprobar el número que había grabado en la puerta de entrada.

Ambos coincidían. Aquel tipo, por tanto, estaba equivocado.

—Marc, te has confundido de habitación. Ésta es la mía.

—A ver... no puede ser. Un botones me ha acompañado hasta aquí y él mismo me ha abierto con la llave que luego me ha entregado —me explicó mientras cogía su tarjeta y la miraba para confirmar que el número de su llave también coincidía con el de la puerta—. ¿Lo ves?

No me podía creer lo que estaba pasando. Obviamente tenía que haber algún error y uno de los dos no estaba en la habitación que le correspondía.

Le propuse que fuésemos a recepción para que nos aclararan allí quién de los dos estaba equivocado.

—Vale, dame un segundo para que me vista —me pidió.

—Sí, claro. No hay prisa —le contesté.

Marc carraspeó.

—No es que tenga ningún problema en quedarme desnudo delante de nadie, pero a lo mejor a ti no te parece bien —me comentó al tiempo que hacía un amago de quitarse la única prenda que le cubría el cuerpo mientras yo lo seguía mirando absolutamente embobada.

—Ay, perdón... Sí, ya salgo. Me voy fuera para que puedas cambiarte —acabé diciendo mientras salía y cerraba la puerta de la *suite* totalmente abochornada.

¡Pero ¿qué les pasaba a mis hormonas?!

No tardó ni dos minutos en ponerse unas bermudas y una camiseta y salir.

Al cabo de otros dos, habíamos llegado al lobby del hotel y nos acercamos a recepción.

—Buenas tardes —comenzó a decir Marc, con su llave en la mano, dirigiéndose al mismo empleado que nos había hecho el *check-in* a ambos—. Verá... tiene que haber habido algún tipo de confusión, porque nos han asignado la misma habitación a ambos.

El hombre nos miró a uno y a otro, aparentemente sin comprender lo que le había dicho Marc.

—¿Y cuál es el problema? —inquirió a los pocos segundos, ante nuestro asombro.

—¡¿De verdad se lo tengo que explicar?! —le soltó, un tanto molesto.

—Pues me temo que sí. Discúlpeme.

Marc, que lo miraba atónito, fue a coger aire para responderle, pero yo me adelanté.

—Oiga, está claro que aquí hay algún tipo de error. Nos han dado la misma habitación a este señor y a mí...

—Perdona, ¿me has llamado señor? —me preguntó Marc, cortándome mientras se giraba para mirarme con su ceja derecha elevada.

—Bueno, era para darle más énfasis a eso de que no podemos compartir habitación porque apenas nos conocemos —le aclaré.

—Uy, con los años que les quedan de matrimonio por delante, no se preocupen por eso de no conocerse aún —intervino el recepcionista. Me giré para observarlo, estupefacta por lo que

acababa de oír, mientras Marc continuaba mirándome a mí—. Además, si a eso vamos, en realidad nunca se acaba de conocer a alguien.

Marc giró entonces la cabeza para mirar de nuevo a ese tipo que evidentemente lo había entendido todo mal.

—Perdone, pero es que nosotros dos no somos matrimonio —replicó—. Esta *señora* y yo —dijo a continuación, poniendo mucho énfasis en la palabra «señora»— no estamos casados. De hecho, ni siquiera somos pareja.

Estaba claro que lo de llamarlo «señor» le había molestado bastante.

—¡¿Ha dicho usted que no son marido y mujer?! —preguntó entonces el recepcionista, empezando a comprender la gravedad del error.

—Efectivamente —le contestamos los dos al mismo tiempo.

—Uy, pues eso sí que es un problema de verdad. —Menos mal que aquel hombre ya comenzaba a entenderlo—. Porque, si eso es así, no les podemos regalar la cena romántica ni el masaje que viene con su paquete de recién casados.

Nos quedamos mirándolo como dos auténticos idiotas.

Fui a hablar, pero Marc puso su mano encima de la mía, que reposaba sobre el mostrador, como gesto para indicarme que le dejara a él, y lo hice. Porque yo ya estaba demasiado nerviosa como para contestarle de una manera tranquila y razonable a ese tipo.

—A ver, caballero, si conseguimos hacerle entender cuál es el verdadero problema de todo esto —comenzó a decirle, haciendo un verdadero acopio de paciencia—. Me dan exactamente igual los regalos que iba a hacerles el hotel por su luna de miel a Abril y a su... y al imbécil que iba a ser su marido —se corrigió—. Lo importante ahora es que ella debe tener su habitación, y yo, la mía, porque... y aquí es cuando usted tiene que prestarme mucha atención, ella y yo no estamos casados, pero es que tampoco somos pareja, ni tan siquiera nos conocemos, por lo que no podemos alojarnos en la misma *suite*. Ella hizo la reserva por su cuenta y yo la hice por la mía, así que hágame el favor de comprobar en el ordenador qué tipo de error ha habido y, sobre todo, indíquenos qué habitación nos corresponde a cada uno para que podamos empezar a disfrutar de nuestras vacaciones.

Podía oír el engranaje del cerebro de aquel tipo chirriar mientras procesaba toda la información que le había dado Marc. «Demasiadas palabras juntas», parecía decir su cara, con el gesto que tenía de no comprender nada.

Al cabo de casi un minuto, en el que yo estuve tentada de pellizcarlo por si había sufrido algún tipo de colapso, bajó la mirada, dirigiéndola al ordenador, y comenzó a teclear algo.

Al cabo de diez minutos más de espera, en los que aquel recepcionista no hacía más que seguir tecleando por un lado, clicando su ratón por el otro y resoplando lo suficiente como para haber creado una tormenta tropical después de haber hablado con su encargado y el director del hotel, nos dijo lo siguiente:

—Me temo que van a tener que compartir ustedes la habitación si quieren seguir aquí de

vacaciones.

Aquel hombre nos observó con mucha cautela.

Marc sonrió, desesperado, al tiempo que agachaba la cabeza, negando, mientras yo me quedaba paralizada.

—¡¿Cómo ha dicho?! —atiné a preguntar, sin querer creer lo que acababa de oír.

—Lo siento, señora. No le puedo decir otra cosa.

—¡¿Me ha llamado usted «señora»?! —lo interpelé, más molesta aún.

—¡¿A que jode?! —me soltó entonces Marc.

Lo miré a él, después miré a aquel recepcionista y después me giré para irme a... ¿a dónde demonios me iba a ir?

¡Dios, qué pesadilla!

—A ver... —comenzó a decir de nuevo Marc, intentando serenarse—, está claro que ha habido un error...

—Sí —empezó a explicarle el empleado del hotel—, en un principio se hizo la reserva a nombre de la... señorita —dijo muy cauteloso, dirigiéndome una rápida mirada— y de otra persona, y después nos llamaron para cambiar el nombre del acompañante.

—¿Y les dieron el mío? —preguntó Marc, a pesar de que ya conocía la respuesta.

Aquel tipo simplemente asintió mientras esperaba, circunspecto, nuestra reacción.

Yo seguía sin poder articular palabra.

—Vale... y, llegados a este punto, ¿no podrían darle otra habitación a ella?

—¡Oye, perdona! —exclamé—, que la habitación estaba reservada a mi nombre desde hace ya mucho tiempo.

—Ya, pero yo la he ocupado primero —resolvió Marc.

Resoplé por no empezar a decir, hecha una furia, todo lo que estaba pensando.

—Me temo que no nos queda ninguna habitación libre —nos soltó entonces el recepcionista, en un intento de frenar la discusión que se avecinaba entre Marc y yo.

Nos giramos los dos al mismo tiempo a mirarlo y debimos de darle mucho miedo, porque incluso se echó un paso para atrás.

—Vale —continuó diciendo Marc en un nuevo conato de intentar resolver el problema—, ¿qué opciones tenemos?

—La única opción es que compartan la *suite*, señor. Lo siento mucho, pero me temo que no es sólo que nosotros no tengamos habitaciones libres en todo el complejo, es que, en las fechas en las que estamos, no van a encontrar una disponible en un radio de cien kilómetros al menos.

—¡¿Qué?! —exclamé, estupefacta.

—Lo siento, señorita —me dijo a continuación el recepcionista, encogiéndose de hombros y poniendo cara de circunstancias.

—Abril, voy a llamar a la agencia de viajes —me anunció Marc—. Ellos tienen que poder hacer algo.

—Pueden llamar ustedes si quieren y ellos les explicarán qué es lo que ha pasado para que estén en esta incómoda situación. Incluso a lo mejor les compensan de alguna manera. Desde luego deberían hacerlo, desde mi punto de vista. —Comentó el recepcionista—. Pero mucho me temo que, aun así, no van a poder solucionar, de ninguna forma, el problema de tener que compartir la habitación si quieren seguir ambos aquí de vacaciones.

Marc y yo estábamos completamente abrumados.

Yo no era capaz de articular palabra, porque lo único que ocupaba mi mente era la disparatada idea de tener que compartir, durante mis quince días de estancia en aquel paraíso, la habitación con un absoluto extraño. ¿Cómo demonios iba a poder sobrellevar eso?

Me alejé de aquel mostrador y me dejé caer, completamente abatida, en uno de los sillones del lobby.

Oía a Marc discutir a través del móvil con alguien de la agencia de viajes, pero desconecté completamente de la conversación que estaba manteniendo, porque ya no me interesaba. Sabía que, pasara lo que pasase, aquello ya no iba a tener solución. Ya nos lo había advertido el recepcionista del hotel.

Las vacaciones no se podían haber complicado más y haber empezado peor.

Marc

Aunque intenté hacerle comprender la situación a aquel inepto de la agencia de viajes, no conseguí nada más que frustrarme enormemente por su actitud y su falta de consideración, pero sobre todo por su falta de ser un poco más resolutivo y darme al menos una solución plausible al error que ellos, siendo tan tremendamente incompetentes, habían cometido.

Pero no había ninguna otra opción a la que pudiéramos agarrarnos. Tal y como nos había explicado el recepcionista, no había ningún alojamiento en aquel rincón del planeta que tuviera una sola habitación disponible que pudiéramos ocupar Abril o yo.

Colgué, exasperado, y la busqué con la mirada.

Estaba sentada en unos de los confortables sillones que tenía aquel hotel para dar la bienvenida a sus huéspedes. La nuestra no estaba siendo demasiado acogedora, pero lo peor era que no sabía cómo iba a explicarle a aquella mujer que, lo quisiéramos o no, tendríamos que compartir la *suite*... porque tampoco había opción de volver a España. Ya lo había preguntado también. Todos los vuelos estaban completos.

Me dirigí hacia ella, me paré delante, cogí aire y comencé a hablar, esperando que Abril no pagara conmigo la frustración que aquella situación le estaba generando. Porque, aunque yo no tenía culpa de nada, lo había visto muchas veces en mi consulta. Había visto cómo se tiende a culpar al otro de lo que a uno le pasa cuando hay una situación que, por las razones que sea, te estresa o te desborda.

—Abril, no me han ofrecido ninguna solución. Desde la agencia me han dicho que nos reembolsarán al menos la mitad del coste del viaje, pero que no pueden hacer nada para que tengamos cada uno nuestra habitación... ni aquí ni en ningún otro hotel de la zona. Lo siento —terminé diciendo mientras me agachaba y me ponía a su altura, para poder verle la cara e intentar adivinar qué le estaba pasando por la cabeza en aquel momento.

Levantó la vista y me miró fijamente. Estaba cansada.

No dijo absolutamente nada, así que tomé las riendas.

—Mira, si te parece podemos acordar unas normas y también un horario para el uso del baño, por ejemplo. No sé, si nos organizamos, a lo mejor lo podemos llevar bien. ¿Qué te parece?

No me contestó. Únicamente continuó mirándome sin expresar absolutamente nada. Parecía sopesar lo que le había dicho... y todo lo demás.

Supongo que se tarda un poco en asumir que vas a pasar los siguientes quince días compartiendo habitación con un extraño, máxime cuando ese viaje lo has hecho intentando huir

de una decepción amorosa para poder estar sola y pensar.

—Abril...

—Vale —me respondió sin cambiar su semblante—, no será tan diferente a como cuando se comparte piso siendo estudiante. No digo con esto que me haga gracia tener que convivir contigo, pero no quiero pasar más tiempo lamentándome de algo que no tiene solución. Sólo quiero comenzar de una maldita vez mis vacaciones y aprovechar el tiempo, no perderlo.

Me gustaba esa mujer, porque ésa era la actitud correcta para poder solventar un problema y muy poca gente era capaz de tenerla. Sin embargo, ella, a pesar de todo por lo que había pasado, ahí estaba, tratando de ser positiva.

—De acuerdo —le dije, aún un poco impresionado porque se hubiera tomado las cosas de una manera tan serena—. Pues, si quieres, nos vamos para allá y lo vamos hablando por el camino.

Simplemente asintió, se levantó y comenzó a andar. La seguí sin poder evitar fijarme en sus movimientos. Tenía la completa certeza de que Abril era de esas mujeres que volvía locos a los hombres sin ni siquiera saberlo. Porque esos movimientos, completamente inocentes, desprendían esa sensualidad que hacía que cualquier tío se volviera a mirarla, pero ella no era consciente de ello, y esa ingenuidad la hacía más atractiva todavía.

Lo que no tenía tan claro era qué demonios hacía yo pensando en esas cosas cuando mi vida en el terreno sentimental era un completo y absoluto desastre. No era el mejor momento para mí, y mucho menos lo era para fijarme en otra mujer. No hasta que no hubiera solucionado todos los problemas que tenía con Nerea, que no eran pocos.

—Espero que no ronques —oí que me decía, sacándome de mis pensamientos.

—Eh... No, no. Vamos, eso creo —le respondí, un poco extrañado porque ésa fuera su mayor preocupación. De nuevo volvía a sorprenderme—. Nunca se me ha quejado ninguna mujer de eso —terminé por aclararle, aunque me arrepentí en el mismo instante en el que la última palabra salió de mi boca.

—¿Con tantas has dormido? —me preguntó entonces, haciéndome parecer en ese momento un tío que quiere dar la imagen de sobrado.

Nada más lejos de la realidad. Ni quería dar esa imagen ni yo era un sobrado. Es más, odiaba a los tipos que tenían esa actitud, que desde mi punto de vista sólo estaban, precisamente, evidenciando que eran tíos con demasiadas inseguridades.

—Yo no he dicho que fueran muchas. Sólo he dicho que ninguna, hasta ahora, se ha quejado de eso. De todas formas, no creo que sea de tu incumbencia la cantidad de mujeres con las que yo me haya acostado —repliqué, algo molesto.

—No, por supuesto que no. Perdona —me contestó. Parecía arrepentida—. No sé por qué te he hecho una pregunta así. Obviamente ni siquiera me interesa la respuesta.

Eso me picó... Iba a decir que no sé por qué, pero en el fondo sí que lo sé: lo que pasa es que me cuesta reconocerlo. La indiferencia de una mujer es siempre un reclamo para todo hombre, aunque no se tenga un interés real en ella, como era mi caso.

—Compartiremos la habitación, pero no la cama ni el cuarto de baño —me soltó a continuación.

—Lo del baño lo entiendo. Podemos hacer turnos con horarios para su uso y ya está, pero... lo otro, no lo comprendo.

—¡No voy a dormir contigo en la misma cama, Marc!

—¿Por qué no?

—¡¿Cómo que por qué no?! No te conozco de nada, no sé quién eres. ¿Y si eres un depravado sexual?

Me eché a reír. No lo pude evitar.

—Si fuera un depravado sexual, como tú dices, compartiendo habitación como lo vamos a hacer, ya te digo yo que el menor de tus problemas sería que durmiera contigo en la misma cama.

—Bueno... ¿y si en mitad de la noche te levantas con un calentón y yo soy lo que más a mano tienes?

—En caso de que eso ocurriera, lo que ya te adelanto que es altamente improbable, utilizaría otros métodos para aliviar ese calentón —le contesté, divertido. Me había hecho gracia su ocurrencia—. Además, si a eso vamos, yo también debería estar preocupado porque al contrario también ocurriera. ¿Y si eres tú la que te despiertas cachonda en mitad de la noche y te quieres aprovechar de mí?

—¡No digas tonterías! ¡¿Cómo iba yo a querer aprovecharme de ti?!

—¿Y por qué no?

—Pues porque... porque... pues porque no eres mi tipo.

—Ah, ya... ¿Y cuál es tu tipo de hombre? ¿Uno que no te haga disfrutar en la cama y que tenga un pene aburrido? —le pregunté, poniéndome a la defensiva y haciendo un uso muy poco ético de la información que ella misma, inocentemente, me había facilitado unas cuantas horas atrás.

Me había pasado, mucho, y era consciente de ello.

—¡Eres un cerdo! —me escupió Abril, parándose delante de mí. Se me quedó mirando muy dolida.

—Lo siento —le dije completamente avergonzado por mi actitud. Nunca había usado la información a mi favor de una manera tan ruin—. Me he comportado como un completo gilipollas diciéndote eso. No sé por qué lo he hecho. No es algo propio de mí.

Aquella mujer me seguía mirando con ira. Le había dado donde más dolía y eso era probablemente lo que más le había fastidiado. Mis palabras habían sido un golpe bajo en toda regla, algo que sin duda no se podría repetir si quería que nuestra convivencia durante los próximos quince días fuera llevadera.

—Mira, de verdad que siento mucho lo que te he dicho —le repetí—. No puedo estar más arrepentido y avergonzado. Por favor, acepta mis disculpas, Abril.

Lo hizo. A regañadientes, porque aún seguía dolida, pero supongo que vio en mis ojos que

estaba siendo sincero.

—Las acepto, pero no vamos a dormir en la misma cama —sentenció a continuación, decidida y reanudando la marcha.

Suspiré. No pensaba dormir en el sofá, pero tampoco quería seguir discutiendo con ella, así que, simplemente, no dije nada. Ya encontraría el momento adecuado para convencerla de que no pasaba nada por dormir los dos juntos en la misma cama.

Sin darnos cuenta ya habíamos llegado a la habitación. La abrí con mi llave y le hice un gesto para que pasara. Cuando entramos me di cuenta de que encima de la cama, al lado del cisne hecho con una toalla blanca que solían poner de adorno, había un sobre. Lo cogí y fui a abrirlo, pero me detuve.

—Abril, han dejado aquí un sobre, ¿lo abro? —Se me quedó mirando sin decir nada—. Te pregunto porque no sé a quién de los dos va dirigido, no lleva nombre.

Ella se acercó a mí, lo cogió y lo abrió.

—Es la tarjeta con la fecha y hora que nos han dado para el masaje en pareja y la cena romántica que el hotel nos regala por estar en nuestra luna de miel, *cariño* —me dijo con sorna.

Sonreí.

—¿Y por qué no lo aprovechamos? Quiero decir, ya que nos han hecho esta puñeta, por lo menos que nos resarzan con algo, ¿no?

—El hombre de la recepción dijo que si no éramos recién casados tendrían que retirar esos regalos.

—Sinceramente, no creo que se atrevan a hacerlo. Estaría muy feo por su parte. Además, no tenemos nada que perder. —Le quité la tarjeta y comencé a leerla—. Aquí pone que la cena es esta noche. A las nueve habría que estar en el restaurante.

Abril me miraba con los ojos muy abiertos.

—Marc, ¿tú entiendes que esa cena está preparada para dos personas que se acaban de casar y que, por tanto, estará montada para ser de lo más romántica?

—Sí, ¿y?

Abril se quedó mirándome fijamente durante un rato, sin decir absolutamente nada.

—¿Siempre lo ves todo tan fácil? —me preguntó a continuación.

—Pues... sí, supongo que sí. ¿Por qué?

—Pues porque, si eso es así, la vida contigo tiene que resultar muy sencilla —me soltó entonces.

Eso me gustó. Mi ego lo celebró ampliamente.

—Intento siempre que lo sea. Ya tenemos bastantes dificultades a nuestro alrededor como para complicarnos más nosotros mismos con cosas que pueden tener solución. —Ella seguía sin dejar de observarme. No sabía qué se le estaba pasando por la cabeza, pero una cosa sí tenía clara: yo no la estaba dejando indiferente—. Venga, Abril —continué diciéndole, para terminar

de convencerla—. Seguro que nos divertiremos y, si no, si en algún momento te sientes incómoda, siempre puedes largarte a cenar a cualquier otro restaurante del hotel.

Le puse mi sonrisa más amable y esperé con cierta impaciencia a que me contestara, porque de repente me pareció que podría ser interesante compartir conversación con ella y conocerla un poco más.

Abril

Aquello era un despropósito encadenado a otro, pero no quise ni pensarlo. Decidí dejarme llevar. Decidí seguirle la corriente al cosmos, que en tan peculiar situación me había colocado, y ver qué ocurría.

A lo mejor me venía bien precisamente la visión de un psicólogo para poder centrarme y empezar a pensar en cómo quería que fuera mi vida de ahí en adelante.

—Vale —le contesté a Marc—. Yo tengo pensado ir un rato a pasear por la playa para estar tranquila y poder pensar —le dejé caer—. Volveré sobre las ocho, para darme una ducha. El baño lo dejaré libre sobre las ocho y media, ¿eso está bien para ti?

Marc me sonrió y después asintió.

Esperé que hubiera pillado lo de que quería ir sola a la playa. No quería tener más enganchadas con él. Había aceptado, resignada, el hecho de tener que compartir habitación, porque no me había quedado otro remedio, y había aceptado aprovechar la cena que nos brindaba el hotel con él, sinceramente, no sabía por qué. Pero, aparte de eso, no pensaba pasar más tiempo con aquel desconocido. Necesitaba ese tiempo para mí, para aclararme y para centrarme, así que deseaba estar sola, reflexionando y disfrutando de aquel maravilloso entorno.

—Me parece perfecto —contestó Marc a mi propuesta de horario para el uso del baño.

Se me quedó mirando y yo a él, sin saber qué más decirnos.

Carraspeé y comencé a andar. Pasé a su lado, me dirigí hacia mi maleta, la abrí, saqué mi bikini de ella y me encerré en el baño para ponérmelo.

Cuando salí, me di cuenta de que Marc había hecho lo mismo mientras yo había estado en el aseo y me asaltó una pregunta... «¿Qué hubiera pasado si yo hubiera salido antes de lo previsto de allí y lo hubiera pillado cambiándose?»

A lo mejor a él no le molestaba mostrarse desnudo delante de los demás, pero estoy segura de que, a mí, verlo como Dios lo trajo al mundo, me hubiera hecho sentir incómoda. Así que eso sería algo que tendría que aclarar con él... y decidí que lo haría esa misma noche, durante la cena. Cuanto antes sentáramos las bases de nuestra obligada convivencia, mucho mejor.

Carraspeé de nuevo para llamar su atención.

—Me voy... Hasta luego —le dije conforme salía por la puerta y la cerraba tras de mí.

Aquello no iba a funcionar. Iba a ser todo muy incómodo.

¡Qué mala suerte había tenido! Desde luego, el cosmos no me lo estaba poniendo nada fácil. Los dos últimos días de mi vida habían sido un completo y absoluto desastre.

Con ese pensamiento llegué a la playa.

Sin embargo, allí todo cambió.

En cuanto comencé a andar por la arena, me relajé. El sonido de las olas, su espuma acariciando mis pies, el olor a salitre inundando mis fosas nasales y la maravillosa visión del espectacular paisaje que se abría ante mí hicieron que, de repente, me olvidara de todo.

Aquello era una auténtica delicia para los sentidos. Una amalgama de sensaciones recorrió mi cuerpo, provocándome un estremecimiento que hizo que mi piel se erizara, porque todo lo que había allí era simplemente una maravilla de la naturaleza.

Decidí entonces darme un baño para refrescarme. Dejé mi toalla en una de las hamacas que el hotel había dispuesto a lo largo de la playa para sus clientes y me metí en aquellas aguas turquesas que tantas veces había visto por la televisión y que en ese momento podía disfrutar en directo.

Desde allí pude observar parte del complejo en el que me encontraba. Era muy grande, porque las habitaciones estaban distribuidas en diferentes edificios con tan sólo tres alturas cada uno. La piscina también tenía unas dimensiones más que considerables, y en ella había una palapa —así era cómo llamaban los locales a cualquier edificio que estuviera cubierto por un techado de palmas secas—, donde servían cócteles que podías tomar estando incluso sentado en la propia piscina.

En la playa, a pesar de la gran cantidad de hamacas que había, no se veía demasiada gente, lo cual era de agradecer. Tan sólo había un grupo pequeño de jóvenes que, en contra de todo pronóstico, estaban tumbados sin montar demasiado escándalo. Probablemente estuvieran reponiéndose de la juerga de la noche anterior y preparándose para la que de nuevo se correrían esa noche.

—Hola. —Una voz me sobresaltó, sacándome del relax que me había provocado estar flotando en el agua sin otro quehacer que observar todo lo que tenía a mi alrededor. Me giré y sólo pude ver a un tío que me miraba sonriendo—. Perdona, te he asustado, ¿verdad? —me preguntó a continuación.

—No, no te preocupes... Es que no esperaba que nadie me hablara.

Aquel tipo me miró, divertido y sorprendido al mismo tiempo.

—¿No esperabas que nadie te hablara? —me preguntó, todavía sonriendo—. Y, eso, ¿por qué?

—Bueno, a ver... Es que no conozco a nadie aquí.

—Ya, bueno, pero habrás venido con alguien, ¿no?

—Pues lo cierto es que no.

Se echó a reír.

—Eso sí que es interesante —me dijo a continuación. Lo miré sorprendida por su afirmación, lo que hizo que él continuara hablando—. Aquí la gente viene por dos razones: o están de luna de miel o vienen de vacaciones con amigos. En cualquier caso, siempre se viene acompañado.

—Ah... —le respondí, preguntándome en qué situación de las dos estaría él; aunque por la edad que aparentaba no me cuadraba que estuviera en su luna de miel.

—Yo estoy de viaje de fin de grado, como tutor —me explicó entonces, respondiendo así a mi curiosidad—. Si quieres, te puedo presentar a mis alumnos —me ofreció, al mismo tiempo que señalaba hacia la playa y las hamacas donde había visto al grupo de jóvenes.

Le sonreí y luego negué con la cabeza.

—Te lo agradezco, pero he venido para... —¿De verdad quería contarle a aquel tío por qué estaba allí? No, mejor no hacerlo—. Mira, te lo agradezco de verdad, pero de momento prefiero ir un poco a mi rollo.

Sabía que aquella contestación no había sido demasiado cortés, pero no me apetecía perder el tiempo con una gente que seguramente no me iba a aportar nada.

—Vale, pero, si en algún momento cambias de opinión y quieres unirte a nosotros, no tienes más que decírmelo. Por cierto, me llamo Yon.

Aquel tío seguía mirándome de una manera a la que no estaba acostumbrada. Me noté rara entonces. Había comenzado a sentirme incómoda y por eso decidí irme.

—Bueno, pues ya nos veremos —me despedí mientras me daba media vuelta y salía del agua. A continuación, me dirigí hacia la hamaca donde había dejado la toalla, la cogí, me envolví con ella y comencé a andar.

Poco después me pudo la curiosidad y me giré. Aquel tipo se había quedado en el agua, pero continuaba mirándome. Me quedé observándolo.

—¡No me has dicho cómo te llamas! —me gritó entonces.

¡Joder!

Me di media vuelta sin contestarle siquiera.

Resulta que me había sentido incómoda porque un tipo desconocido se había acercado a hablar conmigo. Acababa de darme cuenta de que estaba totalmente desentrenada en esas lides.

Me dije que eso era algo que debería solucionar, porque volvía a estar en el mercado y, si quería conocer a algún hombre, tendría que ponerme las pilas y aprender a tener una conversación con alguien del sexo opuesto sin ponerme nerviosa como me acababa de ocurrir.

No llevaba reloj, así que esperaba no llegar tarde a la hora que le había dicho a Marc que estaría para ducharme. Me lo había quitado nada más bajarme del avión, porque odiaba tener que estar pendiente de la hora en las vacaciones como tenía que hacer durante todo el año.

Cuando llegué a la *suite*, dudé si entrar directamente o llamar antes, ya que no sabía si Marc estaría allí. Me decanté por lo segundo, porque, en el caso contrario, a mí sí que me gustaría que él me advirtiese antes de entrar.

Diez segundos después, me abrió la puerta.

—¿Se te ha olvidado la llave? —me preguntó nada más ver que era yo.

—No, pero es que no he querido entrar sin más, por si estabas haciendo algo..., ya sabes...

Marc me miraba sin comprender.

—No, no sé.

—Pues yo que sé, Marc. He pensado que lo lógico era llamar antes de entrar y punto —le solté, bastante cabreada por la situación, metiéndome directa en el cuarto de baño sin esperar a lo que él tuviera que decirme.

Abrí el grifo de la ducha, me desnudé y me metí debajo del chorro de agua para quitarme toda la sal que llevaba encima.

Cuando terminé, me envolví en la toalla y entonces me di cuenta de que no había cogido la ropa que había pensado ponerme, así que tenía que salir a por ella.

Me aseguré de que la toalla estuviese bien sujeta y no se me pudiera caer y entonces abandoné el baño. Marc, que por cierto ya se había duchado y cambiado de ropa antes de que yo llegara, estaba en la terraza, contemplando la puesta de sol, y no me oyó, por lo que cogí rápidamente todo lo que necesitaba y me encerré de nuevo en el cuarto de baño sin que él se enterase siquiera.

Cuando terminé de arreglarme, salí y me lo encontré sentado en el sofá de la habitación, con el aire acondicionado a toda caña y haciendo un repaso de todos los canales de televisión.

—¡Madre mía, esto parece la Antártida! —le dije al tiempo que notaba cómo se me erizaba la piel.

Marc se me quedó mirando unos instantes y después cogió el mando del aire y lo apagó.

—Perdona, es que soy muy caluroso.

—Pues vamos a tener un problema —le anuncié—. Porque yo soy muy friolera.

Si es que aquello no tenía ni pies ni cabeza. ¿Cómo íbamos a convivir dos perfectos desconocidos en aquellas condiciones? Eso sería una auténtica locura.

—No te preocupes, eso ya lo solucionaremos después. Ahora deberíamos irnos ya al restaurante o llegaremos tarde.

Simplemente lo seguí con la mirada mientras cogía su móvil y se dirigía hacia la puerta.

—¿Vamos? —me preguntó al tiempo que me hacía un gesto para invitarme a salir.

Marc

Llegamos al restaurante justo a la hora exacta a la que teníamos puesta la reserva.

Cuando dijimos la habitación en la que nos alojábamos, nos hicieron seguir a un camarero que nos condujo hasta la que sería nuestra mesa esa noche.

Abril no se había equivocado al pensar que aquella cena estaría preparada para ser de lo más romántica. Nos habían acomodado fuera del restaurante, en un cenador de madera que se adentraba en el mar gracias a una pasarela, también de madera, que habían adornado con velas y pétalos de flores.

Nos sentamos y el camarero nos explicó que todos los platos ya estaban servidos y que se encontraban bajo unas campanas de acero inoxidable dispuestas en una mesa auxiliar. También nos indicó dónde se encontraba la cubitera, en la que había una botella de vino y otra de champán, y a continuación se fue, dejándonos completamente solos en el entorno más idílico que había visto en mi vida.

Silbé, porque estar en aquel cenador sobre el agua, con un montón de velas encendidas a nuestro alrededor y con los colores del atardecer sobre aquel increíble mar era algo simplemente espectacular.

Después carraspeé al tiempo que dejaba de observarlo todo para centrarme en la que sería mi compañera de cena aquella noche.

—¿Lista para pasar una velada... cuando menos interesante? —le pregunté.

Ella se me quedó mirando sin ser consciente de que lo hacía, porque estaba claro que estaba pensando en algo que no era precisamente lo que yo le había preguntado.

—Abril...

—Sí, perdona, dime...

—¿Nos sentamos?

—Ah, sí, sí, claro —me contestó al tiempo que separaba su silla de la mesa y se acomodaba en ella.

Respiré hondo para intentar relajarme y me quedé embobado mirándola. Apenas se había arreglado; sin embargo, estaba preciosa con la luz del atardecer incidiendo sobre sus sonrojadas mejillas. Sus enormes ojos azules, tan expresivos como eran, contemplaban el horizonte con cierta tristeza.

—Abril...

Se volvió hacia mí y se me quedó mirando.

Una lágrima estaba descendiendo por su mejilla.

Sin pensarlo, cogí su mano, que reposaba sobre la mesa. Fue un acto reflejo. Después, con mi dedo pulgar, corté el camino de aquella lágrima que había provocado en mí cierto desasosiego.

Ella no se apartó de mi contacto, simplemente cerró los ojos. Estaba intentando serenarse.

—Lo siento —murmuró a continuación, mirándome.

—No tienes nada que sentir, Abril.

Volvió a cerrar los ojos. Aún tenía el nudo en la garganta que le impedía seguir hablando. Le apreté la mano para captar su atención.

—¿Quieres que nos vayamos de aquí? —le ofrecí.

Ella, simplemente, asintió.

Me levanté automáticamente y, sin soltarle la mano, tiré de ella.

—Venga, cenaremos en otro sitio —le propuse, convencido.

Me fui directo a una palapa donde había visto que hacían fajitas y las envolvían para poder llevártelas a la playa. Pedí, además, dos botellines de cerveza y, con todo ello, nos sentamos en la arena. Ya había anochecido y la única luz que nos acompañaba era la de la luna llena, que se reflejaba, maravillosa, sobre el calmado mar.

Le ofrecí una de las fajitas a Abril, que me miró con extrañeza.

—Gracias, Marc —me dijo entonces con un hilo de voz.

—No me las des —le contesté, devolviéndole una comprensiva sonrisa.

—La situación me ha superado —comenzó a explicarme mientras otra lágrima empezaba a rodar de nuevo por su mejilla, pero esta vez ella misma se la secó, con rabia, con el dorso de su mano.

—Es lógico. Esa cena estaba preparada para ti y tu marido, y yo no he tenido eso en cuenta cuando te he insistido en disfrutar de ella.

Abril se giró hacia mí, pero, a pesar de poder observar detenidamente su rostro, no pude adivinar qué se le estaba pasando por la cabeza en esos instantes. Me preocupaba que se viniera más abajo.

—Por mi culpa ahora vamos a tener que cenar fajitas y cerveza en lugar de langostas y champán —me soltó entonces, con intención de disculparse.

La miré y le sonreí abiertamente, porque acababa de descolocarme por completo.

—No me importa en absoluto —le aseguré, dando un enorme bocado a mi fajita y emitiendo un sonido después que le diera a entender que la encontraba riquísima.

Mi respuesta provocó que le naciera una leve sonrisa.

—¿Y tú por qué estás aquí? —me preguntó entonces, ante mi sorpresa—. Me refiero a que, en la Riviera Maya, según lo que me ha dicho esta tarde una persona, la gente viene o bien de luna de miel o bien de vacaciones con amigos para desmadrarse, y está claro que ninguna de las dos opciones es la tuya.

Me quedé sin saber qué responder, porque no estaba preparado para contarle qué ocurría en

mi trastocada vida.

Fui a hablar para intentar cambiar sutilmente de tema, pero se me quebró la voz, porque la rabia me pudo en ese momento, ya que me parecía del todo injusto lo que me estaba ocurriendo y que no pudiera llevar una vida medianamente normal.

—¿Tú también estás huyendo de algún error? —me planteó a continuación, para mi completo estupor, sin esperar a que le hubiera contestado la pregunta anterior. La miré fijamente. No sabía qué decir—. Lo siento, no tienes por qué contármelo. Parece que es un tema del que no te apetece hablar —concluyó.

Abril se volvió para mirar el mar y continuar comiendo su fajita.

—Perdona, es que tu pregunta me ha pillado un poco desprevenido, pero supongo que sí —le dije, pensativo—, que es más que obvio que estoy huyendo de algo o más bien de alguien. —Abril se había girado de nuevo hacia mí y en ese instante me miraba, curiosa. Sin embargo, yo no tenía ganas de continuar hablando de un asunto que me alteraba considerablemente, así que desvié la conversación como buenamente pude—. Pero será mejor que dejemos de hablar de ello si no quieres que te arruine la noche.

—Creo que ya te la he arruinado yo a ti antes, así que estaríamos en paz.

Ambos sonreímos. Después, simplemente, continuamos mirando el mar, degustando aquella cena improvisada y sin añadir nada más.

—Cuando estoy contigo no me siento incómoda —me dijo al rato Abril, rompiendo el silencio y sacándome de mis pensamientos. Me volví hacia ella, que continuó mirando al horizonte—. Quiero decir que siento que eres capaz de comprenderme sin tener que darte mil explicaciones de cómo me siento. —Hizo una pausa y, a continuación, se giró para enfrentarme —. Sin embargo, no creo que nuestra convivencia vaya a ser buena, Marc. Yo no me encuentro en el mejor momento de mi vida; me siento muy débil, vulnerable y sin la capacidad de resolver los problemas que nos puedan surgir. Ahora mismo estoy desbordada con todo lo ocurrido y el bloqueo que tengo comienza a asfixiarme. Yo... yo necesito espacio, y contigo en la habitación no creo que pueda sobrellevarlo —me terminó de explicar mientras observaba de nuevo el horizonte y también, de nuevo, una lágrima brotaba de esos enormes ojos que tenía. Cogí aire profundamente y pensé qué responderle, pero se me adelantó—. Ya sé lo que me vas a decir. No podemos hacer nada por cambiar la situación, soy consciente de ello, pero lo que quiero es advertirte de que, tal y como me encuentro, convivir conmigo no te va a resultar nada fácil.

Reflexioné acerca de sus palabras.

—Después de lo que he vivido este último año, por muy complicado que me lo pongas, créeme, Abril, que para mí será un camino de rosas —le solté sin pensar prácticamente lo que decía.

Ella se giró y me miró una vez más con curiosidad, esperando que le contara algo de mi vida... pero no lo hice. Agaché de nuevo la cabeza, intentando escabullirme de esa conversación.

Sin embargo, no tardé en volver a hablar.

—Abril, soy consciente de que todo esto puede parecer una locura y no sé cómo razonarte lo que te voy a decir a continuación, porque no tiene lógica ninguna, pero simplemente quiero que confíes en mí, porque hay algo en mi interior que me dice que esto no tiene por qué salir mal. —La miré buscando detectar cómo estaba reaccionando a lo que le estaba diciendo, pero tuve que parar de hablar porque había comenzado a llorar—. Abril... oye... no llores...

¡Joder! Me sentía impotente, porque no sabía qué hacer.

Bueno, sí lo sabía. Si por mí hubiera sido, la hubiese abrazado en ese mismo instante, pero obviamente aún no tenía la suficiente confianza con ella como para hacerlo y no sabía cómo podría reaccionar.

A pesar de mis palabras continuó llorando y, aunque quise esperar un poco a que se calmara, no fui capaz.

—Abril, dime cómo puedo ayudarte.

Mi ofrecimiento, lejos de calmarla, hizo que comenzara a llorar con más desolación.

Entonces fue cuando me puse delante de ella, le cogí de la barbilla y la obligué a que me mirara. Tenía que ayudarla como fuera... Sin embargo, lo que pasó a continuación me dejó completamente descolocado.

—¿Te importaría abrazarme? —me pidió entre llantos, una vez que nuestras miradas se cruzaron.

Por supuesto, lo hice. La abracé todo el tiempo que ella necesitó. No la solté hasta que se hubo sosegado y ella misma aflojó la fuerza con la que me mantenía cogido.

Me separé unos centímetros, lo suficiente como para poder ver su rostro, y me quedé observando esos preciosos ojos, en ese momento enrojecidos por las lágrimas. En ellos había miedo..., algo lógico teniendo en cuenta el cambio inesperado que había dado su vida.

—¿Te encuentras mejor?

Primero asintió, pero después negó con la cabeza.

A continuación, se rio.

—Lo siento, vas a pensar que estoy chalada —me dijo, agachando la cabeza, avergonzada.

—Abril, soy psicólogo. Los locos no existen para mí. Sólo existen las personas con problemas que les desbordan y que necesitan ayuda para salir de ellos.

—Ya, bueno...

Suspiré.

—Abril..., estoy aquí... Úsame si me necesitas.

Ella se me quedó mirando y a los dos nos dio la risa.

—Vale, eso ha sonado un poco raro, pero, si necesitas hablar, hazlo. Yo te escucharé.

—Marc, no creo que quieras ponerte a trabajar en tus vacaciones.

—Para mí, esto no es trabajo.

—Sí, sí lo es, porque yo estoy muy jodida ahora mismo y necesito un profesional.

—Vale, pues hagamos un trato —le propuse—. Yo te ayudo a ti y, a cambio, tú me ayudas a

mí.

Se me quedó mirando, expectante.

—Tú dirás, aunque no veo cómo podría ayudarte yo a ti —me contestó con escepticismo.

—Es muy sencillo... —le empecé a explicar, con cierto entusiasmo—: Tengo previsto hacer unas excursiones, pero no sólo para hacer turismo, sino también para conocer el pasado de mi familia, así que, si aceptas mi oferta, yo te ayudaré a ti y, a cambio, tú me acompañarás a mí en esas salidas.

Abril se quedó en silencio, observándome fijamente.

—¿Ya está? ¿Eso es lo único que tengo que hacer por ti a cambio de tus servicios como psicólogo? —me planteó, desconfiada.

—Sí, ya está. Sólo eso —le confirmé. Sin embargo, ante su silencio, continué explicándome —. No quiero ir solo, por si no me gusta lo que me vaya a encontrar. A lo mejor yo también necesito tener a alguien cerca que me sirva de apoyo en caso de que descubra algo desagradable.

—¿Y puedo saber qué es exactamente lo que quieres averiguar de tu familia antes de decidir si acepto el trato?

—Sí, por supuesto, pero te lo contaré tomándonos una copa en aquella palapa. Me duele el culo ya de estar aquí sentado tanto rato —solté, haciéndole una mueca de dolor para que aceptara.

—No estoy de humor para tomarme nada, Marc.

—Pues por eso mismo tienes que hacerlo. Como psicólogo oficial tuyo que soy, mi primera indicación como parte de tu tratamiento es que te tomes una copa conmigo.

—Todavía no he aceptado tus servicios.

—Pero lo harás, así que en marcha.

Abril

No voy a mentir, me había despertado mucho interés el tema de la historia de su familia, pero es que, además, su ofrecimiento de ayudarme como psicólogo, con lo perdida que me sentía en esos momentos, era una oferta que no podía rechazar.

Si a todo eso encima le añadíamos que aquel hombre era muy hermético en cuanto a su vida privada y que eso también me había picado la curiosidad, pues ya tenía el cóctel perfecto para querer aceptar su proposición.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó una vez que llegamos a la palapa, donde la gente se encontraba acomodada en butacas de mimbre, escuchando música en directo.

—Lo que sea, pero sin alcohol. No suelo beber y la cerveza ya se me ha subido un poco a la cabeza —le contesté.

Marc asintió y se acercó a la barra mientras yo me sentaba en una de las pocas mesas que quedaban libres y que por suerte miraba hacia la playa. Si me daba por llorar de nuevo, no quería que nadie me viera... y es que no lo había podido evitar. Encontrarme en un sitio tan idílico con un completo desconocido y no con el que tendría que ser mi esposo había hecho que me desmoronara.

Porque ese viaje lo tendría que haber realizado con un marido... pero allí estaba, esperando a que Marc me trajera una copa para tomárnosla charlando como si nos conociéramos de toda la vida.

La bebida tardó en llegarme, porque una chica rubia se había acercado a hablar con él y al parecer la conversación estaba siendo de lo más interesante para ambos, a juzgar por cómo se sonreían.

—Te he traído un ponche de frutas —me comentó una vez que se hubo sentado, tras haberse despedido muy amablemente de aquella mujer y haber vuelto conmigo—. Me han dicho que es parecido a un San Francisco. Espero que te guste.

Le sonreí y di un trago. El cóctel estaba buenísimo y era muy refrescante.

Me quedé mirando a Marc, porque, a pesar de que yo no era la mejor compañía que hubiera podido encontrar, y más después de ver cómo aquella muchacha se le había acercado en la barra, él seguía a mi lado, mostrándome su mejor sonrisa y una comprensión que me costaba entender. Quizá la empatía que había desarrollado en su trabajo le hacía ser tan sumamente atento con los sentimientos de los demás. Eso era algo que me había llamado mucho la atención de él.

—Marc, si quieres irte con ella, por mí no hay ningún problema. Me encuentro bien —le dije,

obviamente mintiéndole, porque aún no me sentía todo lo serena que me hubiera gustado estar. No obstante, no quería ser una carga para él. Marc ya había hecho más que suficiente por mí.

—¿Con quién?

—Con la chica con la que has estado hablando en la barra —le aclaré.

Marc me miró y sonrió.

—No es a ella a quien quiero contarle qué es lo que espero averiguar aquí sobre mi abuelo.

—Ah...

Su contestación me hizo sentir bastante halagada y también algo sorprendida, para qué lo voy a negar.

—Veo que mi respuesta te ha extrañado —me dijo entonces, mirándome muy atentamente. Ante mi silencio, continuó hablando—. Ya veo... Has pensado que, como una atractiva mujer se me ha acercado, yo ya iba a largarme, dejándote tirada, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Lo siento. Se me ha pasado por la cabeza, sí —admití, sintiéndome mal por haber pensado eso de él.

Marc agachó la cabeza, negando y sonriendo al mismo tiempo.

—Vale, pues te diré que no soy de ésos, ¿de acuerdo? Si me comprometo con algo o alguien, no cambio mis planes porque me hayan surgido otros mejores. —Levanté la cara y lo miré fijamente, lo que lo hizo proseguir—. Y con esto no estoy diciendo que largarme con esa chica sea mejor plan que estar aquí contigo, ¿vale?

—Perdona, debes de haber pensado que soy una celosa patológica o algo así, pero te aseguro que nunca lo he sido... Claro que nunca he tenido motivos para ello... —Agaché la cabeza y terminé mi reflexión en voz alta—. Ni Fede me daba motivos, porque jamás se acercó a otra mujer que no fuera yo, ni a mí tampoco me hubiera molestado en exceso que lo hubiera hecho, ya que... ahora soy consciente de que nunca estuve realmente enamorada de él.

Se me llenaron los ojos de llanto de nuevo, pero los cerré, intentando que eso no volviera a ocurrir. No quería derramar ni una sola lágrima más por culpa de mi relación con él.

—Abril...

—Sí, no te preocupes. No voy a empezar a llorar otra vez —le garanticé. Me deshice del nudo que nuevamente se me había formado en la garganta y borré de mi mente todo lo que tuviera que ver con Fede y el tiempo que había estado con él. Si quería empezar de nuevo, tenía que enterrar esa parte de mi vida. Iba a costarme mucho, pero tenía que comenzar a hacerlo, así que hice de tripas corazón y le pregunté a Marc por su viaje—. Cuéntame por qué estás aquí entonces, ¿qué es lo que quieres averiguar sobre tu abuelo?

—Bueno, no es que haya venido aquí por lo de mi familia. En realidad, hasta hace dos días ni siquiera sabía que iba a viajar, y mucho menos que lo iba a hacer hasta este sitio en concreto. El caso es que casualidades de la vida han hecho que acabe viniendo aquí de vacaciones, que es el lugar donde pasó parte de su juventud mi abuelo y del que volvió siendo un hombre totalmente

diferente, así que lo que pretendo averiguar es qué demonios le pasó y por qué nunca quiso contar nada de ello ni a sus padres en su momento ni a nosotros, sus descendientes, en ningún otro momento de su vida.

Estaba intentando seguirlo, pero me estaba costando bastante.

—¿No sabías que ibas a venir aquí de vacaciones? —indagué, porque no entendía cómo alguien no sabe dónde se va a ir de viaje.

—Supongo que será mejor que empiece por el principio —aceptó, dando un largo suspiro. Yo simplemente me recosté en la butaca y me dispuse a escucharlo—. Verás, ahora mismo no estoy en una buena época de mi vida en el ámbito personal y decidí, precisamente mientras hablaba contigo en aquel bar, que quizá sería buena idea largarme para poner tierra de por medio con mis problemas.

—¿Tus problemas?

Marc hizo un gesto con la cara que me dio a entender que ése no era un tema en el que quisiera entrar.

—Más bien es un solo problema, pero lo suficientemente... —carraspeó mientras buscaba la palabra exacta para definirlo—... complicado como para querer alejarme de él.

—Pero eso no lo va a arreglar —afirmé sin pensar.

Marc sonrió y agachó la cabeza.

—Lo sé. Es más, haberme largado es posible que lo empeore.

—Entonces ¿por qué lo has hecho?

Suspiró, cogió aire y levantó de nuevo su cabeza, para poder mirarme fijamente.

—Porque me estaba ahogando, Abril. Porque estoy desbordado con la situación y no sé ya qué demonios hacer.

Me quedé observándolo. Aquel hombre lo estaba pasando realmente mal; se le habían humedecido los ojos y tenía todo el cuerpo en tensión.

También me tensé, porque no sabía qué decirle ni qué hacer para que no se sintiera así, pero él debió de intuir la inquietud que me había provocado verlo de ese modo.

—No te preocupes. Estoy bien. Es sólo que aún me cuesta mucho hablar de ello, a pesar de que ya he tenido que hacerlo delante de demasiadas personas —terminó por decir, con pesar en el semblante.

Eso último me desconcertó bastante, porque, cuando uno tiene un problema del que quiere huir, por lo general, lo último que le apetece es ir contándoselo a todo el mundo. Así que, sin duda, tenía que haber alguna razón de peso, que yo evidentemente desconocía, para que lo hubiera tenido que hacer.

—Marc, no tienes que contarme nada que no te apetezca.

—Lo sé, Abril —me contestó al tiempo que cogía aire y también fuerza para seguir hablando —. El caso es que, para bien o para mal, decidí ir a una agencia de viajes y contratar el primero que me ofrecieran y que fuera para ya mismo. Y, a pesar de que inicialmente el muchacho me

dijo que no podía ofrecerme nada, finalmente encontró una plaza libre para venir aquí, así que no me lo pensé. Me daba igual el destino; sólo quería largarme cuanto antes donde fuera.

Marc hizo una pausa que aproveché para preguntarle algo.

—¿Cuándo dices que fuiste a la agencia para contratar el viaje?

—El sábado por la tarde, después de dejaros en el bar y de hacer unas cuantas llamadas —me contestó.

Me quedé pensativa. Estaba claro que la anulación del viaje de Fede había hecho que quedara una plaza libre a última hora y ésa era la que le habían dado a él. Claro que no habían tenido en cuenta que el alojamiento que Fede dejaba en el hotel era la mitad de una *suite* nupcial, cosa que me recordó que Marc y yo la tendríamos que compartir, y no pude evitar cabrearme de nuevo.

—Supongo —comenzó entonces a decirme Marc—, por lo que nos ha ocurrido, que después de irme del bar, lo hiciste tú también y te fuiste directa a anular la plaza de tu... —carraspeó— ... del que iba a ser tu marido, ¿no?

Asentí. Por fin teníamos claro de dónde había partido el error.

Lo miré y me miró, porque ambos habíamos atado los mismos cabos.

—Bueno, el caso es que —continuó explicándome—, cuando les dije a mis padres que venía aquí, mi madre me recordó la historia de mi abuelo y me pidió que, si me era posible, intentara averiguar algo sobre lo que le había ocurrido.

—Pero ¿sabes, al menos, exactamente dónde estuvo?

—Sí, mi abuelo vino con un contrato para trabajar en una hacienda. Tengo anotado el nombre y la dirección; no está demasiado alejada de esta zona. Sé que estuvo tres años y después volvió a España, pero, lejos de haber amasado una fortuna, como habían hecho otros emigrantes, volvió tal y como se había ido y, además, regresó siendo un hombre completamente diferente. Según mi bisabuela, ya no tenía el buen humor que lo había caracterizado y andaba siempre cabizbajo y encerrado en su mundo. Eso le duró hasta que años después conoció a la que sería mi abuela. Parece ser que, a partir de ahí, recobró parte de su buen talante, pero, aun así, mi bisabuela siempre le dijo a mi madre que él nunca volvió a ser el que fue y que algo terrible le tuvo que pasar aquí. Así que, aunque ni mi bisabuela ni mi abuelo viven ya, mi madre sí que tiene interés por saber qué le pudo pasar aquí a su padre.

—Pues ya me ha picado a mí también la curiosidad —le solté sin pensar.

Marc me sonrió.

—Ya te he dicho antes que ibas a aceptar el trato.

Me quedé mirándolo a los ojos. Parecía ilusionado con que yo lo acompañara y no dudé ni un instante en confirmarle que sí, que lo ayudaría a descubrir el pasado de su abuelo.

—Vale, pues mañana mismo podemos empezar —me dijo él entonces—. Iremos primero a la charla sobre las excursiones que nos ofrecen para ver cuáles vamos a hacer y después, como ya he pedido que me traigan un coche de alquiler, nos acercaremos hasta el lugar donde está situada la hacienda.

—Espera un poco, Marc —repliqué, algo molesta—. Te he dicho que sí a acompañarte a lo de tu abuelo, pero el resto del tiempo me gustaría pasarlo sola y yendo a mi ritmo. No quiero apuntarme a ninguna excursión que luego no me apetezca hacer. Además, necesito tiempo para mí —añadí, rebajando un poco el tono. No quería que se lo tomara como algo personal. Simplemente no tenía ganas de comprometerme con algo que luego no sabía hasta qué punto iba a querer hacer.

—No te falta razón, perdona. No pretendía agobiarte —aceptó, con una comprensiva sonrisa en el rostro.

Le devolví la sonrisa.

—Lo siento si he sido un poco seca contigo. Sé que tus intenciones son buenas, pero es que, ahora mismo, todo me desborda. Ya te lo he advertido antes, no voy a ser una persona fácil con la que convivir.

—No te preocupes por eso. Sobreviviré —me contestó, de nuevo con una enorme y amable sonrisa en los labios.

«Qué fácil es entenderse con él», pensé.

Después nos quedamos en silencio. Lo hicimos hasta que se dio cuenta de que ambos nos habíamos quedado embobados mirando hacia la pista y a los que bailaban en ella.

—¿Te apetece bailar? —me preguntó entonces.

—No, no... —le contesté sin siquiera pensarlo.

Pero entonces dudé, porque le había respondido automáticamente. Le había contestado como si aún tuviera una relación estable y alguien a quien mostrar un respeto, pero eso ya no era así. Podía bailar con quien quisiera. Es más, podía hacer lo que me diera la gana con quien me diera la gana.

—Sí —rectifiqué entonces, provocando que Marc me mirara un tanto sorprendido.

—¿Segura?

—No, pero vamos —le respondí definitivamente, sin querer pensar en nada más, poniéndome de pie como un resorte y ofreciéndole mi mano—. Vamos, tengo que empezar a aprender a pasármelo bien.

Llegamos a la pista cogidos de la mano y así continuamos, porque lo que sonaba era bachata y la bachata no se baila precisamente separados.

—Marc, yo no tengo ni idea de bailar esto. No sé por qué te he dicho que sí.

Acababa de arrepentirme de mi decisión.

—No te preocupes, yo tampoco sé mucho.

Francamente, para no saber mucho, Marc se defendía bastante bien.

—Perdona, pero tú sí sabes —le comenté en uno de los giros que me dio y que me dejó bastante pegada a él.

—Me defiendo.

Lo miré con los ojos entrecerrados, intentando averiguar si me estaba hablando en serio o se

estaba quedando conmigo, porque, aunque yo no tenía ni idea, sí que llegaba a apreciar la diferencia entre la técnica del resto de turistas que allí había y que medio intentaban defender su baile y la que tenía Marc, que hacía que yo pareciera una bailarina experta entre sus manos, a pesar de mi patosa ineptitud para mover mi cuerpo.

—Tú haces algo más que defenderte —le indiqué, esta vez un poco más mosqueada.

—Bueno, digamos que he tomado algunas clases —contestó sin más, mientras me daba otro giro con el que me volvía a colocar de manera magistral de espaldas a él, pero muy pegada a su cuerpo. Había sido su forma de poner el colofón a nuestro baile, una vez que hubo terminado la canción—. ¿Te atreves con otra? —me susurró al oído.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero. Hacía mucho tiempo que no estaba tan pegada a un hombre..., uno que no fuera Fede, obviamente. Además, la postura en la que estábamos, meciéndonos como estábamos haciendo al compás de la música que comenzaba a sonar, sintiendo el calor y la dureza de su cuerpo y sintiendo también la caricia que habían hecho sus labios en mi mejilla al susurrarme, provocaron que me pusiera muy nerviosa, igual que me había sucedido esa misma tarde en la playa cuando aquel chico, Yon, se había acercado a hablar conmigo en el agua.

—Creo que deberíamos irnos ya a descansar. Hoy ha sido un día muy largo —le dije a modo de excusa, para poder separarme de él.

Y no es que me hubiera sentido incómoda; de hecho, había ocurrido justamente todo lo contrario, pero eso mismo había sido precisamente lo que me había hecho querer separarme inmediatamente de él. No lo conocía de nada y no estaba acostumbrada a tener esa cercanía con los hombres. Además, no quería darle a entender algo que no era.

—Sí, tienes razón —aceptó Marc al tiempo que se separaba de mí y se me quedaba mirando con extrañeza—. Esto va a ser interesante —soltó entonces a modo de reflexión, más para sí que para que lo pudiera oír yo, pero lo había oído.

—¿El qué va a ser interesante? —le pregunté entonces, con curiosidad.

Marc tomó aire antes de contestar, teniendo tiempo así de sopesar lo que me iba a responder a continuación.

—Este viaje. —Lo miré esperando que me aclarara un poco mejor a qué se refería—. El hecho de compartirlo con una persona desconocida es lo que me parece que lo va a hacer interesante —me aclaró, al tiempo que comenzaba a andar y daba así por finalizada la conversación.

Me quedé pensando.

Que aquel tipo me hubiera dicho que lo que hacía interesante el viaje que íbamos a realizar era el hecho de hacerlo con una persona desconocida me había dejado bastante descolocada. Y no voy a negar que esa idea, en parte, no tuviera algo de atrayente, pero o el cosmos se confabulaba a nuestro favor o aquello podía acabar como el rosario de la Aurora, porque convivir

quince días con alguien del que sólo sabes su nombre y su profesión era, cuando menos, una aventura de riesgo.

Sin embargo, ahí estaba yo, siguiendo a un hombre hasta la habitación que compartiríamos durante aquellas vacaciones y aceptando su proposición para acompañarlo a hacer turismo.

Desde luego, aquel viaje, lo mirase por donde lo mirase, se estaba convirtiendo en algo completamente inesperado para mí.

Marc

El contacto con ella me había alterado de alguna manera, pero no entendía el porqué.

Abril era preciosa, y mi cuerpo, estaba claro, reaccionaba a su belleza. No obstante, mi mente debería de haber sabido diferenciar un instinto de la sensación que me había producido tenerla tan cerca..., esa que había hecho que se me erizara la piel al sentirla tan pegada a mí.

Y no era que estuviera molesto, más bien era que no estaba preparado... y, sobre todo, era que me había pillado por sorpresa sentir algo tan íntimo con alguien que apenas conocía.

De todos modos, no quise darle mayor importancia. Estaba claro que no estaba pasando por un buen momento a nivel emocional y era posible que, encontrar a alguien que me sorprendiera de la forma en que lo hacía Abril, hubiera hecho que, de alguna manera, se exacerbara mi necesidad de estar con alguien que me ayudara a mitigar mi desesperación.

Caminamos ambos en silencio, únicamente acompañados por el sonido de las olas de un mar que, con su vaivén, relajaba los sentidos, haciendo que todo pareciera más banal, menos importante... y quise disfrutar de esa sensación.

—Abril, ¿te importa que me vaya a dar un paseo por la playa?

Me miró un poco sorprendida antes de contestarme.

—No, claro que no. Buenas noches, Marc —se despidió al tiempo que reanudaba la marcha y se dirigía, decidida, hacia la habitación.

La seguí con la mirada hasta que la vi entrar en ella. Después me encaminé hacia la playa. No había nadie allí y la calma era apabullante.

Estaba acostumbrado a encontrarme en tensión, casi en todo momento, debido a mi situación personal. Sin embargo, en aquel paraíso podía relajarme.

Nerea nunca podría aparecer allí, y eso me hizo suspirar. Acababa de exhalar muchas horas de tensión, de desesperación, porque por fin, al menos, tendría por delante quince días de despreocupación, en los que en lo único en lo que me centraría sería en encontrar el pasado de mi abuelo y en disfrutar de unos tranquilos días en aquel impresionante rincón del planeta.

Abril me ayudaría a ello. Conversar con ella me parecía muy estimulante. Su forma de pensar y de actuar casi siempre me sorprendían, y eso era algo que muy pocas personas en esta vida habían conseguido hacer. Tres, en concreto: mi padre, Nerea y ella.

Nerea no lo había hecho precisamente para bien; no obstante, no podía seguir pensando en ella. Acababa de ser consciente de que, de una manera u otra, ésta acababa siempre acaparando mi atención y colándose en mis pensamientos, y eso era algo que no debía permitirme.

Había volado hasta allí precisamente para poder olvidarme de todo lo que tanto me estaba asfixiando, así que, de ahí en adelante, no volvería a dejar que entrara en mi mente. Necesitaba desconectar completamente y me acababa de prometer a mí mismo que ni un solo segundo más de mis pensamientos los desperdiciaría con esa mujer.

Sin darme cuenta había metido los pies en el agua. La temperatura de ésta era muy agradable, para nada fría, así que estuve tentado de darme un chapuzón, pero no llevaba bañador y no quise arriesgarme a ser arrestado por escándalo público el primer día de encontrarme en México. No sabía cómo eran de restrictivas allí las leyes en ese sentido.

Decidí entonces que lo mejor sería irme a dormir. Ya tendría ocasión, en otro momento, de darme un baño nocturno en aquellas cristalinas aguas.

Cuando llegué a la *suite,* entré sigilosamente. Abril ya estaba dormida y no quería despertarla. Configuré la alarma de mi móvil para la mañana siguiente, me quité los pantalones y la camiseta y me metí en la cama.

Me quedé boca arriba, sin apenas moverme, mirando al hipnotizante ventilador del techo. Abril no había encendido el aire acondicionado, pero sí había conectado aquel anticuado aparato. Al menos eso mitigaría un poco el calor que hacía.

No tardé en dormirme. Estaba exhausto después del viaje y de todo lo que había ocurrido tan precipitadamente.

* * *

Para mí tan sólo habían pasado unos minutos cuando el reloj de mi muñeca vibró. Era el despertador, que no sonaba en mi móvil, sino que, mediante unos leves zumbidos, me despertaba todas las mañanas de una manera mucho menos estresante.

Me giré y pude observar detenidamente a Abril. El contraluz ofrecido por el enorme ventanal que teníamos en la habitación dibujaba, caprichoso, la sinuosa silueta de su cuerpo. Dormía plácidamente.

Decidí entonces levantarme, antes de dar lugar a que se despertara y entrara en cólera por haber dormido con ella en la cama.

Cuando salí del baño, ya se había despertado.

—Buenos días, Abril.

—Buenos días. ¿Qué hora es?

—Las ocho.

—¿¡De la mañana?!

—Claro. No pretenderás que sean de la tarde —le contesté, sonriendo por su ocurrencia.

—¡¿Y por qué estás ya levantado?! Estamos de vacaciones —protestó.

—Porque a las nueve es la reunión con el turoperador y quiero desayunar antes. ¿Quieres venir conmigo? —le ofrecí, aunque con cautela al recordar cómo había reaccionado la noche

anterior cuando le había hecho la misma propuesta—. Si no, vendré a por ti cuando acabe la charla, si te parece.

—Pues... —parecía indecisa—, si me das diez minutos, voy contigo —me contestó finalmente —. Si no te importa...

—No, claro que no. Te espero fuera —le contesté, contento de que al final hubiera decidido acompañarme.

A los pocos minutos apareció con una enorme sonrisa en la cara y un talante muy diferente al que había tenido el día anterior. Sin duda, le había cambiado el humor.

—Estás... diferente esta mañana —le comenté una vez que cogimos lo que íbamos a desayunar en el bufé y nos sentamos a la mesa que nos habían asignado.

—¿A qué te refieres? —me planteó, curiosa.

—A que te noto más... relajada. Estás más sonriente.

Abril se quedó pensativa unos instantes.

—Es que no me siento mal —confesó, agachando la cabeza.

Hice un análisis rápido de su respuesta y de su expresión corporal. No pude evitarlo. Debido a mi profesión, había acabado interiorizando esa manera de proceder y lo había llevado también al terreno personal.

—Bueno, eso está bien, ¿no?

Quise saber cómo se sentía respecto a eso, porque tenía claro que se estaba mostrando algo avergonzada por no sentirse como se esperaba que debía hacerlo.

—No sé qué pensaría Fede si me viera tan aliviada después de haberme dejado plantada en el altar —me soltó casi sin pensar.

—¿Te preocupa lo que pueda pensar él?

—No —sentenció, sincera.

—¿Entonces?

Abril se removió, inquieta, en su silla. Gracias a su sinceridad habíamos llegado rápidamente a la clave del asunto.

—Es que se supone que debería estar destrozada por lo que me ha ocurrido.

—Pero no lo estás —afirmé. Volvió a agachar la cabeza—. ¿Es malo no estarlo? —le pregunté a continuación.

—No, no es malo... pero es como debería sentirme.

—¿Y por qué crees que no estás destrozada?

Levantó la cabeza y clavó sus preciosos ojos en los míos; los tenía vidriosos.

Después intentó hablar, pero un nudo en la garganta se lo impidió.

Esperé pacientemente a que se calmara.

Luego se abrió a mí, mostrándome sin comedimiento su interior.

—No estoy destrozada porque no estoy enamorada de Fede. Nunca lo he estado. Lo quise, sí, pero no como hubiera debido.

—Explícame mejor eso —le pedí.

—Yo quería a Fede porque el roce hace el cariño y, después de tantos años juntos, era inevitable que no lo hiciera, pero creo que jamás sentí por él lo que debería.

—¿Y qué crees que deberías haber sentido?

Abril se quedó de nuevo pensativa.

—¿Mariposas en el estómago? —me respondió, dubitativa.

No pude evitar echarme a reír.

—No te rías de mí —me pidió, algo malhumorada—. Eso es lo que se debe sentir cuando te enamoras de alguien, ¿no?

—Perdona, no me reía de ti —me excusé al tiempo que me volvía a poner serio—. Supongo que cada uno lo siente de una manera diferente.

—Pues dime, entonces, cómo lo has sentido tú. A ver: ¿cómo has sabido que estabas enamorado cuando lo has estado?

Un gesto sombrío cruzó mi expresión. No lo pude evitar.

Después me serené y le di mi respuesta.

—En mi caso, simplemente, lo supe. Sin mariposas, sin temblores de piernas, sin vuelcos de estómago... pero con absoluta seguridad. Simple y llanamente, tuve claro que quería pasar el resto de mi vida con esa persona.

Sentía cómo Abril me observaba con curiosidad. Sin embargo, no pude enfrentarme a su mirada y continué con la vista fija en mi plato, ahogándome con los recuerdos, porque habían acudido todos de golpe. Recuerdos preciosos de risas, de complicidad entre nosotros, de anhelos compartidos..., de un futuro que nunca llegaría.

Y sentí nostalgia, pero también repulsa.

Nostalgia por no poder seguir aferrándome a esos recuerdos, por no poder disfrutar de esos maravillosos instantes en el presente.

Repulsa por todo lo que vino después, por todo lo que me dolió descubrir en quién me había convertido a su lado pero, sobre todo, en quién se había convertido ella.

—Marc..., ¿puedo preguntarte qué pasó entre vosotros?

Entonces sí, levanté la mirada y la crucé con la suya.

—Es complicado, Abril —le contesté, suplicándole con los ojos que dejáramos ahí el tema.

—Veo lo duro que está siendo para ti lo que estás pasando, pero... ¿puedo preguntarte una última cosa?

No respondí ni afirmativa ni negativamente. Simplemente continué mirándola y ella entendió que podía hacerlo.

—¿Sigues aún con esa mujer?

Suspiré y me armé de valor para poder contestar a algo que siempre me hacía sentir muy vulnerable.

—Legalmente, sí —le respondí finalmente.

—Ah —me contestó Abril muy sorprendida—, no sabía que estabas casado.

—Lo estuve. En realidad, nos separamos hace un año, pero hasta hace seis meses no pedí el divorcio.

Obviamente, Abril se había dado cuenta de lo delicado que era el asunto y, sobre todo, de lo que estaba suponiendo para mí a nivel emocional, y, en contra de lo que yo hubiera podido esperar de cualquier otra mujer, ella, en vez de insistirme para que le contara más sobre el asunto, cambió radicalmente de tema.

—Yo nunca estuve enamorada de Fede —comenzó a decirme entonces—, y si decidí casarme con él fue porque estaba enamorada de la idea de tener un marido con el que crear una familia. Cuando conocí a Fede era muy joven y creí que él podría encajar bien en ese anhelo mío. Y realmente Fede no fue mala pareja ni mal compañero de viaje. Me acostumbré a él y sin duda él a mí y, al final, supongo que por la presión de sus padres, pero sobre todo por la mía, que estaba deseando hacer realidad mi obsesión, decidimos casarnos.

Su descarga había hecho que me olvidara de Nerea y me centrara en lo que me estaba explicando.

—Todo eso lo puedo entender, Abril, porque a veces nos dejamos llevar por las circunstancias hasta momentos a los que, a lo mejor, no deberíamos haber llegado sin plantearnos al menos por qué estamos haciendo así las cosas. Lo he visto muchas veces en mi consulta. Sin embargo, en tu caso, lo que me interesa conocer es el motivo de esa obsesión que te ha llevado a llegar tan lejos con una persona.

Abril primero me miró fijamente para después elevar los hombros y darme así a entender que no tenía ni idea.

—No lo sé, Marc. Yo... simplemente quería ser feliz —acabó diciéndome, con cierta tristeza en el semblante.

—Bueno, cambiando de tema —intervine a continuación, pero en realidad no iba a cambiarlo, sólo iba a desviar su atención sobre algo que probablemente fuera, si mi instinto no me fallaba, la causa de aquella obsesión—, ¿dónde estaba tu padre el día de la boda?

—No vino; no estaba invitado —respondió, tajante.

—¿Y puedo saber por qué no lo estaba?

—Es una larga historia —me contestó, algo reacia.

—Bueno, tenemos algo así como un par de horas de camino hasta la hacienda donde trabajó mi abuelo, así que puedes aprovechar ese tiempo.

—Pero ¿no ibas a ir a la reunión del turoperador primero?

—Ya llego tarde. Además, he pensado que, ya que he alquilado el coche, voy a quedármelo estos días y voy a hacer las excursiones que me apetezcan por mi cuenta y a mi ritmo, así que, si te quieres venir a alguna, no tienes más que decírmelo. Estaré encantado de que me acompañes.

—¿Tú no necesitas estar solo?

Me quedé reflexionando mi respuesta, porque en realidad no lo tenía claro.

—Creo que parte de la idea de hacer este viaje era no sólo para alejarme de Ne... de mi problema, sino también para cambiar de aires, conocer gente, distraer mi mente. Así que, no, no necesito ni quiero estar solo. Eso ya lo he hecho durante mucho tiempo y para lo único que me ha servido ha sido para hundirme más.

Definitivamente eso era lo que realmente sentía que necesitaba hacer.

Abril se me quedó mirando. Parecía estar sopesando lo que le había dicho, probablemente para ver hasta qué punto quizá ella también necesitara algo parecido.

Y no me equivoqué.

—Pues a lo mejor vas a llevar un poco de razón y, ya que estoy aquí, debería aprovechar el tiempo y... no sé... abrirme a conocer gente y a hacer cosas diferentes.

—Como psicólogo oficial tuyo que soy, creo que eso es, precisamente, lo que deberías hacer.

Abril sonrió, pero no solamente lo hizo con los labios, también lo hizo con su mirada. Iba a ser más fácil de lo que había pensado en un principio que ella recompusiera su vida. Era una mujer fuerte y lo que le había ocurrido no acabaría siendo más que una pequeña piedra en su camino. Estaba convencido de ello.

—¿Nos vamos, entonces? —me preguntó con expectación en el rostro—. Tengo curiosidad por saber qué le pasó a tu abuelo.

—Andando —le contesté, al tiempo que nos poníamos de pie y nos dirigíamos hacia el lobby del hotel.

Cuando llegamos ya tenían el vehículo de alquiler aparcado en la puerta para que pudiéramos hacer uso de él.

—Bueno, ¿me cuentas ahora lo de tu padre? —le pedí una vez montados en el coche y con el GPS configurado para que nos llevara directamente a la hacienda.

Abril

A pesar de que Marc era un completo desconocido para mí, no me sentía para nada incómoda contándole cosas de mi vida, así que no dudé un instante en explicarle quién había sido mi padre y por qué no lo habíamos invitado a la boda, una vez hubimos salido del *resort*.

—Él lo era todo para mí; lo quería con locura, a pesar de todo lo que nos hizo pasar —comencé a narrarle—. Tanto mi madre como yo lo admirábamos y sentíamos por él un cariño inmenso que hoy en día aún no logro comprender, porque mi padre no parecía sentir lo mismo por nosotras. Yo me deshacía por pasar tiempo con él, porque jugara conmigo, porque me diera un beso de buenas noches..., pero nunca hizo nada de eso. Siempre llegaba a casa de mal humor y cansado, y tanto mi madre como yo le estorbábamos. Los fines de semana ni siquiera los pasaba con nosotras; se largaba el viernes por la noche y hasta el domingo a última hora de la tarde no volvía a aparecer y, cuando lo hacía, sólo quería que mi madre le sirviera la cena y que después le dejásemos ver la tele en paz.

En ese momento tuve que hacer una pausa porque un nudo en la garganta me impidió continuar hablando. Todas las emociones encontradas que había sentido de pequeña por él acudieron a mi mente, pero, sobre todo, invadieron mi corazón, generándome una dolorosa punzada que hizo que instintivamente me llevara la mano al pecho.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Marc, quien, a pesar de ir concentrado en la conducción, había sido consciente de mi gesto.

Tardé unos segundos en contestar.

—Sí. Es que creía haberlo superado, pero está claro que todavía no lo he logrado y realmente no sé qué me duele más... —comencé a decirle con rabia— si todo el daño que nos hizo en su día o el hecho de que aún tenga capacidad de hacérmelo después de tanto tiempo.

Marc se había desviado de la carretera, apartándose de ella por un camino secundario que no parecía estar muy transitado. Paró el coche, se quitó el cinturón de seguridad y se giró hacia mí.

Fue a hablar, probablemente para decirme que no era preciso que le siguiera explicando nada, pero lo frené. No le dejé siquiera abrir la boca. Necesitaba sacar de dentro aquello que tantos años me había estado doliendo y comencé a hablar sin pensar siquiera lo que decía.

—Jamás se preocupó por cómo me iba en el cole, si tenía amigos o si alguien me pegaba en los recreos. Simplemente yo no existía para él... ni mi madre tampoco. —Hice una pausa para coger aire—. El día que supo que ella estaba embarazada de mi hermana, empezó a ausentarse todavía más, y se largó en cuanto Ainara nació. Delante de nuestras narices, metió todas sus

cosas en una maleta y, sin despedirse siquiera, salió por la puerta de casa, dejándonos totalmente abandonadas a nuestra suerte. —Volví a coger aire y entonces proseguí, esta vez escupiendo las palabras con absoluta ira—. El muy desgraciado jamás se interesó por nosotras ni se preocupó por si nos hacía falta algo. Ni siquiera llegó a conocer a mi hermana hasta muchos años más tarde, cuando nos lo encontramos de frente en la calle. La situación no pudo ser más desagradable. Nos dio dos besos a mi madre y a mí, y después, dirigiéndose hacia Ainara, nos preguntó si ella era mi prima la del pueblo. Ni siquiera había caído en que la chica que tenía delante era su otra hija, esa que había abandonado en el momento en que vino a este mundo. Porque ésa fue la gota que colmó su vaso. Para él ya era suficiente tener que soportar a la pesada de su mujer y a la mocosa de su hija como para encima tener que soportar a un bebé llorón que no lo dejara dormir por las noches y que lo atara aún más a su indeseada familia..., así que se esfumó. Y, además, lo hizo con otra mujer mucho más joven, con la que probablemente ya llevara tiempo manteniendo una relación y que, por supuesto, no tenía cargas familiares que le impidiesen vivir sin ataduras, como él quería.

Desde que había parado el coche, Marc no había dejado de observarme mientras yo vomitaba todo lo que tantos años había estado guardándome para mí, ya que nunca lo había hablado con nadie.

A mi madre nunca le pude decir cómo me sentía, porque eso sólo hubiera hecho que se hundiera más todavía. Bastante tenía con su propio sufrimiento, con su pena. Ella se quedó destrozada. Pasó todo el embarazo prácticamente sola, porque él aparecía únicamente de tarde en tarde, y después de dar a luz y que él se largara, enseguida tuvo que ponerse a trabajar en casi todo lo que le salía para poder mantenernos, y tardó muchísimos años en empezar a levantar cabeza.

Por su parte, Ainara nunca quiso saber quién era su padre o por qué se había esfumado. Si en alguna ocasión salía el tema, mi hermana lo esquivaba; decía que no quería oír hablar de alguien que no había querido saber nada de ella y ahí se acababa la conversación.

Y con Vero siempre supe, a pesar de que era mi mejor amiga, que ella nunca habría logrado entender verdaderamente cómo aquello me había hecho sentir; entre otras cosas porque también a mí me resultaba sumamente incómodo y complicado explicarle el maremágnum de emociones encontradas que me supuso ese abandono. No, ella me podría haber escuchado y haber arropado en un momento de bajón, pero estoy convencida de que nunca habría entendido lo que eso había supuesto en mi vida, en mi carácter, y sobre todo en mi forma de ser y de hacer las cosas... porque ni siquiera yo misma lo había sabido certeramente hasta ese preciso instante.

—Casándome quería construir lo que nunca pude tener —susurré entonces, con la cabeza gacha, los ojos repletos de lágrimas y mi corazón roto de dolor al ser consciente, por primera vez en mi vida, de lo que significaban las palabras que acababa de pronunciar.

Marc no dijo nada. Simplemente me miró y acercó su mano, ofreciéndomela. Y la acepté. Dejé que con su mano envolviera la mía. Necesitaba sentir el calor de su apoyo. Necesitaba tener

a alguien a mi lado, porque sabía que lo que venía a continuación era derrumbarme.

Y no me equivoqué.

Comencé a llorar descontroladamente. Acababa de ser consciente de por qué había cometido el error más grande de mi vida. Yo sola, por fin, había querido sacarlo a la luz. Porque tenía claro que siempre había estado ahí, escondido, soterrado a conciencia en lo más profundo de mí para no encontrarlo nunca... porque hacerlo significaba destapar el fracaso más grande de mi existencia. El fracaso que, precisamente, había intentado no repetir.

—Ya has hecho lo más difícil, Abril. Créeme —me dijo entonces Marc, pero no entendí sus palabras. Ni siquiera las tuve en cuenta.

Continué recomponiendo todos mis sentimientos, esta vez más encontrados que nunca, como si fueran piezas de un puzle. Fui encajándolos unos con otros hasta conformar lo que había sido mi vida, lo que había sido el conjunto de decisiones que había ido tomando a lo largo de ella y que había dado lugar a llegar al punto en el que me encontraba en esos momentos.

—Lo hice por miedo —susurré entre llantos.

—Lo sé —me contestó Marc, como si realmente entendiera lo que le estaba queriendo decir.

Me quedé mirándolo y, a pesar de tener los ojos cubiertos de lágrimas, pude ver cómo él me observaba con cariño, con preocupación, pero debió de ver reflejado en mi cara el escepticismo que sentía hacía que él pudiera conocer o comprender mi horrible verdad.

—Lo sé desde que me hablaste por primera vez de tu relación con Fede y los motivos por los que habías decidido casarte con él —me explicó, para mi completo estupor—. Pero he querido que fueras tú la que te dieras cuenta de ello. Tenías que ser tú la que lo sacaras a la superficie y fueras, por fin, consciente de todo. Por eso te he preguntado en el desayuno por qué no había ido tu padre a la boda. Sólo intentaba confirmar mis sospechas y, sobre todo, que tú misma sacaras las conclusiones de lo que te había ocurrido.

—Pero ¿cómo has podido saber cuáles eran las razones que me han llevado a hacer lo que he hecho si ni siquiera yo las conocía?

Él agachó la cabeza y emitió un largo y profundo suspiro.

—No sé si debo responderte a esa pregunta, Abril.

—¿Por qué? —le pregunté con absoluta curiosidad.

—Pues porque contestarte implica tener que explicarte determinadas cosas que quizá aún no estés preparada para escuchar.

Me quedé pensando en lo que me había dicho y, después de unos instantes, las palabras salieron atropelladamente de mi boca.

—Necesito saber qué te ha llevado a pensar que estaba cometiendo un error... ¿Tan evidente era?

—No es que fuera evidente. —Suspiró—. Entiende que, por mi profesión, siempre voy más allá de lo que dicen las palabras y busco el porqué de éstas. —Hizo una pausa y después continuó su explicación—. Intento averiguar lo que hay escondido tras el discurso de una

persona, porque no siempre lo que decimos se corresponde con la realidad; quizá sí con la nuestra propia, pero ésta no tiene por qué coincidir con la auténtica realidad.

—¿Quieres decir que, a pesar de decir una cosa, a veces, se hace o se piensa otra?

—Sí, pero no porque se haga a conciencia. Eso sería mentir. En este caso no estoy hablando de eso. A lo que me refiero es a cómo uno percibe su mundo, a cómo lo construye en base a esa percepción, y, sobre todo, a cómo lo vive tal cual lo ha creado.

Todas las piezas del puzle empezaban a encajar.

Me había creado una ilusión, un mundo ficticio en el que Fede era para mí la persona ideal con la que formar una familia, porque así había decidido hacerlo yo.

Pero ¿por qué? ¿Por qué a pesar de no estar realmente enamorada de Fede mi mente había determinado que yo sería feliz con él y que él era lo suficientemente bueno para mí como para formar una familia? ¿Por qué lo había escogido a él si no cumplía con todos los requisitos necesarios?

Por miedo.

Por miedo a equivocarme.

Ahora lo veía claro.

Necesitaba demostrarme a mí misma que yo podía formar una familia, que no iba a fracasar como lo había hecho mi madre, sino que encontraría a alguien que fuera una buena persona y que no me defraudara en ese sentido. Necesitaba hacerlo bien, necesitaba encontrar a un hombre que me hiciera sentir protegida, segura, y que me prometiera, y cumpliera, que se iba a mantener a mi lado el resto de nuestras vidas. Porque lo que nos había hecho mi padre me había marcado de una manera horrible y necesitaba reparar el daño que él me había causado. Necesitaba demostrarme a mí misma que yo podía cambiar las cosas y procurarme una vida más feliz que la que había tenido mi madre. Pero sobre todo quería procurar estabilidad y bienestar a los hijos que pudiera llegar a tener. Por mí, por sentir que, si yo no había tenido una infancia feliz, aun así, podría perfectamente proporcionársela a ellos.

Y Fede encajaba a la perfección en ese mosaico de anhelos o necesidades.

Él provenía de una familia con unos principios basados en la fidelidad y el compromiso, y así los había aprehendido. Era paciente, respetuoso y buscaba lo mismo que yo: formar una familia y darle todo el cariño del mundo a nuestros hijos, como sus padres habían hecho con él. Y eso fue lo que me enganchó a Fede. El compromiso y la lealtad que siempre me procuró fue lo que hizo que, como futura madre y esposa, decidiera que él era todo lo que buscaba en un hombre.

Pero me equivoqué. No en pensar que Fede sería el mejor padre y marido del mundo, eso no lo había dudado nunca y por eso mismo lo había elegido a él, sino en creer que eso me daría una vida feliz y plena.

Quizá sí que se la hubiera dado a mis hijos, pero ¿y qué hubiera ocurrido conmigo?

¿Habría sido completamente feliz al lado de alguien que sólo cumpliera con la mitad de los requisitos que debe tener una pareja? Y, lo que es peor todavía, ¿lo habría sido él y, por ende,

finalmente nuestros hijos?

En ese instante me aterraba pensar en esas cuestiones, porque, aunque eso ya nunca lo podría saber, sí que en el fondo de mi ser tenía claro que mi matrimonio, probablemente, habría sido un completo y absoluto desastre.

Habría llevado mi vida a un abismo, si no hubiera sido porque Fede le había puesto remedio. Quizá, después de todo, que él me hubiese abandonado en el altar había sido lo mejor para mí.

Cuando levanté la cabeza y vi a Marc, supe que él había esperado pacientemente a que yo lo hilara todo en mi mente. Había esperado a que acabara de procesar todos mis pensamientos hasta llegar a una conclusión.

El miedo a repetir la historia de mi madre me había llevado a tomar decisiones totalmente equivocadas. El miedo a no poder proporcionar a mis hijos una estabilidad, y sobre todo una felicidad, me había hecho precipitarme a la hora de escoger a un hombre y, por tanto, errar en mi elección.

Y se lo hice saber a Marc.

Le expliqué que por fin era consciente de cómo mis temores y mis inseguridades habían hecho que tomara determinadas decisiones de una manera por completo equivocada. Pero, sobre todo, le hice saber que al fin entendía qué había provocado que mi vida estuviera en el punto en el que estaba, es decir, que en definitiva había comprendido cómo me había marcado el abandono de mi padre.

Ya sabía a qué se había referido Marc con eso de que las palabras y lo que decimos, a veces, esconden otra realidad diferente a la que se expresa. En mi caso, mis pensamientos, mis actos y mis decisiones habían escondido la auténtica realidad que se había anclado en mi corazón, esa que había arrastrado toda mi vida sin ser consciente de ella y que me había llevado al punto en el que me encontraba.

Sin embargo, ser consciente de ello había sido una auténtica liberación y comencé a sonreír.

Marc me miró, perplejo, y no tuve más remedio que explicarle también el porqué de aquel cambio de humor.

—No es que me sienta feliz por lo que me ha ocurrido —le comenté—, pero al menos ahora comprendo por qué he hecho determinadas cosas, y eso me ha llevado a sentir cierta liberación. Ahora entiendo por fin mi comportamiento y ya sé qué es lo que no debo hacer en el futuro.

Marc sonrió y negó con la cabeza.

—¡¿Qué?! —le pregunté, curiosa, ante su gesto.

—Eso que acabas de hacer —me dijo, señalándome— puede llevar meses en consulta. Has demostrado una habilidad para la introspección y un conocimiento de ti misma y de tus emociones que hasta ahora no había visto nunca en nadie. Ni siquiera yo he sabido reconocer mis errores y el motivo de ellos en tan poco tiempo y con tanta exactitud como lo has hecho tú.

Ambos nos miramos, sonriéndonos con complicidad, sin ser ninguno de los dos conscientes de que Marc había posado su mano sobre mi mejilla y yo la había acogido de buen grado.

Y no nos dimos cuenta de ello hasta que, pasados unos segundos, el pitido de un coche que nos rebasó a toda velocidad nos devolvió a la realidad de donde nos encontrábamos.

—Creo que deberíamos volver a la autovía y continuar con el viaje —me dijo entonces Marc, al tiempo que retiraba su mano de mi cara y la posaba de nuevo sobre la palanca de cambios, para meter primera y reanudar la marcha—. Aún nos queda un buen trecho.

Marc

¡Pero ¿qué demonios había pasado?!

¿En qué momento mi mano había volado hasta la cara de Abril sin mi permiso?

No me había dado cuenta de que le estaba acariciando la mejilla hasta que ese coche me hizo salir del embobamiento que tenía y ser consciente de ello.

Su forma de reflexionar sobre sus decisiones y actos, su manera de procesar sus emociones y, sobre todo y a pesar de todo, su manera de ser capaz de recomponer sus sentimientos habían hecho que comenzara a sentir una cierta admiración por ella, porque lo que acababa de hacer no era para nada sencillo y la mayoría de la gente o bien se perdía en el camino o bien se hundía cuando descubría determinadas cosas. Sin embargo, ella parecía haberse hecho más fuerte después de todo lo que le había ocurrido.

Pero no quise seguir pensando en Abril y en cómo su forma de ser cada vez me atraía más. Necesitaba centrarme en la conducción y, en especial, en por dónde iba a comenzar la investigación sobre mi abuelo.

Sabía el nombre de la hacienda en la que estuvo y que ésta, en la actualidad, ya no estaba operativa; no al menos en el modo en el que lo estuvo cuando mi abuelo trabajó en ella. Hacía años que ese negocio había ido a menos y los dueños habían decidido, después de mucho tiempo cerrada, darle otra orientación; en ese momento la explotaban mediante la visita de turistas.

La habían restaurado y acondicionado, de modo que pareciese que de nuevo estaba en activo, para mostrar al visitante cómo había funcionado en sus años de mayor esplendor, así que no sabía si iba a encontrar en ella a alguien que hubiera conocido a mi abuelo o, en su defecto, que me pudiera poner en contacto con alguien que lo hubiera hecho.

En todo caso, tendría que esperar hasta llegar a ella para averiguarlo, porque aún nos quedaba bastante camino por delante.

—¿Tienes miedo de lo que te puedas encontrar?

La pregunta de Abril me pilló por sorpresa, como casi todo lo que provenía de ella.

—Pues... no sé qué decirte. Tengo claro que mi abuelo fue un hombre excepcional que siempre sirvió desinteresadamente a los demás, así que por esa parte no tengo ninguna duda de que todo lo que me vaya a encontrar proveniente de él será algo bueno, pero, por otro lado, lo que siempre he oído en mi familia es que algo grave le tuvo que suceder aquí para que cambiara su carácter de la manera en que lo hizo. Eso es, quizá, lo que más me preocupa: descubrir qué o quién le hizo daño y de qué manera.

La verdad es que no me había planteado hasta ese momento cómo iba a reaccionar si descubría algo desagradable. Normalmente no me gustaba adelantar acontecimientos y en esa ocasión tampoco lo había hecho.

—Cuéntame cosas de él..., de tu abuelo, me refiero —me pidió entonces Abril.

No sabía por dónde empezar, así que lo hice por el principio.

—Pues verás... Mi abuelo vivió con sus padres hasta los diecisiete años, pero, el día en que cumplió dieciocho, a su padre le dio un infarto y, aunque mi bisabuelo se recuperó de éste, a partir de ahí tuvo que llevar una vida mucho más sedentaria y, por tanto, tuvo que dejar el trabajo que tenía en la mina. El problema fue que, con la poca pensión que le quedó, apenas tenía para poder mantener a la familia, así que un día, estando en el bar del pueblo donde vivían, oyeron a alguien que iba buscando mano de obra para una hacienda muy lejana, y mi abuelo no dudó en apuntarse sin preguntar nada más. Necesitaba el dinero para cubrir las necesidades de sus padres y, por tanto, necesitaba el trabajo que se le fuera a proporcionar, al precio que fuera. Y lo pagó caro, porque tuvo que cruzar el Atlántico y separarse de ellos durante mucho tiempo. —Abril me escuchaba atentamente, así que continué explicándole lo poco que conocía, en realidad, sobre la vida que había llevado mi abuelo de joven—. Sé que la hacienda era de un hombre que también era español y que por eso prefería la mano de obra de sus compatriotas antes que la de los nativos, así que buscó a unos veinte hombres y a unas cuatro o cinco mujeres para que, junto con él, sacaran adelante el trabajo. Al cabo de cinco años, el negocio había crecido tanto que tuvo que volver a reclutar a más personas, y en esa segunda partida fue cuando mi abuelo encontró su oportunidad de ganar dinero y poder así ayudar a sus padres.

—¿Sabes cuánto tiempo estuvo aquí?

—Creo que fueron alrededor de tres años. Al principio estuvo mandando a sus padres cartas y dinero todos los meses. Lo hizo durante los dos primeros años, pero, pasado ese tiempo, ya sólo les comenzó a llegar el dinero y eso les extrañó mucho, porque él siempre había sido muy cercano y cariñoso con ellos.

—¿Cómo se llamaba tu abuelo? —me interrumpió Abril, curiosa.

—Bastian. Mi bisabuela se lo oyó pronunciar de esa manera a una mujer inglesa y le encantó.

—Ah, qué original... Oye, ¿y por qué dejó tu abuelo de escribir las cartas?

—Pues en realidad nunca lo llegaron a saber. Al faltar dos meses para que se cumplieran los tres años de su partida, regresó sin previo aviso. Un día llamaron a la puerta y, cuando mi bisabuela abrió, se encontró con que su hijo; el muchacho que se había ido tiempo atrás había vuelto y se había convertido en un hombre maduro y curtido. Eso le hizo muy feliz. Sin embargo, su carácter ya no era el mismo que el de aquel chaval lleno de ímpetu y alegría que se había ido. Entonces su semblante era sombrío y eso no era más que el reflejo de un interior más sombrío aún. Un interior marcado por algún suceso que lo había hecho cambiar y perder esa vitalidad que siempre lo había caracterizado. —Hice una breve pausa, pero después continué—. Mis bisabuelos esperaron pacientemente a que él regresara; obviamente no me estoy refiriendo a

físicamente, sino a que volviera el joven alegre y vivaz que se había ido, pero nunca lo hizo. Estuvieron aguardando a que, en algún momento, se abriera a ellos y les contara qué demonios había pasado para que cambiara de aquella manera tan abrupta, pero eso nunca sucedió. Él jamás quiso hablar de lo que aquí le ocurrió; nunca contó nada y siempre rehusaba el tema cuando éste salía.

—¡Madre mía!... ¿Y tus bisabuelos cómo vivieron eso? Tuvo que ser muy duro para ellos.

—Por lo que me ha contado mi madre, la preocupación les duró hasta el final de sus días. De hecho, mi bisabuela, poco antes de morir, le pidió a mi madre que intentara sonsacarle a su padre lo que le había ocurrido de joven. No quería irse sin saber qué le había pasado a su hijo en aquellas tierras lejanas. Desgraciadamente, mi madre no fue capaz de averiguar nada. Mi abuelo continuó estando cerrado en banda y, a pesar de los años transcurridos y de que ella se lo suplicó mil veces, éste no cedió nunca.

—Pero entonces tu bisabuela se tuvo que morir con una pena muy grande.

—En realidad con pena no, porque mi abuelo, pasado unos años de haber regresado, comenzó a recuperar parte de su antiguo carácter y poco a poco empezó, aunque nunca lo hiciera del todo, a abrirse a los demás. Sin embargo, sí que es cierto que, sobre todo ella, mantuvo esa preocupación constante por su hijo durante toda la vida.

—¿Y tu abuelo nunca volvió a México?

—No, ¡qué va! Consiguió un buen trabajo en España, compró una casa en la que vivir y, pasada una década, se casó con mi abuela. Su matrimonio duró cincuenta años y tuvieron una hija: mi madre.

—¡¡Cincuenta!! Madre mía, eso es estar prácticamente toda la vida juntos. —Abril me miraba con los ojos como platos y con una preciosa expresión de asombro en la cara.

Me hizo sonreír.

—Bueno, es lo que tiene que dos personas se amen incondicionalmente —le respondí al tiempo que paraba el coche y me giraba para mirarla de nuevo. De pronto su expresión había cambiado, y yo creía conocer el porqué. Sus miedos habían acudido fastidiosos a su cabeza, que le hacía, sin duda, preguntarse si ella alguna vez encontraría un amor tan correspondido y duradero—. Abril, algún día descubrirás a esa persona que te haga la vida más fácil, que te saque todos los días una sonrisa, que se preocupe por ti y que te haga sentir que eres muy especial. —Me miró un tanto escéptica, así que continué—. Seguro que en algún momento de tu vida encontrarás a alguien que te haga sentir el amor como nunca lo has hecho.

—¿Te refieres a lo de sentir las mariposas en el estómago?

Me hizo sonreír porque sabía que lo había preguntado de broma, ya que en el desayuno había salido ese tema. De todas formas, tras esa broma había escondida una pregunta proveniente de una mujer que aún albergaba la esperanza de hacer realidad su sueño de niña..., esa inocente niña que aún habitaba en su interior y que a mí tanta ternura me provocaba.

—Me refiero a que, cuando te enamores de verdad, lo sabrás por lo bien que te hará sentir esa

persona y, sobre todo, por el vacío enorme que notarás si alguna vez te separas de ella.

—¿Es eso lo que te pasa a ti ahora? —me preguntó entonces, para mi completo estupor—. ¿Sientes el vacío que te ha dejado tu mujer?

Suspiré, pero esa vez no cambié de tema como había hecho con ella hasta entonces.

—Ya no siento vacío, Abril. Eso fue al principio, cuando rompimos. Ahora lo que siento es muy diferente... pero es que es muy complicado de explicar.

—Ya, siempre dices lo mismo, pero creo que más que ser complicado de explicar es que tú no quieres o no te sientes preparado aún para hacerlo, ¿me equivoco?

No, no lo hacía.

—Hasta ahora nunca se lo he contado a nadie; me refiero a la parte que tiene que ver con los sentimientos. —Hice una pausa y luego continué—. Pero tienes razón —suspiré—: Aún no estoy preparado y, si te soy sincero, no creo que lo esté nunca. Hablar de lo que me ha ocurrido me haría sentir sumamente vulnerable.

—Bueno, yo creo que estarás preparado para abrirte a alguien y contárselo cuando realmente lo hayas superado. El problema es que, por lo que veo, todavía no lo has hecho.

—Sí lo he superado. —Abril se giró para mirarme al tiempo que levantaba su ceja derecha, denotando con ese gesto su incredulidad en relación con mis palabras—. Hemos llegado ya. —Le solté a continuación, bastante contrariado porque no quería continuar con esa conversación en ese momento... ni en ningún otro, probablemente.

Abril, entonces, se giró hacia delante y se quedó observando el paisaje que se abría ante nosotros.

—No te creas que porque hayamos llegado se me va a olvidar que hemos dejado esta conversación a medias —me soltó.

—La conversación no se ha quedado a medias; la conversación, directamente, se ha acabado —le respondí, bastante tajante.

Se giró de nuevo para mirarme y un calambrazo recorrió todo mi cuerpo, porque sus preciosos ojos hablaban por sí solos y me mostraban que estaba bastante molesta. Lo que no entendía era por qué, pero Abril me lo explicó sin que yo le preguntara.

—Marc, tú conoces mis pensamientos y sentimientos más íntimos y eso que eres un hombre al que conozco desde hace tan sólo tres días. Además, me he dejado convencer por ti para acompañarte a descubrir qué le ocurrió aquí a tu abuelo. Y, por si todo esto fuera poco, voy a compartir contigo una habitación de hotel durante quince días. Así que no creo que sea muy raro por mi parte querer saber un poco más de ti y de lo que ocurre en tu vida. Sobre todo para quedarme tranquila de que no eres un asesino en serie o algo por el estilo.

Me eché a reír, no pude evitarlo.

Después agaché la cabeza, negué con ella y, cuando la levanté y la miré directamente a los ojos, no pude negarme a su petición.

—Está bien, llevas razón. Pero ahora no es el mejor momento para mantener esta

conversación. Te prometo que esta noche, si quieres, te lo contaré todo durante la cena. Pero ahora, por favor, vayamos a intentar descubrir qué demonios le ocurrió aquí a mi abuelo, ¿de acuerdo?

—Vale —me respondió a regañadientes, lanzándome una mirada que me lo decía todo. Si no cumplía con mi palabra, tendría un grave problema con ella.

No obstante, en ese momento no quería preocuparme por la dichosa conversación, pues sólo deseaba centrarme en lo que habíamos ido a hacer allí.

Ante nosotros se erigía un enorme arco granate, probablemente hecho de adobe, que nos daba la bienvenida a la hacienda.

—¿Éste es el sitio donde trabajó tu abuelo? —me preguntó entonces Abril, al tiempo que abría la puerta del vehículo para salir de éste.

—Si el GPS no me ha engañado, sí.

—Vale y, ahora, ¿qué hacemos?

—Pues... sinceramente, no lo sé. Supongo que entrar y llegar hasta el edificio principal para preguntar allí, pero de lo que no estoy seguro es de que podamos pasar sin más.

—La verja está abierta —observó Abril.

—Sí, ya lo veo —le contesté—, pero eso no quiere decir que podamos adentrarnos en una propiedad privada sin permiso.

Abril se cruzó de brazos y me miró fijamente.

—¿Me estás diciendo en serio que has venido hasta aquí para ahora no entrar?

Fui a hablar, pero sinceramente me quedé sin saber qué responderle.

—Anda, sube al coche y conduce hasta que lleguemos a algún edificio donde podamos preguntarle a alguien —me ordenó Abril muy decidida mientras se acomodaba de nuevo en el asiento del copiloto y se ajustaba el cinturón de seguridad—. ¡Vamos!

Sabía que ella tenía razón, pero quizá mi miedo a encontrarme con algo sobre mi abuelo que no me gustara, inconscientemente, había hecho que viera en aquella entrada a la finca una barrera en el camino que me ayudara a retrasar el tener que enfrentarme a la historia de su vida.

No obstante, le hice caso. Inicié la marcha y conduje por la carretera de tierra para alcanzar un enorme edificio, también de color granate.

Al llegar a él un muchacho nos indicó amablemente dónde se encontraba el parking para dejar el coche. Por lo que nos explicó, teníamos que dejarlo allí si queríamos hacer la visita guiada a la hacienda que estaba a punto de empezar. Por lo visto, aquel sitio se había convertido en una especie de museo vivo, donde todo permanecía como si el tiempo no hubiera pasado por él.

—Genial: hacemos la visita guiada, conocemos el lugar y luego preguntamos al personal si hay alguien de la época de tu abuelo para ver si lo conoció, ¿no?

Me pareció perfecto lo que planteó Abril, así que asentí.

La visita a la finca comenzó con la explicación de por qué se levantó aquella hacienda en su día. Según el guía, Máximo Olarte, un emigrante español con muy buena visión para los

negocios, vio en aquellas tierras sembradas de una vasta plantación de henequén una excelente oportunidad para hacer dinero.

El henequén, que crecía de manera espontánea en aquel agreste paisaje, no era otra cosa que una planta similar al agave del que extraían las fibras necesarias para luego hacer cuerdas de hilo natural con las que fabricar sacos, alfombras, cestos, hamacas, etc.

—Así que ese hombre —continuó explicando el guía al grupo de visitantes al que nos habíamos unido— creó un imperio que se mantuvo hasta que un desgraciado incidente lo dejó en coma durante varios meses. Después de eso, ya no tuvo la suficiente fuerza como para continuar al frente del negocio y acabó abandonando la hacienda y volviendo a su ciudad natal en España. Ahora la gestionan sus descendientes, quienes tras la muerte de su padre decidieron rehabilitarla para convertirla en un museo y sacarle rendimiento de nuevo.

—¿Qué fue lo que le pasó a don Máximo? ¿Por qué quedó en coma? —preguntó una enorme mujer que, junto con su marido y sus dos hijos, seguía muy atentamente las explicaciones del guía.

—La familia no me permite dar más información al respecto, señora. No fue un suceso agradable y ellos prefieren que quede en el olvido para siempre.

La respuesta, obviamente, no había satisfecho la insaciable curiosidad de aquella mujer que, lejos de quedarse con la explicación de aquel guía, se metió en Internet en busca de más información.

Mientras tanto la visita continuó haciendo un recorrido por las estancias de aquel enorme edificio colonial que en su día albergó a la familia Olarte y a parte de sus empleados.

Muebles vetustos pero cuidadosamente restaurados, marcos con imágenes antiguas de la familia colgados aún en aquellas altísimas paredes, pequeños detalles en la decoración como el escudo de la familia bordado en la tela de los cojines, ropajes hechos con telas traídas de ultramar perfectamente preservados en el tiempo y hasta utensilios de uso personal conformaban aquella majestuosa residencia que, lejos de parecer descuidada o abandonada, había recuperado su antigua vida y eso hacía que te sintieras transportado en el tiempo.

En un momento dado pude imaginar a los hijos de aquel terrateniente jugando en la gran balconada que se extendía a lo largo de la fachada principal, con los juguetes típicos de aquella época con los que todavía podías tropezarte aquí y allá, al tiempo que en la cocina bullían las ollas con auténticas delicias, mezcla de los más arraigados manjares mexicanos y los más tradicionales guisos españoles, mientras que en el exterior la frenética actividad de la hacienda daba alas a la economía familiar.

—¿Te has fijado en aquel tocador?

—¿Qué? —Abril miraba y señalaba hacia un rincón de una habitación contigua a la que nos encontrábamos, en la que había una pequeña mesa de madera oscura pegada a una pared, en la que, además, había colgado un elegante espejo con un marco de madera tallada.

—Es precioso —comentó al tiempo que se separaba del grupo, atravesaba unas altísimas

puertas de madera que dividían ambas estancias y se adentraba en un dormitorio situado al lado del principal.

—Abril, no podemos entrar aquí por nuestra cuenta. Espera a que vengan los demás —le susurré mientras la seguía para intentar convencerla de que volviera con el resto del grupo, pero no me hizo caso.

Se fue directa hacia aquel rincón de la habitación, separó la silla que había delante del tocador y se sentó en ella.

—¿No te parece increíble? —me preguntó, embelesada, mientras observaba todos y cada uno de sus elementos.

—Sí, supongo... Yo qué sé, Abril. Yo no entiendo de eso —le contesté, algo contrariado—. Venga, vámonos, que nos van a echar la bronca como nos pillen aquí.

Siguió sin hacerme caso y comenzó a actuar como si de una dama de época se tratara, cogiendo el cepillo de plata labrada que reposaba sobre aquel elegante tocador para, a continuación, pasárselo suave y delicadamente por el pelo.

Me acerqué a ella y posé mis manos sobre sus hombros para llamar su atención. En ese momento Abril levantó el rostro y a través del espejo me miró directamente a los ojos.

Luego todo se precipitó.

Nuestra atención se desvió hacia otro reflejo proyectado de una tercera persona que acababa de entrar en aquel dormitorio dispuesta a explicarnos que no podíamos estar allí y mucho menos tocar los enseres de la familia.

Sin embargo, eso no llegó nunca a suceder.

Aquella anciana de pelo blanco y piel oscura y curtida que nos había sorprendido cayó desmayada al suelo tras haberse llevado la mano a la boca para silenciar un grito de auténtico temor.

Abril

Me levanté corriendo de la silla y acudí a auxiliar a aquella pobre mujer que, a pesar de estar sin conocimiento en el suelo, aún conservaba la cara de pavor que había puesto justo antes de desvanecerse.

—¿Se encuentra bien?... Oiga..., ¿se encuentra usted bien? —le pregunté, muy preocupada al ver que no recuperaba la conciencia a pesar de haberle levantado un poco la cabeza y haberle palmeado delicadamente varias veces las mejillas.

Marc se había quedado como un pasmarote, observando la escena.

—Oye, ¿puedes ayudarme? —le pedí, algo agobiada porque aquella mujer no volvía en sí—. ¡Marc!

—Sí, sí, claro... voy.

Marc se agachó justo cuando aquella anciana comenzó a recuperar el sentido.

—No puede ser... —comenzó a decir—, no puede ser...

—¿El qué no puede ser, señora? —le planteé, porque no entendía qué quería decir.

Pero aquella mujer no dijo nada más.

Se volvió a desvanecer. Lo hizo justo cuando apareció todo el mundo.

—¿Qué ha pasado aquí? —nos preguntó el guía, un poco asustado al ver a la anciana en el suelo—. ¡María, María! —exclamó al tiempo que se agachaba y cogía la muñeca de la señora para tomarle el pulso—. ¡José, José! Llama al médico.

El tal José apareció allí inmediatamente con un móvil en la mano y pocos minutos después de su llamada llegó el médico de la hacienda.

—¿Qué le ha pasado? —nos preguntó según se agachaba y comenzaba a examinarla.

—Pues no lo sé... Ha entrado aquí y, sin más, se ha desmayado —le expliqué.

—Vale, vamos a tener que llevarla al hospital —informó el doctor a continuación—. Es una mujer muy mayor y me preocupa su salud. Quizá no sea nada, pero prefiero asegurarme de que todo esté bien. José, llama a una ambulancia y que vengan a por ella. Los demás, por favor, vayan a visitar otra zona de la vivienda. Aquí ya no hay nada más que ver —terminó de decir el hombre, algo contrariado.

El guía inmediatamente nos pidió que lo siguiéramos y, abandonando la casa, nos condujo hasta la zona de la hacienda donde la materia prima se transformaba en el producto final.

Después de una larga explicación de cómo extraían las fibras del henequén y de cómo, entrelazándolas, las convertían en cordeles de distintos grosores con los que elaboraban

innumerables artículos de artesanía, nos invitó a conocer el modo de vida de una de las tantas personas que en su día trabajó en la hacienda.

Miré a Marc, que me devolvió una sonrisa tensa. Estaba claro que aquella persona que íbamos a conocer probablemente pudiera ayudarlo y eso lo había puesto bastante nervioso. Instintivamente le cogí la mano y le dije que estuviera tranquilo, que todo iba a ir bien.

Sé que me agradeció el gesto, porque su sonrisa y su mirada se relajaron.

A continuación, nos subimos en un *truck,* una especie de plataforma de madera con ruedas que circulaba sobre raíles y que estaba tirado por caballos, y que en su día se había usado para el transporte de la materia prima. Una vez acomodados en él, iniciamos la marcha a través de la vasta extensión de aquella hacienda hasta llegar a una pequeña casa hecha de adobe y hojas secas de palmera. En ella se encontraba Antonio, un hombre nacido en Yucatán, de sangre maya y que había trabajado desde bien joven para la familia Olarte, quien le había cambiado su nombre original por otro más fácil de pronunciar para ellos y claramente más español.

Ataviado con un modesto atuendo de color blanco y con un sombrero y unos zapatos hechos por él mismo con la fibra del henequén, nos contó en lengua maya cómo fue su trabajo en la hacienda. A pesar de que Antonio hablaba bastante bien el español, lo quiso hacer en su lengua materna para que la conociéramos, y fue el guía el que nos lo tradujo todo.

Una vez terminada la explicación, nos dieron un tiempo para pasear por allí y descansar un rato hasta volver a llevarnos a nuestro siguiente punto de la excursión.

—Oye, ahora que todo el mundo está haciendo fotos deberías aprovechar para preguntarle a Antonio si conoció a tu abuelo.

Marc dio un largo suspiro y después asintió. Estaba inquieto, eso era evidente, así que de nuevo quise darle mi apoyo.

—Venga, te acompaño.

Comenzamos a andar directos hacia donde se encontraba aquel anciano y, cuando llegamos a su altura, éste se giró en nuestra dirección.

Se quedó mirando a Marc de la misma forma en que lo había hecho desde que habíamos llegado allí, con un gesto extraño que no era capaz de describir.

Él se presentó y el hombre cogió amablemente su mano tendida. Sin embargo, continuaba teniendo una especie de recelo en la mirada.

Pero Marc fue muy directo: le preguntó sin más rodeos si había conocido a Bastian, su abuelo.

Antonio nos ofreció una leve sonrisa que rápidamente se esfumó de su cara. Después, bajó la mirada y probablemente estuvo sopesando qué decirnos durante lo que nos parecieron unos larguísimos segundos. A continuación, se dirigió a mi acompañante.

—Eres el vivo retrato de tu abuelo —le dijo con los ojos vidriosos, aunque también con el semblante algo contrariado.

Atendí en ese momento a cómo se encontraba Marc. Se había tensado de nuevo. Él había intuido, por cómo había reaccionado aquel hombre, que algo pasaba. Estaba claro que sabía lo

que le había ocurrido a Bastian.

—¿Lo conoció usted entonces? —le pregunté yo, impaciente.

Éste asintió.

—¿Y podría usted decirnos algo sobre él, sobre su estancia aquí? —le requerí de inmediato.

El anciano primero dudó, pero después negó.

—No estuvo aquí demasiado tiempo, aunque en realidad llegué a conocerlo bastante. Era un muchacho muy trabajador.

Después de eso, no añadió nada más. Era como si no quisiera seguir hablando.

—¿Sabe usted si le ocurrió algo aquí que le hiciera cambiar su carácter?, ¿algo desagradable? —le planteó entonces Marc, que cada vez se estaba poniendo más tenso.

—A veces el pasado es preferible dejarlo donde se quedó —sentenció aquel octogenario—. Es mejor que te quedes con la imagen que tú tengas de tu abuelo, con la imagen de cómo se ha comportado contigo y con el resto de tu familia. Eso es lo que a ti te debe importar.

—Oiga, eso no ayuda —le reproché, contrariada porque imaginaba cómo se estaba sintiendo Marc en esos momentos; no debía de estar siendo nada fácil para él.

Era obvio, por las palabras de aquel anciano, que allí había ocurrido algo que nos trataba de ocultar.

—Déjalo —me pidió entonces Marc—. Quizá este hombre tenga razón y sea mejor no enturbiar el recuerdo que tengo de mi abuelo.

—Ya, pero si hemos venido hasta aquí ha sido precisamente para averiguar qué le ocurrió y...

Me quedé a medias. La mujer que en la casa había preguntado qué le había pasado al dueño de la hacienda para quedar en coma había encontrado la información en Internet y la estaba leyendo en voz alta para que todos la oyéramos, aprovechando que el guía se había ido a hacer una llamada de teléfono.

—Leo lo que dice aquí, en un diario de la época, de 1957... Máximo Olarte permanece en coma profundo desde el pasado día 26 de abril por la noche, tras un gravísimo incidente ocurrido en la hacienda que posee. Supuestamente fue herido de gravedad por un trabajador suyo del que la policía sólo nos ha facilitado sus iniciales: B. M. F., que se encuentra en paradero desconocido desde el mismo día en que ocurrieron los hechos...

—Son las iniciales de mi abuelo... —susurró Marc para sí, mientras aquella oronda señora continuaba con la lectura de la crónica.

—Al parecer, ambos hombres se enzarzaron en una desafortunada discusión que acabó con Olarte en el hospital tras haber recibido una brutal paliza por parte de su empleado...

Miré a Marc y éste, a su vez, dirigió su mirada hacia Antonio, que agachó la cabeza con pesar.

—... Aún se desconocen las causas de la agresión, pero todo apunta a un importante desacuerdo entre ambos. Sin embargo, según nos ha comentado el jefe de la policía estatal encargado del caso, la investigación ha sido cerrada por petición de la familia, que ha decidido no interponer ninguna denuncia contra su trabajador y que ha pedido encarecidamente que se

olvide este desagradable incidente. Al parecer, y según nos cuentan algunos testigos de lo sucedido, a Máximo Olarte también se le podría acusar de agresión por culpa de la gran cantidad de golpes que éste le propinó a su trabajador, ya que parece ser que no todos esos golpes fueron en defensa propia. Por tanto, debido a la contradicción de pruebas encontradas por la policía y, sobre todo, debido a la petición de esta familia tan volcada en ayudar económicamente a la comunidad de que no se remueva más el asunto, la investigación ha quedado cerrada.

Aquella mujer, sin saberlo, había esclarecido de golpe todos los enigmas que había en torno al abuelo de Marc. Porque estaba claro, por la fecha en la que había sucedido, por las iniciales que habían dado en el periódico y por cómo había reaccionado Antonio, que sin duda se trataba de Bastian.

Marc

El mazazo fue tremendo, porque algo en mi interior me decía que no había duda, a pesar de no ver reflejado en aquel suceso al hombre que yo conocía. Él no era así, no lo había sido nunca, pero estaba claro que aquel turbio episodio ocurrió y ensombreció su vida para siempre.

—Marc, ¿te encuentras bien? —me preguntó Abril, visiblemente preocupada.

No contesté. No podía. El nudo en la garganta provocado por la impotencia y por la rabia, me lo impedía. ¿Por qué habría hecho mi abuelo una cosa así?

Sin darme cuenta Antonio se había acercado hasta nosotros y carraspeó para llamar mi atención.

—No creas todo lo que oigas sobre él. Bastian fue siempre un buen hombre y aún hoy en día todos nos seguimos preguntando qué fue lo que le pasó aquella noche para hacer lo que hizo.

—¿Hay más gente de aquella época que todavía siga viva? —preguntó Abril, curiosa, mientras yo intentaba asimilar toda la información.

—Sí, aunque por desgracia ya no quedamos muchos.

—¿Usted sabe qué pasó realmente? —le pregunté ya sin rodeos—. ¿Sabe por qué lo hizo? —Necesitaba encarecidamente conocer todas esas respuestas.

Antonio negó con la cabeza.

—Siento no poder ayudarte, muchacho.

—Oiga... —intervino de nuevo Abril—... Usted sabe más de lo que cuenta, y mi amigo necesita obtener respuestas.

Miré a Abril por haberse referido a mí como su «amigo». Supongo que todo lo que habíamos vivido en esos escasos tres días juntos era más que suficiente para elevar el estatus de nuestra relación al de amistad.

—Señorita... —comenzó a decir Antonio, después de emitir un largo suspiro y de mirarnos con cierta tristeza en los ojos—, yo no sé más de lo que ha oído hoy usted aquí. Nadie sabe realmente qué sucedió aquella fatídica noche, salvo sus protagonistas. Todo lo demás que se dijo entonces fueron habladurías de las que yo nunca quise hacer demasiado caso. Lo que pasó tuvo mucha repercusión local, ya que mucha gente, al quedar el señor en coma y tener que cerrar la hacienda, se quedó sin su trabajo y sin el sustento para sus familias, así que el odio inundó muchas lenguas que inventaron historias terribles sobre lo acontecido, en las que Bastian no quedaba bien parado en ninguna —contó esto último mirándome directamente a los ojos—. Yo

de ti me olvidaría del asunto y, como te he dicho antes, me quedaría con el recuerdo de lo que tu abuelo haya sido para ti.

Aquellas palabras de ese hombre de aspecto sencillo y apacible, aunque bienintencionadas, se habían clavado como un aguijón en mi corazón. Ojalá nunca hubiera ido hasta México. Ojalá nunca hubiera descubierto esa parte de la vida de mi abuelo, tan oscura y desagradable.

—Marc, debemos reunirnos con el resto del grupo. Están ya todos subidos en el *truck*, esperándonos —me advirtió entonces Abril, sacándome de mis pensamientos.

Asentí y la seguí como un autómata.

Nuestra siguiente parada fue en un espectacular cenote.

Sin embargo, y a pesar de los intentos de Abril porque me olvidara del tema y disfrutara un poco del entorno, no me encontraba con ánimo para ello.

Aun así, accedí a darme un baño en aquellas cristalinas aguas con el fin de quitarme de encima el sofocante calor que sentía. De hecho, me metí en ellas sin pensármelo dos veces y, ya dentro, esperé a que Abril volviera del aseo, donde había ido para ponerse el bikini.

Cuando apareció en mi campo de visión, no pude más que seguirla en todo el recorrido que hizo hasta llegar donde me hallaba yo.

Aquella mujer era increíble, y no lo digo porque tuviera un cuerpo bonito, sino más bien porque la sensualidad ingenua con la que se deslizaba levantando miradas, sumada a la proporción exquisita de sus medidas, la hacían destacar por encima del resto de las féminas que allí se encontraban.

Por ello no pude evitar, por un momento, olvidarme de todo lo que había ocurrido ese día y centrarme únicamente en la cadencia de sus pasos y en lo que aquella mujer, sin buscarlo, me despertaba.

—¿Está fría? —me preguntó, sacándome de mi embelesamiento.

—Eh... —Ni siquiera había reparado en la temperatura del agua. Había estado tan absorto en mis pensamientos que ni había sido consciente de que en realidad estaba bastante fresca—. Me temo que un poco sí, pero merece la pena pegarse un baño después de haber venido hasta aquí. Además, así te quitarás el calor tan sofocante que hace.

No se lo pensó dos veces. Saltó al agua sin más.

—¡Jolín! ¡Está helada...! —me dijo, algo mosqueada, en cuanto salió a la superficie dos segundos después.

—Se te pasará enseguida, ya lo verás —le contesté mientras me acercaba a ella. Entonces observé que tenía la carne de gallina y que se había abrazado a sí misma—. Es mejor que nades un poco si quieres entrar en calor.

Y me hizo caso, pero a los dos o tres minutos, y a pesar del ejercicio que había realizado, seguía teniendo la piel erizada y el cuerpo tenso por el frío.

Entonces, sin pesar mucho lo que hacía, salí del agua, saqué de mi mochila la toalla que llevaba, me acerqué hasta la orilla y la desplegué para que Abril la tuviera preparada.

En cuanto me vio esperándola, no dudó en salir de aquel cenote. Y yo, de nuevo sin pensar, la envolví no sólo con la toalla, sino también, y para mi propio asombro, con mi cuerpo.

Abril

Me quedé mirando cómo Marc salía del agua. Nunca antes lo había hecho; me refiero a quedarme mirando a un hombre de la manera en la que lo hacía en ese momento.

Hasta ese día únicamente había tenido ojos para Fede, o ni siquiera para él. Quiero decir que nunca había observado el cuerpo de mi exnovio como acababa de hacerlo con el de Marc. Claro que Fede no tenía ni la mitad de músculos que Marc, ni su altura, ni su gran complexión. Bien mirado, el que iba a ser mi marido, por no tener, no tenía ni porte ni gracia al andar... Todo lo contrario que quien me esperaba en la orilla, con la toalla preparada para envolverme con ella.

Y es que tampoco Fede había tenido nunca un gesto así de caballeroso conmigo. Él decía que, si las mujeres queríamos igualdad, no entendía por qué los hombres nos tenían que dejar pasar primero, ni por qué nos tenían que abrir la puerta, ni mucho menos por qué nos tenían que ceder el asiento en un autobús, así que nunca tuvo detalles de ese tipo conmigo.

Eso me llevó a pensar si había algún motivo para que Marc lo tuviera o si, por el contrario, simplemente había sido un gesto de cortesía, porque, por lo poco que había podido observar, me pareció que él sí creía aún en la caballerosidad y en tener esos pequeños, pero amables y elegantes, gestos con las mujeres.

Sin embargo, aquel detalle fue algo más que eso, porque no sólo me envolvió con la toalla, también me rodeó con su cuerpo, haciéndome sentir el calor de éste. Estoy convencida de que con ese abrazo no sólo intentó aumentar mi temperatura corporal, sino que probablemente también quiso agradecerme que estuviera allí con él, acompañándolo en ese momento tan delicado.

Y yo me dejé abrazar, porque sabía que detrás de ese gesto había un cierto cariño. Y es que los pocos días que llevábamos juntos nos habían unido más de lo que yo hubiera podido pensar en un principio. Marc había pasado a ser una persona bastante importante en mi vida y, sobre todo, un apoyo para mí primordial en esa etapa debido a lo relativamente mal que lo estaba pasando después de mi fracaso con Fede. Y de la misma manera yo para él también estaba siendo una amiga en la que apoyarse en aquel duro episodio que estaba viviendo.

Así que permanecimos de esa manera durante unos minutos, observando el impresionante paisaje que aquel cenote nos brindaba mientras nuestros cuerpos se acariciaban y se acunaban al son de nuestras acompasadas respiraciones.

Al rato, la voz del guía pidiéndonos que volviéramos al autobús para llevarnos de vuelta nos sacó de aquel momento, en el que estoy segura de que a ambos se nos habían olvidado

absolutamente todas nuestras preocupaciones.

Por eso nos costó separarnos. Marc me hacía sentir muy cómoda y estaba convencida de que seríamos muy buenos amigos.

Al llegar al hotel quise saber cómo se encontraba. No había hablado en todo el viaje de vuelta y me preocupaba que se pudiera venir abajo.

—¿Cómo te sientes? —lo abordé sin más.

—¿Sinceramente? —me preguntó a modo de respuesta mientras se dejaba caer con desgana sobre el sofá de la habitación—. Devastado —sentenció, con la voz quebrada y los ojos vidriosos.

Me quedé bloqueada. No sabía cómo reaccionar. Con cualquier otra persona sí hubiera sabido hacerlo, con cualquiera que hubiera conocido mínimamente, pero con Marc, aunque cada vez lo sentía más cercano, no sabía muy bien qué decir o hacer.

—Eh... ¿puedo ayudarte de alguna manera? ¿Te apetece hablar o prefieres que te deje solo? Es que no sé muy bien qué hacer. No sé cómo te gusta que te ayuden o si a lo mejor prefieres que directamente no lo hagan... —Verlo así de destrozado me partía el corazón, pero no sabía muy bien cómo echarle una mano—. ¿Tienes hambre? ¿Quieres que vayamos a cenar? —le propuse a continuación, en un intento de devolverlo a la realidad, ya que parecía perdido en el infinito.

Entonces se echó para delante, apoyó los codos en sus rodillas y hundió la cabeza entre sus manos. Después negó con ésta.

—Vete tú si quieres. Yo ahora no tengo estómago para nada. Sólo quiero quedarme aquí tranquilo.

—Pero...

—Abril, por favor, no insistas.

—Está bien —le contesté, aunque nada convencida.

No creo que fuera precisamente la mejor idea dejarlo solo estando de la manera en la que se encontraba, pero no podía hacer otra cosa. Debía respetar lo que me había pedido, así que me di una ducha rápida, me vestí, cogí mi móvil con la intención de aprovechar y llamar a mi madre y, con la firme promesa de que volvería pronto trayéndole algo de comer, me fui de la habitación.

Mientras estaba en el bufé, mi cabeza no paraba de pensar en todo lo que había ocurrido ese día y en cómo, en un instante, toda la percepción que Marc tenía de su abuelo se había venido abajo y en lo duro que eso tenía que estar siendo para él.

Si a mí me ocurriera algo similar, creo que también me derrumbaría. A los abuelos por parte de mi padre, debido a la nula relación que había mantenido con él, no los veía apenas y no les tenía un excesivo cariño. Sin embargo, a los padres de mi madre los quería con locura y, aunque mi abuelo murió siendo yo pequeña, siempre lo llevaría en mi corazón por el grandísimo cariño y amor que siempre nos mostró. Y con mi abuela, lo que sentía por ella era tan grande como el amor que sentía por mi madre, porque siempre había estado ahí, pero no para ayudarnos únicamente con la economía familiar, por ejemplo, como había visto con los abuelos de otras

amigas, sino que siempre había estado en absolutamente todos y cada uno de los hitos de mi vida, apoyándome y motivándome de una manera que me marcaría para siempre. Porque, si mi madre era mi pulmón derecho, mi abuela había sido el izquierdo, estando presente en mi educación y en mi formación como persona, pero sobre todo dándome el cariño más auténtico y desinteresado que jamás hubiera recibido nunca.

Por eso la echaba tantísimo de menos. Desde que el Alzheimer nos la había arrebatado, dejándola completamente vacía de recuerdos, nosotros ya no éramos nadie para ella, tan sólo unas desconocidas que de vez en cuando veía aparecer en su habitación de la residencia sin saber a cuento de qué. Y, aunque a mí me resultó durísimo durante los primeros años, en ese momento la visitaba prácticamente a diario, con la esperanza de que, en el fondo de su mente, allí donde sus recuerdos hubieran quedado relegados para siempre, le llegara mi voz, mi cariño, para que supiera que no estaba sola y que nunca lo estaría. Si esa mujer había dado tanto por nosotras a lo largo de los años, yo no podía hacer menos por ella.

Así que entendía el sufrimiento de Marc. A los padres se los quiere, pero a los abuelos no se los olvida jamás. Porque los padres te educan, pero los abuelos te enseñan lo que es la vida, te preparan para ella con su sabiduría y te muestran de lo que eres capaz con la confianza que depositan en ti, además de proporcionarte, sin fisuras, su eterno e incondicional cariño. Por eso iba a cenar lo que fuera y volver cuanto antes con Marc. Estar solo no podía ser bueno para él.

—¡Hola, guapa! —Una voz de hombre me sacó de mis pensamientos.

Acababa de acomodarme en una mesa vacía apartada de la gente cuando alguien se sentó, sin ni siquiera pedirme permiso, en la silla que tenía justo enfrente.

No reconocí a la persona hasta que no pasaron unos segundos y fui capaz de recordar dónde lo había visto antes.

Era el chico que se me había presentado en la playa la tarde anterior, ese del que había huido porque no estaba acostumbrada a que se me acercaran hombres con otra intención que no fuera hablar conmigo como tutora de su hijo en el colegio donde ejercía como maestra.

Porque ésa había sido mi realidad desde que había empezado a salir con Fede. Supongo que los hombres para eso tienen un sexto sentido o un radar especial que les indica qué mujer está libre o cuál está tan pillada que no se fijaría en ellos ni aunque fueran el mismísimo Brad Pitt.

—No te molesta que me siente aquí contigo, ¿verdad? —me preguntó aquel chico. Yon, recordaba que me había dicho el día anterior que se llamaba.

—Pues... —No sabía qué contestarle, porque en realidad no sabía si me molestaba o no, pero no me dio opción a pensarlo siquiera, porque continuó hablando y desvió mi atención.

—Ayer te vi bailando.

—¡¿Qué?!

—Sí, estuviste bailando bachata en aquella palapa de allí... con un tío.

—Ah, sí, con Marc, mi compañero de habitación.

—¿No me dijiste que habías venido aquí sola? —me preguntó entonces con curiosidad.

Carraspeé, porque a ver cómo demonios le explicaba toda la situación.

—He venido sola, pero, por circunstancias, digamos que he tenido que compartir de manera obligada la habitación con otra persona. Bueno, con Marc, el hombre con el que me viste bailando anoche. Por cierto... —le planteé, también con cierta curiosidad—, ¿dónde estabas tú? Porque, si no recuerdo mal, hice un barrido de toda la sala con la mirada varias veces y no te vi ninguna de ellas.

—Bueno, eso es porque en realidad no estaba en la palapa.

—Ah —le contesté, algo confusa.

—Estaba en la playa, con alguien, pero no pude evitar fijarme en ti.

Eso me dejó más confusa aún.

Volví a carraspear mientras sentía cómo se encendían mis mejillas al tiempo que me daba cuenta de la intensidad con la que aquel tío me estaba mirando.

Él, por supuesto, estaba completamente tranquilo. Es más, yo diría que se había dado cuenta de lo nerviosa que me había puesto y estaba disfrutando con ello.

—No muerdo, ¿sabes? —me dijo a continuación, de una forma que yo entendí un poco juguetona—. O sí —añadió, sin duda con la intención de ponerme más nerviosa todavía.

Le sonreí como una tonta, porque no supe ni cómo reaccionar.

Me di cuenta entonces de cuánto tiempo había perdido y cuánta falta de experiencia tenía en esas lides.

De nuevo carraspeé y aquel tipo volvió a sonreír, orgulloso de saber que lo que provocaba en mí no era precisamente indiferencia.

—¿Puedo invitarte a una copa después de cenar?

A esas alturas de la conversación no me esperaba otra cosa de él. Tenía más que claro cuáles eran sus intenciones. El problema era dilucidar qué quería yo realmente.

Porque, a ver, me estaba sintiendo sumamente halagada de que un chico de unos veintitantos años quisiera ligar conmigo. Además, volvía a estar en el mercado y digamos que eso de enrollarme con alguien, como una nueva experiencia, ya se me había pasado por la cabeza como parte de una lista mental que me había hecho de cosas que quería hacer durante el largo verano que tenía por delante antes de que volviera a mi más que monótona vida de siempre, una vez comenzara el nuevo curso escolar.

Por otra parte, debía reconocer que aquel tío era algo más que guapo, si me fijaba bien. Tenía unos ojos azules muy llamativos y llevaba el pelo algo larguito y despeinado y, a pesar de recordar que la tarde anterior me había explicado que estaba allí como tutor en un viaje de fin de grado con sus alumnos, él, perfectamente, podía pasar por uno de ellos debido a la cara aniñada que poseía y a que no parecía tampoco tener muchos más años que ellos.

El caso es que allí me encontraba yo, sin saber muy bien qué hacer o qué decir, porque nunca me había visto en una situación semejante.

—Me tomaré tu silencio como un sí —intervino él entonces, aprovechando que yo aún no

había contestado a su propuesta de tomarme algo después de cenar.

No lo contradije, simplemente me dejé llevar.

Después de eso acabamos lo poco que nos quedaba de cena y, a continuación, me ofreció su mano para llevarme a algún otro sitio.

No se la cogí. Quizá en la actualidad las cosas fueran así de rápidas, pero yo era de otra manera y tenía otra forma de proceder, así que necesitaba mi tiempo para acostumbrarme a todo aquello. Por supuesto, también tenía claro que, aunque quisiera enrollarme con un chico como parte de experimentar aquello que todo el mundo había hecho de joven menos yo, no lo iba a hacer a la primera de cambio con el primero que se me cruzase, por lo que, si no quería malentendidos, debería dejárselo claro antes de nada.

—No me voy a acostar contigo —le solté hasta para asombro mío, porque no pretendía ser tan directa.

Yon se me quedó mirando con cierto brillo en los ojos y con una pícara sonrisa que me dio a entender que aquello que le había dicho no había hecho otra cosa que incrementar su interés por mí.

—Ni yo esperaba que lo hicieras —me contestó, cual persona que tiene claro cómo va a reaccionar la otra y que, por supuesto, no le defrauda—. No al menos hoy —añadió a continuación, con un aire de seguridad que me dejó bastante desconcertada.

Y eso me apabulló, pero también me encantó.

Jamás me había sentido así, como una quinceañera a la que la corteja el chico malote y guaperas de la pandilla, porque mi único hombre en la vida, en todos los sentidos, había sido Fede.

Así que, sí, ¿por qué no iba a dejarme llevar? No tenía nada que perder y sí algún que otro agradable rato que ganar.

Por eso, una vez que habían quedado claros cuáles eran mis límites, al menos por el momento, comencé a andar hacia la puerta de aquel restaurante seguida muy de cerca por Yon.

Una vez fuera nos dirigimos hacia la palapa donde la noche anterior había estado bailando bachata, o al menos intentándolo, con Marc.

Al llegar nos acomodamos en una mesa que daba a la playa y que se encontraba bastante alejada de donde se agrupaba la gente.

—¿Qué quieres beber? —me preguntó Yon.

—Algo sin alcohol —le contesté, convencida.

Sin embargo, la cara que puso me dio a entender que mi respuesta no era la que él esperaba.

—Veré qué puedo hacer —me soltó con una perversa sonrisa en la cara que me adelantó que no me esperara nada que no llevara algún licor.

No pude evitar fijarme bien en él una vez hubo desfilado hacia la barra. No tenía unos músculos demasiado desarrollados, pero sí que tenía un cuerpo atlético y bien definido. Estaba claro que, aunque no se machacara como otros en el gimnasio, la genética lo había tratado bien.

También pude observar cómo varias muchachas, que seguramente fueran alumnas suyas, a juzgar por la edad y por la cercanía con que se mostraron, se acercaron a él con la clara intención de tontear.

De siempre, a todas, nos había gustado aquel profesor joven que recién salido de la facultad comenzaba a dar sus clases, y eso estaba claro que no había cambiado. Es más, estaba convencida de que, con lo diferentes que eran en ese momento las cosas, más de una seguro que se había lanzado a sus brazos sin pensar en las consecuencias o, lo que es peor aún, se había lanzado a pesar incluso de éstas.

Con la promesa de que luego se reuniría con ellas en la discoteca del complejo, Yon las dejó en la barra y volvió a donde me encontraba.

—El camarero dice que aquí no se sirven cócteles sin alcohol, que lo tienen prohibido por ley, así que te he traído un mojito —me anunció con una sonrisa más pícara aún de la que me había puesto antes de irse.

Me encogí de hombros. Sabía que aquello, obviamente, era mentira, pero en esos momentos pensé que por una vez que bebiera algo que no debiera tampoco me iba a pasar nada. Si quería empezar a disfrutar de mi soltería y, sobre todo, de la vida, tenía que hacer cosas como las que hacían el resto de los mortales.

Así que no me lo pensé y me dejé llevar de nuevo.

Yon y yo estuvimos hablando de muchos temas animadamente y consiguió hacerme reír con ganas... o quizá fuera el ron de los tres mojitos que me bebí finalmente lo que hizo que la sonrisa se instalara en mis labios durante la mayor parte del tiempo.

Sin embargo, tras terminarme mi última copa y a pesar de estar pasándomelo bastante bien, decidí que ya era momento de dar por concluida la noche.

Además, en ese instante en el que decidí irme, una imagen de Marc se cruzó por mi cabeza, haciéndome recordar lo mal que lo había dejado en nuestra habitación.

—Te acompaño —me anunció entonces Yon mientras me ofrecía su mano para ayudarme a levantarme de la silla.

Esta vez se la tuve que aceptar, porque el alcohol había hecho estragos en mi equilibrio... y probablemente en alguna cosa más.

Nos dirigimos hacia mi *suite* y mi acompañante siguió contándome anécdotas de su experiencia como profesor que me hicieron reír de nuevo a mandíbula batiente.

También, en un momento dado y como quien no quiere la cosa, me preguntó si Marc y yo teníamos algo, a lo que le contesté tajantemente que no, que simplemente éramos conocidos por culpa de las circunstancias, las cuales él aún no conocía bien y tuve que explicárselas. Finalmente, y para que le quedara bien claro, acabé insistiéndole en que no había absolutamente nada entre mi compañero de habitación y yo, pero mi respuesta, por la razón que fuera, me dio la sensación de que no le había terminado de convencer. Sin embargo, lo dejó pasar y continuó contándome más cosas sobre su vida... porque le gustaba mucho hablar. De hecho, la

conversación la había monopolizado él todo el rato y apenas me había dejado contarle nada sobre mí o las circunstancias que me habían llevado allí.

Así que seguí escuchándolo hasta que llegamos a la puerta de la habitación, momento en el que no me dio tiempo a vérmelo venir y, de repente, me encontré con su boca chocando contra la mía con absoluta vehemencia.

Al principio no pude ni reaccionar, porque me había pillado totalmente desprevenida, pero después, como si de algo instintivo fuera, me aferré a sus labios y le devolví aquel beso robado, que, para qué negarlo, me supo muy bien. Porque Fede jamás me había besado de aquella manera. Ni el ímpetu ni la necesidad de saciar aquel ancestral impulso había estado nunca presente en ningún beso que mi exnovio me hubiera dado nunca.

Así que, sí, me dejé arrollar por aquel casi desconocido que había puesto mi mente y mi cuerpo en tensión. Una tensión que jamás había sentido. La famosa tensión sexual que hace que dos personas parezcan imanes que no se pueden separar.

Sin embargo, y antes de que aquello fuera a más y no lo pudiera parar, puse mis manos sobre su pecho para apartarlo y, a pesar de su reticencia inicial, finalmente Yon se separó de mí.

Ambos necesitamos unos segundos para recuperar el aliento.

Después me sonrió, me guiñó un ojo y, con un más que prometedor «mañana más y mejor», se marchó.

Cuando entré en la habitación me quedé de espaldas, pegada a la puerta porque mi respiración aún no se había normalizado. Sin embargo, mi cabeza ya comenzaba a ser totalmente consciente de lo que acababa de suceder. El alcohol, de repente, había empezado a desaparecer y mi mente estaba procesando todos y cada uno de mis movimientos de las últimas horas.

Pero de pronto un zumbido en el bolsillo de mi pantalón me hizo darme media vuelta y salir de nuevo de la suite. Me estaba llamando por FaceTime mi madre, lo que me recordó que no había hablado con ella desde que había llegado al hotel.

—Hola, mamá —dije al descolgar la videollamada.

—¡¿Hola, mamá?! —me respondió, visiblemente cabreada—. ¡¿Eso es todo lo que me tienes que decir después de dos días sin noticias?! Pero ¿tú sabes lo preocupada que he estado por ti?

—Te mandé un mensaje en cuanto llegué al hotel diciéndote que todo estaba bien—le contesté, excusándome.

—¡Hola, hermanita! —La cara de Ainara acababa de aparecer en pantalla.

—Hola —le saludé, malhumorada.

Sabía que debía haber llamado antes a mi madre y que llevaba razón echándome la bronca, pero es que todo se había desarrollado de una manera tan rápida que no me había dado tiempo ni a ser consciente de todo lo que estaba viviendo.

—Oye, ¿por qué tienes los labios tan hinchados? —me preguntó entonces mi hermana, para mi completo estupor.

—¿El qué? No te he oído bien —dije para ganar algo de tiempo y poder elaborar así una

excusa decente que darles.

—Que tienes los labios hinchados y enrojeci... ¡Leches! —Soltó de golpe en el momento en que cayó en la posible razón de que mis labios estuvieran como estaban—. ¿Te acabas de enrollar con alguien? ¡A ver si ahora te nos despendolas! —soltó finalmente, carcajeándose de mí mientras mi madre me miraba esperando con cierta inquietud una explicación.

—Ainara, ¿no te he dicho nunca que eres una bocazas?

—¡Joder! Eso es que no estoy equivocada —exclamó entonces mi querida hermanita, dejándome muy poco margen para dar una explicación diferente a ésa.

—Abril, hija..., ¿me cuentas ya de una vez a qué demonios te estás dedicando allí? —me pidió, suplicante, mi madre.

¿A ver qué hacía? ¿Por dónde empezaba?

—¿Estás sentada? —le pregunté.

La cara de Ainara, que había dejado de aparecer en pantalla, volvió a aparecer de repente, mostrando incredulidad.

—¡Esto no me lo pierdo! —soltó a continuación mientras se sentaba junto a mi madre en el sofá de casa.

—¡Hija, no me asustes!

Resoplé.

—¿Ocurre algo, Abril? —La voz de Marc hizo que me sobresaltara.

Pero no me hizo falta girarme, de repente su cara apareció en el móvil, lo que significaba que había abierto la puerta de la habitación, quedándose situado justo detrás de mí, así que, si yo podía verlo en la pantalla, también lo podían hacer mi madre y mi hermana, quienes, a juzgar por cómo habían abierto la boca, ya habían atado todos los cabos de la manera en que habían querido.

—No, Marc. Vuelve a la cama, por favor.

Me arrepentí de decir eso justo en el mismo instante en que la última palabra salió de mi boca, porque eso había sonado como no debía hacerlo y mi madre y mi hermana lo habían oído perfectamente.

—¡Anda! Si son tu madre y tu hermana —soltó entonces Marc mientras las saludaba con la mano—. ¡Hola!

No sabía ya dónde meterme, porque la cara de mi madre era un poema y la de Ainara, de absoluta estupefacción.

—¿Ese que tienes al lado, prácticamente desnudo, es el Bioquímico? —preguntó entonces Ainara, con total incredulidad.

En ese instante fui consciente de que Marc sólo llevaba puesta la parte de abajo de su pijama, lo que no me ayudó en absoluto, así que simplemente asentí.

Después le pedí de nuevo a Marc que volviera, por favor, a la habitación.

Por suerte me hizo caso.

A continuación, solté el aliento que había retenido y comencé a explicarles todo lo que había ocurrido allí desde el mismo instante en que me había subido al avión.

Ni mi madre ni mi hermana me interrumpieron ni una sola vez, porque estaban tan alucinadas con todo lo que les estaba relatando que no fueron capaces.

Cuando terminé de contarles prácticamente todo lo sucedido, tuve que esperar unos segundos antes de que volvieran a hablar. Procesar toda la información les llevó más tiempo de lo yo había imaginado.

—Desde luego, por lo que veo no has perdido el tiempo, ¿eh, hermanita? Con eso de apoyar al Bioquímico en un momento difícil para él, has aprovechado y te lo has tirado sin dudar.

—¡Yo no me he tirado al Bioquímico!... ¡Digo, a Marc! Se llama Marc —rebatí muy alterada mientras me daba cuenta de que mi madre tenía la cara un poco desencajada.

Entre eso y la ceja levantada de Ainara, que denotaba su total incredulidad, me vi en la obligación de explicarles, de verdad, todo lo que había pasado.

Les conté entonces cómo había conocido a Yon y cómo esa noche había estado charlando con él hasta que me había acompañado a mi habitación, momento en el que él había aprovechado para besarme.

—¡La madre que te parió!

—¡Ainara! —la reprendió nuestra madre y, aprovechando que mi hermana no le replicó, ésta continuó hablando—. Hija, no quieras aprovechar el tiempo perdido todo de golpe.

—Eso, hermanita... ¡Dosifica, que te pierdes!

Volví a resoplar.

—Y otra cosa... —continuó diciéndome mi madre con preocupación—. ¿Ese Marc es de fiar?

—Sí, mamá. Es un hombre absolutamente respetuoso y me está ayudando mucho con lo de Fede. Puedes estar tranquila.

—¡Con lo de Fede, dice! —me interrumpió Ainara, con cachondeo—. Pero si ya se te ha olvidado completamente quién era ése... ¡Vamos, y has tardado!

Resoplé por enésima vez y, a pesar de que tenía unas ganas locas de terminar ya con la conversación, quise preguntarles antes de colgar cómo se encontraba mi abuela. Sabía que no se iba a haber producido ningún cambio importante en su estado, pero al menos quería confirmar que siguiera igual.

—Pues está como siempre, Abril..., en su mundo, sin conocer a nadie y sin reaccionar ante ningún estímulo —me contestó, pesarosa, mi madre.

—¿Le has dicho que no me he llegado a casar?

—¿Y para qué quieres que le cuente eso? —preguntó mi hermana, como si le pareciese una gran tontería.

—¡Pues porque quiero que lo sepa! —exclamé, enervada ante su falta de tacto.

—Venga... No os peleéis —nos pidió mi madre con cierto cansancio ante nuestra actitud—. Sí se lo he dicho. Ayer fui a visitarla y le expliqué todo lo que había pasado y que ahora estabas de

viaje en México tú sola.

—Bueno, sola, lo que se dice sola, no está —comentó Ainara con guasa—. Que ya se ha buscado ella la compañía de dos buenos maromos. Creíamos que era tonta, pero resulta que no lo va a ser tanto.

—Mira, mamá, estoy cansada y no tengo ganas de seguir aguantando chorradas. Os voy a colgar ya. Mañana hablamos, ¿vale?

—Vale, hija. Disfruta.

—¡Uy, pero si eso ya lo está haciendo! No hace falta que la animes más, mamá.

Resoplé, les lancé un beso y luego colgué, intentando olvidarme de lo fastidiosa que podía llegar a ser a veces mi hermana.

Acto seguido me metí en la habitación, intentando no hacer demasiado ruido, porque, efectivamente, como me había imaginado, Marc se había quedado dormido.

Pero el problema entonces no fue ése, el problema fue que lo había hecho en la cama, así que o lo despertaba para mandarlo al sofá o me acostaba yo en él.

Escogí la segunda opción, pero sólo hasta que me di cuenta de que aquel mueble era lo más incómodo para dormir que habían fabricado sobre la faz de la Tierra, así que, después de estar media hora dando vueltas ya desesperada, decidí hacer uso de mi lado de la cama.

Me metí con mucho sigilo y cerré los ojos, pero la cara de Yon en mi mente y el recuerdo de la sacudida que había provocado su beso en mi cuerpo hicieron que no pudiera dejar de pensar en él.

Sin embargo, al poco rato me entregué, con una renovada ilusión, a uno de los sueños más placenteros y reparadores que había tenido últimamente.

Marc

Esa noche me costó mucho dormir. Las imágenes que mi mente había elaborado, de manera absolutamente caprichosa, acudían una y otra vez a mi cabeza, martilleándome, pero sobre todo haciéndome que me preguntara insistentemente qué demonios fue lo que ocurrió, qué tuvo que pasar para que el hombre afable y bondadoso que yo había conocido, incapaz de matar al más insignificante ser vivo, acabara cometiendo aquel terrible acto. ¿Qué fue lo que sucedió para que mi abuelo hiciera aquello? Y, sobre todo, ¿por qué lo hizo?

Le había pedido a Abril que se fuera ella sola a cenar y, aunque al principio se había mostrado reticente, al final había accedido, aunque con la condición de volver enseguida, trayéndome algo de comer. Sin embargo, tardó muchísimo en regresar. De hecho, cuando las voces provenientes del pasillo me despertaron, me di cuenta de que habían pasado algo más de tres horas desde que se había ido.

¿Dónde demonios habría estado metida?

El jaleo hizo que quisiera salir a ver qué pasaba fuera. Abril estaba hablando por videoconferencia con su madre y quise saludarla. Aquella mujer me había caído muy bien, a pesar de haberla tratado tan poco.

No obstante, por las razones que fueran y que yo desconocía, Abril se mostró muy incómoda con aquel gesto mío y me pidió, por favor, que regresara a la habitación.

Le hice caso y estuve esperando a que entrara, pero finalmente el sueño me venció y no la oí hacerlo.

A la mañana siguiente me desperté cansado. Me había tirado toda la noche teniendo pesadillas con mi abuelo. En todas ellas aparecía él golpeando a otro hombre, para después acabar corriendo, como alma que llevara el diablo, a través de aquella enorme plantación hasta perderse en la oscuridad de la noche. Sabía que aquello sólo era fruto de mi despiadada mente que, traicionera, me mostraba la aberración cometida por una persona que nada tenía que ver con lo que yo conocía de mi abuelo.

No obstante, abrir los ojos y ver a Abril allí, acostada a mi lado, hizo que me olvidara de todos aquellos abominables sueños y me centrara en observar lo hermosa que era. Cada día me lo parecía más... y eso empezaba a preocuparme, porque yo no estaba preparado para mantener una relación con nadie, ni tan siquiera un rollo de verano; no hasta que no solucionara mi problema con Nerea, con todo lo que eso conllevaba.

Y Abril, obviamente, tampoco lo estaba. Su ruptura con Fede, aunque ésta no hubiera sido

excesivamente traumática para ella, requería de un tiempo para ser procesada y olvidada.

Así que ninguno de los dos nos encontrábamos en situación de empezar nada.

Por eso me levanté como un resorte, ya que, si seguía mirándola, no iba a poder refrenar el impulso que había tenido de acariciarla y besarla.

Me di una buena ducha fría y recé porque ya se hubiera despertado cuando yo saliera del baño. No quería desayunar solo.

—Buenos días —le dije, muy sonriente, al ver que ya se había levantado.

—Buenos días... —me contestó en medio de un sonoro bostezo.

De pronto recordé que Abril había tardado mucho en volver a la habitación desde que se había ido a cenar y me picó la curiosidad por saber qué había estado haciendo.

—Anoche llegaste muy tarde, ¿no?

—Algo, sí —me contestó con un tono que me pareció del todo evasivo, lo que hizo que mi curiosidad aumentara más todavía.

—Concretamente unas tres horas más tarde —le solté sin dolencia.

Noté cómo le costó tragar antes de comenzar a lanzarme lo que me pareció una endeble excusa.

—Es que me entretuve charlando de esto y de lo otro.

—Anda, eso significa que ya has hecho aquí amigos entonces, ¿no? —le pregunté con más intriga aún.

—Sí, bueno... Oye, tengo mucha hambre, ¿nos vamos a desayunar? —me preguntó al tiempo que se dirigía hacia el cuarto de baño y se encerraba en él, claramente en un intento de eludir la conversación.

—Sí, te espero —le contesté, alzando la voz para que me oyera.

—No grites, por favor —me pidió entonces—. Me duele un poco la cabeza.

A mí también me dolía. Las pesadillas no me habían dejado dormir muy bien y tenía la cabeza bastante embotada.

—¿Sabes qué vas a hacer hoy? —le planteé de camino, una vez que ya habíamos salido de nuestra habitación y nos dirigíamos al bufé del hotel.

—La verdad es que ni siquiera lo he pensado. De momento quiero llenar el estómago, que tengo muchísima hambre, y luego ya veremos.

—Yo también tengo mucha hambre. Anoche no cené —le recordé, para ver si me daba algún tipo de explicación a su falta de palabra.

Se echó las manos a la cabeza.

—¡Lo siento, Marc! Se me olvidó por completo —se disculpó, pareciendo realmente arrepentida.

—No te preocupes, ya me lo compensarás esta noche cenando conmigo —le solté, sin darle ninguna opción.

—Claro, eso está hecho —me respondió, aunque me dio la sensación de que no estaba del

todo convencida.

Una vez que nos sentamos a la mesa, Abril se interesó por cómo me encontraba con respecto a lo de mi abuelo.

—Pues no lo sé... Me siento muy confuso —comencé a explicarle—. Me he tirado toda la noche teniendo pesadillas en las que veía a mi abuelo golpeando a otro hombre, y no puedo sacármelo de la cabeza. Es como si ahora la imagen que tenía de él se hubiera esfumado para dar paso a una muchísimo más desagradable... Una que me está cambiando mi percepción de él.

—Pero, Marc, no puedes dejar que eso ocurra... —me dijo al tiempo que posaba su mano sobre la mía en un gesto de apoyo que agradecí enormemente en esos momentos—. Ya te lo dijo Antonio: quédate con la imagen que tú tenías de él.

—Eso intento, Abril, pero me está resultando muy complicado, porque no hago más que preguntarme qué demonios se le tuvo que pasar por la cabeza para hacer una cosa así.

—Quizá tuviera algún motivo de peso. No sé... Debe de haber una razón detrás que, aunque no excuse lo que hizo, al menos sí lo explique.

—Eso lo tengo claro. Es más, estoy convencido de ello. Además, necesito aferrarme a esa idea, Abril... si no... —No pude terminar la frase, porque un doloroso nudo se me formó en la garganta, impidiéndome continuar. Me acababa de romper, porque lo último que me faltaba para terminar de desestabilizarme era precisamente una cosa así.

Abril me apretó la mano con firmeza en un intento de hacerme sentir mejor, o al menos de hacerme sentir que podía contar con ella, que estaba ahí para mí, y eso me reconfortó y me ayudó bastante a disolver aquel nudo.

Después, ambos continuamos desayunando en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos, hasta que terminamos y decidimos volver a la habitación.

—No voy a hacer nada en especial —me dijo entonces Abril por sorpresa.

Me quedé mirándola, intentando comprender a qué se refería.

—Te estoy contestando a lo que me has preguntado antes de qué tenía pensado hacer hoy.

—Ah, ya.

—Eso significa que seguramente me iré a la playa, me daré un largo paseo, luego leeré un rato y después... no sé, sobre la marcha. No puedo decirte mucho más. ¿Y tú?

—Pues tampoco lo tengo claro. Supongo que más o menos haré lo mismo que tú —le respondí, ya llegando a la *suite*.

—Hola, guapa —oí entonces que le soltaba un tío a Abril, al tiempo que se acercaba por detrás y la cogía por la cintura.

—Ay, hola, Yon —le contestó ella, algo incómoda cuando lo vio.

—Hola —dijo éste a continuación dirigiéndose a mí, al tiempo que me ofrecía su mano a modo de saludo—. Eres Marc, ¿verdad?

—Perdona, ¿te conozco de algo? —repliqué agrio, porque yo a él estaba seguro de que no lo conocía de nada.

—En realidad, no, pero Abril me ha hablado de ti. Eres su compañero de habitación, ¿no es así?

Miré a Abril completamente anonadado.

Ésta carraspeó.

—Verás... —comenzó a explicarme con nerviosismo—, conocí el primer día a Yon en la playa, y ayer, cuando fui a cenar, me lo encontré en el restaurante y bueno... estuvimos charlando un rato.

Al fin sabía dónde se había metido Abril la noche anterior. Ya conocía qué «amigo» la había entretenido.

—Un rato de tres horas —remarqué, con más mala leche de la que me hubiera gustado mostrar.

Abril me miró sorprendida ante mi reacción.

—La verdad es que se nos pasó el tiempo volado, ¿a que sí, guapa? —soltó el tal Yon, atrayendo a Abril hacía sí como si con ese gesto quisiera marcar su territorio. Abril sonrió tímida al tiempo que agachaba la mirada para no encontrarse con la mía, que la observaba con absoluta perplejidad—. Bueno, venía a buscarte... —continuó diciendo aquel tipo— porque hoy tenemos una excursión a un cenote parcialmente sumergido y se nos ha caído una de las personas que se había apuntado a la salida, así que, si te apetece venir, puedes ocupar su plaza.

Abril dudó unos instantes y después, como si de una niña pequeña se tratara, me miró buscando una especie de aprobación, que por supuesto no encontró. Porque yo no era su padre ni el dueño de su libertad, y ella ya era mayorcita para decidir qué era lo que más le convenía hacer. Así que finalmente, y viendo que yo no le daba ninguna pista de lo que consideraba que debía hacer, decidió que por qué no iba a aprovechar una oportunidad como ésa, y así se lo hizo saber al tipejo aquel, que no hacía más que comérsela con la mirada.

—Genial —respondió éste, agarrándola más fuerte todavía por la cintura y levantándola en el aire.

Puse los ojos en blanco después de ver la gran carcajada que soltó Abril y me metí en la habitación dando un portazo tras de mí.

Unos segundos después apareció ella, para recoger algunas cosas que necesitaba.

—No te parece mal que me vaya, ¿verdad? —inquirió entonces.

—No, claro. Está bien que hagas nuevos amigos y te diviertas —le contesté a regañadientes, porque no era eso lo que realmente sentía, aunque sí era lo que debía aconsejarle.

—Vale, pues me voy entonces —me anunció, de nuevo buscando mi mirada y una aprobación en ella que no iba a encontrar. Por respuesta sólo obtuvo que le levantara mi mano derecha a modo de despedida—. Oye, Marc, no se me olvida que tenemos una cena pendiente esta noche, ¿de acuerdo?

Me quedé mirándola. Aquella mujer acababa de hacerme feliz, a pesar de todo, y eso sólo podía significar una cosa..., algo que no me quería ni siquiera plantear, porque escapaba a todo

mi raciocinio por descabellado, pero sobre todo por inconveniente e inoportuno, porque no era, ni de lejos, el mejor momento para mí.

—Vale —le contesté, sin embargo, con una abierta sonrisa en la cara.

Después de eso, Abril se me acercó y, sin esperármelo en absoluto, depositó un dulce beso en mi mejilla.

—Hasta la noche, entonces.

Y, diciendo esto, salió por la puerta.

Me quedé paralizado, porque su gesto había provocado un vuelco en mi estómago. Sensación que conocía de sobra, pero que desde hacía mucho tiempo no había vivido. Sensación que me gustó, pero que también me preocupó... bastante, porque ya lo he dicho antes: no era el momento y, además, no estaba preparado en absoluto.

Para lo que vino a continuación, tampoco lo estaba.

Mi teléfono comenzó a sonar. Me lo saqué del bolsillo y lo miré primero antes de contestar. Desde lo ocurrido con Nerea había tenido que añadir ese gesto para comprobar, antes de responder sin más, quién me llamaba.

Era ella.

Me comenzó a temblar la mano y un sinfín de miedos acudieron a mi mente, estrangulando de golpe mi raciocinio. Porque eso era lo que ella provocaba en mí, que perdiera la cordura.

Obviamente no descolgué y, al cabo de cinco tonos, el sonido se cortó. De nuevo mi móvil había redirigido la llamada al buzón de voz, donde ya tenía acumulados más de doscientos mensajes de ella que me prohibieron escuchar, pero también borrar.

Intenté que no me afectara y continuar como si nada, pero volvió a ocurrir. Hubo una segunda llamada que corté yo... y una tercera... y una cuarta... hasta que decidí, como tantas veces había hecho antes, apagar el móvil. No obstante, sabía que no debía hacerlo. No podía paralizar mi vida de esa manera por ella, así que lo encendí de nuevo y busqué en Internet el modo de bloquear un número de teléfono, hasta que lo encontré.

Mientras tanto habían entrado siete llamadas más que, sistemáticamente una tras otra, había ido colgando.

Seguí los pasos del tutorial y de repente mi móvil dejó de sonar. Había conseguido bloquearla. Había conseguido una pequeña victoria en aquella gran batalla.

Después, como tantas otras veces también había tenido que hacer, intenté olvidarme rápidamente de lo sucedido. Ya no iba a permitir que siguiera colapsando mi vida de aquella forma.

Decidí entonces salir a correr un poco y después me planteé ir al gimnasio del hotel. Sentía la necesidad de quemar la máxima energía posible para intentar liberar mi mente de todo pensamiento. De hecho, si hubiera podido ir a hacer alguno de los tantos deportes de riesgo que realizaba, lo hubiera hecho.

Desde que hacía unos años, Carlos, un buen amigo mío, me los había hecho descubrir, no

había podido parar de practicarlos. Habían sido mi tabla de salvación ante determinadas situaciones, ya que me habían servido de válvula de escape en todas ellas.

Y ese día no iba a ser diferente. Necesitaba evadirme, necesitaba extenuarme hasta el punto de que no me quedaran fuerzas ni para pensar.

Al cabo de tres horas de entrenamiento, mis músculos ya comenzaban a no responderme y decidí que era el momento de parar, ir a darme una ducha y después ir a comer algo.

Así lo hice y, una hora y media después, me encontraba tumbado en la cama a punto de echarme una siesta, pero mi teléfono volvió a sonar y, a pesar de saber que no podía ser ella, lo miré con miedo.

Era mi madre.

—Hola, mamá, ¡qué alegría oírte! —le dije nada más descolgar. Porque, si el deporte había sido una de mis tablas de salvación, mis padres habían sido la otra. Ya los quería con locura desde siempre, pero, después de lo que me había ocurrido con Nerea y viendo el apoyo y el cariño incondicional que me habían brindado, no podía quererlos más.

—¿Cómo te va por ahí? ¿Estás disfrutando del viaje?

Sopesé si decirle que había tenido el sobresalto de las llamadas de Nerea, pero, sobre todo, después, sopesé si contarle lo que había descubierto de su padre.

—Me va bien. Esto es un paraíso —le expliqué escuetamente.

Me había alegrado mucho oírla, pero no sabía cómo enfrentar la situación de tener que contarle que su padre no era quien nosotros habíamos conocido. Quizá no debía hacerlo, para protegerla así de lo que a mí me hubiera gustado que me protegieran. Porque, si me hubieran dado a elegir, hubiese preferido haber seguido con la imagen que tenía de mi abuelo y no con la que en ese momento me taladraba la mente y, sobre todo, el corazón.

—¿Has ido a la hacienda donde estuvo trabajando mi padre? —me preguntó entonces, ignorante de lo mal que lo estaba pasando yo por culpa de eso.

Carraspeé para ganar un mínimo de tiempo y terminar de decidirme.

—Aún no he podido, mamá. Todavía no me han traído el coche de alquiler —le contesté, inventándome una excusa.

—Bueno, ya sabes que, si pudieras averiguar algo, te lo agradecería muchísimo. Toda la vida, tu abuela y yo hemos tenido esa inquietud, y ahora que estás allí sería una lástima perder la oportunidad.

—Sí, sí, mamá. No te preocupes, que mañana o pasado iré. Ya lo tengo en mente.

Haberle mentido había hecho que pudiera ganar algo de tiempo para ordenar mis ideas y decidir qué quería contarle y qué no.

Poco después terminamos la conversación. No tenía nada nuevo que decirme, lo cual eran buenas noticias, dadas las circunstancias de salud de mi padre, que había sido diagnosticado recientemente de una grave patología coronaria.

Había sido un mazazo para todos y, aunque al principio habían evitado informarme de ello

por no cargarme de más preocupaciones de las que ya tenía con el tema de Nerea, finalmente tuvieron que explicármelo cuando les comunicaron que era genético y les avisaron de que yo debía hacerme las pruebas para descartar que lo hubiera heredado. Por suerte no lo había hecho y mi corazón se encontraba perfectamente, al menos en lo que al plano físico se refería... porque, en el sentimental, en aquel momento, mi vida se había convertido en un caos absoluto. Un caos que me había llevado hasta el hecho de llegar a ser detenido por la policía, algo que nunca me perdonaría, pero no por mí, sino por mis padres. Porque aquello había ocurrido por mi culpa, por haber esperado tanto a tomar una decisión..., esa que desató toda la tormenta, pero que supuso un punto de inflexión en mí y que permitió que todo cambiara a partir de entonces.

La decisión de separarme de Nerea había sido la mejor que había tomado en mi vida.

Con ese pensamiento me quedé dormido. Al cabo de dos horas y media, me desperté. Estaba claro que mi cuerpo había necesitado todo ese tiempo para recuperarse de la cantidad de ejercicio que había hecho por la mañana. Ya me encontraba bastante mejor a nivel físico, aunque a nivel emocional era otro cantar. Las llamadas de Nerea, y sobre todo la de mi madre preguntándome si había descubierto algo sobre mi abuelo, no dejaban de martirizarme.

¿Qué debía hacer? ¿Explicarle toda la verdad? ¿O quizá sería mejor dejarla en la ignorancia para no enturbiar el recuerdo que tenía de su padre?

Tendría que tomar una decisión antes de que ella volviera a contactar conmigo.

El resto de la tarde la dediqué a tomar un rato el sol en la playa mientras leía una guía sobre los puntos de interés más destacados que había para visitar en la península del Yucatán.

A eso de las ocho decidí irme a la habitación. Quería darme una ducha antes de que Abril llegara.

Mentiría si dijese que ella no había estado también presente en mi cabeza en varias ocasiones a lo largo del día. Saber que se había ido de excursión a ver un cenote por una parte me alegraba, porque eso la distraería y la haría ser consciente de que no necesitaba a su ex para divertirse. Pero, por otra parte, saber que se había ido acompañada de aquel tipejo que no había hecho otra cosa que mirarla descaradamente y sobarla en cuanto había tenido ocasión me sacaba un poco de mis casillas.

Y aquello, aunque me pareciera totalmente irracional, era así.

Quizá, de manera inconsciente, había dado por hecho que pasaríamos la mayor parte del tiempo juntos. Quizá también había esperado que su situación no le permitiría relacionarse tan pronto y tan abiertamente con el sexo opuesto. Así que ver la inacción o, sobre todo, la despreocupación con la que se había dejado tocar por aquel idiota me había sorprendido bastante.

También existía la posibilidad de que Abril no fuera como yo en un principio había creído y que la imagen que tenía de ella y de su forma de proceder pudiera estar equivocada. Aunque no creía para nada que esto último fuese realmente así, porque yo, aunque suene prepotente por mi parte decirlo, era muy buen psicólogo. No para mí, eso había quedado más que evidenciado, pero sí para los demás, así que esa última opción la había descartado por completo.

Otra cosa totalmente diferente era que, tras una situación traumática, las personas pudieran cambiar su forma de ser y comenzaran a hacer cosas totalmente opuestas a las que con anterioridad habrían realizado en condiciones normales en su vida. Así que era probable que Abril estuviera descubriendo cosas nuevas a las que antes jamás les hubiera dado una oportunidad, pero que en ese momento podrían empezar a interesarle y a querer incluirlas en su vida. Como por ejemplo el sexo, ya que, a juzgar por cómo me había descrito a Fede y su aburrido pene, pudiera ser que quisiera experimentar cosas nuevas en ese ámbito y por eso se mostrara tan cercana a aquel tipejo, que obviamente había sabido oler perfectamente dónde había una oportunidad increíble de encontrar lo que buscaba.

Se me acababa de revolver el estómago y decidí que ya había pasado demasiado tiempo debajo de aquella ducha.

Me di cuenta entonces de que había olvidado meterme la ropa dentro del baño y salí de él como mi madre me trajo al mundo, pensando, equivocadamente, que me encontraba solo.

No lo estaba. Abril acababa de atravesar la puerta de nuestra habitación tras llegar de su excursión.

Abril

Llegué exhausta a la habitación. Habíamos hecho tantas actividades interesantes y diferentes ese día que había agotado toda mi energía.

Desde que habíamos llegado por la mañana a la entrada del cenote, después de atravesar la selva en un *jeep,* no habíamos parado. Primero nos dieron una explicación sobre lo que íbamos a ver y lo que podíamos y no podíamos hacer durante la ruta. Según nos indicaron, debíamos permanecer todo el grupo junto y siguiendo siempre las instrucciones del guía que nos iba a acompañar.

Después de eso nos equipamos con un neopreno, un casco con linterna y un chaleco salvavidas.

A esas alturas yo ya estaba más nerviosa de lo que hubiera querido, porque jamás en mi vida había hecho una cosa de ese tipo ni nada que se le pareciese, por lo que todo era nuevo para mí; para Yon también, según me dijo, y eso me tranquilizó en cierta medida, porque al menos no sería la única que tuviera dudas de cómo se debían hacer las cosas. Sin embargo, olvidé que él era un tío y que, a éstos, todo ese tipo de aventuras no parecían producirles ningún miedo.

En cualquier caso, una hora después de haber llegado nos dirigimos andando a la que era la entrada de aquel cenote. En ella nos explicaron que nos habíamos tenido que poner el neopreno y el salvavidas porque había tramos de él que estaban inundados y en los que, por tanto, tendríamos que nadar para poder avanzar, lo que no me tranquilizó en absoluto.

No obstante, no podía amilanarme. Me encontraba rodeada de chavales que no le temían a nada y yo parecía su abuela con tantas dudas y temores, así que decidí no mostrar más mis inseguridades y hacer ver a los demás que estaba disfrutando muchísimo con la experiencia... y finalmente conseguí hacerlo. En cuanto entré y vi la espectacularidad de aquella caverna, con sus interminables grutas, sus gigantescas salas y, sobre todo, con las increíbles formaciones que surgían tanto desde el techo como desde el suelo, me pareció que estaba ante una de las creaciones más impresionantes que la naturaleza nos podía haber dado, así que disfruté muchísimo de la experiencia y, cuando salimos, no pude hacer otra cosa que abrazarme a Yon para mostrarle lo agradecida y feliz que me sentía por haberme llevado allí, momento que él aprovechó para buscar de nuevo mi boca y besarme con ese ímpetu que tanto lo caracterizaba.

Cualquier ocasión era buena para él. Para mí, digamos que tampoco era mala. Me estaba dejando llevar sin pensar. De repente había comenzado a sentirme más viva que nunca y todo me parecía bien, hasta dejarme besar por un tío que era unos seis o siete años menor que yo y que

acababa de conocer. Me daba igual. Aquel chico me gustaba físicamente y me estaba haciendo sentir joven de nuevo, y esa sensación me encantaba, así que, cuando me cogió de la mano, arrastrándome selva adentro para escondernos de las miradas del resto, y me empotró contra un árbol, simplemente me dejé hacer.

De repente me di cuenta de lo muerta que había estado con Fede en ese sentido, de la cantidad de cosas que me había perdido. Aquel hombre no sólo me estaba recordando sensaciones ya mitigadas e incluso olvidadas, sino que me estaba descubriendo muchas nuevas que yo jamás había experimentado.

Y había decidido dejarme llevar por completo, sin analizar nada, sin sopesar nada, sin cuestionar nada... simple y llanamente haciendo lo que me apeteciera en cada momento.

Así que, después de hacerme gemir, de conseguir que me deshiciera ante él y de dejarme sin aliento tras el orgasmo que me hizo tener con tan sólo sus dedos, comencé a mirarlo con unos ojos diferentes..., los ojos del que necesita la sangre para alimentarse y sobrevivir y que la tiene que conseguir como sea, porque eso era lo que me estaba empezando a pasar a mí. Aquel chico me estaba descubriendo el sexo de una manera que yo nunca había vivido y, no lo puedo negar, me estaba encantando.

Después de aquel asalto nos volvimos a reunir con el grupo para regresar ya al hotel y dar así por concluida nuestra aventura de ese día.

Cuando llegamos a él, me despedí de Yon y me fui directa a la habitación, pero al abrir la puerta de ésta casi me da algo al ver a Marc completamente desnudo. Ya lo había visto casi sin ropa el primer día que pisamos el hotel, cuando entré en la habitación en el mismo instante en el que él salía del cuarto de baño tras haberse dado una ducha, exactamente como acababa de ocurrir, sólo que esa vez no llevaba ninguna toalla puesta alrededor de la cintura. Estaba en pelotas, y no reparó en mi presencia hasta que el muelle de la puerta la cerró por completo, golpeándola contra el marco lo suficiente como para que oyera el ruido y se girara.

Aquel hombre era realmente atractivo, entre otras cosas porque poseía un cuerpo perfectamente equilibrado en sus medidas y con unos músculos maravillosamente esculpidos.

No pude más que quedarme fascinada delante de él hasta que carraspeó y me sacó de mi aturdimiento. Porque, sí, me había dejado aturdida. La verdad es que la primera vez, entre los nervios y demás, apenas me había fijado en él, pero en esa ocasión me había podido recrear, observándolo con atención tanto por detrás como por delante.

—Abril, no sabía que estabas aquí —me dijo mientras buscaba su pantalón para ponérselo.

Ya me había dicho que para él no era un problema que lo vieran desnudo, y sin duda en ese instante entendía por qué. Con esos atributos era normal que se sintiera muy seguro de sí mismo; de hecho, no parecía apurado buscando su ropa. Simplemente, después de mirar un momento en la maleta, sacó un pantalón largo de lino de color blanco y, sin ponerse ni siquiera unos bóxers, se lo subió tranquilamente delante de mí... ante mi atenta mirada, que desobedeció descaradamente mis órdenes de no contemplarlo, y menos aún de esa manera tan atrevida.

Después de eso se me quedó mirando, a la espera de que pudiera articular palabra.

Y tardé. Tardé más de lo que me hubiera gustado... porque había visto cuerpos así de esculpidos y proporcionados muchas veces, pero sólo en la televisión. Ver uno así de espectacular en vivo y en directo, en la misma habitación donde yo me encontraba, eso no me había pasado en la vida. Y todo ello por no hablar de otra parte de su anatomía que, lejos de quedarse retraída, juraría que hasta me había dado la bienvenida.

El calor me subió, me bajó y me volvió a subir... así hasta que Marc decidió acercarse a mí mientras me escudriñaba con la mirada y mientras su pantalón se le bajaba lo suficiente hasta acomodarse, de una manera totalmente sensual, en su cadera.

—¿Todo bien? —me preguntó ante mi desconcierto, cogiéndome de la barbilla y levantándomela hasta obligarme a mirarlo a la cara.

Simplemente asentí y le señalé el baño como gesto de lo que iba a hacer a continuación.

Me metí corriendo en él y cerré la puerta tras de mí.

El sofoco que sentía debía de ser parecido a aquel que les daba a las mujeres cuando les llegaba la menopausia. Eso por no hablar de que el corazón parecía que se me iba a salir del pecho. Estaba claro que, desde que había aterrizado en aquel país, bien por el clima, bien por las circunstancias o bien por las razones que fueran, mis hormonas se habían revolucionado exponencialmente hasta ponerme en un apuro como el que acababa de vivir.

Porque había reaccionado como una adolescente que ve por primera vez un cuerpo de hombre desnudo, aunque obviamente no había sido mi primera vez. Claro que tampoco había tenido delante de mí un espécimen semejante ni nada que se le acercase ni un poco. Porque Marc, tengo que admitirlo, era de esos hombres que ganaba desnudo. Y no es que vestido no llamara la atención, que lo hacía y mucho, pero es que, sin ropa, era ya para dejarte sin respiración, como me había pasado a mí.

La ducha que me di me sentó fenomenal. Primero porque me ayudó a sentirme limpia después de todo el día sudando al haber hecho ejercicio en el cenote; segundo, y sobre todo, porque había conseguido aliviarme el intenso calor que me había provocado, de una manera tan inesperada, Marc.

Cuando salí del baño pude comprobar que él ya había terminado de vestirse y, también, que aquello me provocó cierta desilusión.

Pero ¿qué demonios les pasaba a mis hormonas? Porque durante el día también las había tenido revolucionadas con Yon, que no había parado de buscarme en todo momento para halagarme, besarme y hasta provocarme un orgasmo a traición cuando nadie nos veía... y eso que él era el tutor y el que debía dar ejemplo a sus alumnos, a quienes, por un lado, en el caso del género masculino, parece ser que les había encantado la idea de que yo estuviera allí, pero que, por otro lado, a las féminas, por lo visto, nos les había hecho tanta gracia.

Yon, a eso, simplemente respondió riéndose a carcajadas.

«Me da igual lo que les parezca a mis alumnas —había afirmado, convencido—. Ya deberían

saber que no voy a tener nada con ellas, se lo he explicado en muchas ocasiones.»

Me quedé perpleja. ¿En serio había hablado con ellas tan abiertamente de ese tema? ¿En serio les había tenido que explicar eso? Pero ¿dónde había quedado el respeto al profesor y las distancias que había que guardar con ellos?

«Los tiempos han cambiado mucho, Abril», me dijo entonces Yon, que parecía haber oído mis pensamientos.

Ya lo veía, ya.

«A mí jamás se me hubiera ocurrido acercarme a un profesor con tanta confianza, y menos buscando de él otra cosa que no fuera hablar de la asignatura que impartía», le contesté.

«¿Ni siquiera cuando estuviste en la universidad?», me preguntó Yon entonces, con un brillo especial en los ojos y con un tono ronco en la voz, que me hizo sentirme ruborizada.

«No, no, qué va», le mentí.

Porque en realidad sí que había habido un profesor que en aquella época me había llamado mucho la atención y que buscaba reiteradamente para que me explicara bien determinadas cosas de la materia que nos daba. Evidentemente lo hacía como excusa para poder verlo, pero jamás pasó la cosa de ahí. Nunca se me ocurrió abordarlo en otro sentido. Además, enseguida conocí a Fede y, desde entonces, no volví a fijarme en ningún otro hombre.

Por lo visto, desde aquel momento mis hormonas decidieron hibernar. Pero lo habían hecho hasta este viaje en el que, por la razón que fuera, claramente habían resuelto despertar de su letargo.

Marc

Una vez que Abril hubo terminado de ducharse y arreglarse nos fuimos directos a cenar. Teníamos la opción de hacerlo en el bufé o bien en alguno de los restaurantes temáticos que había en el complejo, así que, para variar, yo había decidido reservar en el mexicano.

—¡Anda! ¿Vamos a cenar aquí? —me preguntó Abril, sorprendida.

—Sí, he pensado que podría gustarte —le contesté con cierto temor, de repente, a que mi idea no la convenciera.

—Pues no te has equivocado, me encanta la comida mexicana.

La sonrisa de Abril me lo dijo todo. Estaba realmente agradecida de que cenásemos allí. De hecho, los dos disfrutamos mucho con la comida que nos trajeron y con la conversación distendida que mantuvimos sobre cosas absolutamente banales.

Después de saborear lo más típico de aquella gastronomía, decidimos volver a nuestra habitación andando en vez de coger uno de los carritos que por allí circulaban para tal fin.

Hacía una noche preciosa. La quietud del lugar, rota sólo por el sonido de nuestros pasos y el murmullo lejano de las olas del mar, junto con la cálida brisa que nos envolvía, había hecho que se creara en torno a nosotros una atmósfera muy especial.

—Bueno... y ¿qué tal tu día? —le pregunté con curiosidad, después de un rato caminando y viendo que ella no había sacado el tema en toda la velada.

Abril carraspeó antes de hablar. Parecía algo incómoda.

—Pues bien. Muy bonito todo —me comentó, con una sonrisa que adiviné tensa, a pesar de la oscuridad que nos rodeaba.

Su actitud me extrañó. Daba la sensación de que no quería hablar mucho sobre lo que había hecho.

—¿Te ha gustado la experiencia de internarte en un cenote? —insistí.

Abril me hizo un gesto con la mano que me dio a entender que la cosa había ido regular.

—Verás..., es que al principio me he agobiado un poco con todo el tema de ponerme el neopreno, el chaleco salvavidas, el casco... A ver, es que nunca he hecho nada así de arriesgado y estaba algo nerviosa por lo que me iba a encontrar. Aunque luego he disfrutado mucho con lo que hemos visto, la verdad —terminó de explicar, entonces con un brillo especial en los ojos.

—Perdona, ¿has dicho arriesgado? —inquirí, un poco extrañado.

—Sí, bastante. Piensa que nos hemos tenido que poner equipo de seguridad y todo.

—Equipo de seguridad, ¿un neopreno y un casco? —insistí, desconcertado.

Me daba la sensación de que me estaba vacilando. No obstante, ella asintió, completamente convencida.

—Claro, si ha habido tramos en los que la cueva estaba inundada y hemos tenido que nadar y todo. Por eso también llevábamos chalecos.

Seguía sin tener claro si me hablaba en serio.

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad? —quise saber.

Pero la cara que puso Abril me aclaró que, efectivamente, no era ésa su intención y que, para ella, definitivamente, aquello sí había representado un deporte de riesgo.

—¿Tú no ves arriesgado lo que he hecho hoy? —me planteó, cruzándose de brazos delante de mí y mostrándome así su contrariedad.

—Bueno, puedo entender que a lo mejor para ti sí lo sea —le respondí conciliador, para que no pensara que me estaba riendo de ella—, pero, para mí, un deporte de riesgo es tirarse en paracaídas, hacer salto base, *puenting*, *rafting*, barranquismo..., yo qué sé, todo eso.

—Es que eso ya no lo considero de riesgo, sino que lo considero más bien de idiotas.

Elevé mi ceja derecha ante la sorpresa que me había causado su afirmación.

—¿Y puedo saber por qué?

—Pues porque los que lo hacen ponen en riesgo su vida sin necesidad y... —Abril paró de hablar inesperadamente y me miró con cautela—. Tú no practicarás alguno de esos deportes, ¿verdad?

—En realidad, los practico todos —le contesté, divertido ante la cara que había puesto.

Sus mejillas se habían sonrojado como las de una niña pequeña cuando sabe que ha metido la pata.

—Y... ¿para qué demonios quieres hacer ese tipo de cosas? No lo entiendo.

—Bueno, las hago para quitarme el estrés, evadirme, sentir la adrenalina correr por las venas. En definitiva, para sentirme vivo.

—Ah... —soltó escuetamente.

Por lo que fuera, se había quedado muy pensativa ante mi respuesta y quise saber por qué.

—¿En qué piensas?

—En eso último que has dicho de sentirte vivo —me contestó, torciendo el gesto.

—¿Puedes concretarme un poco más, por favor?

—Pues es que... —dudó unos instantes—. Últimamente tengo la sensación de haber estado muerta. No sé si me entiendes... —Buscó mi mirada—. Quiero decir que este viaje me está haciendo darme cuenta de que me he perdido muchísimas cosas por culpa de haber estado con Fede, y no me está gustando nada esa sensación.

—Bueno, cuando uno tiene una relación de pareja, a veces, se pueden dejar de hacer determinadas cosas —le expliqué, sabiendo, por desgracia, muy bien a lo que me refería. Lo que me llevó, sin querer, a cambiar el gesto..., algo que no le pasó desapercibido a Abril.

—¿Tú también dejaste de hacer cosas por culpa de tu exmujer?

La miré inquieto. Sabía que había llegado el momento de explicárselo todo, o al menos lo que fuera capaz.

—Dejé de hacer absolutamente todo por Nerea —le contesté al tiempo que llegábamos a la playa, ya que, sin querer, nos habíamos desviado del camino. Después, tras un acuerdo tácito, ambos nos sentamos en la arena. A continuación, suspiré, me preparé y comencé por el principio a relatarle mi historia—. Alba y yo nos conocimos siendo unos niños...

—Espera, espera... —me interrumpió Abril—. ¿No has dicho Nerea al principio?

Asentí con la cabeza con pesar.

—Para que entiendas bien todo lo que ocurrió, necesito que conozcas mi historia previa. Así comprenderás mejor el porqué de mis decisiones.

Abril asintió, otorgándome la razón y la palabra, y volví a coger aire para poder continuar con mi narración.

—Conocí a Alba en el colegio, cuando estaba en sexto curso. Ella acababa de llegar nueva a clase y me pareció buena idea presentarme y ofrecerme para enseñarle todas las instalaciones. Por culpa del trabajo que tenía mi padre, yo había vivido muchos traslados. En concreto, hasta entonces, uno por año, y sabía lo difícil que era empezar de nuevo en otro sitio, así que no lo dudé un instante y me acerqué a ella. De lejos ya me había parecido que era guapa, pero, cuando llegué a su altura, me quedé sin aliento. Era la niña más bonita que había visto jamás. Eso, unido a que llegamos a tener una amistad muy cercana, supuso que, cuando nos hicimos adolescentes, yo estuviera loco por ella. Así que, en la fiesta que preparamos para celebrar nuestro decimosexto cumpleaños, me declaré.

Abril me miraba muy atenta, por lo que decidí continuar.

—Ella me dijo que sí y comenzamos a salir. Llegué a estar tan enamorado de ella que, sólo de pensar que pudiera perderla, me daba pánico. Lo malo es que ese día llegó. Una mañana se presentó en mi casa diciéndome que necesitaba aire, que la relación se le había quedado pequeña, que quería conocer mundo y experimentar más cosas, y, sobre todo, que quería conocer a otra gente. A mí se me vino el mundo encima. El primer amor es siempre el que más duele, el que a priori más te hace sufrir. Y digo «a priori» porque en mi caso no fue así, aunque en aquellos momentos no lo sabía. El caso es que lo pasé tan mal que perdí algo más de cuarenta kilos.

Abril abrió los ojos como platos y silbó.

—Bueno, yo en aquella época me había dejado bastante físicamente y llegué a pesar ciento veinte kilos, así que tampoco me vino tan mal —le aclaré—. El caso es que me costó mucho recuperarme y estuve mucho tiempo sin querer saber nada de las mujeres. El golpe que me dio me dejó mucha huella y hasta pasados unos diez años no conseguí rehacer mi vida.

Paré de hablar, porque me acercaba a la peor parte; la que más me iba a costar explicar.

—Si no te apetece continuar, no hace falta que lo hagas —intervino Abril, comprensiva—. No quiero que lo tengas que recordar si eso te va a hacer sufrir.

Negué con la cabeza, me tragué el nudo que se me había formado en la garganta y seguí

hablando... porque sabía que, si lo hacía, me ayudaría, igual que al exalcohólico le ayuda hablar de su adicción para superarla. Sentía que ya había llegado ese momento y también sabía que Abril no me iba a juzgar, así que, como nunca había hecho hasta entonces, abrí las puertas de mi vida de par en par para que ella pudiera entrar a conocerla, con todas mis miserias, con todo lo que suponía ser yo en aquellos caóticos momentos para mí.

—A Nerea la conocí por casualidad en una tienda. Se había acabado el café de la estantería y los dos nos quedamos esperando a que lo repusieran. Para cuando el chico volvió del almacén con los paquetes, nosotros ya habíamos intercambiado nuestros números de teléfono y habíamos quedado en volver a hablar... pero no la llamé. Aunque me había caído bien y me había parecido atractiva, aún seguía sin querer una pareja. Todavía me dolía la sensación de impotencia que me había dejado Alba. Sin embargo, la casualidad hizo que coincidiéramos de nuevo en aquella tienda y, esa vez, ella insistió en invitarme a tomar un café. No me negué por no parecer un estúpido. —Volví a parar. Necesitaba unos segundos para armarme del valor necesario para poder seguir—. Ese café fue el primero de muchos —continué—. Me lo tomé con calma. La quise conocer bien primero y, sobre todo, quise asegurarme de que ella estaba convencida de lo que quería. Al cabo de cuatro años y, tras cerciorarme de que yo era lo más importante para ella, decidí dar el paso por fin y pedirle matrimonio. En contra de lo que siempre pensé que jamás me volvería a suceder, me había vuelto a enamorar de una mujer. —Abril seguía tan atenta e interesada en mi historia que no dudé en proseguir—. A los seis meses de pedírselo, nos casamos. ¿Para qué esperar más si los dos lo teníamos tan claro? —me pregunté retóricamente en ese momento con absoluta tristeza, pero me obligué a recuperarme de esa sensación y me centré en el relato—. El primer mes de casados nos fue bien —le expliqué con auténtica amargura al recordar todo lo que vino después—. A partir de ahí fue cuando todo cambió. Bueno, en realidad fue ella la que cambió y lo destrozó todo. Al principio no fui muy consciente de ello, ¿sabes?... Es como si, a pesar de conocer los síntomas, los hubiera pasado por alto o no hubiera querido creer que eso me estuviera pasando a mí.

—Pero ¿qué fue lo que ocurrió? —me preguntó entonces Abril, con su dulce voz y con mucha cautela.

—Nerea se volvió muy celosa y comenzó a prohibirme salir a la calle si no era con ella. Tuve que dejar las partidas de hockey de los miércoles con los amigos y, por supuesto, nada de tomarme una cerveza con ellos después... y eso fue sólo el principio.

—¿Y lo hiciste? ¿Renunciaste a todo eso?

Agaché la cabeza por vergüenza.

Después continué hablando, con la mirada perdida en los granos de arena de la playa.

—No sólo renuncié a eso. Al final acabé haciéndolo con todo lo que ella me fue pidiendo. —Suspiré profundamente y una lágrima comenzó a rodarme por la mejilla. Me la sequé con rabia con el dorso de la mano, la rabia que me provocaba recordar hasta dónde había llegado por su culpa—. Dejé de ver hasta a mi familia —seguí contándole con mucho pesar—. Un día, delante

de ella, a mi madre se le ocurrió comentar que se había encontrado con una amiga mía de la infancia y que le había dado mi número de móvil para que se pusiera en contacto conmigo si quería. ¡Para qué quise más! —Volví a sonreír amargamente—. Cuando llegamos a casa, Nerea me dijo que mi madre había estado tratando de confabular contra ella y que me había intentado buscar otra novia, así que, tras varios días con muchas broncas entre nosotros y esa locura metida en su mente, me prohibió que la volviera a ver. Me dio un ultimátum: o ella o mi familia.

Sabía que Abril me observaba con los ojos abiertos como platos a pesar de no estar mirándola. En ese instante sentía la mayor vergüenza del mundo, así que continué con la cabeza gacha mientras trazaba líneas perdidas sobre la arena con un pequeño palo.

—¿Y qué hiciste?

Suspiré de nuevo.

—Antes de contestarte quiero que sepas por qué tomé la decisión que tomé.

—No tienes por qué darme explicaciones, Marc.

—Sí, sí que tengo que dártelas si quiero que me entiendas.

Abril asintió en silencio, comprendiendo la necesidad que tenía de aclarar las razones que me habían llevado a hacer lo que hice.

—Vale, pues continúa —me pidió con dulzura.

—El miedo es el peor consejero y, aunque yo eso lo sabía perfectamente por aquel entonces, no pude evitar dejarme llevar por él. La agónica sensación de perder a la persona querida fue tan determinante para mí en el pasado que no quise volver a pasar por ello. No quería volver a sentir lo mismo que años atrás me había destrozado, porque entonces las consecuencias serían más devastadoras aún. Así que, sí, la elegí a ella por encima de todo, incluso de mi familia, con la que sólo pude mantener contacto telefónico únicamente cuando estaba en el trabajo. Pero eso no fue suficiente para Nerea. Cada día se fue volviendo más absorbente... y yo, sin darme cuenta, fui alimentando su problema, hasta que se hizo insostenible. Me controlaba la hora de entrada y salida de casa. Si me retrasaba diez minutos, cuando llegaba me la liaba, haciéndome sentir culpable por habérselo hecho pasar mal. —Levanté la cabeza y la miré directamente a los ojos—. Me llegué a sentir el peor hombre del mundo, Abril. Llegué a pensar que era una mala persona y que todo iba mal por mi culpa, porque no sabía hacer las cosas como ella me pedía. Y me fui haciendo pequeño..., más cada vez, y ella cada vez más grande. Tanto que hasta cedí con absolutamente todo. La dejaba que me controlara el móvil, los mensajes, las llamadas..., lo que me llevó a no poder hablar con absolutamente nadie. Perdí el contacto con todos mis amigos, con mi familia..., con todo el mundo conocido. —Entonces paré de hablar, porque la sensación de vértigo que tuve cuando fui consciente del pozo en el que me había metido regresó a mí, tan devastadora y al mismo tiempo tan clarificadora como entonces—. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de lo terriblemente jodido que estaba, Abril —continué explicándole—. El pozo al que me había lanzado en picado no tenía fondo, y yo no paraba de caer. Cada día que dejaba pasar la situación, caía un poco más, hasta que un día me encontré con un amigo y compañero de

la carrera que hacía tiempo que no veía. Él enseguida notó mi nerviosismo. Quería que nos tomásemos un café y que recordásemos viejos tiempos, pero yo no hacía más que darle excusas vagas para poder volver a casa y no contrariar así a Nerea. Finalmente consiguió convencerme y entramos en una cafetería. Tras una pequeña conversación sobre cómo nos iba la vida, fue como si yo me hubiera vuelto un libro abierto para él y fue capaz de leer en mis ojos el miedo que sentía. —Sonreí pensando en que aquel encuentro fortuito probablemente me había salvado la vida. Literalmente. Porque yo estaba tan desesperado con aquella situación que ya no le encontraba ninguna solución que no pasara por hacer alguna locura... pero me repuse de ese pensamiento y continué hablando—. Aquel amigo me preguntó a conciencia por Nerea. Había estado en nuestra boda, pero después él y yo apenas habíamos tenido contacto, a pesar de la excelente relación que habíamos mantenido en el pasado. Así que, cuando lo hizo, me derrumbé. Comencé a llorar delante de él como un niño.

Otra lágrima, esa vez, de impotencia, recorrió mi mejilla. Si no hubiera sido por él y su gran ayuda, probablemente yo no hubiera salido de aquel pozo.

—No me puedo imaginar lo difícil que ha tenido que ser para ti todo, Marc.

Negué con la cabeza. Sabía que ésa era una frase hecha, pero, en mi caso, más que nunca cobraba sentido. Porque nadie, absolutamente nadie, sabía lo que yo había sufrido con aquella relación.

—Lo peor vino después de aquello. Haber sido consciente y haberlo contado sólo fue el primer paso de un largo y escabroso camino: el de la vuelta a la tranquilidad, no sólo de mi corazón, sino también de mi persona. Porque yo había llegado a creerme que todo era culpa mía y que era yo quien hacía las cosas mal. ¡Yo, Abril!, el psicólogo que tantas veces había visto en consulta casos parecidos, me llegué a creer todo lo que aquella mujer quiso que creyera. Y eso me hundió, no sólo a nivel personal y sentimental, sino también a nivel profesional. ¡¿Cómo iba a tratar de curar a alguien cuando ni siquiera yo había podido hacerlo conmigo mismo y había dejado que me arrastraran a aquel abismo?!

Solté el aire contenido y, con él, la desesperación y la frustración que sentía.

Abril me miraba con preocupación y pena al mismo tiempo, pero yo no quería provocar esos sentimientos en ella.

—En realidad, ahora me encuentro bastante bien —le aclaré para tranquilizarla—. Es sólo que recordarlo me devuelve a toda la mierda que viví, y no es nada agradable.

Ella simplemente asintió. Después me pasó la mano por el hombro y ese gesto me encantó. Sentir el tacto de su piel acariciando la mía, transmitiéndome su calor y también su apoyo, fue algo que me resultó de lo más reconfortante, y me ayudó a querer terminar de contarle mi historia.

—Con la ayuda de aquel amigo y de las muchas sesiones que a escondidas de Nerea tuve con él, fui recuperando mi autoestima poco a poco y, lo que es más importante, el control de la situación y las ganas de superar todo aquello. Gracias a él recuperé el norte, y un día me armé de

valor y, cuando llegué a casa, le dije a Nerea que tenía que hablar con ella. La situación no pudo ser más horrible. Se lo tomó muy mal, tanto que acabó llamando a la policía y acusándome de malos tratos. —Sentí cómo Abril me dirigía su mirada muy sorprendida. Después se le llenaron los ojos de lágrimas—. Como Nerea no iba a poder demostrar el maltrato físico, alegó que había sido psicológico, con el agravante de que yo soy psicólogo y supuestamente me podría ser más fácil hacerlo. Así que pasé en la cárcel dos días, hasta que no me quedó más remedio que llamar a mis padres y contarles todo lo sucedido para que vinieran a pagar la fianza y sacarme de allí. Lo hice con la acusación de ella admitida a trámite. —Volví a parar de hablar, pero esa vez fue para revivir la sensación de alivio que tuve en su día cuando tomé la decisión de separarme. Sin duda, la mejor que había tomado hasta entonces en toda mi vida. Después continué—: Aquel mismo día no sólo me fui de casa, sino que también le interpuse la demanda de divorcio. Ni siquiera pasé a recoger mis cosas. No quería tener ningún contacto más con ella. Obviamente, mi abogado también me aconsejó que no lo hiciera. Cualquier cosa que le pudiera decir lo podría usar en mi contra en un juicio. Así que fue mi amigo el que tuvo que ir allí a sacar mis pertenencias..., las que ella le dejó, claro, porque hubo objetos con valor sentimental para mí que no quiso darle.

Me quedé con la mirada perdida en el horizonte, divisando aquel apacible mar, mientras recordaba el objeto que más me dolió perder: uno de los regalos que me había hecho mi abuelo siendo yo muy niño y al cual ella sabía que yo le tenía mucho cariño.

—¿Y ahora en qué punto están las cosas? —quiso saber Abril.

—Pues estoy a la espera de que salga el juicio primero, para que después pueda cursarse la demanda de divorcio.

—Y ella... ¿cómo se lo ha tomado todo?

—Pues te puedes hacer una idea. Los primeros días fueron horribles. Con llamadas suplicantes a media noche para que volviera con ella y promesas de que iba a cambiar. Más tarde las llamadas se convirtieron en visitas a mi lugar de trabajo y, después de eso, amenazó con presentarse en casa de mis padres y armarla allí también. Así que tuve que pedir una orden de alejamiento. Sin embargo, el juez no entendió que, siendo yo el maltratador, necesitara una orden de alejamiento y la desestimó, dejándome completamente indefenso. Mi abogado me dio la noticia un poco antes de conocerte en aquel bar..., así que, cuando estuve hablando contigo sobre tu viaje de novios, fue cuando se me ocurrió la idea de largarme, de poner tierra de por medio con ella de la manera que fuera y cuanto antes. Por eso me marché de aquella forma tan repentina... porque estaba decidido a meterme en la primera agencia de viajes que encontrara y contratar cualquier paquete vacacional que me ofreciera irme donde fuera el máximo tiempo posible. El resto de la historia, ya lo conoces.

—Vaya... —atinó a decir Abril, claramente consternada.

Después de eso, ambos permanecimos en un silencio tan sólo roto por el sonido de las olas del mar y la lejana música que nos llegaba desde una palapa.

Abril

Me costó salir de mis pensamientos, perdidos en la angustiosa experiencia que había sufrido Marc... pero lo hice y lo miré. Parecía ausente.

—Y a partir de ahora, ¿qué? —le pregunté, intentando conocer, entre otras cosas, hasta qué punto aquello iba a condicionar su futuro.

Se giró hacia mí. No reaccionó hasta pasados unos segundos, tras los que dudó unos instantes antes de hablar. Después se encogió de hombros.

—Sólo me queda esperar a que se solucione todo legalmente de la mejor manera posible para ambos.

—¿Para ambos? Después de lo que te ha hecho, ¿todavía quieres su bien?

—Lo que no pretendo es su mal, Abril. No deja de ser una persona a la que quise mucho.

—Ya, pero, aun así, no lo entiendo. Ella te ha denunciado por algo que no has hecho.

—Cuando tratas con personas tanto como lo hago yo debido a mi trabajo, te acabas dando cuenta de que todos somos víctimas de nuestras circunstancias..., y ella no deja de ser una más. Sus anteriores relaciones la marcaron mucho. En todas ellas sufrió infidelidades, así que acabó volviéndose extremadamente celosa. El miedo a que le volviera a ocurrir lo mismo la arrastró a cometer muchos errores de los que estoy seguro que algún día se arrepentirá.

—Aun así, Marc. Después de todo lo que has vivido, me cuesta mucho entender que sigas siendo tan comprensivo con ella.

Volvió a encogerse de hombros.

—Parte de mi terapia consiste en aprender a perdonar, y para ello tuve que entender qué razones le habían hecho a Nerea llegar a esa situación. Cuando lo comprendí, pude respirar tranquilo, porque entonces fui consciente de que no había sido culpa mía, sino que la culpa la tenían sus malas experiencias pasadas. —Suspiró, resignado—. Al fin y al cabo, ella no ha sido más que otra víctima.

—De verdad que es admirable tu serenidad, pero sigo sin comprender cómo no tienes ganas de decirle cuatro cosas bien dichas. Porque... que haya sido tan hija de... —Paré de hablar porque era probable que me estuviera extralimitando con el calificativo que iba a usar, así que intenté medir mejor mis palabras—... tan mala persona como para haberte denunciado por malos tratos... Es que eso no tiene perdón, Marc.

—Y me costará algo más de tiempo perdonarla y olvidar todo por lo que me ha hecho pasar, pero acabaré haciéndolo. Lo necesito para poder pasar página.

Lo continué mirando porque, a pesar de todo, me parecía admirable su actitud.

—¿Crees que algún día conseguirás hacerlo? Me refiero a lo de pasar página.

—Con respecto a ella, estoy convencido de que sí. Ya casi lo he hecho, por suerte.

—No me refería sólo a tu capítulo con ella.

Me parece que él sabía perfectamente a qué me había referido, pero me daba la sensación de que había tratado de evitar responderme a eso en concreto.

—No lo sé, Abril —soltó finalmente después de un largo silencio en el que estuvo, probablemente, intentando dilucidar qué decirme—. Ahora mismo no quiero ni pensar en ello, pero es más que probable que no pueda volver a enamorarme. Sinceramente, no creo que pudiera soportar todos los miedos e inseguridades que aparecerían. El mero hecho de pensarlo ya me genera ansiedad.

Sentí mucha pena por él y reaccioné sin pensar. Me giré y lo abracé para procurar transmitirle todo mi cariño.

—El tiempo pondrá las cosas en su sitio y te otorgará de nuevo la confianza que necesitas para que tu corazón vuelva a sentir —argumenté, convencida, pero él sonrió, escéptico—. Marc, mírame —le pedí muy seria a continuación—. Eso va a ocurrir, ¿me oyes? Eres un gran hombre y te mereces ser feliz.

Levantó su mirada, quedando a escasos centímetros de la mía. Nos miramos fijamente y todo pareció pararse alrededor... hasta las olas del mar.

—Pues eso... —le dije algo nerviosa, separándome un poco de él—, que con el tiempo volverás a encontrar a alguien que por fin te llene y, además, te haga feliz.

Pude ver entonces cómo Marc fruncía el ceño al tiempo que también se distanciaba un poco de mí para volver a perder su mirada en el horizonte.

Después, el silencio se volvió a instalar entre nosotros, pero no fue un silencio incómodo, sino uno de esos en los que te sientes en calma.

—Hoy me ha estado llamando —me confesó Marc de repente—. He tenido que bloquear su número en mi móvil —me explicó a continuación con pesar—. Supongo que se habrá enterado de que estoy fuera de la ciudad y eso la habrá hecho montar en cólera.

—¡Joder! ¿Es que esa maldita mujer no piensa parar? —le solté, mostrándome bastante contrariada—. Perdón —añadí de inmediato, algo avergonzada por mi salida de tono.

Marc reaccionó con una comprensiva sonrisa.

—No te preocupes.

Quise entonces cambiar de tema, porque, si a mí había comenzado a hervirme la sangre sólo de escucharlo, no podía ni imaginarme cómo tenía que estar sintiéndose él.

—Oye, al final, ¿qué has pensado hacer con lo de tu abuelo?

Sabía que ese asunto también era motivo de preocupación para él, pero en ese momento no se me ocurrió otra cosa mejor que decirle.

Marc resopló con cansancio.

—Hoy he hablado con mi madre y no he sabido qué contarle cuando me ha preguntado si había ido a averiguar algo sobre él. Finalmente le he mentido y le he dicho que todavía no había ido... —Se detuvo unos instantes antes de continuar—. Es que no sé cómo afrontar esto, Abril. Decirle a mi madre lo que he descubierto la va a hundir, como me ha pasado a mí. —Volvió a pensar unos segundos—. A veces creo que, ante determinadas cosas, es mejor permanecer en la ignorancia si ésta te va a ayudar a ser feliz.

—Te entiendo perfectamente y yo, en tu lugar, desde luego que tampoco sabría qué hacer. Quizá... —comencé a decirle mientras lo pensaba sobre la marcha—, quizá deberías volver a la hacienda y recabar más información. A lo mejor alguien te puede arrojar más luz sobre lo que ocurrió. —Hice otra pausa—. Si tu abuelo fue sólo la mitad de bueno que eres tú, es imposible que hiciera una cosa así sin un motivo de peso detrás.

Marc se giró hacia mí y me miró, sorprendido.

—¿Y tú por qué crees que yo soy bueno? —me preguntó, sonriendo con curiosidad.

—Bueno, después de la historia que me acabas de contar, creo que ha quedado más que demostrado —le contesté, molesta por tener que explicarle la obviedad.

Pero no me replicó; simplemente continuó mirándome con ternura.

—Gracias —me dijo entonces.

—¿Por qué?

—Por no juzgarme antes de tiempo; por escucharme y tratar de comprenderme sin prejuicios. Eres la primera persona a la que se lo cuento todo sin sentirme incómodo.

Marc continuaba mirándome con cariño.

No sabía qué contestarle, porque en realidad a mí también me resultaba muy sencillo hablar con él a pesar de conocernos tan poco y me hacía sentir muy cómoda a la hora de contarle mis cosas.

—Tú te has portado muy bien conmigo en ese sentido y es lo menos que puedo hacer por ti, Marc.

Después de eso, ambos volvimos a sumirnos en nuestros pensamientos. Lo hicimos hasta que la brisa se tornó más fuerte y a ambos nos dio frío, por lo que decidimos volver a la habitación.

—Marc, ¿quieres que vayamos mañana otra vez a la hacienda?

—¿Me acompañarías de nuevo?

—Pues sí. Si a ti no te importa, claro. No tengo otra cosa mejor que hacer.

—Pensaba que tal vez habrías quedado con el tipejo ese.

—¿¡El tipejo ese!? —le pregunté, algo sorprendida porque usara ese apelativo para nombrar a Yon.

—¿A que has sabido perfectamente a quién me refería? —Me dejó sólo un segundo para pensar lo que me había preguntado—. Pues por algo será —sentenció a continuación.

Me quedé mirándolo mientras caminábamos en la oscuridad y, a pesar de no poder verlo bien, me pareció intuir en su cara una expresión de «no me equivoco en absoluto al calificarlo de esa

manera».

—Quedamos en que ya nos veríamos, sin concretar nada —le expliqué sin más.

—Ya, no parece que sea un tío al que le guste comprometerse —dejó caer entonces.

Lo miré entre sorprendida y divertida por su actitud.

—Ya veo que no te ha caído nada bien.

—No es eso —saltó un poco a la defensiva—. Es sólo que no me gustan las intenciones que lleva.

—Y, según tú, ¿cuáles son esas intenciones?

—Creo que son más que obvias, Abril. Ese tío sólo busca tener sexo contigo.

—¿Y qué pasa si a mí ésa me parece una idea perfecta? —le pregunté a sabiendas de que no se iba a esperar una respuesta así por mi parte.

Se paró en seco y se giró para mirarme.

Sopesó qué me iba a decir a continuación durante lo que a mí me pareció una eternidad.

—¿Es eso lo que necesitas en estos momentos?

A mí también me pilló desprevenida esa pregunta suya.

—Pues... sí, supongo. ¿Por qué no?

No me respondió. Simplemente se giró y empezó a andar hacia la habitación bastante más rápido que antes.

—Marc, oye... —le comencé a decir mientras intentaba seguirle el paso—, ¿por qué te molesta que quiera divertirme un poco? Nunca lo he hecho y, ahora que tengo la oportunidad, no pienso desaprovecharla —acabé argumentando, muy convencida, poniéndome delante de él con los brazos cruzados.

Se volvió a parar. Después me miró a los ojos con una mirada que me traspasó.

—No me parece mal que quieras aprovechar el tiempo y divertirte. Es sólo que a lo mejor no has elegido a la mejor persona para hacerlo.

—Bueno, ése es sólo tu punto de vista —repliqué, más cabreada aún, porque no entendía a cuento de qué venía todo aquello.

Marc suspiró, soltando todo el aire que había mantenido retenido en sus pulmones.

—Lo siento, tienes razón. Me estoy metiendo en algo que no es para nada asunto mío.

—Bueno, tampoco es eso —le dije entonces, ya más tranquila al ver su cambio de actitud—. Yo, en realidad, también te agradezco tu preocupación.

—Vale, olvida entonces todo lo que te he dicho —me pidió.

—De acuerdo —acepté finalmente—, pero aún no me has respondido a si quieres que te acompañe mañana a visitar la hacienda.

Sonrió y después asintió.

—Por supuesto que quiero —me contestó al tiempo que abría la puerta de la habitación y me invitaba a entrar en ella.

No pude evitar sonreírle, y él a mí. Ambos éramos el apoyo del otro en aquel lugar y no

debíamos permitir que eso dejara de ocurrir.

Después todo se precipitó.

Su móvil comenzó a sonar. Él vio que se trataba de un número desconocido e intuyó quién podía estar detrás de aquella llamada. Yo, por la cara de malestar que puso, también lo intuí y, sin pensar siquiera, le arranqué el móvil de las manos y contesté ante su atónita mirada.

—Diga...

—Perdona, ¿quién coño eres tú? —me preguntó una voz de mujer al otro lado de la línea.

—La nueva novia de Marc, ¿y tú?

—¡¿Qué?!

—Lo que has oído.

—¡Dile que se ponga ahora mismo!

—No me da la gana —le espeté, decidida. Incluso yo misma me asombré de mi respuesta—. No se va a poner hoy ni lo va a hacer nunca. Ya puedes olvidarte de Marc, porque él, por supuesto, ya se ha olvidado de ti.

Vi como Marc se venía directo hacia mí con la clara intención de arrebatarme el teléfono. Tenía la cara desencajada y me pedía en silencio que, por favor, terminara con aquella conversación... pero me zafé de él metiéndome en el baño.

—Abril, devuélveme el móvil —oí que me gritó, desesperado, tras la puerta.

También oí los gritos histéricos de aquella mujer, que comenzó a insultarme y a amenazarme si no le pasaba el teléfono a Marc.

—A ver si te lo hago entender ya de una vez —le dije por encima de sus berridos.

Nerea se calló de golpe y aproveché para soltarle todo lo que se me ocurrió.

—¿De verdad esperas que un hombre como Marc, al que deberías tener en un pedestal, quiera volver contigo después de todo lo que le has hecho? Mira, ¡eso no va a ocurrir, ni siquiera aunque fueras la última mujer que quedara sobre la faz de la tierra, así que vete haciéndote a la idea, capulla!

Volví a callarme, porque a través de la línea me llegó todo un aluvión de improperios. También oía la voz desesperada de Marc, que me pedía que le abriera la puerta.

Y lo hice, pero salí corriendo para que no pudiera quitarme el móvil.

Sin embargo, me alcanzó y me derribó sobre la cama, cayendo a horcajadas sobre mí. Después, en un leve forcejeo, consiguió sujetarme las manos por encima de mi cabeza, para poder así arrebatarme el maldito teléfono. A continuación, le dio al botón de colgar y lo lanzó contra la pared.

En ese momento se me quedó mirando de una manera que no supe interpretar.

—Lo siento —atiné a decirle unos segundos después, rompiendo así con el hecho de que nuestras miradas se hubieran encontrado de una forma que hizo que me estremeciera—. No he pensado en las consecuencias.

Marc, tras unos instantes en los que continuó mirándome intensamente, suspiró y se rindió. Se

dejó caer boca arriba sobre la cama, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre ellos.

Después suspiró de nuevo, esta vez con resignación.

—Espero que no le dé por acudir a casa de mis padres y liarla allí —dijo, vencido.

¡Jolín! Me sentí fatal. No había pensado en las consecuencias y a lo mejor con mi acción había fastidiado su situación más aún.

—Marc, lo siento mucho, de verdad. He sido una inconsciente —me disculpé, totalmente arrepentida. Nunca me había sentido tan mal y tan culpable por algo.

—No te preocupes, Abril. Esto es algo que tarde o temprano tenía que ocurrir. No iba a vivir siempre escondiéndome para protegerla.

Me sentía realmente mal con lo que acababa de pasar. Jamás en mi vida había hecho una cosa igual y no alcanzaba a comprender qué me había llevado a ello.

Era como si mil resortes se hubieran accionado a la vez en mí para hacerme reaccionar, sin ni siquiera pensar, dejándome únicamente llevar por... por un sentimiento: el de proteger a Marc; el de evitar que aquella mujer le siguiera haciendo daño con total impunidad.

—La has llamado «capulla» —me recordó entonces él, sacándome de mis pensamientos. Me miraba divertido.

Me encogí de hombros.

—No le he dicho nada que no fuera una absoluta verdad.

—Te recuerdo que también le has dicho que eras mi nueva novia.

—¡¿Yo he dicho eso?! —le pregunté, muy sorprendida, porque ciertamente no lo recordaba. Marc asintió, risueño—. Bueno, cualquier mujer en su sano juicio querría serlo, así que no te será tan difícil encontrar una más pronto que tarde —le solté sin pensar, al tiempo que me levantaba de la cama y cogía mi pijama de la maleta. Después, me giré para decirle que iba al baño a cambiarme, pero Marc se había incorporado en la cama y me miraba de una manera que me resultó indescifrable, así que quise saber qué se le estaba pasando por la cabeza en esos momentos—. Un euro por tus pensamientos —le dije, curiosa.

Marc cambió su gesto inmediatamente.

—Me temo que ya es muy tarde y mañana tenemos que madrugar, así que se acabó la conversación.

—¿En serio me vas a dejar así? ¿Por qué no quieres decirme qué estabas pensando?

—Si no te metes en el baño ahora, lo haré yo —me amenazó, muy serio, al tiempo que hacía el amago de salir pitando en dirección a él.

—De eso nada —le contesté mientras empezaba a correr.

Al cabo de diez minutos, cuando salí de allí, Marc ya se había puesto su pijama —la parte de abajo únicamente— y se encontraba en la cama, tumbado boca arriba y leyendo un libro que parecía tener algún tiempo ya, a juzgar por lo amarillentas que se veían sus hojas y, sobre todo, por lo envejecidas que se encontraban las tapas.

Me quedé unos segundos parada, mirándolo y pensando.

—¿Ocurre algo?

Marc había levantado la vista por encima del libro y me miraba fijamente.

—No, es sólo que quería acostarme —le contesté.

Marc me miró como si no entendiera cuál era el problema.

—¿Podrías irte al sofá, por favor?

Se le abrieron los ojos como platos.

—¡¿Me lo estás diciendo en serio?! —me preguntó, totalmente incrédulo.

Sabía que a esas alturas ya era un poco absurdo por mi parte pedirle eso, ya que, por circunstancias, habíamos acabado durmiendo juntos las noches anteriores. Pero, aun así, me seguía sintiendo incómoda sabiendo que me iba a meter en la cama con un hombre que no era Fede, aunque no fuera a hacer nada con él.

El caso es que estaba hecha un lío.

—Vaaale —me respondió finalmente, resignado, al tiempo que se levantaba de un bote.

A continuación, vi cómo el pobre cogía su almohada, pasaba por delante de mí y se tumbaba en aquel incómodo sofá, en el que yo no había podido dormir la noche anterior.

—Marc... —le dije tras meterme en la cama y ver cómo intentaba acomodarse sin mucho éxito—. Vuelve aquí, anda.

Me miró con escepticismo.

—¿Estás segura?

—Sí —le contesté, con una sonrisa sincera.

—Pues menos mal, porque ya me había empezado a doler la espalda —me confesó, aliviado, mientras se tiraba en picado a la cama, haciéndome dar un bote.

Marc

Abril y yo habíamos vuelto a dormir juntos. Para mí era agradable hacerlo. Cada vez la sentía más cercana y se estaba volviendo una persona imprescindible en mi vida. Desde luego, haría todo lo posible porque nuestra amistad continuara una vez hubiéramos vuelto a nuestra vida normal.

Al despertarme esa mañana, no obstante, no estaba a mi lado, lo que me resultó un tanto extraño, porque ella era muy dormilona y yo siempre tenía que acabar esperando a que se levantase.

De todas maneras, al cabo de unos segundos salí de dudas de dónde se encontraba.

—¡Buenos días! —Acababa de entrar en la habitación, trayendo consigo una bandeja repleta de comida—. Servicio de habitaciones, ¿se puede? —me preguntó muy sonriente.

—Por supuesto —le dije al ver la buena pinta que tenía todo lo que había para desayunar.

—He pensado que... —comenzó a decirme, de pronto algo nerviosa—. Bueno, en realidad lo que quería era pedirte disculpas de nuevo por lo que hice anoche. Sé que me pasé mucho y...

—Abril... —llamé su atención entre otras cosas para que me mirara, y lo hizo—. No tienes que pedirme disculpas por nada.

—Ya, pero es que ahora a lo mejor por mi culpa tu ex...

—¿No has oído lo que te he dicho, Abril? —insistí, esta vez más serio, acercándome a ella y levantándole la barbilla para que me mirara—. Lo que haga o deje de hacer Nerea no es culpa tuya ni de nadie, sino únicamente suya. Ella es la dueña de sus actos, así que no debe preocuparte cómo pueda reaccionar. Además, si te soy sincero, a mí me encantó lo que le soltaste —añadí, con una abierta sonrisa—. No te voy a negar que al principio no me asustara por su posible reacción, pero después lo estuve pensando y quizá ya haya llegado el momento de no esconderme por temor a cómo pueda reaccionar. Si quiero pasar página, no puedo seguir actuando con miedo. Así que... gracias —concluí, depositándole un cariñoso beso en la mejilla.

Un segundo después, me separé de ella. Lo hice sintiéndome algo incómodo, pero precisamente por lo agradable que me había resultado ese gesto.

No supe o no quise pararme a interpretar cómo me había sentido. Simplemente me senté en la cama como si no acabara de pasar nada y comencé a disfrutar de aquel banquete al mismo tiempo que lo hacía ella.

Casi una hora después estábamos saliendo de camino para la hacienda y, a pesar de que Abril se había ofrecido a conducir, yo me había negado porque no quería tener mi mente libre durante

tanto tiempo y que acabara dándole excesivas vueltas al tema de mi abuelo.

—Estaba cavilando por dónde deberíamos empezar, Marc.

Me sorprendió que Abril estuviera dándole vueltas a lo mismo que yo.

—Por Antonio —me anticipé.

—Pues sí. He pensado que lo lógico es que sea con él con quien primero hablemos, porque seguro que puede ponernos en contacto con alguien que también viviera en aquella época en la hacienda y que nos pueda ayudar contándonos algo más.

Y eso hice, conduje directo hasta la casa de aquel hombre. Sin embargo, antes de bajarnos del vehículo, Abril llamó mi atención.

—Marc, pase lo que pase, quédate con cómo se portó tu abuelo con los tuyos, ¿vale?

Asentí y después sonreí. Tenía suerte de tenerla a mi lado en aquellos momentos.

Cuando bajamos del coche, nadie salió a recibirnos y eso me resultó algo extraño.

Obviamente el vehículo había hecho el suficiente ruido como para que se nos hubiera oído llegar en un buen radio a la redonda, ya que allí todo era calma, tan sólo rota por el piar de algún pájaro o el estridular de las chicharras.

—Quizá Antonio haya ido a la hacienda —consideró Abril.

—No. Estoy aquí —gritó la voz de un hombre, proveniente de la parte trasera de la casa.

La rodeamos y descubrimos a un Antonio diferente al que habíamos conocido el primer día..., uno menos sobreactuado, más natural y cercano.

Ataviado con otro ropaje y tumbado en una hamaca de tela, nos recibió con una media sonrisa.

—Sabía que volverías —afirmó mirándome, totalmente convencido, cuando nos aproximamos a él.

—Ya. ¿Y puedo saber por qué? —le pregunté con absoluta curiosidad ante tanta seguridad.

—Los hombres como tú no se conforman con respuestas vagas, ¿me equivoco?

No, no lo hacía. Siempre me había gustado llegar al fondo de cualquier cuestión, cuánto más si tenía que ver con lo ocurrido con mi abuelo.

—¿Y puede usted ayudarme?

Aquel anciano se levantó lentamente de la hamaca, nos miró con pesar y, tras unos incómodos segundos, nos pidió que lo acompañásemos.

—Quiero enseñaros algo —dijo al tiempo que se adentraba en la casa—. Pasad, dentro hace menos calor.

Le hicimos caso y, una vez dentro, nos acomodamos en un par de desvencijadas sillas que había alrededor de una pequeña mesa redonda. Esos muebles, junto con un desgastado y sucio colchón que descansaba sobre el suelo, eran todos los elementos que componían el mobiliario de aquella modesta vivienda.

No obstante, Antonio parecía más que feliz con tan poco, y nos lo hizo saber.

—Yo no necesito grandes cosas para vivir —nos comenzó a explicar—. Me basta con lo que

aquí ven. No siempre poseer mucho dinero da la felicidad...

Dejó las palabras suspendidas en el aire, como si con ellas quisiera retroceder en el tiempo. A continuación, se dirigió hacia una esquina de la estancia, donde había unas cuantas cajas apiladas.

—Aquí tengo guardada toda mi vida —comentó mientras se agachaba y cogía una de ellas—. En ésta tengo todo lo relacionado con la hacienda. Todo lo que conservo de entonces.

Se giró hacia nosotros y, cuando llegó a nuestra altura, la depositó sobre la mesa. Después la abrió y comenzó a sacar algunas cosas.

—Mirad, esto es de cuando empecé a aprender el oficio que después realizaría durante toda mi vida. Es la primera cuerda que hice. La usé a modo de cinturón hasta que pude comprarme uno. —Sonrió con nostalgia.

Nos la ofreció como si fuera un gran tesoro. Quiso que apreciáramos el desgaste que había sufrido ésta, probablemente a modo de similitud con el que había sufrido él a lo largo de su dura vida.

—Éstos fueron los primeros zapatos que llevé —nos continuó explicando, con añoranza en el rostro—. Me los hice cuando ya contaba con dieciocho años. Hasta entonces había estado toda mi vida andando descalzo y nunca me habían hecho falta, pero, una vez que me los puse, los pies se me volvieron delicados y ya no me los pude quitar —terminó de decir, contrariado—. Tendría que haber seguido caminando descalzo.

Abril miraba a aquel hombre con mucha curiosidad. Estaba disfrutando con todo lo que nos estaba contando y yo disfrutaba viéndola a ella tan embebida en sus historias.

De todos modos, yo comenzaba a impacientarme. Pensaba que aquel anciano arrojaría algo de luz sobre lo que ocurrió con mi abuelo y hasta ese momento sólo nos había hablado de recuerdos suyos. No pretendía ser descortés, pero la desazón que sentía en mi interior me empezaba a apremiar.

—Antonio... —Paré, porque no sabía muy bien cómo decirle que necesitaba oír lo que tuviera que decirme sobre mi abuelo.

—Sí, ya lo sé. Ahorita mismo voy con Bastian.

Inmediatamente me tensé. Abril se dio cuenta y me cogió la mano, apretándomela levemente para indicarme que estuviera tranquilo, que podía contar con su apoyo.

—Déjenme sólo unos segundos para que ordene mis ideas. Estoy ya algo mayor y el tiempo ha desdibujado muchas vivencias en mi memoria. Necesito mirar el diario que escribí entonces; si no, no podré decirles con exactitud algunas cosas.

Solté el aire que tenía retenido en mis pulmones y comencé a mover la pierna con un tic que no le pasó desapercibido a Abril.

—Marc...

—¿Qué?

—Intenta relajarte.

—Joder..., no puedo.

Me levanté y salí de allí. Había comenzado a faltarme el aire.

Abril corrió tras de mí.

—Marc, venga, intenta estar tranquilo.

Resoplé e intenté sosegarme. Era absurdo ponerse nervioso por algo que había ocurrido hacía más de sesenta años, lo sabía, pero evidentemente no había podido evitarlo.

—Ya he encontrado el diario. Cuando estés preparado, te daré toda la información que tengo sobre tu abuelo. —Antonio acababa de salir a buscarnos.

Lo miré, no sin cierto temor, y después asentí.

—Estoy listo —le anuncié, decidido.

—Pues ándale —nos apremió mientras se adentraba en la casa.

A continuación, lo seguimos hacia el interior de aquella austera vivienda y nos acomodamos de nuevo en aquellas destartaladas sillas.

—Éste es el único objeto que poseo de él —me comenzó a explicar aquel hombre al tiempo que me mostraba un colgante de madera tallada, suspendido por un cordón, hecho, como no podía ser de otra forma, con la fibra del henequén—. Pero antes de dártelo quiero contarte su historia..., la del colgante y la de la persona que lo realizó, tu abuelo Bastian.

Respiré profundamente y lo alenté con un gesto a que continuara.

—Verás, muchacho, tu abuelo llegó aquí cuando yo contaba con tan sólo veinte años. Él creo que era menor que yo... —Dudó unos instantes.

—Sí. Por lo que me ha contado mi madre, se vino recién cumplidos los dieciocho años.

Antonio sonrió con nostalgia y continuó hablando.

—Aquellos tiempos eran muy difíciles, no como ahora. En aquella época todo lo tenía que hacer el hombre. Años después llegaron las máquinas, pero hasta entonces todo lo teníamos que fabricar con nuestras manos... y al principio fue muy duro. Recuerdo que tu abuelo tardó menos en acostumbrarse al dolor en las manos que los demás. Era un muchacho muy bueno, que no se quejaba nunca de nada. Además, era muy trabajador. Comenzó como todos con el henequén, recolectándolo y extrayendo su fibra... pero después, con el paso del tiempo, comenzó a hacer algunas labores de encargado y era el que nos daba el agua para beber en las horas de trabajo, para que no cayésemos deshidratados, y el que nos organizaba los turnos. Debido a su entrega, fue haciendo cada vez trabajos de más importancia, hasta que un día el señor Olarte lo llamó y acabó dándole el trabajo de encargado de la casa. Eso significó para él un gran ascenso, porque no sólo suponía cobrar más pesos, sino que significaba estar mejor mirado por todo el mundo y, además, ya no tendría que dormir en los barracones con el resto de los empleados; desde ese momento comenzó a hacerlo en la casa principal, junto con los sirvientes de ésta.

Antonio paró de hablar y cambió la expresión de su cara. Transcurridos unos segundos, continuó, pero esa vez lo hizo negando con la cabeza.

—Ése fue el comienzo de todo, me temo. —Había bajado la cara y tenía la mirada perdida en

el suelo—. Como ya os he dicho, se fue a vivir a la casa principal. En ella habitaban el dueño de la hacienda, Máximo Olarte, su mujer, Elvira, y sus dos hijos pequeños. Junto a éstos, también convivían el chófer, la cocinera y la niñera que cuidaba de los críos, así que tu abuelo se sumó a ese personal y comenzó a hacer su trabajo, la mayor parte del tiempo, dentro de la casa. Se dedicaba, sobre todo, al mantenimiento de ésta, y también a hacer los recados que la señora le pedía. Eso hizo que acabara conociendo muy bien a los otros empleados, ya que compartía mucho tiempo con ellos. —Antonio se detuvo de nuevo y suspiró con pesar—. Bastian no tardó en fijarse en Lupe, la preciosa chiquita española que trajeron para ayudar a la señora con el cuidado de los niños. Y... supongo que fue inevitable.

Abril y yo contuvimos el aliento y esperamos, impacientes, a que nos ratificara la suposición que, ambos en nuestras cabezas, habíamos hecho.

—Bastian acabó enamorándose de ella —nos corroboró el octogenario finalmente.

Después me miró, intentando buscar en mí una confirmación de que yo tenía conocimiento de esa historia.

—Mi abuelo —le comencé a explicar entonces— siempre fue muy celoso con todo lo que le ocurrió aquí y nunca nos contó que se hubiese enamorado de alguien.

Antonio volvió a negar con la cabeza.

—Quizá, cuando conozcas toda la historia, puedas comprender por qué nunca os quiso contar nada..., pero me temo —prosiguió, entonces con cierta cautela ante mi posible reacción— que yo no soy la persona apropiada para descubrírtela.

No me dio tiempo a intervenir siquiera cuando Abril lo hizo por mí.

—Antonio, no nos puede usted dejar así. Tiene que contarnos todo lo que sepa —lo instó, algo contrariada.

—Mirad, sé que esto no es fácil para vosotros, pero si no os cuento el resto de la historia es porque yo no la conozco de primera mano. Desde que Bastian se mudó a la casa, apenas aparecía por la plantación y poco a poco fuimos perdiendo el contacto y, aunque siempre que nos veíamos sentíamos mucha alegría, el tiempo acabó, inevitablemente, distanciándonos. Así que yo no estuve cerca de él durante todo ese último año en que se desarrolló todo; por tanto, no sé exactamente qué sucedió para que acabara haciendo lo que hizo.

Me volvió a faltar el aire y tuve que salir de allí. Lo hice seguido de Abril, que simplemente se paró delante de mí y me miró a los ojos intentando descubrir cómo me estaba sintiendo.

Después, sin mediar palabra, me abrazó.

Abril

No pude evitar abrazarlo. Verlo tan destrozado había generado en mí una sensación de desasosiego que jamás había sentido antes.

Permanecimos así hasta que fuimos conscientes de que Antonio había salido de la casa y estaba esperando para hablar con nosotros.

Cuando me separé de Marc, éste tenía los ojos enrojecidos y vidriosos, pero enseguida entendí que no era por lo que hubiera hecho su abuelo, sino por la impotencia de pensar que nadie pudiera explicarle el motivo.

—Muchacho —Antonio llamó la atención de Marc—, hay una persona que sí puede ayudarte.

A Ambos se nos iluminó la cara... y es que a esas alturas yo también necesitaba conocer la historia de su abuelo. Lo necesitaba para saciar mi curiosidad, pero sobre todo por él, para que dejara de sufrir. Algo que cada vez me hacía sentir peor a mí.

Marc se acercó a él.

—María, la cocinera, tuvo mucha relación tanto con tu abuelo como con Lupe, la chiquita de la que se enamoró. Y, aunque ni a mí ni a nadie nunca ha querido contarnos nada de lo sucedido, precisamente porque le hizo un juramento a Bastian, es muy probable que, cuando le digas quién eres, comparta contigo toda la historia.

—¿Dónde podemos encontrarla? —le pregunté con impaciencia a Antonio.

—Vive cerca de la hacienda. De hecho, su hija trabaja allí y, aunque María es ya muy mayor, todavía mantiene bien su cabeza. Sin embargo, el día que estuvisteis aquí, me dijeron que sufrió un desmayo y que la tuvieron que ingresar, por lo que tendréis que ir allí a preguntar en qué hospital se encuentra.

Miré a Marc. Probablemente María fuera la señora que se desvaneció delante de nosotros. De hecho, en ese momento recordé que nuestro guía había usado precisamente ese nombre para dirigirse a ella.

Marc tuvo un gesto de complicidad conmigo que me confirmó que él también se había acordado de eso.

—No sabe cómo le agradezco toda la información que me ha dado —le dijo Marc a Antonio, ya más tranquilo y quizá con una renovada esperanza.

—Es lo menos que podía hacer después de cómo se portó tu abuelo con todos nosotros. Porque, antes no te lo he dicho, pero en más de una ocasión se jugó el tipo para darnos más agua

de la que tenía permitida y también nos hizo muchos turnos de trabajo para cubrirnos las espaldas y, siempre, a cambio de nada.

A Marc se le hizo un nudo en la garganta y los ojos se le tornaron vidriosos de nuevo.

—Muchacho, créeme cuando te digo que tu abuelo debió de tener un buen motivo para hacer lo que hizo. Estoy absolutamente convencido de ello... porque un hombre bueno no cambia de la noche a la mañana así porque así —concluyó el anciano, dándole un par de palmadas en el hombro a Marc.

Después se giró y, con paso lento, volvió a la hamaca donde lo habíamos encontrado.

—¿Ponemos rumbo a la hacienda? —le pregunté, decidida, a Marc.

Éste sonrió y asintió. Las últimas palabras de Antonio lo habían animado bastante.

Poco tiempo después habíamos llegado a la casa principal y andábamos buscando a alguien del personal que trabajara allí para poder preguntar por María.

No tardamos en dar con José, el hombre que llamó al médico el día que María perdió el conocimiento.

—Tengo que ir en busca de su hija para preguntarle en qué hospital está ingresada, pues lo desconozco —nos explicó—. Si quieren, espérenme aquí, que ahorita mismo regreso.

Marc y yo se lo agradecimos y nos quedamos allí, aguardando a que volviera. Sin embargo, después de dos minutos, ya estaba aburrida y decidí dar una vuelta por la casa.

—¿A dónde vas? —me planteó Marc.

—A curiosear un poco.

—Abril, no debemos movernos de aquí.

—¿Quién ha dicho eso?

—Yo —me contestó, muy serio. Después cambió el rictus de su cara a una expresión más amable—. No quiero que nadie se enfade si nos pilla donde no debamos estar. No me gustaría que, por culpa de eso, María no quisiera hablar con nosotros.

Por un momento me convenció, pero después no lo pude evitar.

La puerta de la habitación donde se encontraba aquel tocador tan bonito se encontraba justo detrás de mí, así que me giré y, sin hacer caso a la petición de Marc, abrí sus puertas y entré en ella.

—¡Abril, ¿qué parte de lo que te he dicho no has entendido?!

Seguí sin hacerle caso. Me fui directa a sentarme en aquella silla. Después me miré en el espejo y, al igual que me ocurrió la primera vez, no pude evitar coger el precioso cepillo para el pelo que descansaba sobre el tocador y comencé a peinarme con él.

—Joder, Abril, otra vez no. Sal de ahí, por favor —me rogó Marc, desesperado, desde la puerta de entrada.

Suspiré profundamente y, a pesar de que me hubiera encantado quedarme allí sentada, no quise perjudicarlo, así que volví a dejar el cepillo en su sitio. Sin embargo, al hacerlo observé que, en su parte delantera, en el mango, había unas iniciales grabadas: L. M. B.

Pasé mi dedo índice por encima del relieve de éstas. Parecían labradas a mano, pero probablemente por alguien inexperto, porque los trazos no eran, ni mucho menos, perfectos.

Y no lo pude evitar... Me dispuse a sacar una foto de aquel rincón tan encantador y de aquel tocador que tantísimo me había gustado y que, por la razón que fuera, quería inmortalizar para recordarlo siempre..., pero la voz de alguien me asustó y se me cayó el móvil al suelo, con tan mala suerte que éste rebotó y se metió debajo de la mesa. Miré entonces a Marc, que me puso cara de muy pocos amigos. Por lo visto José venía hacia él, recorriendo el largo pasillo.

Me agaché corriendo y lo recogí, y al levantarme vi algo que me llamó mucho la atención y no pude evitar cogerlo. Era un papel que se encontraba pillado entre las juntas de la mesa.

Me lo guardé en el bolsillo trasero de los vaqueros y, en dos zancadas, llegué a la altura de Marc, justo cuando José lo hacía también. Le sonreí, nerviosa, pero éste me miró con un amenazador «ya hablaremos después» dibujado en el rostro.

—He conseguido dar con la hija de María y me ha comentado que a su madre ya le han dado el alta y está en casa. Ella los llevará hasta allí. Los está aguardando en el parking.

Apenas nos despedimos de aquel hombre, iniciamos rápido el camino hasta el lugar donde nos esperaba aquella mujer.

Al llegar donde se encontraba, pudimos observar que parecía una señora muy amable y dispuesta.

—Ya me ha explicado José que les gustaría conocer a mi madre —nos dijo muy sonriente, al tiempo que nos tendía la mano—. También me ha comentado que fueron ustedes los que estaban con ella el otro día cuando se desmayó. Les agradezco mucho su interés y seguro que a ella también le hará mucha ilusión que vayan a saludarla.

Obviamente José no conocía el verdadero motivo de nuestra visita y había dado por hecho que, simplemente, nos habíamos interesado por la anciana después de lo sucedido, y así se lo había transmitido a su hija Mariela, quien, agradecida, había decidido llevarnos hasta ella, por lo que, después de diez minutos en coche, siguiendo una carretera de tierra que atravesaba aquella inmensa plantación de henequén, llegamos a una sencilla vivienda, donde varios niños jugaban en su puerta y que, al vernos llegar, salieron a recibirnos.

—Les presento a mis nietos —nos dijo Mariela, señalándonos a dos de aquellos pequeños—. Éstos son Juan y Abigail. —Ambos se acercaron con timidez a saludarnos—. El resto de chiquillería son vecinos de los alrededores —nos explicó a continuación—. Siempre vienen aquí a jugar con ellos —añadió, encogiéndose de hombros.

Después comenzó a andar hacia la casa y nosotros la seguimos. Notaba la impaciencia de Marc en su cara. También percibía su nerviosismo en la tensión de sus músculos.

—Mamá, te traigo visita —le gritó Mariela una vez hubo cruzado el umbral de la puerta de entrada—. Vengo con una pareja que quiere saber cómo te encuentras.

Fui a decirle a aquella mujer que nosotros no éramos pareja, pero en ese instante entramos en la que deduje que era la estancia principal de aquella vivienda, y María, la anciana que habíamos

conocido dos adías atrás y que estaba sentada en una mecedora, se nos quedó mirando como si hubiera visto un fantasma.

—Mamá, ¿te encuentras bien? Mamá...

Aquella mujer no le contestó, ni siquiera la miró. Tenía su vista clavada en nosotros. Había parado en seco el movimiento de la mecedora y, durante unos interminables segundos, ni siquiera parpadeó. Parecía completamente ida.

Me acerqué corriendo al lado de Mariela para ayudarla a volver en sí a su madre, pero, en el momento en el que llegué a su altura, ésta cambió el gesto.

Marc también se había acercado. Entonces, María pronunció un nombre mirándolo fijamente:

—Bastian.

Marc le devolvió una sonrisa tensa, pero, después de ver cómo la anciana le había comenzado a sonreír y que lo miraba con un extraño cariño, éste se relajó lo suficiente como para poder sentarse en una silla cercana que María le había señalado.

—¿Te puedo coger la mano? —le pidió ella a continuación. Marc dudó un instante, pero después se la alargó—. Eres el vivo retrato de tu abuelo.

Marc sonrió de nuevo, pero esta vez dejando escapar toda la tensión que llevaba acumulada.

Después, María se giró hacia mí y me pidió que hiciera lo mismo. Yo no supe muy bien cómo reaccionar, porque no tenía nada que ver en aquella historia, pero no quise estropear el momento con explicaciones tontas y simplemente le hice caso, sentándome en la silla que me había señalado y depositando mi mano sobre la suya como me había pedido.

—Ella es Abril, una amiga —le explicó brevemente Marc, pero creo que ni lo oyó.

Aquella nonagenaria mujer se alteró.

Parecía mareada. Se había puesto lívida y un sudor frío perló su frente.

—Mamá, mamá...

Mariela se acercó de nuevo a su madre y le cogió la cara para llamar su atención, pero la anciana ya no respondió.

Yo me asusté muchísimo y, tras levantarme de la silla, me alejé unos pasos. Marc también hizo lo mismo.

—No se preocupen —nos dijo entonces Mariela—. Últimamente esto le sucede muy a menudo. Más de lo que me gustaría, la verdad —añadió con resignación.

—Pero ¿se encuentra bien? —intervino Marc, muy preocupado.

—Sí, no se inquieten. Son vahídos que le dan, como el que le dio el día que ustedes estaban visitando la hacienda; sólo que allí no sabían que esto le ocurría a menudo y por eso se asustaron y la llevaron al hospital. El caso es que los médicos allí ya no pueden hacer nada, así que, cuando me llamaron, me la traje para acá.

—Pero ¿por qué le ocurre eso? —le planteé, aún nerviosa.

—Es un problema derivado de su tensión arterial. Según me explicaron, a veces, ante estímulos estresantes, su sistema se colapsa y, como consecuencia, mi madre se marea o incluso

puede llegar a perder el sentido. Con todo, me dijeron que no era peligroso... no, a menos que le ocurra realizando alguna actividad como conducir, ya que podría provocarle un accidente, claro..., aunque a su edad lógicamente ya no lo hace, o también podría ser delicado si se cayera, pues podría romperse algo, por ejemplo, la cadera. En todo caso, el vahído en sí no es preocupante.

—Pero ¿siempre se recupera? —se interesó Marc, que seguía visiblemente afectado.

—Hasta ahora, sí. Me explicaron que sólo debíamos dejarla descansar y que, si era posible, después durmiera todo el rato que necesitara.

Eso sólo significaba una cosa... y era que, a pesar de la reticencia inicial de Marc, al final nos tuvimos que acabar yendo.

Mariela nos acercó hasta el coche que habíamos dejado en el parking de la hacienda y allí nos despedimos de ella, no sin antes darle nuestros teléfonos y rogarle que, en cuanto su madre se recuperara, nos llamara para poder regresar a hablar con ella.

El camino de vuelta fue algo extraño. Ambos íbamos sumidos en nuestros pensamientos y en lo que había ocurrido en las últimas horas.

Sin embargo, interrumpí éstos justo cuando recordé que en el bolsillo trasero de mi pantalón tenía guardado el papel que había cogido de aquel tocador. Lo saqué y, sin decirle nada a Marc y en absoluto silencio, me puse a leerlo.

Era una carta.

26 de abril de 1957

Querida Lupe:

Esta noche será la noche en que tu castigo y el mío acabarán, te lo prometo.

Nos iremos y lo dejaremos todo atrás. Un nuevo comienzo nos está esperando. Uno en el que nuestros sueños se convertirán en realidad.

Cumpliremos con nuestro Tikkún y seremos felices juntos.

Para siempre.

BASTIAN

—Marc —le dije con cierto temor—, no quiero que te enfades conmigo...

Marc apartó un segundo la vista de la calzada y me miró con cierta resignación.

—¿Qué has hecho ahora?

—Verás, es que... —comencé a contarle al tiempo que veía cómo desviaba el coche de la carretera principal y lo paraba en el arcén—... he cogido una cosa en la hacienda.

—¡Que has hecho, ¿qué?! —me preguntó mientras me miraba entre sorprendido y molesto.

—A ver, déjame que te lo explique. Cuando me he agachado a coger el móvil de debajo del tocador, al levantarme, he visto un papel que estaba metido entre dos juntas de la mesa y lo he

cogido. La verdad, en ese momento no he pensado en lo que estaba haciendo —concluí, a modo de excusa.

Pensaba que Marc me soltaría un buen rapapolvo; no obstante, no fue así.

—¿Es ese que tienes en las manos?

Asentí.

—Y lo has leído ya, claro.

Volví a asentir.

—Vale. —Suspiró—. ¿Y yo quiero saber lo que pone en él?

—Pues... creo que sí. Es una carta firmada por tu abuelo.

Marc asintió lentamente mientras miraba hacia la calzada, perdido en el infinito de ésta. Probablemente estuviera dándose tiempo para hacerse a la idea de que iba a leer algo del puño y letra de su abuelo.

—Toma —le dije entonces, ofreciéndosela.

Se volvió hacia mí, cogió la carta no sin cierto nerviosismo, suspiró profundamente y, a continuación, fijó los ojos en ella.

Le dejé todo el tiempo que necesitó. Leer algo así tenía que ser una sensación muy extraña. Probablemente, en esos instantes estuviera viviendo una mezcla entre nostalgia y curiosidad, pero quizá también temor por lo que pudiera encontrar en ella.

Cuando levantó la vista, tenía la mirada vidriosa y enrojecida. Obviamente se había emocionado.

A continuación, sin esperármelo, abrió la puerta del coche y salió de éste.

Se quedó parado, de pie junto a él, con las manos cruzadas detrás de la nuca.

Yo también salí del vehículo y lo rodeé con la intención de acercarme a él.

Sin embargo, un zumbido me distrajo antes de llegar a su lado. Mi móvil había comenzado a sonar. Miré la pantalla y vi que no conocía el número, pero decidí descolgar por si se trataba de algo importante.

—¡Hola, guapa!

Era la voz de Yon.

—Ah, hola —le contesté, totalmente desconcertada.

Recordaba haberle dado mi número el día anterior, durante la excursión al cenote, pero no pensaba que fuera a llamarme.

—Estaba pensando en ti, ¿sabes?

Miré a Marc, que me observaba con curiosidad, probablemente preguntándose con quién estaría hablando. Eso me hizo separarme un poco de él para tener algo más de intimidad. De repente había sentido que debía esconderme de su presencia, aunque no entendiera muy bien por qué.

—Ajá —asentí sin mucho entusiasmo. Realmente no sabía muy bien qué decir ante su declaración.

—No sé... —continuó Yon—, he pensado que a lo mejor podríamos ir a darnos un baño a la playa o hacer algo juntos. ¿Qué te parece, preciosa?

—Pues... —dudé unos instantes mientras levantaba la vista y confirmaba que Marc seguía observándome atentamente—... es que no estoy en el hotel. Hemos salido y, aunque ya estamos de regreso, aún nos queda un buen rato para llegar.

—No te preocupes, ocuparé mi tiempo mientras tanto. Eso sí, cuando lo hagas, dame un toque a este número y te recogeré en tu habitación, ¿de acuerdo?

—Vale —acepté sin pensar... porque en realidad estaba hecha un lío.

Por un lado, me apetecía hacer algo con Yon y seguir conociéndolo, pero, por otro, entendía los malos momentos que estaba atravesando Marc y me sabía mal dejarlo colgado. No obstante, yo con él tampoco tenía ningún compromiso. Podía hacer lo que me diera la gana, sin tener que darle ningún tipo de explicaciones, y él, en realidad, tampoco me las pedía. Pero entonces... ¿por qué me sentía mal cuando me iba con Yon? ¿Por qué sentía que, en cierto modo, lo estaba engañando?

Me quedé mirando a Marc. Él también me observaba fijamente, lo que me provocó un extraño escalofrío.

—Debemos volver ya, ¿no?

En realidad, no se trataba de una pregunta. Aún no me había dado tiempo a contestarle cuando ya se había subido al coche y había dado un portazo.

Suspiré. Estaba claro que a Marc no le hacía mucha gracia que quedara con Yon.

Monté en el vehículo y, sin pensar, mi pregunta salió disparada sin que pudiera evitarlo.

—¿Por qué no te gusta que quede con Yon? No lo entiendo.

Marc arrancó el coche con cierta brusquedad. No me miró.

Yo a él sí, y parecía contrariado.

Marc

No entendía por qué me cabreaba tanto que Abril quedara con el impresentable aquel, lo que me llevaba a no saber qué demonios contestarle. Porque lo que sentía era completamente ridículo, así que le mentí.

—Me da igual con quién quedes y lo que hagas, Abril. No es asunto mío —le respondí, intentando mostrarme indiferente.

—Pues no es eso lo que parece —me reprochó ella.

Obviamente no había sabido disimular mi contrariedad y Abril me lo había notado, así que debía inventar algo con más coherencia.

—Me preocupa que ese tal Yon sólo busque una cosa de ti —le dije, intentando disimular mi cabreo, que cada vez iba más en aumento, lo que no jugaba para nada a mi favor.

—¿Y qué si sólo busca una cosa de mí? Esto ya lo hemos hablado, Marc —me soltó, bastante ofuscada—. ¿Te has parado a pensar que quizá yo también quiera sólo eso de él?

La miré, atónito. Ya me había contestado algo similar la otra noche cuando habíamos tenido una conversación parecida, pero no dejaba de sorprenderme que fuera eso lo único que buscara en un tío.

—¿Así que sólo buscas echar un polvo? —pedí que me confirmara.

Abril permaneció en silencio unos segundos, pero después quiso ser totalmente honesta conmigo.

—Pues mira, sí. Busco eso, y divertirme todo lo que pueda. Me he perdido demasiadas cosas, así que a partir de ahora voy a aprovechar el tiempo. —No quise replicarle nada. No era asunto mío lo que hiciera con su vida—. ¿Algo que objetar? —me preguntó a continuación, con bastante seguridad en su voz, mientras se cruzaba de brazos.

Supongo que me había pasado. Definitivamente me había extralimitado con mi pregunta. Pero ¿qué demonios me estaba pasando?

—No, ninguna objeción —le contesté, tajante—. No es asunto mío lo que tú decidas hacer con tu vida y no soy quién para meterme en ella.

—¿Entonces? —me preguntó, sin dejar de observarme con esa mirada acerada.

«Entonces, ¿qué, Marc? —me planteé a mí mismo—. Entonces, ¿por qué demonios has reaccionado de esa manera?»

¿Qué cojones le decía cuando ni siquiera yo mismo sabía por qué me había mostrado así?

Dudé unos instantes y luego contesté.

—Yo... —Quise ser completamente sincero con ella y, de paso, conmigo mismo también—. Supongo que me gusta pasar el tiempo contigo. —A juzgar por su cara, mi respuesta la había sorprendido bastante. Sin embargo, permaneció en silencio, sin dejar de mirarme—. Pero obviamente puedes hacer lo que te dé la gana con quien quieras y cuando quieras —terminé por decirle.

Hasta yo mismo me sorprendí de mi declaración. No obstante, aquello era cierto. Abril cada día llenaba más mi vida y quizá por eso me molestaba tanto que quisiera quedar con otro.

Sin embargo, no tenía sentido. Apenas conocía de nada a aquella mujer, y nuestras vidas, una vez se acabaran aquellas vacaciones, tomarían rumbos totalmente diferentes. Y, por si todo eso fuera poco, cada uno cargábamos con un pasado que nos impedía, al menos por el momento, rehacer nuestra vida amorosa. Así que lo más sensato era que pasáramos nuestras vacaciones el uno al margen del otro. No quería implicarme más de lo necesario con ella, y no quería que nuestros lazos se estrecharan más de la cuenta. Todo eso sería una terrible equivocación con consecuencias probablemente bastante desastrosas, para las que ninguno de los dos estábamos preparados.

Nuestra conversación se quedó ahí y ya no hablamos más en todo el camino. No sé lo que estuvo pensando Abril, pero yo acababa de decidir qué iba a hacer a partir de entonces con las vacaciones. Efectivamente, iba a aprovecharlas. Como me había centrado demasiado en lo de mi abuelo y en Abril, no había disfrutado todavía de hacer ninguna actividad ni de conocer gente..., así que eso sería lo primero que haría, por lo que, en cuanto llegamos al hotel, decidí llamar al agente del turoperador para que me dijera qué excursiones había disponibles para el día siguiente.

Una salida en catamarán a Islas Mujeres sería la actividad que realizaría.

Mientras tanto, esa noche también pensaba salir a tomar algo y ver si podía conocer a algún grupo con el que pasar el tiempo allí.

Me duché después de que Abril dejara el baño libre. Cuando salí, ella ya se había ido con Yon, que había pasado a buscarla. Por mi parte, me vestí y, a continuación, me fui a cenar. Lo hice solo. Por allí no había más que parejas y no encontré ningún grupo al que acercarme para poder charlar un rato.

No obstante, cuando llegué a la palapa donde la primera noche Abril y yo habíamos estado charlando y bailando bachata, conocí a un grupito de gente con muchas ganas de fiesta y no dudé en unirme a ellos, a pesar de que eran más jóvenes que yo.

—Hola, soy Andrea, ¿no sé si te acuerdas de mí? —me preguntó, alzando la voz, una chica rubia bastante atractiva, una vez que me hube sentado con ellos.

Me quedé pensando unos segundos porque no la ubicaba, pero después caí en la cuenta de quién era.

—Ah, sí, claro. Te conocí la otra noche aquí, ¿no?

Recordé entonces que ella se me había presentado la primera noche cuando me había

acercado a la barra a pedir las bebidas para Abril y para mí. Sin embargo, me había costado reconocerla porque estaba diferente. Se había maquillado y llevaba el pelo suelto y rizado.

Ella asintió con la cabeza y sonrió.

Enseguida vi cómo se levantaba del sitio en el que estaba sentada y se acomodaba en una silla al lado de la mía que acababa de quedar vacía.

—La otra noche me dijiste que no podías venir con nosotros porque no querías dejar sola a tu acompañante, pero, por lo que veo, hoy no estás con ella, ¿no?

—Sí, hoy he venido solo —le confirmé.

Aquella joven sonrió, mostrando la satisfacción que mi respuesta le había causado.

—Y... ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro. Otra cosa es que yo quiera contestártela —le respondí, previendo que su curiosidad pudiera ser algo indiscreta, a juzgar por el tono de voz que había empleado.

—¿Tienes algo con esa mujer mayor con la que estabas?

Vaya, no me esperaba para nada una pregunta así.

—Esa *mujer mayor* —le recalqué las palabras que ella misma había usado para referirse a Abril— tiene más o menos la misma edad que yo... incluso es posible que ella sea algo más joven —maticé, claramente a la defensiva.

Andrea se me quedó mirando fijamente unos segundos mientras se mordía el labio inferior.

—No me has contestado aún a la pregunta que te he hecho —me recordó.

Sonreí por su interés.

—No tengo nada con ella. Es sólo una amiga —le aclaré, no sin sentirme algo extraño con aquella afirmación, aunque fuera fiel a la realidad.

—Genial, pues... ¿qué te parece si vamos a bailar para celebrarlo? —dejó caer, juguetona, mientras se levantaba y me ofrecía su mano.

—Bueno..., no sé si los achaques de mi edad me permitirán seguirte el ritmo en la pista —conteste con ironía antes de cogerla de la mano y ser yo quien la arrastrara hasta el centro de aquella palapa.

Iba a demostrarle que tener treinta y cuatro años no era ser viejo, ni mucho menos, y que podía, perfectamente, aguantar su ritmo.

Y lo hice. De hecho, el aire le empezó a faltar a ella antes que a mí y eso que se notaba que bailaba salsa de manera habitual. Lo supe también porque sus movimientos no eran los de una principiante, sino que estaban trabajados y pulidos, probablemente, en una escuela de baile.

Y llegó un momento en el que nos convertimos en el centro de las miradas de los allí presentes e incluso nos hicieron un corro alrededor, jaleándonos para que bailáramos, entonces, una sugerente canción.

Andrea me miró con una pícara sonrisa y yo no me pude resistir a bailar lo que más me había gustado siempre: la bachata.

Comenzó la melodía y, aunque empezamos a bailar a cierta distancia, enseguida atraje a

Andrea hacia mí y la pegué a mi cuerpo. Nuestras piernas se entrelazaron y empezamos a mecernos acompasados, como si lleváramos toda la vida haciéndolo... y es que parecíamos hechos el uno para el otro en el baile. Andrea entendía a la perfección mis gestos y seguía mis movimientos con absoluta naturalidad. Movimientos que cada vez se estaban volviendo más sensuales por parte de ambos, y es que la bachata podía llegar a ser de todo menos inocente. Y Andrea aprovechó eso para mostrarme todo lo que podía ofrecerme. Frente con frente y con escasos centímetros entre nuestros cuerpos, se mecía entre mis piernas de una manera vehemente, apasionada, y me dejé llevar por el espectáculo sensual que estábamos ofreciendo y quise llevarlo un poco más allá. Quise probar hasta qué punto Andrea podía seguirme y, en un momento dado, la levanté por encima de mi cuerpo y la dejé caer resbalando sobre mí hasta que, segundos antes de llegar al suelo, nuestras bocas quedaron a escasos milímetros. Pero continué dirigiendo el baile y la incliné hacia atrás, arqueándola, mientras mi boca recorría de cerca todo su cuerpo, desde su cuello hasta el *piercing* que llevaba en el ombligo. Después la levanté y la giré para dejarla de espaldas, pero completamente pegada a mí de nuevo, mientras le levantaba el brazo derecho y mis dedos bajaban por él, recorriendo sensualmente el lateral, no sólo de éste, sino también del resto de su cuerpo hasta la cadera, poniendo con ese gesto punto final a nuestro baile en el mismo momento en el que acababa la canción.

Alcé la cabeza entonces y pude observar, complacido, la cantidad de gente que teníamos alrededor, aplaudiéndonos.

Y, para mi completa sorpresa, entre esa gente se encontraban Yon y Abril, quienes, lejos de estar aplaudiendo, nos miraban estupefactos.

La música continuó, pero, a pesar de la insistencia de los presentes porque bailáramos de nuevo, tanto Andrea como yo decidimos que ya era suficiente por el momento y nos fuimos a sentar donde se hallaba el resto del grupo.

Tras nosotros llegaron Yon y Abril. Y es que resulta que el grupo al que me había unido era el de los alumnos de éste. Por esa razón eran todos tan jóvenes.

Abril me miró de un modo extraño que no supe identificar y después me sonrió, nerviosa.

—Uff... ¡Vaya manera de bailar! Así que sólo habías dado alguna clase, ¿no? —me reprochó, haciendo alusión a lo que le había dicho la primera noche, cuando ella y yo habíamos bailado.

Le sonreí.

—Alguna he dado, sí.

—¡Ya! Y tu amiga —me comenzó a decir, haciendo un movimiento de cabeza hacia Andrea, que había ido a acompañar a la barra a una compañera— parece que también sabe bastante.

—Bueno, ya has visto cómo se mueve. Además, es muy fácil manejarla. Se deja llevar muy bien, lo que ayuda a que el baile sea mucho más fluido.

—Y sensual —apuntó Abril con cierto deje en la voz que no supe interpretar.

—En realidad acabo de conocerla, pero creo que la sensualidad le corre por las venas, así que no es de extrañar que sepa sacarle partido a eso en el baile.

—Claro —respondió, lacónica.

—Por cierto, ¿qué tal con Yon? —indagué, aprovechando que éste, siguiendo a Andrea y a su amiga, también se había ido a pedir a la barra.

—Pues muy bien. Me ha llevado a cenar al japonés y hemos charlado de muchas cosas interesantes.

Asentí sin más.

De repente tuve la sensación de que las cosas entre nosotros ya no estaban fluyendo de la misma manera y quise averiguar por qué.

—¿Está todo bien, Abril?

Dudó unos instantes.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

Me encogí de hombros. En realidad, sólo había sido una volátil sensación, así que quizá no debía prestarle demasiada atención.

—Por nada, no me hagas caso.

Su mirada se desvió entonces hacia la barra, en la que Yon y Andrea hablaban de una manera un tanto acalorada. Ambos nos quedamos observando la que parecía una pequeña pelea.

Cuando éstos volvieron, parecían contrariados. Era muy evidente que la charla que habían mantenido no había sido muy amigable.

—¿Podemos irnos de aquí? —me preguntó entonces Andrea.

Carraspeé.

—Sí, claro.

No tardamos ni un minuto en coger nuestras copas, despedirnos de la gente y poner rumbo hacia las hamacas de la playa.

Andrea me había pedido que fuéramos allí, y yo, intrigado por saber qué había ocurrido entre ella y Yon, había accedido. Pensaba preguntarle en cuanto tuviera oportunidad.

No obstante, las intenciones de Andrea no eran precisamente hablar.

En cuanto me senté en una de las hamacas, se me aproximó y me besó.

Tardé algo en reaccionar, porque me había pillado desprevenido y porque, para qué negarlo, era agradable besarla.

Pero me separé de ella en cuanto pude. A pesar de que no tenía que darle explicaciones a nadie y de que tener sexo sin ataduras era una opción que entraba dentro de mis planes, esa noche no me apetecía.

Y es que todo había sido muy rápido para mí. Era cierto que Andrea y yo habíamos conectado muy bien bailando, pero, más allá de eso, no la conocía de nada, y ese detalle, para mí, era motivo suficiente como para no querer, de momento, practicar sexo con ella. No es que yo necesitara tener una relación estable para acostarme con alguien, pero sí que necesitaba, al menos, conocer a la persona de algo más que de un simple baile.

—Andrea, lo siento...

—Sí, ya lo sé —me cortó, tajante—. Te gusta la pava esa —me soltó con resignación mientras se sentaba en una hamaca contigua a la mía.

La miré sin comprender.

—No sé a quién te refieres.

—A la que está con Yon, joder. —Aquello me dejó muy pillado. ¿De dónde se había sacado ella esa conclusión?—. Sólo hace falta ver cómo te la comes con los ojos —me explicó a continuación, como si me hubiera leído la pregunta en la cara—. ¡Si es que soy gilipollas y siempre me busco imposibles, coño! —refunfuñó con resentimiento.

—¿Como con Yon? —le pregunté, aprovechando la coyuntura y también para desviar el tema de Abril, ya que era algo de lo que no me apetecía hablar y mucho menos con ella. Me miró sorprendida—. Os he visto hablar en la barra —le aclaré a continuación—. Bueno, más que hablar, parecía que os estuvierais peleando.

Andrea soltó una carcajada sardónica.

—En realidad era él quien se estaba peleando conmigo. Ese imbécil me tiene aburrida.

Andrea dejó de hablar y mi curiosidad, insatisfecha, me obligó a pedirle que me explicara mejor aquello.

—Yo le gusto, ¿vale? —me comenzó a contar, contrariada—. Resulta que el muy idiota se ha ido a fijar en la única alumna que no suspira por él. Pero, claro, eso no ha sido más que un enorme aliciente para su ego insatisfecho, por lo que ha decidido ir con más ahínco tras de mí, a pesar de todas las negativas que le he dado. Y en este viaje ya ha sido el colmo. Supongo que pensó que el ambiente, la fiesta, el alcohol y toda la desinhibición que trae consigo eso me llevaría a acostarme con él finalmente, pero eso no ha ocurrido y está desatinado. Claro que ahora, desde que se le ha cruzado la tía esa, me ha dejado un poco tranquila... pero supongo que esta noche, el hecho de vernos bailar a ti y a mí, ha propiciado que se le removieran los celos y me la ha vuelto a liar. ¡Como si yo fuera suya, joder! No sé cuándo va a entender que puedo hacer con mi vida lo que me dé la real gana.

Andrea estaba verdaderamente molesta.

—Pero ¿tú le has explicado de manera explícita que no quieres nada con él? —quise saber, aunque la respuesta pareciera obvia.

—Bueno..., no del todo. —Me quedé mirándola, evidentemente esperando a que me aclarara eso mejor—. A ver, es que, si no encuentro aquí nada mejor, no me voy a quedar a dos velas. Digamos que lo dejo en la reserva, como segundo plato, por si no coincido con alguien que me guste más.

Aquello me había dejado completamente alucinado. Jamás en la vida me hubiera imaginado que alguien pudiera pensar de esa manera y, mucho menos, confesarlo tan abiertamente.

—Eso no está muy bien por tu parte —le hice saber, porque era lo que verdaderamente pensaba.

Andrea, simplemente, se encogió de hombros.

—Lo sé, pero es lo que hay. Si al final me acuesto con Yon, en realidad él también gana, así que los dos salimos favorecidos. Y si no lo hago —chasqueó la lengua—, la vida es dura..., que aprenda a gestionar sus frustraciones, que le va a venir muy bien.

La naturalidad con la que me explicó todo me hizo reír. Qué manera tan sencilla de ver las cosas. Sin embargo, quise plantearle el dilema moral que no parecía haber tenido en cuenta.

—¿Y qué pasa si se ha enamorado de ti y finalmente te acuestas con él? Le vas a hacer mucho daño si después no tenéis una relación.

—¿A quién? ¿A Yon? —preguntó, completamente escéptica—. A ese tío, lo de «a rey muerto, rey puesto» le va al pelo. Primero, no creo que se haya enamorado de mí; como mucho se habrá encaprichado, precisamente porque no he caído, como todas, rendida en sus brazos y evidentemente eso le plantea un reto que conseguir. Y, segundo, en cuanto lo deje, se buscará otro objetivo. Es un depredador nato, créeme, y no va a estar perdiendo el tiempo.

Aquello no me gustó nada. Pensar que aquel tipo iba detrás de Abril, en los términos en los que me acababa de explicar Andrea, no me hizo ninguna gracia y mi humor cambió considerablemente.

—Oye, estoy algo cansado y, además, mañana tengo que madrugar para ir a una excursión, así que, si no te importa, me voy a ir ya a dormir.

—Vale —contestó con resignación—. Pero ¿puedo pedirte algo antes de que te vayas?

—Claro —le respondí, solícito, aunque también con cierta desconfianza en lo que me pudiera requerir.

—¿Me acompañas hasta mi habitación?

—Bueno, eso no hace falta que me lo pidas. Ya pensaba hacerlo.

—Ainss, pero qué mono eres —me soltó al tiempo que tiraba de mi barba de tres días para que me agachara y poder así darme un beso en la mejilla.

No obstante, su petición, a priori sin ninguna intención oculta, se convirtió en una estudiada trampa que me costó bastante salvar.

Cuando llegamos a la puerta, me explicó, inocentemente, que se había acordado de que su maleta se había quedado atascada y que no había podido abrirla. Por lo visto necesitaba la fuerza de un hombre para poder solucionar el problema, así que, ignorante de lo que ella buscaba con aquello, me ofrecí a echarle una mano.

Una vez dentro de la suite, todo se precipitó.

La maleta sí estaba atascada, pero en realidad no me costó mucho abrirla. El problema vino a continuación, cuando me giré para decirle que ya lo había solucionado y que me iba, y me la encontré vestida únicamente con una ropa interior más que sugerente, que hizo que mi cuerpo reaccionara sin mi permiso.

Ella, obviamente, se fijó en mi erección y la usó en su favor.

—Ya sabía yo que esto no me fallaría —me indicó, juguetona, acercándose a mí con una mirada libidinosa.

Sin embargo, cuando llegó a mi altura y pretendió besarme, le agarré las manos, que iban directas a mi entrepierna, y la intenté apartar.

—Oye, Andrea..., será mejor que me vaya.

—¿Estás seguro? —me preguntó, pasándose la lengua por los labios de una forma totalmente lasciva, al tiempo que buscaba mi boca.

Pero me aparté lo suficiente de ella como para que ya no pudiera impedirme mi marcha con ninguna otra excusa.

—Ya nos veremos —me despedí al tiempo que salía de allí y se cerraba la puerta tras de mí.

Abril

La noche prometía. Yon había venido a buscarme con la mejor de sus sonrisas y yo estaba dispuesta a aprovechar el tiempo y divertirme como nunca lo había hecho antes. Sentía que necesitaba hacerlo y que aquél era el lugar idóneo para ello.

Primero fuimos a cenar a uno de los restaurantes del complejo; en concreto, al japonés. De entrada, la idea no me entusiasmó. Ya había probado en otras ocasiones ese tipo de comida y no me acababa de convencer. Sin embargo, agradecí el interés que había puesto Yon en reservar en aquel sitio. Así que, dispuesta a disfrutar de la cena en su compañía, decidí olvidarme del menú y centrarme en la conversación con él.

—Cuéntame a qué te dedicas en realidad —le pedí—. Me refiero a que no sé de qué asignatura eres profesor.

Él sonrió.

—Doy ideación gráfica —concretó, orgulloso.

Le hice un gesto para que me aclarara qué significaba eso, ya que no conocía esa asignatura y no sabía a qué carrera podía pertenecer.

—Soy arquitecto, y la asignatura que imparto trata de enseñar a los alumnos a adquirir el dominio de los recursos gráficos y conceptuales necesarios para que sean capaces de desarrollar y expresar un proyecto arquitectónico.

—En cristiano, por favor —le pedí a continuación.

Yon volvió a sonreír, ufano.

—Les enseño a plasmar en papel, ordenador o cualquier otra herramienta el diseño de un edificio.

Me pareció muy interesante y así se lo hice saber. Eso llevó a Yon a tirarse toda la cena hablando de su profesión, de lo que suponía para él, de lo orgulloso que se sentía por haber conseguido un puesto como profesor en la universidad a pesar de ser tan joven, y, sobre todo, también me habló del proyecto en el que estaba trabajando en ese momento, ya que, además, pertenecía a un despacho de arquitectura al que le habían hecho un importante encargo.

Yo, simplemente, fui asintiendo de vez en cuando, porque, si bien en un principio me había interesado realmente conocer a qué se dedicaba, después de casi dos horas hablando todo el rato de lo mismo, había conseguido aburrirme bastante.

Así que, cuando me propuso ir a la palapa a tomar una copa, accedí de buena gana. Necesitaba cambiar de ambiente, tomarme algo y, por supuesto, que la conversación se volviera

más amena... pero, antes de llegar a nuestro destino, Yon me agarró de la mano y tiró de mí hasta arrastrarme a un rincón oscuro que había en la parte trasera del edificio donde estaba situado el *spa*. Entonces me empotró contra la pared y comenzó a besarme el cuello.

—¡Joder, qué ganas te tengo! —me dijo con voz ronca mientras dirigía su boca a la mía y me engullía con ella.

Después, desvió su atención hacia mis pechos. Ya me tenía aprisionada con su cuerpo, así que usó sus manos para tocármelos sin reparo. Al principio fue por encima de la tela de mi vestido, pero después quiso sentir la carne bajo sus dedos y buscó la manera de hacerlo. Se coló por debajo de la tela que lo separaba de su objetivo y acabó desabrochándome el sujetador. Ya tenía vía libre.

Sin embargo, un ruido nos asustó. Alguien se acercaba a nosotros y tuvimos que irnos de allí.

El asalto había finalizado y tendría que ser pospuesto, por lo que tomamos rumbo de nuevo a la palapa, momento que aproveché para acomodarme el pelo y, sobre todo, la ropa.

Cuanto llegamos a ésta, vimos un corro de gente alrededor de una pareja que bailaba bachata y Yon tiró de mi mano para acercarnos a mirar. En cuanto lo hicimos, a éste se le transformó la cara y, a mí, supongo que también.

Marc estaba en el centro de la pista, bailando de una manera absolutamente sensual con la chica que, noches atrás, se le había acercado en la barra.

Probablemente, si me hubieran pinchado en ese instante, no me hubiesen sacado sangre. Ver aquel derroche de elegante erotismo, expresado de esa manera tan vehemente a través de aquel carnal baile, me dejó perpleja. No había intuido que Marc pudiera ser tan pasional, tan ardiente..., y eso me provocó sensaciones encontradas.

Admiración, envidia y deseo. Esas tres palabras podrían describir perfectamente las emociones que recorrieron mi cuerpo de extremo a extremo.

Admiración, por la fluidez y elegancia de los movimientos, y, sobre todo, por la compenetración que había en aquella pareja, que sabía adelantarse a los movimientos del contrario, reaccionando con perfecta armonía. Parecían hechos el uno para el otro por cómo sus cuerpos se mecían al unísono mientras la música los acariciaba de forma excitante.

Envidia de aquella mujer, que era movida magistralmente por aquellas expertas manos en un baile palpitante que hizo que mi respiración se acelerara al tiempo que mi corazón parecía latir errático.

Y deseo. Un deseo ardiente de ser seducida y amada por alguien con esa pasión y esa vehemencia.

Me mordí el labio inferior sin ser consciente de que lo estaba haciendo. Y es que necesitaba alguna manera de expresar mi desazón en ese momento. Porque eso era lo que me había producido ver aquel baile hipnótico de Marc. Apetito. Turbación. Deseo.

Y por lo visto no había sido la única que se había sentido alterada por la situación. A mi acompañante también le había perturbado el dichoso baile, a juzgar por cómo tiró de mí con

rabia cuando éste acabó.

Me hizo dirigirnos hacia la misma mesa donde Marc y aquella chica se habían sentado, junto a los que reconocí a algunos de los alumnos de Yon.

Después, sencillamente, me dejó allí sola y corrió a la barra tras aquella dichosa tía.

—Uff... ¡Vaya manera de bailar! —le dije a Marc, aún con el aliento contenido y el latir del corazón alterado—. Así que sólo habías dado alguna clase, ¿no? —le reproché, ya que la primera noche me había dado a entender que no era ningún experto.

Me sonrió.

—Alguna he dado, sí.

—¡Ya! Y tu amiga —le comencé a decir, haciendo un gesto con la cabeza para señalar a Andrea, que se encontraba en la barra, pidiendo— parece que también sabe bastante.

—Bueno, ya has visto cómo se mueve —me soltó de una manera, a todas luces, provocativa —. Además, es muy fácil manejarla. Se deja llevar muy bien, lo que ayuda a que el baile sea mucho más fluido —me terminó de decir.

—Y sensual —le apunté con cierta irritación, que traté rápidamente de disimular.

—En realidad acabo de conocerla, pero creo que la sensualidad le corre por las venas, así que no es de extrañar que sepa sacarle partido a eso en el baile.

—Claro —le contesté, incomprensiblemente contrariada.

¿Por qué demonios me había empezado a sentir así?

—Por cierto, ¿qué tal con Yon? —me preguntó entonces Marc, aprovechando que éste seguía en la barra.

—Pues muy bien. Me ha llevado a cenar al japonés y hemos charlado de muchas cosas interesantes —le afirmé, sabiendo que le estaba mintiendo como una bellaca. Por desgracia, hasta ese momento la noche había sido bastante aburrida.

—¿Está todo bien, Abril? —me preguntó entonces, para mi desconcierto.

Dudé unos instantes.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

Marc se encogió de hombros.

—Por nada, no me hagas caso —me contestó a continuación, restándole importancia a la pregunta que me había formulado.

En ese momento, su mirada se desvió, al igual que la mía, hacia la barra. En ella, Yon y Andrea hablaban de una manera que me pareció un tanto efusiva. Ambos nos quedamos observando con curiosidad la situación.

Cuando éstos volvieron, parecían contrariados. Probablemente hubieran tenido algún tipo de encontronazo entre ellos, lo que despertó mucho mi curiosidad.

—¿Podemos irnos de aquí? —le preguntó entonces ella a Marc en voz alta. Parecía bastante cabreada.

—Sí, claro —le contestó él, al tiempo que se ponía en pie.

Después se despidieron de todos y se dirigieron hacia la playa, donde se perdieron entre la vegetación de ésta y la negrura de la noche.

No fui yo sola la que los siguió con la mirada. Yon también lo había hecho, así que mi curiosidad aumentó más todavía y no pude evitar preguntarle.

—¿Me contarás qué pasa entre esa chica que se ha ido con Marc y tú?

Yon se giró hacia mí con una cierta expresión de sorpresa en el rostro.

—Nada. No sé a qué te refieres —me mintió, y lo hizo descaradamente, porque estaba claro, a juzgar por cómo había empezado a removerse inquieto en su silla, que allí ocurría algo que no quería contarme.

—¿Cómo se llama esa chica? —le pregunté a continuación, haciendo un gesto hacia el lugar por donde habían desaparecido unos momentos antes Marc y ella.

—Andrea —pronunció con desdén.

—¿Y es alumna tuya?

Yon, simplemente, asintió.

De nuevo parecía contrariado.

—Tú y ella habéis tenido algo, ¿verdad?

Levantó la cabeza y me miró fijamente. Después pasaron unos segundos hasta que se decidió a contestarme.

—Entre ella y yo no ha habido nada —me aclaró, tajante. A continuación, suavizó el tono y me propuso algo que me descolocó completamente—. ¿Quieres bailar?

Tardé unos segundos en responderle.

—Sí, ¿por qué no? —decidí finalmente.

En realidad, me había propuesto divertirme y debía darme igual todo lo demás.

Si entre Yon y Andrea había habido algo, no era asunto mío. Yo sólo quería bailar, distraerme y vivir una segunda juventud. Me había planteado aprovechar el tiempo al máximo, así que, sin pensar en nada más, acepté su mano y lo acompañé hasta la pista.

No obstante, no duramos ni un baile. Ni él ni yo sabíamos manejarnos con aquella música y, aunque la primera noche con Marc, cuando él me sacó a la pista, me pareció bastante sencillo, esa noche no me lo estaba pareciendo en absoluto. Parecíamos dos patos mareados sin ninguna coordinación, y decidimos, tras tres pisotones de Yon, dejarlo por imposible y volver a sentarnos.

Pero eso tampoco me entretuvo, ya que mi acompañante se había quedado muy callado y toda la verborrea que había mostrado a lo largo de la noche había desaparecido por completo.

Le pedí entonces que me acompañara hasta la habitación. Lo hizo sin ponerme ningún reparo y, a la hora de despedirnos, me dio un casto beso en la mejilla que me dejó bastante decepcionada.

Había puesto muchas expectativas en aquella velada que, indudablemente, no había salido como esperaba.

Eso me llevó a meterme en la cama con un gran sentimiento de desilusión, porque no había

pensado precisamente que iba a pasar la noche sola. Creía que, por fin, tendría eso que buscaba: acostarme con un tío prácticamente desconocido. Y es que necesitaba hacer una locura así, aunque sólo fuera por una vez en la vida. Porque quería saber qué era eso de tener sexo sin amor. Bueno, en general quería saber qué era eso de tener sexo, porque mi experiencia con Fede había sido tan decepcionante que necesitaba desquitarme. Además, no podía volver a España sin una historia que contar, porque no quería escuchar las risas al respecto de Vero, y sobre todo de mi hermana, que tanto me había insistido en que dejara atrás mi encorsetada vida, aunque sólo fuera por unos días, y experimentara todo aquello que la gente normal había vivido en su juventud. Y no es que tuviera que hacerlo porque ellas me lo hubieran sugerido, es que tenía que hacerlo porque sabía que había desperdiciado muchos años de mi vida, perdiéndome un sinfín de cosas, y no quería que llegase el día en que mirara atrás y me arrepintiera, precisamente, de las cosas que había dejado por hacer.

Pero Yon se había largado y, con él, la oportunidad de darme el homenaje que creía que me merecía.

Por otra parte, Marc no había vuelto aún... ni lo haría probablemente en toda la noche. Ese pensamiento hizo que sintiera un pellizco en el estómago y entonces me pregunté a cuento de qué venía eso. Ese pellizco debería haberlo sentido al pensar en Yon, no en Marc.

Y eso me cabreó. No entendía por qué mi cuerpo reaccionaba de una manera tan contraria a mi mente.

Quise entonces apagar la pequeña luz de mi lado de la cama, que aún permanecía encendida, y dormirme, pero no pude. El interruptor se había atascado y no hubo manera de apagarla.

Cerré los ojos con impotencia. Intentaría quedarme dormida, aunque fuera con esa luz encendida. En realidad, tampoco era muy potente.

Sin embargo, un ruido me puso en alerta. Acababa de oír la puerta de la habitación cerrarse. Eso significaba que Marc había vuelto. Aunque, claro, a lo mejor sólo lo había hecho para coger alguna cosa y marcharse de nuevo con aquella chica.

No lo podía culpar por ello. Era guapa, sexy y estaba claro que bailando funcionaban muy bien juntos. Si en la cama lo hacían igual, la ecuación ya estaría resuelta.

Me removí, desatinada. De repente, la desazón había invadido de nuevo mi cuerpo.

—Perdona, ¿te he despertado? —me preguntó entonces Marc.

—No, no te preocupes. Acababa de acostarme. Supongo que te marchas, ¿no? —le pregunté a continuación sin pensar.

—Pues... no. ¿Por qué iba a hacerlo?

Carraspeé.

—Ah. No... no lo sé. Perdona, he pensado que quizá habías venido a coger algo y que te ibas a ir de nuevo.

Me incorporé en la cama y me encontré con un Marc a medio desnudarse. Tenía el torso descubierto, el vaquero desabrochado y el pantalón del pijama en la mano.

—Será mejor que termine de cambiarme en el baño —me dijo a continuación.

Tragué con dificultad. La poca luz que había en la habitación creaba sombras caprichosas que esculpían el cuerpo de Marc, haciendo resaltar más aún la dureza de sus músculos y la tensión de éstos..., así que no pude dejar de seguirlo con la mirada hasta que desapareció tras la puerta del baño.

Volvía a sentir mi corazón latir aceleradamente.

Intenté calmarme. Me recosté de nuevo, me giré hacia el centro de la cama, quedándome de lado, y cerré los ojos. Con un poco de suerte, me dormiría enseguida.

Al poco rato, sin embargo, sentí hundirse el colchón. El calor que emanaba del cuerpo de Marc me llegó, rodeándome con insolencia.

Abrí los ojos. Lo tenía frente a mí y me miraba con intensidad.

Me quedé sin aliento, porque entonces mi cabeza comenzó a recordar, caprichosa, la sensualidad con la que él había bailado esa noche..., los movimientos delicados, pero al mismo tiempo impetuosos y pasionales, con los que había dirigido a esa chica y cómo, de manera totalmente demencial, la había hecho suya.

Tuve que contenerme para que no escapara el intenso suspiro que nació de mi garganta.

—¿Quieres decirme algo? —me preguntó entonces, con un suave susurro, al tiempo que apartaba un mechón de cabello de mi mejilla.

Negué con la cabeza, porque la sequedad de la garganta me impidió hablar. El mero roce de su dedo en mi piel me hizo estremecer.

De repente me di cuenta de que había comenzado a mirar a Marc con unos ojos muy diferentes.

No sabía muy bien por qué, pero así era.

—Será mejor que nos durmamos, entonces —me propuso.

Asentí, me giré y me posicioné boca arriba. Cerré los ojos y recé porque mi corazón volviera a latir con normalidad.

—Abril...

—Sí, dime... —contesté al tiempo que abría los ojos.

Marc se había recostado en la cama sobre su codo y me miraba fijamente.

—¿No piensas apagar la luz? —me preguntó entonces, divertido.

—Sí, claro —le dije al tiempo que me giraba hacia la lamparita—. Ah, no. No se puede —le expliqué cuando me acordé de que estaba rota—. Antes lo he intentado, pero el interruptor se ha atascado.

—A ver, déjame que pruebe yo —se ofreció al tiempo que se elevaba un poco, pasaba su cuerpo por encima del mío y alargaba su brazo hasta llegar al interruptor.

Mi corazón acabó por desbocarse completamente. Tenía su pecho a escasos centímetros del mío, lo que me permitió aspirar el aroma de su piel. El perfume que llevaba me embriagó y cerré los ojos para inhalarlo profundamente.

Cuando los abrí, estábamos prácticamente a oscuras. Tan sólo la luz de un farol exterior iluminaba la habitación. Fui entonces consciente de que Marc se había movido. En ese momento su cara se encontraba a escasos centímetros de la mía y pude observar cómo me estaba mirando. Lo hacía con una intensidad que abrasaba. Notaba su fresco aliento entrar en mi boca y, sin permiso, recorrerla, y entonces su mirada se tornó más intensa y velada aún.

Y volvió a moverse. Lo hizo para retroceder hasta su posición inicial. Pero antes de eso, nuestros labios, por un instante, juraría que se rozaron fugazmente.

¡Dios, se me iba a salir el corazón por la boca!

Jamás en mi vida me había sentido tan... tan agitada y acalorada.

Cerré los ojos, pero, sobre todo, cerré la boca, fuertemente además. No quería que un jadeo traicionero delatara mi excitación. Y es que Marc, para mi completa sorpresa, me había provocado eso.

Decidí entonces levantarme e ir al baño a refrescarme. O hacía eso o acabaría ardiendo por combustión espontánea.

¡Pero qué demonios me estaba pasando!

De camino sonó mi móvil, así que retrocedí hasta el lugar donde lo había dejado para recogerlo, lo silencié y me fui directa a encerrarme en el baño.

Era mi madre.

—Hola, cielo, ¿cómo estás?

—Muy bien, mamá —respondí como pude. Aún tenía la respiración demasiado acelerada—. ¿Y vosotras?

—Bien. Bueno, nosotras como siempre —me contestó con una triste sonrisa, lo que me indicó que algo no iba como debía.

—¿Qué ocurre, mamá?

Agachó la mirada. Cuando la levantó, pude observar el temor en sus ojos.

—Es la abuela.

Un grito escapó de mi boca.

—¿Qué le pasa? —atiné a preguntarle, con un nudo en la garganta.

—No lo sé realmente. Me han llamado hoy de la residencia, pero ha sido ya tarde y no he podido ir a verla. Me han comentado que está muy nerviosa.

—¿Cómo que está muy nerviosa?

Aquello era del todo ridículo. Desde que mi abuela había ingresado allí, poco a poco sus movimientos se habían ido reduciendo a cero. Iba en silla de ruedas porque no había vuelto a andar. Ni siquiera movía ya los brazos o las manos desde hacía mucho tiempo, y tampoco era capaz de mover la cabeza o de cambiar el gesto de su cara ante nada ni nadie. Su Alzheimer la había convertido en un maldito vegetal, a pesar de que los médicos nos decían que físicamente no tenía daños y que su movilidad no debería haberse visto así de reducida..., pero el hecho era que así había sido.

—Eso mismo les he preguntado yo, Abril, porque no entendía cómo han podido llegar a esa conclusión —comenzó a explicarme mi madre—. Pero me han dicho que lleva varias noches despertándose muy inquieta y que sólo consiguen que se vuelva a dormir si le administran algún calmante. Además, también lo piensan porque, según me comentan, ha empezado a balancear su cuerpo hacia delante y hacia atrás, y me recalcan que lo hace continuamente.

—Pero ése es un buen síntoma, entonces. Es obvio que está recuperando movilidad y a lo mejor, con ella, sus ganas de vivir —dije, esperanzada.

—No lo creo, Abril. Me han explicado que, aun así, sigue sin reaccionar a nada. Por lo visto piensan que únicamente tiene esos movimientos en respuesta a, quizá, alguna perturbación interna que le pueda estar creando ese desasosiego.

—¿Le han hecho algún tipo de prueba?

—Sí, todas las habidas y por haber. Antes de llamarme han querido saber si había algo físico que pudiera estar provocando todo eso, pero no han encontrado absolutamente nada. Todo está igual que siempre en ella.

—Pues para mí es evidente que no, mamá. —Me negaba a creer que aquello no fuera nada y me sentí entonces impotente por no poder estar cerca para poder ir a verla—. ¿Y desde cuando está así?

—Dicen que comenzó con los movimientos tras la última vez que fui a verla. Eso fue el día después de la boda, cuando le comenté que te habías ido a México, de luna de miel pero sin Fede, porque finalmente no te habías casado.

—Jolín, pues para mí eso es muy significativo. A lo mejor, en su interior, sí que puede escucharnos, aunque no nos lo pueda hacer ver y quizá ahora esté sufriendo por culpa de pensar que yo no pueda ser feliz.

—No lo sé, hija. Mañana, cuando salga de trabajar, me iré directa a verla.

—Vale, pues quiero que me llames desde allí. Quiero verla y que me vea. Quiero decirle que me encuentro bien y que no tiene nada por lo que inquietarse. ¿Me has oído, mamá?

—Sí, no te preocupes.

Después de eso, volví a la cama. Sin embargo, tardé mucho en dormirme. La conversación me había dejado tremendamente preocupada.

Marc

A la mañana siguiente me desperté sobresaltado. Pensaba que me había quedado dormido y que había perdido la oportunidad de hacer la excursión que tenía prevista, pero no fue así.

No había oído el despertador de mi reloj porque ni siquiera había sonado aún. Faltaban más de veinte minutos para que llegara la hora a la que lo había puesto.

Abril continuaba dormida y no pude evitar quedarme mirándola. La tenía a escasos centímetros de mi cuerpo y estaba girada hacia mí, así que me di el placer de contemplarla tranquilamente, deleitándome con cada una de sus facciones. Estaba preciosa. Era preciosa.

Ni siquiera fui consciente del tiempo que estuve observándola hasta que el despertador comenzó a sonar.

Inmediatamente ella abrió sus bonitos ojos y tuve que dejar de contemplarla.

Me levanté de la cama de un bote, la rodeé y me dirigí hacia el baño. Sin embargo, una pregunta de Abril hizo que me parase en seco antes de llegar a él.

—¿Te levantas así todas las mañanas?

Me giré hacia ella y la miré sin entender.

—Así, ¿cómo? —le pregunté.

Entonces, con su dedo índice, señaló algo que yo no había tenido en cuenta hasta ese momento.

Mi entrepierna. Tenía la tienda de campaña más grande de toda la historia.

«Me levanto así sólo cuando me despierto a tu lado», quise decirle, pero no me pareció muy caballeroso por mi parte.

Simplemente sonreí, porque me hizo gracia cómo esos preciosos ojos azules me miraban, sorprendidos.

Después me metí en el baño y, al cabo de diez minutos, salí de él dispuesto a marcharme.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —me planteó entonces.

—Me voy de excursión en catamarán a Islas Mujeres. Ayer llamé para contratar la salida.

—Ah.

—¿Hay algún problema? —le pregunté, porque había notado un cambio en el gesto de su cara.

—No, no, qué va.

—Vale, pues me voy entonces.

—Muy bien. ¡Que te diviertas con Andrea! —me soltó como quien no quiere la cosa.

Iba a abrir la puerta ya para irme, pero me paré. Giré sobre mis propios talones y volví. Quería ver qué cara tenía Abril.

En cuanto me vio aparecer, levantó su mirada y la fijó en mí. Me pareció captar cierta inseguridad en sus ojos.

—No voy con ella —le aclaré, esperando con absoluta curiosidad su reacción. Se le dilataron las pupilas y un tímido brillo iluminó sus ojos, algo que me sorprendió... gratamente, además—. No te dije nada porque di por hecho que tú ya habrías quedado con Yon —le dejé caer.

—Sí, sí. Vete tranquilo. Yo también tengo planes.

Y lo hice. Me fui, pero algo me decía que me había mentido... y no me equivoqué.

Cuando llegué al lobby del hotel, donde nos estaba esperando el vehículo que nos debía llevar hasta el lugar de salida del catamarán, me encontré no sólo con Andrea, sino también con Yon. Por lo visto ellos también iban a hacer la misma excursión.

Eso me hizo pensar.

Si yo iba, era probable que Andrea no hiciera más que buscarme para salvaguardarse de Yon, lo que no me apetecía nada.

Y, por otra parte —la que más me interesaba, egoístamente, todo hay que decirlo—, si me iba, Abril se quedaría sola todo el día.

Lo tuve claro.

—¿Qué haces aquí? ¿Se te ha olvidado algo? —me preguntó Abril conforme me oyó entrar por la puerta de la habitación.

—No, es que han suspendido la salida —le mentí—. Por lo visto no hay buena mar.

—¡Anda! Pues vaya. ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Pues la verdad es que no tengo ni idea. ¿Y tú?

Abril dudó. Obviamente los planes que me había dicho que tenía no existían.

Carraspeó.

—En realidad mi intención era hacer un poco lo que me surgiera sobre la marcha.

Sonreí para mis adentros. Eso significaba que, si le planteaba hacer algo atrayente, probablemente aceptaría.

—¿Confías lo suficiente en mí como para que te lleve a hacer una actividad que estoy seguro de que te encantará? —le propuse, deseando que su respuesta fuera afirmativa.

No se demoró ni medio segundo en contestarme y no tardamos ni veinte minutos en salir con el coche de alquiler rumbo hacia nuestro destino.

—¿A dónde vamos? —me preguntó, curiosa, nada más salir del complejo.

No le contesté.

Sólo la miré, divertido.

Abril

Marc no me quiso decir a dónde íbamos a pasar el día. Sólo me había pedido que me pusiera ropa cómoda y el bikini debajo.

También me había pedido que me mostrara receptiva para lo que íbamos a hacer, algo que me puso bastante nerviosa. Y es que, como todas las veces en mi vida que me había tenido que enfrentar a situaciones nuevas, mis inseguridades acudían, caprichosas, a mostrarme cuán inútil creía yo que era para muchas cosas.

No obstante, confiaba bastante en Marc... aunque no en la sonrisa divertida con la que me miraba, todo hay que decirlo.

Sin embargo, tal y como había pensado hacer durante toda mi estancia allí, decidí dejarme llevar.

Esa vez habíamos decidido que sería yo la que conduciría y, aunque el trayecto fue bastante largo, no resultó aburrido. En realidad, con Marc nada lo era.

Se estuvo interesando por mi trabajo, por la labor que realizaba con los peques y por si me gustaba lo que hacía.

—Se nota que te encanta trabajar con esos niños. Se te ha iluminado la cara nada más empezar a hablar de ellos —me comentó después de explicárselo todo.

Era verdad. La enseñanza era mi vida y me sentía plena con ella.

—Tu trabajo también tiene que ser muy reconfortante —le dije a continuación, pero no me contestó.

Ya habíamos llegado a nuestro destino, por lo que me indicó dónde tenía que aparcar el coche.

Había estado tan absorta con la conversación que ni siquiera me había dado cuenta de que estábamos en mitad de la selva. De hecho, la carretera de tierra por la que habíamos llegado acababa allí mismo, justo donde nos había señalado el GPS.

Mientras yo admiraba, perpleja, el increíble paisaje que tenía delante, Marc se había bajado del vehículo y había sacado una mochila del maletero.

—¿Lista para la aventura? —me preguntó con una sonrisa de oreja a oreja, poniéndose delante del vehículo para que lo viera mientras elevaba los brazos con la intención de mostrarme la preciosa maravilla que nos rodeaba.

Pero entonces la sangre dejó de correrme por las venas, porque en ese preciso instante comencé a ser consciente del tipo de actividad que Marc tenía pensado practicar.

¡Ay, Dios!

—¿A dónde vamos? —indagué, nerviosa.

Marc se me acercó mirándome tiernamente. Sin duda había advertido el temor en mis ojos.

—¿Confías en mí? —me preguntó al tiempo que me ofrecía su mano para invitarme no sólo a salir del coche, sino también a seguirlo donde él quisiera llevarme.

Asentí. Lo hice completamente convencida. Le cedí mi mano y, con ella, mi confianza.

Y él lo celebró con una amplia sonrisa que iluminó su rostro.

Después, todo un mundo de experiencias y sensaciones nuevas se abrió para mí.

Lo primero que hicimos fue caminar por la selva, aunque no fue por mucho tiempo. Enseguida llegamos a un pequeño claro, donde una torre de madera construida por la mano del hombre se alzaba por encima de los árboles.

Marc saludó a los dos chicos que había allí y les explicó quién era.

Y es que, antes de salir del hotel, mientras esperábamos a que nos trajeran el coche de alquiler, Marc se había apartado de mí un momento para llamar a un amigo y que éste le pasara el teléfono del turoperador local que organizaba las actividades que íbamos a hacer. Por lo visto, su amigo era uno de los dueños de la empresa, así que fuimos muy bien recibidos.

—Buenos días, señor —le dijo un oriundo de la zona a Marc conforme le tendía la mano y después hacía lo propio conmigo—. Ya me ha llamado Carlos para decirme que venían ustedes de camino. Sean bienvenidos.

Sonreí amablemente, aunque en ese momento hubiera preferido no estar allí. No sabía lo que íbamos a hacer, pero sólo ver la altura de aquella torre ya me daba vértigo.

Marc y aquel hombre comenzaron a andar hacia ella y yo los seguí.

Cuando llegamos a la base, el otro chico nos estaba esperando.

—Esto, Marc...

—Sí, dime.

Mientras pensaba cómo comentarle que aquello no era para mí y que mejor lo esperaba allí abajo, ya nos habían colocado a los dos los arneses, los cascos y los guantes que íbamos a llevar.

—Oye, yo no...

Marc se acercó a mí y me cogió de la barbilla para que lo mirara.

—Tú, no ¿qué?

—Pues que yo no...

—Abril, lo vas a hacer.

—No, mira..., lo siento. No sé en qué consiste la actividad, pero sólo de pensar que tengamos que subirnos a esa torre ya me ha puesto muy nerviosa. Estas cosas no son para mí y...

—Abril... —Marc llamó mi atención para que lo mirara, porque de nuevo había vuelto a fijar la vista en el suelo—, dijiste que confiabas en mí.

—Y lo hago, pero...

—Pero nada. No tienes excusa.

—Sí que tengo una excusa. ¡Tengo miedo!

Marc suspiró. Después me miró tiernamente.

—¿Te acuerdas del vuelo? ¿De cuando despegó el avión y te pusiste tan nerviosa?

Asentí con la cabeza.

—¿Te ocurrió algo malo?

En esa ocasión negué.

—No te pasó nada malo, porque nada malo te podía ocurrir, a pesar de que en ese momento tú pensaras que sí... —Me dejó unos instantes para reflexionar—. Pues esto es lo mismo.

—No, no es lo...

—Abril..., estaré a tu lado en todo momento y te prometo que no te arrepentirás de haber vivido esta experiencia.

Tragué el nudo que se me había formado en la garganta y fui a replicarle de nuevo, pero me levantó su dedo índice de manera amenazadora y me dio por reír. No sé si por nerviosismo, porque me hizo gracia su gesto o por puro miedo, pero el caso es que aquello me relajó un poco. Lo suficiente como para poder pensar que, si no comenzaba a salir de mi zona de confort, en todos los aspectos, jamás conseguiría deshacerme de la enfermiza sensación de que sin Fede no era capaz de hacer nada.

Así que, en contra de todo pronóstico, me dije a mí misma, y así se lo hice saber también a Marc, que lo haría.

Pero eso sólo fue hasta que llegamos a la plataforma que había en lo alto de la torre, porque, en ese momento, todas mis intenciones de comenzar a ser una mujer nueva me abandonaron, las muy traidoras, con la excusa de que la vieja Abril tampoco estaba tan mal.

¡Ay, Dios!

—Pero ¿cómo me voy a lanzar al vacío? ¿Os habéis vuelto todos locos? —les grité cuando vi por dónde querían aquellos insensatos que saltara.

—No te vas a lanzar al vacío, Abril —me intentó explicar Marc con toda la paciencia del mundo—. Esto es una tirolina y lo único que tienes que hacer es dejarte deslizar por ese cable de acero, disfrutando de las vistas del paisaje, hasta que llegues a la otra orilla. Mira, vamos a hacer una cosa. Me tiro yo primero y así ves cómo se hace y te convences de que no pasa absolutamente nada y ya después te lanzas tú. Yo te estaré esperando al otro lado, ¿de acuerdo?

No sé ni en qué momento mi cabeza decidió asentir como si yo estuviera conforme con todo aquello, pero el caso es que, con ese gesto, sin ser prácticamente consciente de ello, ya les había dado mi consentimiento. Así que Marc lanzó una mirada cómplice a unos de los monitores y se tiró sin más. Inmediatamente después me engancharon a mí al cable. Estaba claro que no querían darme tiempo a que me arrepintiera y, en cuanto comprobaron que Marc ya había llegado al otro extremo, me empujaron a mí.

El subidón de adrenalina que tuve en ese instante fue lo más increíble que había experimentado en mi vida. Grité, grité como una auténtica loca, al mismo tiempo que sonreía y

lloraba. Todo a la vez. Y es que aquello fue brutal.

Así que, cuando llegué a la otra orilla y vi la sonrisa que tenía Marc para recibirme, no pude más que lanzarme hacia él.

—¡Dios! ¡Me ha encantado! ¡Jolín, qué pasada! —exclamé mientras lo abrazaba, al tiempo que los monitores, como podían, me desenganchaban del cable de acero.

—Me alegro de que te haya gustado —me contestó con una amplia sonrisa.

—No es que me haya gustado —le expliqué, aún con el corazón a mil por hora—, es que... es que, mientras estaba ahí colgada, me he sentido... libre, feliz. ¡Jolín, es que no sé ni cómo explicarlo!

—No hace falta que lo hagas. Sé perfectamente qué es lo que quieres decir. La adrenalina ha corrido por tus venas y te has sentido más viva que nunca, ¿a que sí?

Lo miré a los ojos y asentí.

Marc sonrió, satisfecho.

—Bienvenida a mi mundo. Ahora seguro que ya entiendes por qué necesito practicar determinados deportes. —Lo acababa de comprender perfectamente—. Entonces, ¿qué?, ¿lista para la siguiente aventura? —me planteó a continuación.

Para eso no estaba preparada. Con una ya había sido más que suficiente.

—¿Cómo que la siguiente aventura? —Mi cara se había transformado.

—Venga, Abril, ahora ya no me puedes decir que no. A ver, has confiado en mí y ¿qué ha ocurrido? —inquirió, esperando con impaciencia que le respondiera.

—¿Que he vivido la mejor experiencia de mi vida? —pregunté retóricamente, porque la respuesta era obvia, ya que eso era precisamente lo que había pasado.

—Pues no hay más que hablar.

Y, diciendo esto, se quitó su equipación, me ayudó con la mía y, cogiendo mi mano, tiró de mí.

Me arrastró hasta una especie de parking donde había un montón de quads aparcados.

—Éste será nuestro transporte hasta el siguiente punto. Supongo que ya te habrás subido en uno de éstos alguna vez, ¿no? —Mi cara debió de contestar por mí—. ¡Venga ya! No me lo puedo creer. —Pero, por mi expresión, supo que no le mentía—. Es increíble. Pero ¿tú en qué cueva has estado metida? —me preguntó, divertido.

—En la de don pene aburrido —le solté, contrariada, a lo que Marc contestó con una sonora carcajada.

—Pues habrá que arreglar eso —me contestó mirándome a los ojos intensamente. Había sonado como un prometedor ofrecimiento que yo ya había empezado a querer que se llevara a cabo... con todas sus condiciones.

Porque ya no podía negar lo evidente. Marc había dejado de ser el desconocido con el que compartía habitación para pasar a ser algo más.

Aún no tenía muy claro en quién se había convertido ciertamente. Un amigo especial, quizá.

Alguien en quien apoyarme en los malos momentos, pero también alguien con quien compartir los buenos.

Aunque había algo más. No sabía si por su parte, pero por la mía empezaba a haberlo.

Porque ya no lo miraba como el primer día, ese en el que me pareció un tío atractivo con un cuerpo espectacular. Ni tampoco lo miraba como los siguientes, como ese amigo que te sirve de apoyo y de consuelo, pero que también te da sus mejores momentos. No. Todo eso había quedado atrás para dar paso a un sentimiento mucho más profundo. Ya no sólo había deseo. Ya no sólo había cariño. Ya lo había todo a la vez. Incluso ese algo más que hace que todas las alarmas salten, como me acababa de ocurrir a mí en ese preciso instante.

Pero ¿cómo había sido posible? Ni siquiera me había dado cuenta.

—¿Nos vamos, Abril?

La pregunta de Marc me sacó de mis pensamientos.

Estaba sentado en unos de los quads, esperando a que me subiera detrás de él.

Y lo hice sin pensar, arrastrada por la necesidad que tenía de vivir todo aquello, y, sobre todo, arrastrada por la necesidad que comenzaba a sentir de querer estar cerca de él.

Y me agarré fuertemente a su cintura; tan sólo dejándome ir; tan sólo permitiéndome sentir, sin pensar en nada más.

—Hemos llegado —me anunció tras diez minutos de camino a través de la selva.

Sin embargo, allí no había nada. Únicamente más vegetación aún, aunque esa vez sin un camino ya que seguir.

—Ahora tendremos que continuar a pie, pero será por muy poco tiempo.

Y así fue. Enseguida llegamos a otro claro, pero esa vez, en él, no había vegetación, porque un inmenso agujero se abría en el suelo.

Me quedé maravillada al ver esa espectacular formación de la naturaleza.

—¿Te gusta? —me preguntó entonces Marc, mirándome fijamente.

Asentí.

—Probablemente sea lo más bonito que he visto en mi vida.

—Pues espera a bajar.

—¿Bajar?, ¿a dónde? —demandé, temiéndome lo peor.

Marc señaló con su cabeza a lo más profundo de aquel agujero, allí donde el sol apenas llegaba.

—No, ni hablar. Mi necesidad de nuevas emociones ya está más que cubierta por hoy. No pienso bajar ahí.

Marc se me acercó. Mucho. Lo hizo hasta que pude sentir su aliento sobre mi piel. Me posó sus manos en las mejillas y, con sus dedos pulgares, me las acarició.

—¿Te ha ido mal confiando en mí?

Negué con la cabeza, sin dejar de observarlo. Tenía un brillo especial en la mirada.

—Pues, entonces, no hay nada más que hablar —sentenció con absoluta determinación,

dejándome inevitablemente alterada.

Y de nuevo me vi envuelta por las explicaciones de dos monitores que acababan de llegar, al tiempo que Marc me ayudaba a ponerme otro arnés y me hacía una coleta en el pelo para después colocarme el casco.

Pero yo no había atendido a nada. Sólo había oído palabras sueltas. Palabras que no estaban en mi vocabulario y que ni siquiera sabía lo que significaban: anclaje, mosquetón, ocho, cuerda, vertical, descensor...

Me comencé a marear, porque una cosa había sido lo de la tirolina, donde simplemente tenías que dejarte deslizar por un cable de acero, y otra distinta era descender hacia el abismo, suspendida en el vacío, con la única sujeción de una cuerda.

—Abril, esto no conlleva más peligro que lo que hemos hecho antes, créeme —me dijo Marc para intentar calmarme, pero a mí se me iban y se me venían los colores de la cara y, con ellos, las fuerzas de las piernas.

»Mira, para que estés más tranquila les he pedido que monten un segundo sistema y así poder bajar yo contigo en paralelo, ¿te parece?

—No entiendo cómo es que a ti no te dan miedo estas cosas —le contesté, temblorosa.

—Bueno, no lo recuerdo, pero seguro que la primera vez sí que me debió de dar algo.

—¿Cuántas veces has hecho esto ya? —quise saber.

Marc sonrió.

—No lo sé. Muchas.

—¿Y has hecho cosas más peligrosas todavía?

Volvió a sonreír.

—Aunque a ti te lo parezca, esto no es en absoluto peligroso. Aquí llevas una equipación y hay unas medidas de seguridad extremas. Es imposible que algo falle.

—No me has respondido aún —le recordé.

Marc suspiró.

—Sí que he hecho cosas mucho más peligrosas. Practico muchos deportes que, digamos, tienen un nivel de riesgo bastante mayor que lo que vamos a hacer aquí hoy.

—¿Como cuáles?

—Pues... —dudó unos instantes—, espeleo, *rafting,* escalada, buceo en cuevas... —Terminó encogiéndose de hombros, porque por lo visto la lista era larga.

—¿Y de verdad que esto no es peligroso?

—En absoluto. Confía en mí.

Y lo hice, de nuevo.

Pero antes les pedí que me explicaran, por segunda vez, todo lo que tenía que hacer. En esa ocasión, por supuesto, sí que atendí.

Cuando acabaron, me pidieron que me colocara en el borde del precipicio, de espaldas a él, y que empezara a dejar caer mi cuerpo hacia atrás para dejarlo suspendido sobre aquel abismo al

tiempo que con los pies comenzaba a descender lentamente por la pared.

Estaba tan centrada en lo que estaba haciendo y en recordar todo lo que me habían explicado que se me había olvidado disfrutar de la experiencia, así que me paré.

—¿Está todo bien, Abril? —me preguntó Marc, preocupado.

—Sí —le contesté.

Y lo estaba... hasta que decidí mirar a mi alrededor y entonces me entró el pánico, porque también había mirado hacia abajo.

—Abril, mírame.

No pude. Fijé la vista al frente, cerré los ojos e intenté relajarme porque era consciente de que había comenzado a hiperventilar.

—Abril, oye... mírame.

Seguí sin hacer lo que me pedía.

—Espera —oí que me dijo Marc entonces.

Segundos después se encontraba a mi lado. Se había balanceado lo suficiente sobre su cuerda como para poder llegar hasta donde yo estaba.

Por el rabillo del ojo pude ver cómo se quitaba un guante y posaba su mano en mi hombro, pero volví a cerrar los ojos.

—Eh, ya estoy aquí. No tengas miedo —me pidió—. Mírame, Abril. Mírame como hiciste en el avión.

Abrí primero un ojo y después el otro. Marc se encontraba en la periferia de mi campo de visión. Sólo tenía que girarme hacia él y podría verlo.

Y lo hice.

Allí estaba, observándome con una tierna sonrisa.

—Venga, que lo estás haciendo muy bien, ojazos —me animó al tiempo que recogía un mechón suelto de mi pelo y me lo pasaba por detrás de la oreja—. Estoy muy orgulloso de ti.

Y eso me insufló la valentía que necesitaba en ese momento. Porque jamás nadie, fuera del entorno familiar, me había dicho antes esas palabras. Ni siquiera Fede, al que siempre le había parecido que yo nunca iba a poder conseguir nada extraordinario.

Así que lo miré convencida de que podía hacerlo. Lo miré sabiendo que lo haría porque no quería defraudarlo a él, pero sobre todo, porque no quería defraudarme a mí misma.

Y lo hice.

Marc

Lo hizo.

Aquella mujer, una vez más, me volvió a impresionar con su determinación.

Jamás había conocido a nadie igual que ella. Era un diamante en bruto... porque tenía mucho potencial que explotar, pero ella, tristemente, no lo sabía.

Estaba convencido de que, si se lo planteara, podría conseguir cualquier cosa que se propusiera en la vida. Porque era tenaz, inteligente, y se crecía ante las adversidades.

Y ahí estaba, descendiendo por aquella cuerda como una campeona, como si llevara toda la vida haciéndolo.

—Te queda sólo un metro para tocar suelo —le anuncié, orgulloso de que lo hubiera logrado.

Y me miró entusiasmada.

Porque el resto del descenso había estado mirando a su alrededor y había podido contemplar la imponente belleza que nos rodeaba. Y, sobre todo, me miró entusiasmada porque lo había conseguido.

—¡Lo he hecho, he llegado! —gritó cuando su pie derecho tocó la roca.

Le sonreí abiertamente. Se sentía pletórica, orgullosa de sí misma, y no era para menos.

Me acerqué para soltarle las cuerdas y, cuando pudo girarse para ver toda la caverna entera, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Después me miró y se abalanzó sobre mí. Me abrazó con entusiasmo.

Y me encantó. Notar su cuerpo tan pegado al mío comenzaba a ser una sensación que cada vez me gustaba más.

—¿A que merece la pena?

El brillo de sus preciosos ojos y la amplia sonrisa con la que me estaba deleitando fue suficiente para saber cuál era su respuesta.

—Pues lo que viene a continuación no se queda atrás, ya lo verás.

—¿Aún hay más? —me preguntó con cierto temor.

—¿Sabes nadar?

—Sí, claro.

—Pues entonces no te preocupes por lo que vamos a hacer ahora. Toma —le dije conforme le daba una máscara, un tubo y un chaleco salvavidas—. Póntelo todo y después tírate —le pedí justo antes de lanzarme yo a las cristalinas aguas de aquel cenote.

Me siguió, aunque no sin cierto recelo.

Una vez en el agua, le pedí que me diera la mano.

—Ahora déjame que te guíe, ¿de acuerdo?

Me miró y después asintió. Se encontraba lista.

Hundí la cabeza y me aseguré de que Abril también lo hubiera hecho.

Y el espectáculo estuvo servido.

Pero no me refiero al baile de peces que había allí, peces juguetones que se nos acercaban, curiosos. Ni tampoco me refiero al impresionante color turquesa de aquellas cristalinas aguas. Ni tan siquiera el espectáculo estuvo servido por las impresionantes formaciones rocosas que hacían de aquella galería inundada un monumento a la creación de la naturaleza. No, todo eso no hubiera sido tal si Abril no hubiera estado allí, contemplándolo con absoluta fascinación. Y es que sólo ver su cara se había convertido en el mayor espectáculo de todos.

—Jamás en mi vida había visto nada igual —me comentó en cuanto salió del agua. Estaba completamente emocionada—. Esto es lo más impresionante que he visto nunca.

—¡Vaya! Por lo que veo cada cosa que te propongo hacer es mejor que la anterior —afirmé, con la satisfacción de saber que todo lo que habíamos hecho le había encantado.

Una mueca suya me confirmó que así era, pero es que, además, y ahí es cuando todo se precipitó, mientras me sonreía agradecida se mordió el labio inferior..., gesto que me pareció completamente sugerente, aunque al mismo tiempo ingenuo. Como todo en ella.

¡Joder! Aquello me dejó bloqueado, porque se despertaron en mí deseos muy poco inocentes. Y es que encima, mi mente, convertida en enemiga absoluta en esos momentos, se había permitido el lujo de lanzarme una imagen que me consiguió trastocar del todo. Una imagen que se había ido fraguando los últimos días, de manera totalmente clandestina, en lo más profundo de mi ser. La imagen de Abril entre las sábanas, debajo de mí, haciéndola mía.

Y tuve que obligarme a pensar en otra cosa, precisamente porque la sensación que me invadió fue increíble. No sólo por darme cuenta de cuánto deseaba besarla ni tampoco por ser consciente del dulce pero a la vez abrasador sexo que podríamos tener juntos, sino, sobre todo, por el sentimiento que en ese instante vapuleó mi corazón.

¡Pero ¿qué cojones me estaba pasando?!

No podía, ni quería, permitirme aquello.

Porque me sentía cansado y abatido por todo lo que había ocurrido con Nerea. Pero es que, además, comenzar lo que fuera aquello sería un terrible error por mi parte, porque estaba convencido de que acabaría arrastrando todos mis demonios conmigo.

Así que no tuve más remedio que comenzar a mostrarme esquivo con ella.

La distancia entre nosotros nos colocaría de nuevo a cada uno en el sitio en el que debíamos estar.

Porque tampoco era un buen momento para que ella comenzara nada. Arrastraba demasiadas inseguridades y también demasiada necesidad por agarrarse a un clavo ardiendo con tal de

recomponer el puzle en que se había convertido su vida. Y yo no quería ser ese clavo ardiendo. No quería convertirme en otro error suyo de elección.

Así que me aparté... o al menos lo intenté mientras pude.

Abril

Me sentía tan pletórica después de todo lo que había vivido ese día que me costó darme cuenta del cambio de humor de Marc.

Desde que habíamos recogido todo para volver, después de haber hecho *snorkel* en el cenote, no había dicho ni una sola palabra. Había insistido en conducir él y no había levantado la vista de la calzada en ningún momento.

—Oye, ¿va todo bien? —quise saber.

—Sí, perfecto —contestó, bastante seco.

Me quedé mirándolo unos segundos.

Estaba lejos, probablemente perdido en sus pensamientos.

Sin embargo, yo llevaba tal chute de adrenalina que aún me duraba el subidón en el cuerpo y probablemente lo que había notado era que Marc no iba a las mismas revoluciones que yo. Porque, para él, lo que habíamos hecho había sido como para mí ir a tirar la basura. Cero sobresaltos, cero emociones.

Por el contrario, yo seguía aún agitada como una niña pequeña y estaba deseando contárselo a mi madre y a mi hermana.

De hecho, lo iba a hacer cuando llegamos al hotel, pero, en cuanto nos vieron entrar, llamaron a Marc.

—Buenas tardes, señor —le dijo el hombre de recepción—. Esta mañana han dejado aquí un paquete para usted y esta tarde nos han pedido que le hagamos llegar un mensaje —le comunicó el empleado, entregándole un objeto que venía envuelto de una manera un tanto rudimentaria, junto con un sobre que debía de contener el mensaje.

Marc cogió ambas cosas y, tras darle las gracias a aquel hombre, puso rumbo a la habitación.

—¿No vas a ver de qué se trata? —le pregunté, curiosa, ya que él no se había interesado por lo que le habían dado.

—No lo sé —me respondió escuetamente.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Es que no te pica la curiosidad de descubrir qué es? —le inquirí, divertida —. ¿O es que estás esperando a llegar a la habitación para verlo?

Marc se paró en seco. No obstante, no me miró. Perdió su mirada en el horizonte y después suspiró.

—No sé de quién provienen estas cosas —me explicó con cierto pesar en su voz, y también con bastante contrariedad.

—¿Y? No entiendo cuál es el problema.

—Joder, Abril... —Agachó la cabeza y después volvió a suspirar—. Perdona... —susurró a continuación, en un intento de reconducir su estado de ánimo—. Si vienen de Nerea, no debo verlas. Mi abogado me aconsejó que guardara todos sus mensajes por si alguno se pudiera usar contra ella en el juicio, pero sin leerlos. Entre otras cosas para que no me afectaran y pudiera reaccionar de una manera de la que luego me pudiera arrepentir. ¿Entiendes ahora cuál es el problema?

Asentí con la cabeza. Estaba claro.

—Bueno, ¿y si le echo primero yo un vistazo a ambas cosas? —le propuse, a modo de solución—. Si son de Nerea, te lo digo y ya haces tú lo que proceda con ellas.

Marc se me quedó mirando de una forma que no supe interpretar.

—Toma —me dijo entonces, entregándomelas como si a él le quemaran en las manos—. Pero espera a que lleguemos a la habitación para abrirlas, por favor.

Lo seguí. Obviamente estaba de un humor de perros, pero era bastante comprensible. Su vida, aunque él no lo quisiera y a pesar de estar a ocho mil kilómetros, todavía lo perseguía. Y no debía de ser nada fácil sobrellevarlo.

Cuando cerró la puerta de la *suite* tras de sí, suspiró con abatimiento.

Lo miré y no pude evitar fijarme en su rostro. No había ya ni pizca de la alegría que había mostrado durante casi todo el día. En ese momento sólo había pesar, preocupación y hasta, quizá, un poco de desolación.

Y se me partió el corazón, porque Marc ya no me era indiferente en absoluto. Así que quise acabar con su sufrimiento cuanto antes, porque, a lo mejor, lo que llevaba en mis manos no provenía de aquella desalmada.

Abrí primero el paquete.

Un extraño objeto apareció después de quitar aquel envoltorio tan poco elaborado. Tuve que mirarlo varias veces, desde distintas posiciones, hasta que creí entender de qué se trataba.

Marc había salido a la terraza y se había dejado caer en uno de los sillones de exterior que allí había. Desde ellos estuvo observando la puesta de sol en silencio mientras yo continuaba tratando de averiguar de quién provenía aquello.

No tardé en hacerlo. En el propio papel usado como envoltorio había unas letras escritas.

El día que estuvo aquí, se me olvidó entregarle este colgante.

Es el único objeto que conservo de su abuelo, pero ahora lo más lógico es que lo tenga usted.

Es un colgante de madera tallada por él, que, como ve, es la mitad de una planta de henequén, pero con la forma de un corazón partido.

La otra mitad del colgante, como no podía ser de otra manera, se la regaló a Lupe. Éste era el que él llevaba. Se le cayó al suelo la noche del fatídico incidente. Lo encontré en el lugar de los hechos cuando acudimos al oír los gritos, pero, cuando llegamos, su abuelo ya había huido y no se lo pude

dar, así que lo guardé para entregárselo en cuanto me encontrara de nuevo con él. Sin embargo, nunca lo volví a ver.
Espero que lo guarde con tanto cariño como lo he hecho yo.
A su abuelo siempre lo llevaré en mi corazón.
Un saludo,

ANTONIO

Solté el aire retenido en mis pulmones con bastante rapidez, pero, sobre todo, con cierta relajación. Recibir ese regalo de Antonio, seguro, iba a emocionar a Marc.

Entonces ya sólo me quedaba ver qué había en la dichosa nota. Venía metida dentro de un sobre con el logotipo del hotel.

Mis manos temblaron cuando comencé a leer. El recepcionista había transcrito las palabras que una mujer le había dictado, tal cual ella se lo había pedido.

A pesar de que le he hecho varias llamadas a su móvil, no me ha sido posible hablar con usted, así que no me ha quedado más remedio que contactarle de esta manera.
Mi madre quiere verlo. Siente mucho lo que le pasó el otro día. Fueron muchas emociones a la vez y no pudo gestionarlas bien. Sin embargo, está deseando que vuelvan para poder explicarles tranquilamente todo lo que pueda sobre su abuelo.
Dice que en su día le hizo la promesa de que jamás le contaría a nadie su historia y el porqué de las cosas que hizo, pero ella piensa que ya ha llegado el momento de que se sepa la auténtica verdad y se limpie de una vez su nombre. Así que, si les viene bien, les esperamos mañana.
Será un placer tenerlos una vez más con nosotras.

MARIELA

Entonces sí que respiré tranquila del todo.

Marc no sólo no tenía de qué preocuparse, sino que, además, lo que tendría en realidad serían motivos para alegrarse.

Y no quise alargar su sufrimiento, así que salí con una enorme sonrisa en el rostro y me senté a su lado.

—Respira tranquilo. No tienes nada por lo que inquietarte —le comuniqué al tiempo que le entregaba el colgante envuelto de nuevo en su papel y el sobre con la nota dentro.

Me miró con cierta reticencia aún.

—Todo está bien, de verdad. Anda, abre las cosas.

Estaba deseando que lo hiciera. Estaba convencida de que aquello le devolvería su buen humor... pero me equivoqué.

Recibió aquello con indiferencia. Leyó ambas notas y observó de pasada el colgante. Después se levantó, dejó caer las cosas sobre el sofá en el que había estado sentado y, sin decir absolutamente nada, se fue dentro.

Me costó reaccionar. ¿Por qué aquello no le había cambiado el humor? ¿Por qué no le había aliviado?

No lo entendía, pero no quise presionarlo. Estaba claro que algo más rondaba por su cabeza. No obstante, no pensaba insistirle para que me lo contara. Era evidente que necesitaba tiempo para sí.

Eso me llevó a querer dejarle el espacio que parecía necesitar, por lo que decidí darme una ducha, arreglarme un poco y salir.

—¡¿Te vas?! —me preguntó cuando vio que abría la puerta de la habitación. Hasta ese momento parecía haber estado completamente ausente.

—Sí —le contesté, dubitativa—. He dado por hecho que querías estar solo. No sé... como te he visto así... —terminé de explicarle.

Soltó un sonoro suspiro.

—Yo ya no sé ni lo que quiero —expresó entonces, para mi sorpresa.

Había caminado hacia mí, pero se había quedado a un par de metros. Tenía las manos en los bolsillos y un gesto de abatimiento total en todo el cuerpo.

—Yo... había pensado en ir a cenar algo. Luego probablemente iré a la palapa a tomar una copa.

—Con Yon, claro —me soltó con flema.

—Bueno, no he quedado con él en nada, pero seguro que me lo encuentro —le contesté, algo incómoda por haber tenido que darle aquella explicación.

Pero no dijo nada. Sólo se giró y se metió en el cuarto de baño, dando un portazo tras de sí.

Resoplé.

Después decidí irme. Acababa de entrarme un mensaje de mi madre diciéndome que en diez minutos me llamaría desde la residencia de mi abuela, así que me encaminé directa hacia el lobby del hotel. Allí era donde mayor cobertura de wifi había.

—Hola, mamá. Hola, abuela —saludé con la voz entrecortada en el momento en que la vi. Parecía diferente. La encontré algo desmejorada.

Evidentemente ella no me contestó. Tan sólo tenía la mirada fija, como siempre, en un punto del horizonte.

—Hola, hija, ¿cómo estás?

—Yo bien, mamá. La verdad es que hoy ha sido un día increíble. He hecho cosas muy emocionantes. Marc me ha llevado a unos sitios espectaculares y, gracias a él, he hecho actividades que jamás en mi vida hubiera pensado que podría hacer. —Paré de hablar un momento. Se me había hecho un nudo en la garganta. La emoción de tantas experiencias nuevas vividas se había acumulado en ella. También la sensación de sentirme orgullosa de mí misma por primera vez en la vida.

—Hija..., ¿qué te ocurre?

Me recuperé. No quería, precisamente, que mi abuela me viera llorar, aunque fuera de alegría.

—Que por primera vez en mi vida soy feliz, mamá. Por primera vez en mi vida me siento más viva que nunca —le expliqué, sonriendo abiertamente, aunque todavía con lágrimas en los ojos.

—¡Cuánto me alegro, hija! ¿Ves, mamá? La niña está feliz —comentó, dirigiéndose a mi abuela al tiempo que le apretaba la mano con cariño.

Tuve que deshacerme de nuevo del nudo de la garganta.

—Abuela, a pesar de lo que pueda parecer, soy más feliz que nunca. No haberme casado ha sido lo mejor que me podría haber ocurrido. Con Fede no hubiera sido feliz nunca, ahora lo sé.

A veces me frustraba hablar con mi abuela, a pesar de lo mucho que la quería. Y ésa era una de ellas, porque no sabía nunca si mis mensajes le llegaban y, en esa ocasión, no había sido diferente. Ella siguió con su mirada perdida en aquel punto sin hacer ningún gesto, sin ninguna variación en su semblante... sin ser ella. Pero ya había llegado a acostumbrarme, aunque algunas veces lo llevara peor.

—Seguro que te ha oído, cariño —afirmó mi madre cuando advirtió mi desaliento.

Asentí, sonriendo, aunque con más lágrimas todavía pugnando por salir.

—Lo sé, mamá. Estoy convencida de ello.

—Ya ves que tu abuela, a pesar del leve balanceo, está como siempre. Algo más delgada quizá, pero sé que la están cuidando bien. Bueno, hija, intenta disfrutar al máximo, ¿vale?

—Lo haré, mamá. Cuidaos y dale un beso de mi parte y otro muy grande para ti y para Ainara.

Necesité unos minutos para recuperarme. Me pasaba siempre que hablaba con mi abuela, a pesar de los años que ya llevaba así.

Después fui directa a cenar. No tenía mucha hambre, así que fui al bufé, tomé los ingredientes necesarios para hacerme una fajita, cogí un par de servilletas y me fui a comérmela a la playa.

Estaba vacía, por lo que disfruté mucho de la paz que el silencio me proporcionó.

Aquel día había sido una montaña rusa de emociones, a todos los niveles. Pero lo que más me preocupaba tenía un nombre que agitaba mi mente cada vez que se colaba en ella.

Marc.

De todo lo que había vivido ese día, sin duda alguna, la emoción más fuerte había sido la de ser consciente de lo que él había empezado a suponer en mi vida. Cada día más, se estaba convirtiendo en una condición suficiente, pero necesaria, para ser feliz. Y es que su presencia empezaba a ser imprescindible para sentirme cada vez más viva. Porque él me proporcionaba esa sensación de muchas maneras, a muchos niveles, en todos los momentos.

Y eso me dio pánico.

No en sí el sentimiento, sino más bien las consecuencias de éste.

Porque ninguno de los dos estábamos preparados para comenzar nada, así que debería apartar de mí aquello que comenzaba a surgir antes de que me acabara haciendo daño. Antes de que fuera demasiado tarde.

Decidí entonces ir a la palapa. Necesitaba despejarme y hablar con otra gente. Necesitaba, en definitiva, olvidarme de todo y divertirme.

Por suerte, cuando llegué allí se encontraba el grupo de Yon.

Aunque fue por poco tiempo. Esa noche habían decidido ir a una famosa discoteca de Playa del Carmen.

—Vente. Seguro que lo pasamos genial —me propuso él.

Francamente, no sabía qué hacer. Me sentía un poco fuera de lugar entre tanto estudiante. No me veía bebiendo chupitos de tequila para desfasar después como si no hubiera un mañana.

¿O sí?

¿Por qué no?

A lo mejor era eso precisamente lo que necesitaba. Vaciar mi mente de pensamientos que no me llevaban a nada.

Así que... sí. Me fui con aquellos descerebrados a la que se suponía que iba a ser la mayor noche de juerga de mi vida.

Sin embargo, acabé cogiendo un taxi a las doce de la noche, como Cenicienta, para poder volver al hotel.

Yo sola.

Porque aquello había sido un auténtico despropósito. Y es que ya se sabe: quien con niños se acuesta...

Pues sí, meada me levanté... o casi, si no lo llego a remediar antes.

Lo primero que hicimos al llegar a Playa del Carmen fue dirigirnos a su famosa Quinta Avenida, la cual estaba repleta de gente cenando en los restaurantes, comprando en las tiendas y paseando de aquí para allá. La verdad es que el ambiente era increíble.

Música, sabores y olores se mezclaban en aquel lugar, confiriéndole una personalidad sin igual, característica únicamente de aquel rincón del mundo, que te envolvía con su atractivo colorido. Mariachis, guerreros mayas y toda suerte de representantes de aquel hermoso país te saludaban al paso, haciendo que te embebieras de aquella vibrante cultura. Miraras donde miraras había risas, buena energía..., en definitiva, vida.

Pero, por desgracia, todo cambió a partir de que entramos en aquella dichosa discoteca.

Para empezar, la música estaba demasiado alta, la gente demasiado apretujada y las ganas de desmadre demasiado interiorizadas. Así que lo primero que hicieron, cómo no, fue pedir una ronda doble de chupitos de tequila para todo el mundo, incluida yo.

No me negué. Había salido a divertirme y un par de tragos no me harían daño.

Primer error.

Después estuvimos bailando hasta que Yon apareció con un mojito.

Segundo error.

Porque hacía calor, tenía sed y me lo bebí del tirón, lo cual lo llevó a pedirme otro más, que también me bebí con ganas.

«La noche es joven», me dije.

Tercer error.

La noche sí, pero tú ya no, bonita.

Me emborraché. Mucho.

De golpe se me subió todo el alcohol y tuve que salir a que me diera el aire, porque empecé a marearme. Por supuesto, Yon, muy solícito él, me acompañó.

Cuarto error.

Porque una vez salimos de la discoteca, me llevó a dar un paseo y, casualidades de la vida, acabamos en una playa cercana.

Después de eso, los recuerdos comienzan a ser borrosos.

Sé que me besó, sé que me tocó. También tengo constancia de que quiso... Iba a decir hacerme el amor, pero no fue eso lo que quiso hacerme precisamente. Quiso beneficiárseme en plan empotrador.

Y yo me dejé hacer. Había ido allí a divertirme y, en mi lista de «cosas de juventud aún por hacer», todavía tenía pendiente el tener una noche de sexo loco y sin compromiso.

Así que, «Adelante —me dije—. Éste es tu momento, aprovéchalo.»

Pero en ese instante fui consciente de que, aunque en realidad sí que quería tener una noche de sexo desenfrenado, no era con él con quien deseaba tenerlo.

Marc acudió a mi mente, y a mi boca también.

Y supongo que eso no le hizo mucha gracia a Yon, quien, cuando me oyó nombrarlo, paró inmediatamente de besarme y, con un cabreo monumental, se quitó de encima mío para largarse de allí, maldiciendo malhumorado.

Después de eso, recuerdo acercarme al alto muro que separaba la playa del paseo marítimo para apoyarme en él. Me sentía muy mareada y con muchas ganas de vomitar.

Y luego noté cómo el agua del mar golpeaba mi cabeza, refrescándome.

¡Un momento!

Si tenía el agua a unos cincuenta metros, ¿cómo era posible que me estuviera cayendo en plan ducha por todo el cuerpo?

¡Oh, Dios mío!

Quinto error.

Levanté la cara para averiguarlo y sólo pude ver el chorro de tres miembros viriles cayendo sobre mí.

Me quise morir.

Salí corriendo de allí y me fui directa al primer chiringuito que vi. Me pedí tres tequilas más y me los bebí del tirón. Prefería perder la conciencia a tenerla sabiendo que había sido meada por tres imberbes borrachos.

Luego decidí que quizá fuera mejor acabar ya aquella *estupenda* noche de juerga y cogí un taxi.

No sé ni cómo el hombre supo dónde tenía que llevarme, porque no recuerdo ni siquiera habérselo dicho.

Y es que, a partir de ese momento, mi mente está completamente en blanco.

Lo siguiente que recuerdo fue despertarme por la mañana, con una resaca tremenda, cuando Marc se disponía a salir para ir a ver a María.

Marc

Me costó mucho dormir. Aquel día había sido demasiado intenso.

Demasiadas emociones encontradas se habían paseado por mi corazón y por mi mente, haciendo estragos en mí.

Primero había sido el intenso día que había vivido con Abril. Verla sonreír como lo había hecho me había llenado el alma, porque hacía tiempo que no era feliz al lado de una mujer. Y es que, con ella, todo era fácil. Abril me hacía sentir muy bien. A su lado me encontraba tremendamente tranquilo, a gusto, dichoso.

Pero lo que comenzaba a sentir por Abril iba aún más allá. Porque cada vez necesitaba más de su presencia para sentirme bien. Cada sonrisa, cada mirada, cada palabra suya llenaban mi vida, y lo hacían a pesar de lo jodida que estaba.

No obstante, su presencia había acabado teniendo ese efecto en mí, a pesar del poco tiempo que hacía que nos conocíamos... pero es que eso era lo de menos. Siempre había pensado que, tras la ruptura con Nerea, con el agravante añadido del daño sufrido anteriormente por Alba, me iba a ser casi imposible volver a confiar en nadie y, por tanto, daba por perdidas mis posibilidades de volverme a enamorar alguna vez en la vida. Y, sin embargo, ahí estaba yo, suspirando por pasar cada vez más tiempo a su lado.

Y es que ese tiempo que compartíamos me hacía volver a ilusionarme, me hacía pensar que podría enamorarme de nuevo, esa vez de una mujer increíble. Esa vez, quizá, del verdadero amor de mi vida.

Pero es que no sólo estaban los sentimientos, también estaba el instinto que despertaba en mí..., uno que hasta la fecha no había conocido. Porque ninguna mujer me había hecho sentirme atraído por ella de esa manera tan intensa en que lo hacía Abril. Sus curvas, sus movimientos, sus gestos... me volvían completamente loco, y mi cuerpo, además, reaccionaba a ello.

Así que ser consciente de todo lo que había supuesto Abril en mi vida era para mí un auténtico quebradero de cabeza, porque ¿cómo podía salir aquello? Para mí no había ni una mínima garantía de que las cosas entre nosotros fueran a ir medianamente bien; por un lado, por lo destrozada que estaba mi vida y también en parte mi corazón, y, por otro lado, porque Abril no debía comenzar todavía ninguna relación si no quería caer de nuevo en otro error de elección.

Por eso había decidido mantenerme lo más alejado posible de ella. Lo había meditado mientras volvíamos al hotel después de nuestro día de excursión al cenote. Con lo que no contaba era con sentirme tan mal. Ni tan siquiera el colgante que me había mandado Antonio ni

la cita que tendría al día siguiente con María para que por fin me desvelara la verdad sobre mi abuelo habían hecho que me sintiera mejor.

El hecho de que Abril se fuera a tomar algo, probablemente con aquel impresentable, no había ayudado tampoco a mejorar ni mi ánimo ni mucho menos el cabreo que comenzaba a sentir.

Así que me costó bastante dormirme, porque todos esos pensamientos inundaban mi mente en contraposición a lo que sentía en mi corazón y en mi cuerpo.

Pero finalmente lo conseguí.

Sin embargo, un ruido poco después de medianoche me despertó.

Era Abril. Acababa de llegar.

Me incorporé en la cama, aún no sé por qué, y dirigí la mirada hacia la entrada.

Se había quedado allí de pie, parada, pero de repente la vi meterse en el cuarto de baño. Después oí cómo abría el grifo de la ducha. Supuse que, si había bailado mucho y había sudado, querría refrescarse. Después me volví a dormir.

No obstante, no tardé en volver a despertarme. Abril me había dicho algo.

—Marc, Marc...

—¿Qué? —le dije al tiempo que me giraba hacia su lado de la cama.

Abril se había metido en ésta y se había tapado con la sábana.

Seguidamente, todo se precipitó.

Estaba tan cerca de mí que no me dio tiempo a apartarme cuando sentí su mano sobre mi entrepierna por encima del pijama.

¡Joder! Lo hizo con tanto deseo que eso nada más ya me encendió.

A continuación, intenté apartarme y me giré, quedándome boca arriba, momento que ella aprovechó para subirse a horcajadas sobre mí.

Estaba completamente desnuda.

—Abril, ¿qué pretendes? No puedes hacer esto.

—Sí que puedo —me contestó, arrastrando las sílabas.

Me di cuenta entonces de que estaba ebria.

—No, no puedes. Estás borracha.

Sonrió con malicia.

—Lo que estoy es con ganas de que me eches el polvo de mi vida.

¡Joder!

Era la primera vez que veía a Abril desnuda y no hacía más que moverse provocativamente contra mi entrepierna, que, inevitablemente, había reaccionado.

—Madre mía, ¡qué dura se te ha puesto! La de Fede no se ponía así —dijo, esta vez arrastrando más aún las palabras.

—Abril, por Dios —le dije haciendo un esfuerzo titánico para no hacer lo que más me apetecía en ese momento.

Pero continuó con su delicioso baile. Todo su cuerpo se movió sobre mí, hipnotizándome.

Porque eso era lo que me estaba ocurriendo. Sentía el calor de su sexo sobre el mío. Sentía su humedad.

Sus manos cogieron las mías y me las dirigieron hacia sus pechos. Los toqué, no pude evitarlo. Los acaricié con delicadeza al principio, pero después ella me exigió más. Apretó sus manos contra las mías, obligándome a presionárselos, a jugar con ellos.

Me estaba volviendo loco. La cogí entonces de la nuca y la obligué a que se reclinara hacia mí. Quería besarla, quería probar su boca. Tenía su cuerpo sobre el mío y la estaba besando. La tenía entre mis brazos, entre las sábanas, como me había imaginado.

Pero aquello no podía ser. Ella no era consciente de lo que hacía y yo no podía aprovecharme de esa situación, por mucho que lo estuviera deseando.

Así que, como pude, me deshice de ella. Me levanté de la cama, salí a la terraza e intenté serenarme.

Al cabo de unos segundos, cuando volví a entrar, comprobé que se había quedado dormida. Eso me desilusionó enormemente. Habría preferido que siguiera despierta reclamando mis atenciones, pero estaba claro que no estaba en disposición de seguir haciéndolo.

Suspiré.

Después fui al baño a aliviar la tensión que sentía. Lo hice pensando en ella..., en su cuerpo, en su sonrisa, es sus preciosos ojos y, sobre todo, en el cálido beso que me había dado y que había removido, de una manera irrevocable, mi corazón.

Cuando volví a la habitación, seguía plácidamente dormida.

Quise acostarme y hacer lo mismo, pero saber que la tenía al lado, completamente desnuda, me hacía muy difícil poder conciliar el sueño, así que decidí que lo mejor sería buscar su pijama y ponérselo. Y eso hice.

Hubiera quedado muy cortés por mi parte decir que se lo puse sin mirarla, pero no fue así. De hecho, no pude evitar recrearme en su dulce silueta, en sus insinuantes curvas, en sus apetecibles senos, en su cálida piel. Abril era realmente preciosa... sensual, inocente, provocativa.

Tardé en ponérselo, porque quería grabarme en la memoria cada centímetro de su piel. Esa piel que tanto me hubiese gustado recorrer con mi boca, con mis manos; con mi ser.

Pero me tuve que exigir, en contra de mi propia voluntad, ponerle el pijama. Si seguía observándola de la manera en que lo estaba haciendo, acabaría por sucumbir a su cuerpo. Porque eso es lo que me hubiera gustado hacer. Acariciarla y poseerla. Darle el inmenso placer que ella misma momentos antes había reclamado y que tanto se merecía.

Pero aquello no podía ser.

Así que, finalmente, le puse el pijama y regresé de nuevo al baño. Necesitaba aliviar mi tensión, otra vez. Lo que provocaba aquella mujer en mí era una auténtica locura.

A la mañana siguiente me desperté muy temprano con una sola imagen en la cabeza: el cuerpo de Abril. El precioso cuerpo que horas antes me había buscado con nocturnidad y alevosía.

Y ahí estaba ella. Disfrutando de un plácido sueño, probablemente ajena a todo lo ocurrido.

Decidí entonces levantarme sin demora, darme una ducha y largarme a ver a aquella anciana. Estaba ansioso por conocer la verdadera historia de mi abuelo.

Sin embargo, cuando me disponía a salir por la puerta, Abril llamó mi atención.

—Buenos días...

Me paré un instante, suspiré y le devolví los buenos días, pero después continué con mi intención de marcharme.

—Espera, ¿a dónde vas?

Se había levantado de la cama y se había acercado a mí.

Me giré y, sinceramente, no supe muy bien qué decirle. Porque era consciente de que me estaba largando, a sabiendas, sin ella. La estaba intentando apartar de mí.

Aun así, no quise mentirle.

—A ver a María.

—¿Y pensabas irte sin mí? —me preguntó con cierto enfado conforme se dirigía a su maleta y sacaba algo de ropa de ella—. Dame cinco minutos —me exigió a continuación.

No me había dejado lugar a dudas de cuáles eran sus intenciones y no me quedó más remedio que esperarla.

Diez minutos después salió de la habitación y, a pesar de que lo más normal era que no tuviera buena cara y acusara la resaca, cuando la vi aparecer pude observar que estaba más guapa que nunca. Y es que tenía esos preciosos ojos azules tan abiertos y tan expresivos como siempre. Por otra parte, un ligero toque sonrosado coloreaba sus mejillas, dándole ese aspecto juvenil e ingenuo que tanto me gustaba de ella. Pero es que, para colmo, sus labios, pintados tenuemente, mostraban un brillo especial que los hacía ser aún más apetecibles.

Tuve que contenerme para no tirarme directo a comerme esa boca, en apariencia inocente, que estaba convencido de que podía desatar la erupción de un volcán... al menos la del mío propio, que bullía descontrolado.

¡Pero ¿qué cojones me estaba pasando?! Jamás en mi vida había sentido que perdía tanto el control con una mujer como con ella.

Tuve que obligarme a pensar en otras cosas.

No obstante, las cuestiones que Abril comenzó a lanzarme durante el desayuno no me ayudaron en mi propósito.

—Marc, ¿puedo preguntarte una cosa?

Asentí con la cabeza.

—Ayer... —Me eché a temblar. Sinceramente prefería que no se acordase de nada—. Bueno, sé que te va a resultar algo raro lo que te voy a decir —continuó—, pero ¿tú sabes si me duché cuando llegué?

Aquello me pilló completamente por sorpresa. No me esperaba precisamente esa pregunta, que tampoco entendía a cuento de qué venía.

—Creo que sí —le contesté, temeroso de lo que me pudiera decir a continuación.

Pero Abril suspiró con relajación y eso hizo despertar mi curiosidad.

—Por lo que veo, era muy importante para ti ducharte —le dejé caer, para ver si me daba alguna explicación sobre aquello.

Abril se llevó las manos a la cara para tapársela. Diría que se había sentido avergonzada.

—Buff... es que, después de lo que me pasó, te aseguro que era primordial pasar por una buena ducha antes de acostarme. Pero es que no recuerdo apenas nada desde... —Dejó de hablar. De nuevo se llevó las manos a la cara—. Madre mía, vaya noche.

Eso me picó más la curiosidad todavía.

—¿Te lo pasaste bien? —indagué, con bastante temor de lo que me pudiera contestar. Porque mis ganas de conocer lo que ocurría en su vida cuando yo no estaba eran tan grandes como el miedo de que lo que me contara no me gustase en absoluto.

—Pues no sé qué decirte. Si a eso le llaman tener una noche loca, casi que no me he perdido mucho entonces.

Me dio la risa; por la cara que había puesto ella y también, por qué voy a negarlo, por saber que no le había gustado demasiado.

—¿Y puedo saber en qué consistió esa noche loca?

Abril me miró manteniendo su expresión avergonzada.

—Pues en beber como si no hubiera un mañana hasta el punto de que me mareé y me tuve que ir de la discoteca. —Abril paró entonces de hablar y puso un gesto de confusión.

—¿Y qué pasó después?

Comenzó a ponerse nerviosa.

—Bueno..., acabamos en la playa...

—¿Acabasteis? —Obviamente quería saber con quién había ido.

—Sí, bueno, Yon me acompañó.

—Humm... Qué majo él, ¿no? —solté con absoluto sarcasmo. No soportaba a ese tipo.

Abril carraspeó y luego continuó hablando.

—Luego ya sólo empiezo a tener imágenes sueltas del resto de la noche.

Entonces el que carraspeé fui yo.

—¿Qué imágenes?

—Bueno, pues me levanté de la arena y caminé hasta el muro que dividía el paseo de lo que es la playa en sí y... ¡Madre mía, ¿cómo te explico esto?! —Esperé paciente a que lo hiciera mirándola fijamente. Era obvio que se estaba sintiendo bastante incómoda y por eso miraba al suelo—. Me mearon —dijo finalmente conforme levantaba su mirada y la clavaba en mí con cara de asco.

—¡Espera! ¿He oído bien?

Abril asintió con la cabeza y la volvió a agachar después.

—Supongo que no me vieron y unos chicos comenzaron a mear sin saber que lo estaban

haciendo sobre mí. El caso es que me dio tanto asco sentirme así que me fui al primer chiringuito que encontré y me bebí tres tequilas. Después de eso, recuerdo que pensé en coger un taxi para volver al hotel y en darme una larga ducha cuando llegara. Pero, sinceramente, no sabía si lo había llegado a hacer o no.

—Y... ¿ya no recuerdas nada más de tu noche loca? —le pregunté, intentando averiguar si era consciente de lo que había pasado entre nosotros y, también, si había tenido algo con Yon en la playa, ya que me daba la sensación de que había obviado esa parte intencionadamente.

Abril se encogió de hombros.

—Nada que sea relevante —me dejó caer al tiempo que me retiraba la mirada.

Sin duda escondía algo que no quería contarme. Quizá se acordaba de lo ocurrido entre nosotros y prefería no hacerlo o quizá se había enrollado con aquel tipejo y no quería decírmelo.

Todo aquello me llevó a sentirme tremendamente cabreado, no sólo por el hecho de que se hubiera acostado con él, lo cual ya de por sí me revolvía el estómago, sino que, además, lo hubiera intentado hacer conmigo poco después.

Me levanté de la mesa inesperadamente. Necesitaba salir a tomar el aire y tranquilizarme. Aquel último pensamiento había provocado en mí un huracán de celos que no comprendía y que me molestaban enormemente. Porque yo no tenía derecho a sentir esos celos; Abril era libre de hacer lo que quisiera con su cuerpo.

Pero estaba claro que mis sentimientos, imposibles de controlar ya, actuaban por su cuenta, jodiéndome de una manera que comenzaba a odiar... porque acabarían haciéndome daño; de hecho, ya lo estaban haciendo.

—Marc, ¿qué ha pasado? ¿Por qué has salido así del restaurante?

Abril me había seguido y me miraba, intrigada.

—Lo siento, es que... de repente he necesitado salir a tomar el aire. Me estaba agobiando ahí dentro con tanto jaleo —me excusé.

—Oye, ¿te pasa algo conmigo? Te noto... raro.

La miré directamente a los ojos y quise decirle todo lo que me pasaba, todo lo que comenzaba a sentir por ella, pero sabía que aquello no haría más que complicar las cosas entre nosotros y que sería un error fatal.

No debía hacerlo, así que le mentí.

—No, todo está bien. ¿Nos vamos?

Abril me miró con recelo. Empezaba a conocerme y sabía que no estaba siendo del todo sincero con ella. No obstante, lo dejó pasar.

—Sí, podemos irnos ya. Estoy deseando saber por fin qué le pasó a tu abuelo.

Pusimos entonces rumbo a la casa de María. Yo también necesitaba conocer por fin cómo había sido su vida y qué le había llevado a hacer aquello que hizo.

—Oye, Marc —comenzó a decirme Abril después de una media hora de camino— ¿llevas la nota que encontré en el tocador de la hacienda?

—Sí, la he cogido. ¿Por qué?

—Porque no hemos tenido ocasión de hablar sobre ella y recuerdo que hubo una cosa que me llamó la atención.

—¿El qué? —le pregunté con curiosidad.

—Ponía algo que no entendí. Era una palabra, una muy rara.

—*Tikkún*.

—¡Ésa! No sé qué significa, ¿tú sí?

Asentí, aunque con cierta inquietud.

—Curiosamente —le comencé a explicar—, para este viaje decidí traerme un libro que me regaló mi abuelo cuando yo aún era un adolescente y que dejé olvidado durante todo este tiempo en una estantería. En él, precisamente, se explica lo que es el *Tikkún*.

—¿En serio?

Asentí de nuevo.

Abril se me quedó mirando, obviamente esperando a que le aclarara su significado.

Carraspeé, porque aquello era algo difícil de explicar y que a mí me había costado bastante entender. Porque, además, era algo que estaba muy alejado del mundano pensamiento al que estábamos acostumbrados, ya que abandonaba lo pragmático para imbuirse en lo absolutamente espiritual.

Aun así, intenté explicarle lo que yo había creído entender acerca del tema.

—Según lo que he leído, *Tikkún* significa en arameo «corrección» y... —volví a carraspear, porque aquí era donde se complicaba la explicación—... se supone que todo hombre nace con un *Tikkún*, es decir, con una especie de camino que debe seguir para alcanzar el objetivo de corregir o experimentar aspectos de nuestro ser que, por lo que sea, necesitamos mejorar o simplemente vivir.

Abril me miraba con verdadero interés mientras procesaba la información que acababa de darle.

—No termino de entenderlo. ¿Eso es como un destino ya marcado de antemano o algo así?

—Digamos que es algo que vienes a experimentar en esta vida porque deseas adquirir determinados aprendizajes o descubrir y probar determinadas vivencias.

—Pero ¿quién decide lo que tienes que vivir?

—Tú mismo —le contesté. Sin embargo, tuve que aclarar mejor mi respuesta—. Venimos a este mundo con la intención de vivir una serie de experiencias que hemos elegido previamente con el objetivo de enriquecer el alma. Todo lo que vivimos, por tanto, lo hemos elegido nosotros antes.

—¿Me estás diciendo que un pobre, un paralítico cerebral o un asesino han decidido vivir así su vida? —me preguntó ella, con lógica incomprensión.

—Sí —afirmé, pero sabía que aquella respuesta necesitaba de una explicación más amplia y se la di—. A mí también me pareció ridículo al principio, porque ¿quién querría vivir una vida

pasando penurias? Evidentemente, eso es bastante difícil de comprender a priori. Sin embargo, si te paras a pensarlo mejor, en eso precisamente radica la grandeza del *Tikkún*. Si siempre eligiéramos lo bueno, ¿cómo conoceríamos lo malo? ¿Cómo saber que eres feliz si nunca has experimentado la tristeza? ¿Cómo saber lo que es el amor si nunca has experimentado el desamor o el odio?

Abril se quedó en silencio, probablemente rumiando toda la información que le había dado.

—¿Y tú crees en eso? —me preguntó a continuación.

—Pues... no lo sé, la verdad. Para mí es todo muy nuevo y nunca he creído en cosas de ese tipo.

—Pero por lo visto tu abuelo sí que creía.

—Me temo que sí. Cuando comencé a leer el libro y vi de qué iba, simplemente pensé que mi abuelo me lo había regalado sin saber siquiera en qué consistía su contenido. No obstante, cuando leí la nota comprendí que el libro me lo regaló por una razón que, evidentemente, tiene mucho que ver con las que fueron sus creencias y con todo lo que vivió aquí.

—Pero ¿él nunca habló de esas cosas con vosotros?

—No, que yo recuerde. Siempre fue un hombre muy hermético para sus pensamientos y jamás verbalizó nada acerca de ningún dogma en el que creyera.

Abril volvió a quedarse en silencio durante un buen rato mientras yo le daba vueltas a lo realmente desconocido que estaba resultando ser mi abuelo para mí.

Al rato, la curiosidad hizo que volviera a preguntarme sobre el tema.

—Si existiera el *Tikkún* ese, ¿qué crees que es lo que tú habrías venido a experimentar en tu vida?

Abril acababa de hacerme la misma pregunta que yo me había formulado en el momento en que había conocido el significado de esa palabra.

La miré por unos segundos, pero enseguida tuve claro qué contestarle.

—Pues para mí es obvio que he venido a conocer lo que es sufrir por amor. Toda mi vida se ha visto marcada por este hecho, así que supongo que, en mi caso, está bastante claro.

Esperé unos segundos por si ella quería preguntarme algo más, pero, viendo que no lo hacía, le lancé una cuestión a la que yo también le había dado varias vueltas.

—¿Y tú? ¿Cuál crees que es la razón de tu paso por esta vida?

Abril me miró detenidamente durante un largo lapso de tiempo. Sin duda intentaba encontrar cuál podía ser su motivo.

—Sinceramente, no lo sé —me contestó al rato—. Quizá pudiera ser experimentar el dolor de tener una figura paterna que no está presente para nada en tu vida o, a lo mejor también, el aprender que no se pueden disfrazar unos sentimientos de algo que realmente no son.

Reflexioné sobre los posibles motivos que me había dado. En su caso, no había un patrón tan claro o identificable como quizá lo hubiera en el mío.

Sin embargo, no tenía muy claro hasta qué punto todo aquello podía tener algo de lógica y ser

cierto, igual que tampoco tenía muy claro qué había llevado a mi abuelo a creer en esas cosas tan alejadas de nuestra fe tradicional.

En cualquier caso, tampoco quería darle más vueltas a un asunto que, para mi científico pensamiento, no tenía demasiado sentido, así que, simplemente, me centré en conducir hasta que llegamos a nuestro destino.

Cuando lo hicimos, todos los chiquillos que había allí se nos acercaron a darnos la bienvenida y mirarnos con curiosidad.

Mariela no tardó en aparecer y, tras saludarnos, nos pidió que la acompañásemos dentro.

María se encontraba en la misma mecedora donde la habíamos dejado la última vez. Nos recibió con una enorme sonrisa, tendiéndonos sus manos para que se las cogiéramos.

—¡Hola! ¡Cuánto me alegro de que hayáis vuelto! Siento mucho lo que me pasó la otra vez.

—No se preocupe —le dijimos Abril y yo al unísono—. Espero que se encuentre ya mejor —añadí yo.

—Sí, ya estoy mucho más tranquila —me contestó la anciana conforme cogía una vez más mi mano y me sonreía dulcemente.

Al igual que la vez anterior, también nos habíamos sentado frente a ella. Sin embargo, esa vez sentía algo menos de tensión, a pesar de que la situación seguía siendo bastante extraña para mí.

—No estés nervioso —me pidió entonces María, que obviamente había intuido mi desasosiego. Después me apretó levemente la mano y ese gesto consiguió que me relajara bastante.

En realidad no me ponía nervioso su presencia ni el hecho de estar en la casa de unas desconocidas; lo que realmente me inquietaba era lo que pudiera descubrir sobre quien, para mí, había empezado a ser un completo desconocido.

Después nos quedamos en silencio unos instantes. María se tomó su tiempo antes de empezar a hablar.

—Como ya te dije mediante la nota que mi hija te dejó en el hotel, tu abuelo me pidió que jamás desvelara la verdad. Me hizo jurar que nunca, bajo ningún concepto, revelaría su secreto. Pero comprendo que, si tú estás aquí intentando averiguar cosas sobre él, es porque ya no se encuentra entre nosotros, así que lo he estado pensando mucho y, a pesar de que no soy una persona a la que le guste romper sus promesas, creo que en esta ocasión voy a hacer una excepción, en honor a la verdad y, sobre todo, en honor a tu abuelo y la bella persona que fue.

Tragué saliva y, con ella, el nudo que se me había formado en la garganta.

—Pero no voy a ser yo la que te cuente el paso de tu abuelo por aquí —continuó diciendo María—, sino que lo va a hacer él mismo.

Obviamente la miré muy sorprendido y sin entender qué quería decirme con sus crípticas palabras.

María le hizo un gesto a su hija y ésta salió de la habitación para volver segundos después con una especie de cuaderno.

Se lo entregó a la anciana, que lo miró con especial cariño mientras pasaba su mano delicadamente por las tapas.

—Éste —comenzó a decir María— es el diario que tu abuelo escribió durante el tiempo que estuvo aquí. No es un diario al uso; cuando lo abras comprenderás por qué te digo esto, pero sí es un escrito que te va a ayudar considerablemente a conocer mejor a Bastian y la vida que tuvo aquí. —María hizo una pausa para dejarme asimilar sus palabras y después continuó—. Te preguntarás cómo es que lo tengo yo y, además, cómo es que sé cuál es su contenido. Pues bien, te diré que tu abuelo, pasados tres días del fatídico incidente que destrozó su vida, apareció aquí, en mi casa. —María tomó aire, perdió la vista en la ventana que daba al exterior y siguió hablando como si estuviera reviviendo aquella escena de nuevo—. Era de noche cuando unos nudillos golpearon con fuerza la puerta. Yo me asusté, pues a esas horas no solíamos tener visitas y menos con la urgencia que parecía traer ésa. Sin embargo, una voz conocida, pronunciando de manera trémula mi nombre, me anunció de quién se trataba. Abrí la puerta y Bastian, completamente demacrado y con el semblante descompuesto, se vino abajo, cayendo en redondo al suelo. Con la ayuda de mi marido, que en paz descanse, conseguimos llevarlo hasta ese sofá que ves ahí —me indicó, señalando hacia el mueble verde que tenía a mi derecha—. Estuvimos cuidando durante toda la noche de él. Tenía muchísima fiebre, lo que le hacía delirar. No obstante, era un hombre fuerte y a los dos días comenzó a recuperarse. Una vez que lo hizo del todo, pude hablar tranquilamente con él sobre lo que había pasado. Me contó que, después de huir de la hacienda, se había escondido en la plantación durante esos días. Él ni siquiera era consciente de cuántos, ya que había perdido la noción del tiempo debido a la insolación, la inanición y, sobre todo, la falta de hidratación que sufrió. Lo que ignoro es cómo sobrevivió —comentó, mirándome directamente a los ojos con un claro sentimiento de asombro en el rostro—, pero el caso es que lo hizo y fue capaz de llegar hasta aquí para que le echásemos una mano. Por supuesto, lo hicimos. Tu abuelo siempre había sido muy bueno conmigo y con todo el personal. Cuando trabajó con el henequén, dio lo máximo de sí. Después, cuando le hicieron encargado, se preocupó de que todo el personal estuviera bien e hizo todo lo posible por cada uno de ellos. Cuando el dueño de la hacienda, con muy buen criterio, decidió traerlo a la casa grande para que hiciera trabajos de mantenimiento allí, así como otras labores, tu abuelo no lo defraudó y trabajó como nadie, dejándose la piel. Y no sólo se ganó su confianza, sino también la nuestra, además de un hueco en el corazón de todos. Porque era un hombre con una bondad increíble, que siempre se quitaba de sí mismo para dárselo a los demás. A mí, en concreto, me ayudó en un par de momentos delicados de mi vida, haciendo por mí cosas que ni mi propia familia hubiera hecho. Así que le tenía que estar muy agradecida. Por eso, cuando apareció aquí, le dimos cobijo y lo ayudamos a recuperarse. Cuando lo hizo, me contó qué había pasado realmente aquella funesta noche, pues sólo el dueño de la hacienda, que había quedado en coma, Lupe y él lo sabían. Yo le aseguré que no hacía falta que me explicara nada, pero él quiso hacerlo. Sin embargo, me pidió que aquello jamás saliera de estas cuatro paredes entre las que ahora te

encuentras. Me lo demandó por un motivo que, aunque alcanzo a comprender, no compartí ni comparto. No obstante, él me lo requirió así y yo, hasta el día de hoy, lo he respetado. Sin embargo, creo que ya ha llegado el momento de que se sepa la verdad y se limpie su nombre... y, sobre todo, creo que ha llegado el momento de que tú sepas quién era realmente tu abuelo.

Volví a sentir una terrible inquietud en el cuerpo. Intentaba seguir las palabras de María, comprenderlas y asimilarlas, pero verdaderamente me estaba costando y ella debió de intuirlo.

—Verás, cuando él se recuperó, tomó la decisión de volver a España, entre otras cosas porque, aunque la familia de Máximo, el dueño de la hacienda, finalmente había declinado poner una denuncia contra él, para los trabajadores y sobre todo para los vecinos de la zona Bastian era un potencial asesino y no lo querían por aquí. Pero es que, además, y por circunstancias que entenderás cuando leas su diario, ya nada lo retenía en estas tierras. Así que se marchó, pero me pidió que guardara su diario por dos razones. La primera era porque, si en algún momento de mi vida yo volvía a encontrarme con Lupe, tu abuelo quería que se lo entregara para que ella supiera hasta qué punto él la había amado. La otra razón era porque no quería llevarse consigo esta segunda parte del diario en la que habla de sus últimos días aquí, días en los que el dolor fue inmenso, y pensó que dejando aquí este cuaderno podría dejar atrás todo lo malo vivido. Así que ésa es la razón por la cual yo poseo sus escritos más íntimos. Por supuesto, nunca volví a ver a Lupe, así que no pude entregárselo como él me pidió. —María volvió a dejarme unos segundos para que lo digiriera todo, pero después continuó—. Hace unos meses, durante una reunión que organizamos de antiguos trabajadores de la hacienda para recordar viejos tiempos, alguien sacó el tema de aquella fatídica noche..., tema que nunca se había vuelto a tocar por la repercusión que tuvo para todos y por el impacto que supuso en la comunidad. Sin embargo, uno de los empleados de aquella época quiso saber si yo conocía lo que allí sucedió realmente, ya que aquella noche yo también me encontraba en la casa. Obviamente, y en honor a la palabra que le di a tu abuelo, mentí, diciendo que no sabía qué había pasado. Pero sí que lo sabía, aunque no porque lo hubiera vivido en primera persona o porque Bastian me lo hubiera contado... y es que... la madrugada anterior al encuentro con los trabajadores, nerviosa como estaba por volver a reunirme con ellos, no me podía dormir y acabé sentada en esta mecedora con un millón de recuerdos en la cabeza y nada de sueño. Eso me llevó a buscar el diario. Lo toqué, lo olí y me recordó a tu abuelo. El diario aún conservaba su aroma. —María hizo una breve pausa, suspiró con pesadez y levantó la cabeza—. Ahora es cuando tengo que pedirte disculpas, porque mi corazón me pidió leerlo para conocer toda la verdad, y lo hice.

Aquella anciana me miró entonces buscando mi perdón por la intromisión que había cometido.

Yo, por supuesto, le sonreí, dándole a entender que no tenía nada por lo que preocuparse o disculparse.

—Ahora quiero que seas tú el que lo leas —me dijo a continuación—. Quiero que, a través de sus escritos, veas a tu abuelo con sus propios ojos. Quiero que comprendas por qué hizo lo que

hizo y que la verdad salga a la luz, limpiando así su nombre, su memoria; porque lo que ocurrió, sin duda, es algo que cualquier hombre decente y honorable hubiera hecho de igual manera que lo hizo él.

María, con aquellas últimas palabras, me entregó aquel diario que supondría para mí un punto de inflexión en mi vida.

Abril

Miré a Marc. Había recibido de manos de aquella anciana mujer el diario que su abuelo había escrito de su puño y letra muchos años atrás. Sin duda se sentía emocionado, pero no sólo por aquel inmenso regalo, sino también por haber escuchado de boca de María lo buena persona que había sido Bastian; palabras, además, que corroboraban también las de Antonio, y que ofrecían la imagen de un hombre muy diferente del que yo, al menos, me había imaginado al principio.

Con la promesa de que volveríamos a casa de María una vez que Marc hubiera leído el diario entero, nos montamos en el coche y pusimos rumbo al hotel. Esa vez conduje yo. Me había ofrecido, entre otras razones, para que Marc pudiera empezar a leer aquel escrito que tanta intriga nos había provocado a los dos.

—¿Quieres que lo lea en voz alta? —me preguntó él entonces.

Obviamente yo tenía mucha curiosidad y deseaba saber qué ponía, pero no le había pedido a Marc que lo hiciera por prudencia, puesto que aquello era la intimidad de su abuelo y no quería inmiscuirme en algo tan personal si no salía de él.

—Si a ti no te importa, a mí me encantaría —le contesté.

Lo que no le dije es que, a mí, aquel diario me interesaba también porque era una forma de conocerlo a él, ya que estaba convencida de que Marc era muy parecido a su abuelo, y yo estaba ávida de saber todo cuanto tuviera que ver con aquel hombre que cada día me interesaba más en muchos aspectos.

Marc me sonrió con cierta emoción en su semblante justo antes de abrirlo. Lo contempló durante unos instantes, ojeando por encima las muchas hojas escritas que poseía. Después soltó un largo suspiro y, volviendo a la primera página, comenzó a leerlo.

2 de mayo de 1954

Comienzo este diario con el firme propósito de escribir en él todos mis pensamientos y, ante todo, las vivencias que este viaje me vaya a procurar.

Será mi legado para mi memoria cuando ésta decida abandonarme, y también para mi familia, con la que espero volver algún día.

Me siento muy emocionado ante esta nueva travesía que ahora, en este puerto y subido en este inmenso barco, comienzo.

América me aguarda. De hoy en adelante se convertirá en mi nuevo hogar. Espero de ella no sólo un buen trabajo, sino también una nueva vida.

Marc dejó de leer.

Lo miré. Tenía los ojos anegados en lágrimas, así que quise darle tiempo.

Después de unos segundos, alargué mi mano y la posé sobre la suya, apretándola ligeramente.

—Quizá sea mejor esperar a estar en el hotel para continuar leyendo —me dijo, con la voz rota.

Entendía su emoción. Aquello estaba siendo muy extraño para él, así que comprendí que necesitara estar en un sitio donde sentirse cómodo y tranquilo para poder seguir con la lectura.

No tardamos en llegar al complejo. Lo hicimos a la hora de comer, así que nos dirigimos al restaurante y, una vez que hubimos satisfecho nuestro apetito, nos fuimos directos a nuestra habitación.

Marc salió a la terraza, donde, a pesar de hacer bastante calor, se estaba bien, pues daba la sombra y corría una suave brisa que refrescaba un poco el ambiente.

Se acomodó en el gran sofá que había y yo me senté junto a él.

Después comenzó a leer el diario por donde lo había dejado. Lo hizo en voz alta, haciéndome partícipe de nuevo de la vida de su abuelo.

Día tras día, Bastian fue narrando cuán duros habían sido sus primeros meses allí. El trabajo en la plantación despellejaba sus manos y también sus expectativas. Aquello resultó ser más cruel de lo que nunca hubiera imaginado. Sin embargo, no se amilanó. Se hizo fuerte y supo vencer las debilidades de su cuerpo con esfuerzo y, sobre todo, con su gran tesón.

Si algo me estaba dejando claro aquel diario era que aquel hombre fue alguien extraordinario que supo, aun siendo tan joven, construir una nueva vida lejos de los suyos, atesorando una nueva familia que, como él decía, llevaría para siempre en su corazón.

En sus escritos hablaba de Antonio, de lo importante que había sido los primeros días, tras su llegada, la ayuda que éste le había prestado.

También hablaba de Máximo, el dueño de la hacienda, refiriéndose a él como a alguien a quien estaría eternamente agradecido por la oportunidad que le había brindado.

Así mismo, todos y cada uno de los trabajadores que allí había conocido habían tenido una mención especial en aquel recuerdo de su vida.

Página tras página, la ilusión de avanzar y crecer, no sólo como trabajador, sino también como persona, aumentaba. Su alegría tras sentirse uno más de aquella gran familia se veía reflejada en aquel relato, que se mostraba tan íntimo como sincero, poniendo de relieve los grandes sentimientos que Bastian profesaba hacia los demás.

Por eso no pude despegarme de Marc, porque, conforme avanzaba en la lectura, más captaba mi atención y más necesidad tenía de conocer el final de todo aquello.

Sin embargo, la noche nos envolvió y tuvimos que parar.

Propuse a Marc pedir algo de cena para que nos la trajeran a la habitación y continuar después con la lectura.

—Me parece perfecto —me contestó, con una enorme sonrisa —. Pide también un par de cafés muy cargados. Nos van a hacer falta si queremos terminar de leerlo esta noche.

Asentí, descolgué el teléfono y encargué lo que habíamos acordado.

Después de habernos dado una ducha, ponernos ropa cómoda y haber dado buena cuenta de la cena, continuamos con la lectura del diario de Bastian.

Nos encontrábamos ya en los últimos meses que había pasado en la hacienda. Sus escritos cada vez eran menos extensos, pero no por falta de interés por escribir, sino porque ya no había novedades que contar. Su vida, tras darle Máximo el trabajo en la casa, se había vuelto más tranquila y rutinaria. Ya no había cosas importantes que referir y tan sólo la añoranza de su familia española llenaba las páginas de aquellos días.

Sin embargo, el diario, en un momento dado, volvió a cobrar vida, devolviéndonos una imagen perfecta de la realidad que aquel muchacho, día tras día, había empezado a vivir. Una realidad entonces muy diferente; una que ya no estaba centrada en el trabajo, sino en una persona, Lupe.

30 de noviembre de 1956

No estaría esta noche escribiendo si no fuera porque necesito contar algo que me atormenta sobremanera.

Desde que estoy en la casa principal, he tenido la suerte de conocer a Lupe. Ya comenté hace unos días que su belleza me cautivó nada más verla, pero, ahora que la conozco mejor, no es sólo su físico el que alegra mi espíritu. Tan sólo su presencia hace que todo mi ser comience a temblar como si fuera un adolescente.

Lupe es una mujer especial, que colma de alegría mi interior, porque con ella puedo hablar de infinitas cosas sin que desdeñe mis locuras. Siempre parece presta a oírme y a compartir conmigo sus opiniones. Es inteligente, sensible y tiene una capacidad de comprensión que no había visto antes en ninguna otra mujer.

Sin duda, es diferente. Como he dicho, es especial.

Pero hoy ha ocurrido algo.

Siempre la busco al final del día para compartir con ella pensamientos, y hoy no ha sido menos. Como ya acostumbramos a hacer, hemos dado un paseo por la hacienda con la puesta de sol. Pero no estaría aquí escribiendo si no hubiera sido porque, esta tarde, la he cogido de la mano.

Ha sido un gesto inocente, sin premeditación, pero que ha desatado en mi interior toda una serie de emociones hasta ahora desconocidas para mí.

Sujetar su mano me ha parecido la cosa más bella del mundo. Sentir su piel bajo la mía ha erizado mis sentidos, poniéndolos en jaque... porque no me esperaba sentir algo tan perturbador e invasivo.

Pero no tengo miedo y creo que ella tampoco, a juzgar por cómo me ha recibido. Ninguno parece temer lo que tenga que venir. Así que me siento feliz, porque Lupe supera con creces las expectativas que yo tenía en cuanto al amor y en cuanto a lo que una esposa debía ser, por lo que es probable que le plantee que se case conmigo prontamente, ya que cada día tengo más claro que es con ella con quien anhelo pasar el resto de mis días.

Dirigí mi mirada hacia Marc, porque aquello me había parecido precioso. Bastian se había enamorado como un adolescente de aquella joven.

—Nunca me has hablado de Lupe, tu abuela —le hice la observación.

—No te he hablado de Lupe porque ella no es mi abuela.

—¡¿Cómo?!

—Para mí, esta mujer que describe aquí es tan desconocida como para ti —me explicó, dejándome completamente atónita.

—Pero yo pensaba que finalmente tu abuelo y ella habían vuelto juntos a España y allí habían formado la que es tu familia.

Marc negó con la cabeza.

—Mi abuelo se casó con mi abuela Carmen, una asturiana que conoció en España unos diez años después de su regreso de México.

—Pero, entonces, ¿quién es esta Lupe y qué pasó con ella?

—Me temo que tendremos que seguir leyendo el diario para averiguarlo —me contestó Marc, no sin cierta inquietud en el rostro.

Así que él retomó la lectura y yo continué escuchándolo, con más interés aún si cabe.

Día tras día, Bastian siguió narrando cómo su amor por Lupe iba creciendo. Cada vez necesitaba más su presencia y, por supuesto, su contacto. Así que, como dos adolescentes, buscaban la nocturnidad con alevosía para perderse el uno en el otro.

14 de enero de 1957

Cada día estoy más convencido de cuál es mi Tikkún en esta vida.

Sé que nunca he hablado aquí de ello, pero creo que ya es hora.

Al principio creía que eso del Tikkún era una de las tantas necedades pertenecientes a esa otra extraña religión que profesa mi buen amigo y compañero el Judío, pero tengo que admitir que, tras escuchar sus preceptos, poco a poco, he ido cayendo en la maraña de su fe, hasta el punto de no saber ahora mismo cuál es mi verdadera religión. No soy tampoco hombre devoto ni practicante, ni mucho menos categórico en mis pensamientos, así que no es encomienda difícil introducirme en las virtudes de otro credo, ya que no cierro las puertas a otras meditaciones, por muy sacrílegas que puedan parecerme a priori.

Así que, entre este maremágnum de nuevas reflexiones que lentamente me ha ido desgranando el Judío, se encuentra el Tikkún, precepto que revela el motivo y, por ende, el camino que todos tenemos asignado cuando venimos a esta vida. Es algo así como el cúmulo de experiencias que resuelves vivir y que te procuras antes de llegar a este mundo, con el fin de enriquecer tu alma con nuevos amaestramientos.

No me pidas una explicación mejor, porque no podría dártela con palabras. El Tikkún es algo que habita en tu interior. Es lo que sientes que define tu vida y te la guía, según me ha manifestado el Judío.

Así que, siguiendo sus saberes y habiendo hecho un profundo examen de mi alma, creo haber reconocido cuál es el mío. Por fin entiendo cuál es mi papel en esta vida.

La experimentación del amor pleno y puro es el Tikkún que yo he elegido. Estoy

convencido de ello. Porque, de otra manera, no podría, si no, entenderse lo que siento por Lupe. Es tal el reconcomio que me azuza que no puede haber emoción más intensa y grandiosa que ésa en la tierra. Y yo he venido a conocerla y a experimentarla hasta sus últimas consecuencias. Estoy absolutamente persuadido de ello.

Así que no puedo ser más feliz.

Aquello explicó de dónde provenía el conocimiento que tenía el abuelo de Marc sobre aquel concepto religioso judío.

Nos costó un buen rato asimilar todas sus palabras y lo que ellas significaban.

Bastian había encontrado, según él, el motivo por el que sentía ese amor tan inmenso por Lupe. Estaba convencido de que su *Tikkún* había sido experimentar el amor pleno, y por eso la había conocido a ella.

No obstante, y por lo que pudimos saber después, aquél no era, ni por asomo, su destino en la vida.

12 de febrero de 1957

No sé aún cómo he podido sentarme a escribir, cuando la desazón que tengo no me deja siquiera permanecer un segundo quieto en un sitio.

Hoy el sentimiento que me embarga es el odio, en la misma cuantía que desde hace unos meses lo hace el amor.

La culpa es de ese necio impresentable, que más vale que se encomiende a Dios y corrija sus pecados antes de que el puño de odio que se ha estado forjando en mi interior decida golpearlo con la contundencia que se merece... pero, no, no puedo dejarme arrastrar por el abominable deseo que ese vil ha hecho brotar en mí.

Tengo que serenar mi espíritu si no quiero cometer un terrible error.

Marc levantó la vista del diario y me miró con cierto desasosiego.

Evidentemente algo había pasado en la vida de su abuelo que lo había alterado sobremanera.

Suspiró profundamente y se volvió a sumergir en la lectura ante nuestra creciente curiosidad.

8 de marzo de 1957

Lo he visto con mis propios ojos. Ese malnacido ha intentado tocarla. Con zalamerías y engaños, la ha arrinconado en su alcoba y, con muy poco decoro, se ha abalanzado sobre su cuerpo, posando sobre él sus sucias e indeseables manos.

Ya había visto antes actitudes en él que no me habían gustado, pero lo de hoy ha colmado el vaso de mi paciencia. He hablado con Lupe, que con voz trémula me ha confesado que no es la primera vez que esto ocurre. He tenido que descargar mi furia contra la pared para no ir en busca de Máximo y golpearlo como se merece.

Esto no puede seguir así.

Le debo mucho a mi patrón, pero no puedo permitirle que tome a Lupe como una posesión suya más, por lo que debo actuar cuanto antes.

Pronto nos iremos de aquí y todo el sufrimiento acabará para ambos.

—Espera un momento, ¿eso significa que Máximo, el propietario de la hacienda, manoseaba a Lupe? —pregunté, sin dar crédito.

—Eso parece —me contestó Marc, que ya había empezado a atar cabos de lo que había sucedido aquella aciaga noche en la que su abuelo había dejado en coma a su patrón.

Contuve el aliento mientras asimilaba una historia cuyo cariz se tornaba cada vez más sombrío.

Luego Marc continuó leyendo, a pesar de conocer el fatal desenlace que iba a tener todo.

25 de abril de 1957

Ha ocurrido de nuevo y ya no puedo contener mi ira. Me arden las entrañas y necesito poner fin a este sufrimiento.

Si no fuera porque he visto los moratones en sus muñecas, Lupe no me habría contado nada. El caso es que le he exigido que me explicara cómo se los había hecho y finalmente ha accedido. El malnacido, esta vez, ha querido ir más allá y Lupe ha tenido que plantarle cara. Sin embargo, eso ha parecido ser un aliciente para él, que ha querido coger lo que deseaba, de nuevo por la fuerza.

Lupe me jura que, después del forcejeo, la ha dejado en paz, pero en mi cabeza sólo existe la duda de qué pasará la próxima vez... y esa incertidumbre me corroe.

Así que no he tenido más remedio que adelantarlo todo y, mañana por la noche, partiremos hacia la capital, donde nos recogerán para llevarnos hasta el barco que nos regresará a España.

—Quedan muy pocas páginas —me anunció Marc.

—Si quieres, lo dejamos. Es tarde ya.

Marc me miró y enseguida intuí su necesidad de terminar de conocer la historia.

—Yo quiero acabar de leerlo esta noche, pero entenderé que tú te quieras ir a dormir.

—Ah, no. No te voy a dejar solo ahora —le respondí, sin darme cuenta de que acababa de verbalizar mis pensamientos—. Quiero decir... que yo también estoy intrigada con lo que va a pasar y no me puedo esperar a mañana —acabé de explicarle.

Sin duda, mi principal motivo no era conocer la historia completa, aunque también pesara mucho en mi decisión de seguir junto a él. En realidad, lo que más pesaba en mi decisión era acompañarlo por si necesitaba mi apoyo... como si fuéramos una pareja.

Ese pensamiento produjo un nudo en mi garganta, porque, más que una idea, comenzaba a ser

un anhelo.

—Vale —me respondió él, entonces, con una tierna sonrisa en los labios. A continuación, reanudó la lectura.

2 de mayo de 1957

No sé ni por dónde empezar.

He estado a punto de morir.

Sin embargo, eso no es lo que le preocupa a mi desgarrado corazón... ni a mi mente tampoco, que me condena repetidamente en un juicio imaginario en el que yo soy el acusado del peor delito que un hombre puede cometer, el asesinato.

Porque no lo pude evitar.

Esa mañana, después de entregarle mi nota a Lupe, en la que le indicaba mi intención de marcharnos de allí esa misma noche, fui a trabajar como todos los días. Tuve que hacerle unos recados a la señora y aproveché para ultimar los preparativos de nuestro viaje de regreso a España.

Al caer el día, lo tenía ya todo preparado y, nervioso como un niño ante una nueva aventura por vivir, esperé impaciente a que se hiciera noche cerrada y todos durmieran.

La mera imagen de saberme junto a Lupe, en mi tierra natal, durante el resto de nuestros días iluminaba mi corazón, inundándolo de una alegría inmensa.

Pero la vida me tenía preparado otro sino.

A la hora convenida, entré en la casa principal. El silencio reinaba en ella, ya que la señora, junto con sus dos hijos, había viajado hasta la capital aquella tarde, con el fin de pasar unos días allí y poder ultimar el ingreso de los pequeños en un afamado internado.

Recorrí la balconada con sigilo hasta aproximarme a la alcoba de Lupe y, cuando llegué a ella, un quejido me puso en alerta.

Llamé a la puerta y un sollozo seguido de dos golpes me hicieron temer lo peor.

No esperé a que me abriera. Arremetí con fuerza contra aquella puerta y, al segundo envite de mi hombro, ésta cedió.

Lo que vi a continuación está grabado a fuego en mi mente.

Lupe reposaba en su cama, sobre un charco de sangre.

Me acerqué a ella y pude ver que apenas era consciente de lo que ocurría a su alrededor. Desvariaba y golpeaba al aire, intentando apartar monstruos imaginarios. Intenté abrazarla al tiempo que le preguntaba qué le había pasado.

Oír mi voz la trajo de vuelta.

Sus ojos me miraron, atribulados, después perdidos, vacíos.

Volví a reclamar su atención, pero se había desvanecido de nuevo.

Observé el estado en que se encontraba. Nuevos moratones comenzaban a dibujarse en sus muñecas, y también en su cara. Tenía el pelo revuelto y la ropa hecha jirones. A pesar de

no querer imaginar lo que allí había ocurrido, la escena no dejaba lugar a dudas.

Sin embargo, la sangre era lo que más me preocupaba. Busqué su origen y pude comprobar con absoluto estupor que provenía de su virtud.

Quise cogerla en brazos y llevármela de allí hasta la casa del médico que había en la hacienda. Sin embargo, antes de intentar levantarla siquiera, un embriagado Máximo apareció en la puerta con una maliciosa sonrisa en el semblante.

Inmediatamente me puse en pie y lo golpeé con toda mi furia, sacándolo de la estancia.

Trastabilló, pero no llegó a caer.

—Puedo poseer a Lupe cuando me venga en gana —me escupió al tiempo que con el antebrazo se limpiaba la sangre que mi embestida le había producido.

—Ella no te pertenece, malnacido —le grité, con la ira recorriendo mis venas.

—En eso te equivocas. Ella vino aquí para darme el placer que yo le requiriera. Su familia me la vendió sabiendo a qué la enviaban. Lo que sí que no me pertenecía era el bastardo que llevaba dentro. Supongo que ése era tuyo, pero no es algo de lo que tengas que preocuparte ya. Como habrás visto, creo que he hecho un buen trabajo de limpieza.

No daba crédito a lo que había oído. Mi mente estaba nublada, mi razón, ofuscada, y mi rabia, hasta entonces contenida, brotó sin control, impidiendo que pudiera quedarme quieto.

Me abalancé sobre él y le pegué repetidas veces. Lo hice hasta que, intentando defenderse de mi ataque, dio un paso atrás y tropezó con algo que le hizo caer al suelo. Pero, antes de hacerlo, se golpeó la nuca.

El sonido fue premonitorio; su quietud tras el impacto, también.

Me acerqué raudo a él y me agaché a su lado. Palmeé su cara para ver si volvía en sí, pero no lo hizo.

La sangre que comenzó a brotar debajo de su cabeza me hizo temer lo peor.

Sin embargo, la vida de Lupe me preocupaba más y tomé una decisión.

Me levanté, entré en su alcoba y la cogí en brazos para sacarla de allí.

Tenía que llevarla cuanto antes a que la viera el doctor.

Salí de la casa cuando los primeros trabajadores, alertados por los gritos y el ruido que nuestra pelea había provocado, llegaban a la casa, pero me escabullí por la parte trasera, impidiendo que nadie me viera.

De camino, Lupe recuperó la conciencia el tiempo suficiente como para preguntarle por la sangre. Máximo no había errado. Lupe esperaba un hijo mío, pero sus embestidas habían provocado aquel sangrado... y sabía Dios qué más.

Cuando llegué a la vivienda del médico, él ya estaba alertado de lo que había pasado en la hacienda. Lo habían llamado para que acudiera a la casa, a auxiliar al patrón.

Sin embargo, viendo el estado en que le entregué a Lupe, no dudó ni un instante en atenderla a ella primero.

Yo, por mi parte y siguiendo su consejo, me alejé de allí.

Para toda aquella gente, yo ya era el asesino de Máximo... porque todos lo dieron por muerto.

Lo días siguientes se pierden en mi cabeza. El sol del día, con sus altas temperaturas, la falta de agua y de alimento y el tiempo que pasé vagando por aquellas inhóspitas tierras, intentando alejarme primero y esconderme después, me pasaron factura.

No sé ni cómo sobreviví. Las alucinaciones hicieron acto de presencia, volviéndome casi loco.

Pero, tras varias jornadas de sentirme perdido y a las puertas de la muerte, tuve la suerte de divisar una casa a la que me dirigí. Ya daba igual lo que hubiera hecho y la condena que me fueran a imponer por ello. Mi instinto de supervivencia me arrastró hasta ella.

—Entiendo que habla de la casa de María —le dije entonces a Marc.

—Supongo que sí, porque esto enlaza con lo que ella nos ha contado.

—Madre mía... pero entonces tu abuelo no fue un asesino. Sólo hizo lo que cualquier otra persona hubiera hecho en su situación. No me imagino el terrible dolor que tuvo que sentir en aquellos momentos. Debió de ser horrible.

—Desde luego, esto explica muchas cosas —dejó caer Marc.

—Pero, si todo sucedió así, ¿por qué su nombre, y no el de Máximo, quedó manchado de esa manera?

—Supongo que aún nos queda historia por conocer.

—¿En el diario hay escrito algo más?

—Sí, una última hoja.

—Pues ¿a qué esperas?

5 de mayo de 1957

Tras varios días recuperándome, vuelvo a ti para despedirme.

Ya no escribiré más páginas con mi vida. Ya no te llevaré más conmigo.

Con este último escrito, cierro el capítulo más dulce y a la vez más amargo que he vivido hasta hoy.

Mi Tikkún no era el que yo pensaba... o sí. Quizá, para saborear las mieles de lo que significa el amor verdadero, el amor en toda la inmensidad de su palabra, se necesita también paladear su opuesto, el odio. Porque ¿qué sería del uno sin el otro?

Ahora ya lo he comprendido, pero para ello se ha tenido que rasgar mi alma, se ha tenido que hacer añicos mi corazón.

Dicen que la letra con sangre entra. Corroboro la eficacia de este método. A mí no se me olvidará nunca el terrible aprendizaje de lo que significan ambos sentimientos, encontrados en su máxima expresión.

Pero no es eso lo que más pesa en mi vida.

Lo que más apena mi existencia, ahogándola, es el destino que han elegido para Lupe, que ha sido internada en un sanatorio mental, siguiendo la prescripción de su médico. Yo no puedo decidir sobre su vida, ni tan siquiera puedo ir a visitarla, ya que no tengo ninguna potestad sobre ella, y más ahora que ha perdido el hijo que esperábamos..., hijo del cual, hasta esa misma noche, no tuve conocimiento. María, la persona que me da cobijo y que ha podido informarse a través de una amiga de cómo se encuentra Lupe, dice que ella ahora no sabe ni tan siquiera quién es, pues la medicación que le han suministrado parece haber convertido su mente en una tabula rasa.

Por lo tanto, nuestros caminos están obligados a separarse, probablemente para siempre, porque yo no puedo continuar en este país. Si me encontraran, sería ajusticiado y condenado públicamente, a pesar de que la familia de Máximo ha retirado los cargos contra mí. Supongo que ya sabrán de las fechorías de éste y no querrán que salgan a la luz, así que, obligados por las circunstancias, han decidido evitar el juicio. Sin embargo, la hacienda ha quedado cerrada y todo el mundo me culpa de las desgracias que este cierre ha generado, por lo que, si dieran conmigo, no dudarían en hacer un terrible linchamiento conmigo. De hecho, ya hay batidas buscándome, y vivo bajo la amenaza de que me encuentren y me maten.

Así que mañana sale el transporte que me devolverá a España, el país que me vio partir siendo tan sólo un chaval cargado de ilusiones y esperanzas, pero que me recibirá siendo un hombre horriblemente maltratado por la vida, con una cicatriz en sus entrañas difícil de sanar, y con las esperanzas y las ilusiones enterradas para siempre.

Marc dejó de leer. Se le había formado un nudo en la garganta difícil de deshacer y no podía continuar hablando.

A mí también se me llenaron los ojos de lágrimas. Aquella historia me había tocado el corazón como si hubiese sido la mía propia. El dolor de aquel hombre traspasaba aquellas páginas, envolviéndote el corazón con un lazo invisible que inevitablemente lo estremecía.

Necesitamos unos segundos, en los que ambos permanecimos en silencio, para asimilar aquella terrible historia y recomponernos. Después, un papel del que no habíamos sido conscientes hasta ese momento se deslizó por entre las hojas no escritas del diario, asomando en su esquina.

—Espera, aquí hay algo más —me anunció Marc, tirando de él.

Era un sobre con una carta dentro. Iba destinada a Lupe.

Querida Lupe:

El dolor que siento en mi corazón no se parece a nada que jamás haya sentido. Punzadas lacerantes lo desgarran cada vez que tu recuerdo viene a mi mente. Pero no es mi dolor el que aflige mi alma, sino el tuyo.

No puedo imaginarme cuán desamparada debes sentirte.

Si pudiera dar mi vida por traerte hasta mí, créeme que lo haría, porque nada ansío más que volverte a ver.

Sin embargo, ésta es una carta de despedida.

Me arden las entrañas pensando que no volveré a tenerte entre mis brazos, pero tengo que resignarme a ello, igual que lo tendrás que hacer tú.

He intentado ir a buscarte, he intentado que te hicieran llegar mis mensajes, he intentado sacarte del infierno en el que estás encerrada, pero todo ha sido en vano.

En esta tierra soy un proscrito y mi vida corre peligro si sigo permaneciendo aquí. Te puedo asegurar que eso me daría igual si con ello consiguiera sacarte de ahí y volverte a ver, aunque fuera por una última vez. Sin embargo, eso no es posible. Nadie puede ayudarme y yo no soy nadie para poder reclamarte, así que no me queda más remedio que marchar.

Regreso a España. Lo hago con las ilusiones, las esperanzas y el corazón rotos. Mi alma está vacía, y cada día ese vacío me ahoga un poco más. Es posible que acabe muriendo, porque este sufrimiento es insoportable.

Pero quería despedirme antes. Escribo estas letras con el anhelo de que algún día las recibas y conozcas cuán grande es mi amor por ti.

Encomiendo nuestras almas al Santísimo y le pido que haga todo lo posible para que, tú y yo, nos volvamos a encontrar... en este mundo... o en aquel.

Tuyo para toda la eternidad,

BASTIAN

Marc se quedó en silencio. A ambos nos embargó una sentida emoción.

Las lágrimas acudieron a mis ojos.

—Nunca se volvieron a encontrar —afirmé con voz trémula.

Marc negó con la cabeza.

—¡¿Cómo pudo sobrevivir tu abuelo con ese dolor?! Dios mío, no me lo puedo ni imaginar.

—Bueno, hasta donde yo sé, fue feliz. Supongo que los diez años que pasaron desde que regresó a España hasta que conoció a mi abuela Carmen fueron suficientes como para aplacar su dolor y poder enamorarse de nuevo.

—¿Crees que en algún momento la olvidó? —le pregunté, a pesar de que en mi mente quise pensar que eso nunca ocurrió.

—Sinceramente, no creo que pudiera olvidarla nunca, a juzgar por lo que acabo de leer. Sin embargo, sé que con mi abuela fue completamente feliz.

—Quizá siempre la llevó en su corazón, a pesar de haber rehecho su vida.

—Probablemente —me respondió, taciturno.

—¿Y qué le pasaría a Lupe?

—Espero que María nos pueda responder a eso. Cuando nos invitó a que volviéramos una vez leído el diario, entiendo que lo hizo porque aún tiene algo más que contarnos.

Después, ambos nos quedamos de nuevo en silencio, flotando en aquella historia de amor con un sabor tan agridulce.

Lo hicimos hasta que Marc me miró y yo le devolví la mirada.

Sus ojos brillaban, emocionados, pero había algo más en ellos... y no pude evitarlo. Me perdí en aquella atrayente mirada. Me perdí en sus ojos, en su boca, en las ganas que sentí de besarlo.

Porque estábamos muy cerca. Nos habíamos acomodado en aquel gran sillón para leer el diario, y yo poco a poco me había ido reclinando hasta dejar caer la cabeza sobre su hombro mientras lo leía. Y él no se había quejado de mi invasión a su espacio personal.

Así que, tan próximos como nos encontrábamos, continuamos mirándonos con una intensidad que lo decía todo. Quizá arrastrados por la hermosa historia que acabábamos de compartir. Pero quizá, también, arrastrados por el incipiente deseo que florecía en cada poro de nuestra piel.

Porque en los ojos de Marc también pude adivinar ese deseo... y en su boca, que comenzó a aproximarse lentamente, abriéndose lo suficiente como para encajarla en la mía como en una armonía perfecta..., esa que intuía que existía entre nosotros.

Lo hizo hasta que sentí su fresco aliento acariciar mi piel, para, después, acariciar mis labios. Fue un leve roce, pero suficiente como para saber que anhelaba aquello demasiado. Lo deseaba como ansía un sediento el agua, con la misma imperiosa necesidad, con la misma vehemente agitación.

Sin embargo, el sonido de unos nudillos golpeando la puerta nos sacó de aquella burbuja, devolviéndonos a la realidad.

—Deberíamos abrir —me sugirió Marc, tras carraspear.

—Sí, voy.

Cuando abrí la puerta, me encontré ante ella a una de las últimas personas que me hubiera esperado.

Andrea estaba allí y preguntaba por mi compañero de habitación.

Marc

—Andrea, ¿qué haces aquí? Ahora mismo no es un buen momento —le expliqué.

—Lo siento, es que no sabía a quién acudir. Tengo un problema y necesito que me ayudes.

—¿Y no puede esperar a mañana?

—No —me contestó, mirándome con los ojos llenos de lágrimas.

Suspiré. Irme con ella era lo que menos me apetecía en ese instante. Sin embargo, dejarla como parecía encontrarse de alterada no me pareció correcto, así que finalmente accedí.

—Está bien. Dame dos minutos para que coja mi móvil.

Volví a la habitación e informé a Abril de que me iba.

—Oye... no me apetece nada marcharme —comencé a explicarle—, pero Andrea parece encontrarse mal. Está llorando y me ha pedido que le eche una mano con un problema.

—No, no, claro. Tú vete a hacer lo que sea —me contestó sin mirarme. Se había puesto a ordenar su maleta—. Yo también tengo cosas que hacer.

—Abril, son las doce de la noche, ahora no es momento de ponerte a hacer eso.

—Tampoco lo es de llamar a la puerta de nadie, pero, mira, son cosas que pasan —me soltó sin dejar de doblar su ropa compulsivamente.

Evidentemente la interrupción de Andrea la había contrariado.

—Eh —le dije para llamar su atención mientras me acercaba a ella—, creo que tenemos que hablar, así que intentaré no tardar mucho en volver, ¿vale? —le comenté mientras le levantaba la barbilla para asegurarme de que me miraba a los ojos.

Abril asintió, pero rápidamente me retiró la mirada y volvió a lo que estaba haciendo.

Después de todo lo que habíamos vivido juntos, con quien realmente me apetecía estar era con ella. No obstante, tuve que irme. Me sabía muy mal dejar tirada a Andrea tal y como se encontraba.

—Ya estoy —anuncié nada más salir de la habitación.

—¿Podemos ir a dar un paseo a la playa? No quiero que nadie me vea llorando.

—Sí, claro. No te preocupes.

Pusimos rumbo hacia la zona de las hamacas y, después de cerciorarnos de que no había nadie más por allí, nos acomodamos en ellas.

—Pues tú dirás, Andrea.

—No sé ni por dónde empezar —declaró entre hipidos.

—Por el principio suele ser lo mejor —le precisé, al tiempo que le sonreía para intentar

quitarle un poco de intensidad al asunto.

Esperé unos segundos a que se decidiera a hablar. Parecía estar sopesando por dónde comenzar.

—Ahora resulta que Yon ya no quiere nada conmigo. ¡¿Te lo puedes creer?! —me soltó de repente.

No pude evitar hacer un gesto de asombro, primero, y de fastidio, después. ¿Ése era su gran problema? ¿En serio me había sacado de la habitación para eso? ¡Joder!

—Oye, Andrea...

No me dejó continuar.

—Ya sé que a lo mejor a ti te parece una tontería, pero ¿sabes cómo me siento ahora mismo? —me preguntó, totalmente alterada y comenzando a hiperventilar.

—Cálmate —le pedí, porque sabía cómo empezaban y acababan estas cosas, y lo que menos me apetecía era que le diera una crisis de ansiedad allí mismo—. Intenta respirar más despacio y explícame tranquilamente qué es lo que ha pasado.

Me hizo caso y comenzó a pausar sus respiraciones. Después, cuando ya estaba un poco más sosegada, empezó a contarme lo que le sucedía.

—¿Te acuerdas de que te expliqué que Yon estaba obsesionado conmigo pero que yo no quería nada con él?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues ahora resulta que se ha dado la vuelta a la tortilla.

—Explícame un poco mejor eso.

—Vengo de hablar con él, porque ayer en la discoteca, después de verlo salir con tu amiga de allí, sentí algo que nunca había sentido.

—¿El qué, exactamente?

—Pues en ese momento no supe qué era, pero, cuando algo me empujó a seguirlos y vi cómo se enrollaban, sentí unos celos tremendos.

—Perdona, ¿has dicho que se enrollaron?

—Sí, en la playa.

Dejé de escuchar todo lo que me contó después. Había desconectado completamente, porque sus palabras habían impactado en mí de una manera atroz.

Abril se había enrollado con aquel tío. Había hecho su elección y lo había escogido a él.

—Marc, ¿me estás escuchando?

Levanté la cabeza y asentí por inercia.

—Pues no lo parece... Bueno, el caso es que hoy, cuando he ido a hablar con él, me ha dicho que ya no le intereso. Resulta que ahora se ha quedado colgado de la pava de tu amiga y dice que he perdido mi oportunidad y que ya es tarde.

Andrea volvió a llorar desconsoladamente, pero no supe qué decirle. Aún seguía desconcertado.

—Oye, ¿te pasa algo? —me preguntó al rato, buscando mi mirada—. Se supone que deberías estar consolándome o algo así. Que me dijeras tu opinión sobre lo que debería hacer ahora también me ayudaría bastante, ¿sabes?

Tuve que hacer un gran esfuerzo para centrarme y pensar algo que decirle.

—Pero ¿a ti te gusta de verdad o es que saber que a él le atrae otra ha hecho que de repente te interese?

Se disponía a contestar, enfadada con mi pregunta, pero se paró en seco.

Yo sabía que había sido excesivamente directo y que mi tacto había brillado por su ausencia, pero en ese momento el cerebro no me daba para más y no me apetecía empezar ningún juego psicológico para que ella, guiada por mí, llegara a ser consciente de la auténtica realidad. Aquella chica sólo era una caprichosa de manual y no iba a perder el tiempo con sus tonterías.

—Llevas razón —me dijo entonces, para mi sorpresa. La miré aún sin creerme que me hubiera contestado eso—. Me gustaba saber que era el centro de atención de alguien y que siempre lo tendría ahí para mí cuando quisiera —terminó por confesar.

Chasqueé la lengua y después me encogí de hombros.

—Eso no era justo para él. Ya lo hablamos el otro día, Andrea —le recordé entonces, sonando más duro de lo que en realidad quería.

—Lo sé, y entiendo que estaba mal. Pero, a pesar de saber que tan sólo era un capricho y que lo que en realidad me gustaba de la situación era ser su centro de atención, ahora creo que me interesa en serio.

Suspiré desconfiado.

—Sé que no me crees, pero te aseguro que esto no es una pataleta de niñata malcriada a la que le han quitado su juguete. —Hizo una pausa para coger aire—. ¿Alguna vez has sentido un pellizco tan grande en el corazón que te ha quitado hasta la respiración?

«Demasiadas veces», pensé. Aunque tenía que reconocer que ninguna como la que había vivido hacía tan sólo unos minutos.

Estaba completamente jodido.

—Quizá para tu amiga sólo sea un rollo pasajero y, después de este viaje, se olvide de él, dejándome el camino libre.

A Andrea quizá le valiera eso; a mí, ya no.

Saber que Abril se había enrollado con Yon me daba a entender que yo para ella sólo era un amigo... o quizá ni siquiera eso, porque ya no sabía ni qué pensar. Tal vez sólo había sido su obligado compañero de habitación, al que había acompañado por curiosidad a conocer la historia de su abuelo y que, además, había usado como oportuno paño de lágrimas después del fracaso de su boda.

Sin embargo, yo me había dejado llevar. Había comenzado a considerar que quizá, después de todo, volvía a tener otra oportunidad con el amor. Y es que había sentido que empezaba a haber algo entre nosotros, algo que me había devuelto la ilusión y las ganas de empezar de nuevo.

Pero en realidad todo parecía haber sido fruto de mi desesperada razón, que, en un intento por devolverme la serenidad que tanto necesitaba, había producido elucubraciones irreales sobre una relación que en ese momento ya sabía que sólo existía en mi cabeza.

—¿... tú qué crees?

No me había dado cuenta de que Andrea había continuado hablando y de pronto me lanzó una pregunta que ni siquiera había escuchado, así que no supe qué decirle.

Simplemente me encogí de hombros.

Me sentía desbordado.

—Ya, yo tampoco lo tengo claro —me dijo a continuación, con pesar.

Al parecer había interpretado mi gesto como una respuesta a su pregunta y, además, le había servido.

—Quizá sea mejor que nos vayamos ya, ¿verdad? —me propuso.

—Sí —contesté, convencido de que no quería seguir allí con ella, aunque en esos momentos no supiera ni dónde quería estar.

Nos encaminamos hacia mi habitación. La de Andrea estaba un poco más allá de la mía, así que hicimos el recorrido juntos, aunque en un completo silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

Al llegar al principio del pasillo, donde se encontraban las habitaciones, Andrea se paró en seco. Yo lo hice por inercia también.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—¿Siempre eres tan mono?

No supe qué contestarle. ¿A qué venía eso?

Lo siguiente fue ver cómo me cogía la cara entre sus manos, se ponía de puntillas y me plantaba un beso en la boca.

Simplemente me dejó descuadrado. Me había pillado tan por sorpresa su gesto que me llevó unos segundos reaccionar y cogerla de las muñecas para tirar de ella hacia atrás y separarla de mí.

—¿Ésta no habrá sido otra estratagema tuya para llevarme a tu terreno? —le pregunté, pensando que, si eso había sido así, yo podía considerarme un completo imbécil.

—Puede ser —me contestó con una maliciosa sonrisa en los labios y un ladino brillo en sus ojos.

—¡Joder, Andrea! —bufé—. No me lo puedo creer.

Comencé a andar hacia la habitación con la sangre hirviéndome en las venas.

¡¿Cómo podía haber sido tan gilipollas de no verlo?!

—Pero ¿por qué no quieres enrollarte conmigo? ¿Es que no te gusto? —me preguntó mientras intentaba seguir mis pasos.

—¿De verdad me estás pidiendo que te conteste a eso? —repliqué muy cabreado conforme me paraba y me giraba para encararla—. ¡No me hagas que te lo explique, joder!

—¡¿Qué pasa? ¿Crees que no sabría encajarlo?!

—Bueno, a la vista está que no.

—Que sea persistente no significa que no entienda las cosas.

—Pero sí significa que no respetas al otro, lo cual me constata que no eres más que una niñata caprichosa con una pataleta porque no has conseguido lo que querías.

—Marc, tú me gustas mucho —me confesó entonces con un sollozo, en un claro intento de volver a usar sus patrañas para llamar mi atención.

—Pero tú a mí no, Andrea. Fin de la discusión.

Me volví a girar para encaminarme hacia mi *suite*. Había dado por finiquitada nuestra conversación.

—¡Pero ¿qué cojones tiene esa tía que os gusta tanto a todos?! —me preguntó con absoluta rabia.

Me paré en seco.

Podría haberle dado tantos motivos de por qué Abril era jodidamente perfecta que no hubiera sabido ni por dónde empezar.

Sin embargo, no quise hacer leña del árbol caído ni alargar más aquello.

—Buenas noches, Andrea —le contesté sin más.

—¡Pues que tengas mucha suerte con ella, Marc! —me espetó tras de mí mientras yo metía la llave para abrir la puerta de mi habitación—. ¡Ah, no, espera... si a ella ya se la está follando Yon! Bueno, a lo mejor es que a ti no te importa compartir. ¿O sí, Marc? —añadió, escupiéndome aquellas envenenadas palabras.

Aquel puñal se había clavado más hondo incluso de lo que ella hubiera podido imaginar; más de lo que a mí mismo me habría gustado.

Intenté respirar calmadamente, tratando de no pensar en lo que me había dicho.

Sin embargo, no pude y tuve que marcharme de allí. No quería seguir hablando con ella ni tampoco quería entrar en la habitación. No hasta que no me serenara y pensara las cosas fríamente.

Me dirigí entonces hacia la playa de nuevo.

Cuando llegué me sentía tan desesperado que, sin pensar, me quité la ropa y me metí en el agua. Nadé hasta caer exhausto.

No obstante, la imagen de Abril acostándose con Yon volvía a mi mente una y otra vez, taladrándome de una manera jodidamente dañina.

Creía que entre nosotros había surgido algo, pero estaba claro que había malinterpretado lo que ocurría, ya que por lo visto Abril lo único que buscaba era sexo sin compromiso y, además, sin importarle mucho con quien.

Cuando salí del agua, me sentí completamente frustrado y cabreado conmigo mismo. Una vez tras otra repetía los mismos errores. Me dejaba llevar, confiaba y, al final, siempre me acababan haciendo daño. Era la puta historia de mi vida y ya estaba harto.

Me tumbé en una de las hamacas y, mientras contemplaba el hermoso cielo estrellado de aquel rincón del planeta, recordé la historia de amor vivida por mi abuelo. La suya tampoco había acabado muy bien, pero al menos el amor de su vida no lo había defraudado como me había pasado a mí en todas las ocasiones. Además, él finalmente había conseguido ser feliz junto a mi abuela, aunque siempre llevara en su corazón a Lupe... porque estaba convencido de que un amor así no podría haberlo olvidado nunca.

Pero quizá mi *Tikkún* era conocer el desamor y por eso ese sentimiento se repetía en mi vida de manera sistemática. Tal vez nunca llegara a ser feliz junto a alguien y aquél debía ser mi aprendizaje. Sin embargo, aquello me pareció ridículo. ¿Qué ganaba yo con ser un puto infeliz toda mi vida? ¿Qué mierda de aprendizaje iba a obtener de ello?

¡Joder!

Me sentía tan frustrado y agotado mentalmente que no recuerdo siquiera en qué momento el sueño me envolvió.

Cuando desperté ya era de día y los primeros bañistas comenzaban a hacer su aparición en aquella playa que había visto cómo mis ilusiones eran pisoteadas y sustituidas por el desengaño, sentimiento que siempre me había negado a acoger, pero que por desgracia reaparecía nuevamente en mi vida.

Abril

Que Marc se hubiera ido con Andrea, para qué negarlo, no me había hecho mucha gracia. Pero ser espectadora después, por casualidad, de cómo se besaban en el pasillo, eso me había hecho menos gracia aún. Para ser exactos, en concreto, ninguna.

Me hervía la sangre. Había ordenado la ropa de mi maleta doscientas veces. Me había paseado por la suite otras tantas en un intento de apaciguar el cabreo que sentía, porque, aunque no tuviéramos nada, pensaba que Marc era diferente.

Pero estaba claro que no lo era.

Había jugado a dos bandas y se había quedado con la que antes le había dado lo que quería. Porque, además, después del beso con Andrea, no había vuelto a la habitación, así que resultaba evidente que había pasado la noche con ella. Sin embargo, yo la había pasado sola, cabreada y sin poder apenas dormir.

Pensar aquello me enfureció más todavía.

Decidí entonces irme a la playa. Necesitaba darme un baño y refrescarme, porque el calor, o lo que fuera, empezaba a incendiarme ya.

No obstante, cuando abrí la puerta me encontré de frente con Marc, que justo en ese instante iba a meter su llave para entrar.

Ambos nos quedamos mirando.

—¿Te vas? —me preguntó entonces él, en un tono seco.

—¿Y tú te quedas o sólo vienes a recoger algo? —le pregunté con acidez, sin responderle a su pregunta.

Él tampoco me contestó. Simplemente me miró como si no comprendiera mi actitud y entró en la habitación pasando por mi lado como una exhalación.

Desde luego no se podía tener más desfachatez.

Estaba claro que cada uno iba a hacer su vida, así que yo me largué a hacer la mía.

Primero desayuné y después busqué un sitio tranquilo en la playa donde acomodarme.

Me pasé allí toda la mañana, tomando el sol, refrescándome en el agua, leyendo, escuchando música... y, cuando tuve hambre, me acerqué a una palapa a comerme una fajita con unos nachos. Por la tarde continué haciendo prácticamente lo mismo, hasta que me quedé dormida en la hamaca.

—Hola.

Una voz me sacó de la ensoñación en la que me encontraba.

Abrí los ojos y vi que era Yon.

¿Dónde había quedado lo de «¡hola, guapa!»?

Seguramente en la playa donde me dejó tirada porque pronuncié el nombre de Marc en lugar del suyo.

—Hola, Yon. ¿Qué tal?

—Bueno, tirando. He tenido días mejores, la verdad —contestó, sardónico, mientras se sentaba en la hamaca que tenía a mi derecha.

—Oye, ya que estás aquí, quería pedirte disculpas por lo de la otra noche.

—No te preocupes, Abril. No es necesario.

—Ya, pero...

—Abril, no he venido a hablar de eso.

—Ah, ¿y de qué querías hablar, entonces?

—De oportunidades —contestó, lacónico.

—Me podrías explicar eso un poco mejor.

—Verás, Abril, creo que hasta ahora no te he podido mostrar lo mejor de mí. Por unas razones o por otras, lo que has visto quizá no me deja en muy buen lugar, y quería cambiar la imagen desacertada que probablemente tengas de mí. Quiero que me conozcas de verdad, porque tú realmente me interesas y me gustaría que me dieras una oportunidad.

Lo último que me esperaba de él era eso. Pensaba que estaría cabreadísimo, no sin razón por supuesto, y que no querría verme ni en pintura.

—Pero Yon... —comencé a decirle, pero me cortó porque ya había adivinado qué iba a contestarle.

—No te estoy pidiendo nada excepto que charlemos cuando nos veamos, que te vengas a alguna de las excursiones que hacemos..., yo qué sé. Simplemente te pido que seamos amigos y pasemos algo de tiempo juntos. —Sus ojos denotaban arrepentimiento y, al mismo tiempo, súplica—. Únicamente busco comenzar contigo de otra manera muy distinta a como lo hice y que me conozcas un poco mejor.

Resoplé, porque lo que me pedía no era nada que no pudiera darle. El tema estaba en que, detrás de aquella oferta de amistad, obviamente, había escondidas ciertas expectativas que yo no sabía hasta qué punto se iban a poder cumplir. Porque, siendo sincera conmigo misma, mucho tendría que cambiar Yon para que a mí me atrajera como él buscaba.

No obstante, no quise cerrarle puertas a él ni tampoco a mí misma, eso sí, siempre y cuando respetara mi espacio y mis actos y comprendiera que todo necesitaba de un tiempo. Así que quise dejarle claro desde un principio que lo único que inicialmente podía ofrecerle era una amistad sin más.

—Yon... —comencé a decirle, todavía sin tener muy claro si la proposición que estaba a punto de aceptar no acabaría dándome quebraderos de cabeza—, antes de acceder a conocerte mejor necesito que tú tengas claros los límites —le advertí.

—Establécelos tú —me pidió a continuación, con la clara intención de tomar buena nota.

—Está bien. Nada de sexo y nada de compromisos. Sólo amistad y diversión.

—El sexo es diversión.

—¡Yon!

—Vale, era broma. Las bromas sí están permitidas, ¿no?

—No te voy a dar ninguna oportunidad si no me tomas en serio y acatas mis normas, te aviso.

—Lo sé. Pero no la fastidiaré, te lo prometo. Voy a dejar a un lado al chico inmaduro y alocado que has conocido para mostrarte al hombre sincero y respetuoso que en realidad soy y que, por alguna extraña razón, me había abandonado en este viaje.

—Está bien —dije medio convencida, porque en realidad no acababa de creerme sus palabras. Algo me decía que aquello sólo era un caballo de Troya para acercarse a mí y, en un momento dado, sacar las armas que llevara escondidas.

Sin embargo, decidí darle esa oportunidad.

—Entonces ¿te veré esta noche en la palapa? —me preguntó a continuación, con una reluciente sonrisa.

De nuevo accedí.

No tenía nada que perder y a lo mejor algo de diversión que ganar, así que lo emplacé a vernos sobre las once allí.

El resto de la tarde la pasé igual de anodina que había sido el día. Tan sólo la llamada de mi madre me sacó de aquella desidia.

—¡Hola, hija! ¿Qué tal estás?

—Bien, mamá. Ya me ves... tomando un poco el sol y descansando.

—Uy, nena, qué apática te noto. ¿De verdad que estás bien?

Me quedé callada, porque, para mi completo espanto, un nudo se me formó en la garganta, impidiéndome hablar. Asentí y sonreí para disimular, pero no pude evitar que los ojos se me llenaran de lágrimas.

—Es que os echo mucho de menos —conseguí decirle pasados unos segundos, no sin cierto esfuerzo.

—Bueno, pero a nosotras ya nos tienes más que vistas. Ahora lo que tienes que hacer es disfrutar de todo aquello.

—Ya lo sé, mamá —respondí, esta vez tragándome el nudo e intentando recomponerme. No quería preocuparla—. Oye, ¿cómo está la abuela? —le pregunté entonces, en un claro intento de desviar la conversación.

—La abuela, bien. Hoy no he podido ir a verla, pero he llamado a la residencia y me han dicho que, aunque está un poco más nerviosa y ha tenido alguna pesadilla que no la está dejando descansar mucho, de salud sigue bien. Le han hecho más pruebas, pero todo sigue dando negativo, así que no hay de qué preocuparse.

Y probablemente llevara razón, pero a mí me seguía intranquilizando que se mostrara tan

diferente a lo que nos tenía acostumbradas. De hecho, una idea de lo que podría estar ocurriendo me rondaba por la cabeza hacía ya varios días. Sin embargo, la quise descartar y, por supuesto, no la compartí con mi madre. Sólo esperaba que, si mis sospechas eran ciertas, al menos me diera tiempo a despedirme de ella.

—¿Vosotras estáis bien? —quise saber.

—Sí, yo sigo muy liada con el trabajo y tu hermana con su vida... Hace días que no pasa por casa, porque creo que se ha echado un amigo. Aunque a mí aún no me ha dicho nada, ya sabes lo reservada que es para esas cosas.

Eso era cierto. Ainara siempre se había mostrado muy celosa de su intimidad.

—Bueno, dale un beso muy grande de mi parte. A la abuela también, y dile que ya queda poco para que vaya a verla, que me espere.

—¿Y a dónde se iba a ir, hija? ¡Pero qué cosas tienes! —me soltó, risueña, sin ser consciente realmente de lo que yo le había querido decir.

Quizá fuera lo mejor. No quería alarmarla con lo que probablemente fueran tonterías mías.

Después de eso terminé de despedirme de ella y decidí que ya me había dado el sol suficientemente, así que puse rumbo a la habitación con la intención de arreglarme un poco antes de ir a cenar.

Cuando llegué, Marc se encontraba en ella. Se estaba dando una ducha, así que yo tuve que esperar.

Salí a la terraza y me senté en el sofá, disfrutando de la paz que allí se sentía, pero no tardé en oír la puerta del baño. Marc había terminado y lo había dejado libre, así que me levanté y entré en la habitación.

—¡Abril, hola! —me dijo un poco sobresaltado—. No sabía que estabas aquí. Me has asustado.

—¿Tan fea soy?

Me miró durante unos segundos con una expresión que no pude descifrar, pero no me contestó. Estaba claro que, teniendo a su nueva amiguita, yo, en ese sentido, ya había pasado a un plano más que secundario para él.

Después simplemente se giró y se puso a hacer cosas; entre otras, coger unos pantalones que había en el respaldo de una silla y que había dejado ahí desde el día que habíamos llegado. Eran los vaqueros que había traído puestos durante el viaje en avión y que, por lo visto, aún no había tenido tiempo de colgar en el armario, como estaba haciendo en ese instante.

Cogí mis cosas de mala gana y me encerré en el baño. Después me di la ducha más larga que me había dado en mi vida. Allí no había problemas de que se acabara el agua caliente, así que aproveché, pero es que, además, así daría tiempo a que Marc terminara de hacer lo que tuviera que hacer y se fuera. No quería cruzarme más con él.

Pero tuve un problema... y es que, cuando cogí la elegante alcachofa de la ducha para aclararme bien el cabello, no sé qué demonios pasó, pero se me quedó un buen mechón de pelo

enredado en su cable. Tiré de él varias veces para intentar liberarlo, pero no hubo manera. Estaba totalmente trabado, desde las puntas hasta casi la raíz, así que fui incapaz de soltarlo.

¡Madre mía y ¿qué podía hacer?!

Porque, encima, cuánto más trataba de desengancharlo, más se me liaban otros cabellos y más se enmarañaba todo.

La única solución que se me ocurrió fue cortármelo. Era un mechón bastante grande, pero qué iba a hacer, si no.

Salí de la ducha e intenté acercarme a mi neceser, que descansaba sobre el lavabo, porque recordaba que en él tenía unas pequeñas tijeras. No obstante, y para mi completo estupor, no pude alcanzarlo. El cable no tenía tanto recorrido y, aunque intenté estirarme lo máximo posible alargando el brazo derecho todo lo que pude, no logré llegar hasta él. El tirón en el pelo dolía mucho.

Me volví a la ducha e intenté pensar qué otra cosa podía hacer.

Después de varios minutos dándole vueltas, sólo se me ocurrió una.

—Marc, ¿estás ahí?

Recé porque así fuera y no se hubiera ido ya, como había deseado que ocurriera un rato atrás.

—Sí, ¿qué quieres?

Solté el aire contenido.

—Necesito tu ayuda.

—Tú dirás.

—Es que, verás... Se me ha enredado el pelo con el cable de la ducha y no puedo soltármelo.

—¡Que te ha ocurrido, ¿qué?!

—Mira, mejor pasa y lo ves por ti mismo —le pedí, porque así acabaríamos antes—. ¡No, espera! —grité a continuación, cuando me di cuenta de que estaba completamente desnuda. ¡Joder!

Intenté acercarme a las toallas grandes que había colgadas en la pared opuesta, pero aquel condenado baño era tan espacioso que tampoco pude llegar, así que tuve que conformarme con la que usábamos para poner en los pies, que, por supuesto, era ridículamente minúscula.

Resoplé.

—Oye, ¿te hago falta o me puedo ir?

—Sí, sí, perdona. Entra, por favor —le dije mientras intentaba asegurarme bien aquella toalla para que no se me viera nada por ningún lado, lo cual me resultó casi una misión imposible.

La cara de Marc me dio a entender cuán chocante le pareció la escena.

Yo simplemente carraspeé. Obviamente no estaba en mi mejor momento.

—Tienes la cara muy roja —me indicó Marc conforme se acercaba mucho a mí.

—Pues será del esfuerzo.

—Del esfuerzo, ¿de qué?

—De intentar soltar este embrollo —le contesté, avergonzada, mostrándole el cable de la

ducha con mi pelo enganchado a él.

—¡Joder! Sí que la has liado parda.

—Marc, eso ya lo sé, pero ¿quieres, por favor, ayudarme?

Me sonrió, divertido.

—Sí, claro. Pero primero métete dentro de la ducha para que pueda maniobrar mejor sin tener que darte tirones.

Le hice caso. No me quedaba otro remedio. Me coloqué frente al dichoso grifo y esperé.

Después él me siguió y, quedándose bastante pegado a mí, comenzó a intentar desliar aquella maraña.

Lo sentía detrás de mí, y tan próximo que no pude evitar que un calambre recorriera mi cuerpo, terminando justamente en aquel lugar donde empezaba y acababa el placer.

—Oye, ¿queda mucho? —le pregunté, porque comenzaba a impacientarme. Su cercanía me estaba alterando más de lo que hubiera querido.

—Me temo que deberás tener paciencia —me susurró al oído—, porque esto me va a llevar un buen rato.

Otro calambre recorrió de nuevo mi cuerpo.

De vez en cuando sentía el roce de sus dedos en mi cuello y aquello tampoco ayudaba a que me pudiera serenar, lo que hizo que empezara a respirar erráticamente.

—¿Te encuentras bien? —inquirió, esa vez con sus labios tan cerca de mi cuello que noté cómo comenzaba a quemarme la piel.

—Sí, pero termina pronto, por favor —le contesté casi con un jadeo.

—Claro, aunque necesito que inclines la cabeza un poco hacia atrás —me pidió entonces, al tiempo que tiraba delicadamente de mi pelo, dejando mi cuello más aún a su merced. Sentía su aliento peligrosamente cerca.

¡Dios! ¡Cómo deseaba que me besara!, a pesar de todo.

—Ya queda poco —volvió a susurrarme gravemente al oído pocos segundos después.

Jamás en mi vida había sentido un deseo igual. Aquel hombre despertaba un instinto en mí que hasta entonces no había conocido.

Y es que con Fede nunca me apetecía hacerlo y siempre buscaba alguna excusa para eludirlo. Sin embargo, con Marc, me ocurría todo lo contrario. El mero hecho de tenerlo cerca, y a pesar de la rabia que eso comenzaba a darme, disparaba en mí el deseo y la excitación automáticamente.

—Listo. Ya te he liberado —me anunció poco tiempo después.

«¡Qué bien!», pensé yo. Y lo hice por dos motivos. El primero era obvio: por fin había recuperado mi pelo. El segundo era porque estaba claro que me sentía aliviada por perder esa proximidad con él que tanto me alteraba últimamente.

Aun así, continué unos segundos más de espaldas a él. Estaba muy pegada a su pecho, que me mecía con su vaivén respiratorio, y mi cuerpo me estaba dejando claro que no quería separarse.

Sin embargo, tuve que hacerlo. Continuar en aquella posición era absurdo, a pesar de que él tampoco se había movido.

Así que me giré para darle las gracias y pedirle, por favor, que se marchara para terminar de arreglarme... pero mirarlo a los ojos hizo que olvidara mis intenciones. Él también me miraba con una intensidad que quemaba.

De hecho, nuestras bocas comenzaron a acercarse peligrosamente y, cuando ya creía que iba a sentir sus labios sobre los míos, éstos me sobrepasaron.

En realidad, lo que estaba haciendo Marc era volver a colgar la ducha en su sitio y por eso se había inclinado sobre mí, para poder llegar bien.

Resoplé e intenté apartarme de él echándome hacia atrás, lo cual hizo que, sin querer, me apoyara en el grifo de la ducha y lo abriera, por lo que comenzó a salir agua, mojándonos inesperadamente.

Cuando Marc tuvo los reflejos de rodearme con sus brazos para cerrar aquel grifo, ya nos encontrábamos los dos completamente calados. Él llevaba una camiseta blanca que, al mojarse, se había convertido en transparente y se le había pegado completamente a su escultural cuerpo, lo cual no ayudó en nada a aliviar la excitación que yo sentía. Porque verlo con el pelo completamente empapado, su camiseta y pantalones pegados y marcándole absolutamente todo, y sus brazos rodeándome para poder cerrar el dichoso grifo, no hacía más que mostrarme a un Marc tremendamente atractivo al que empezaba a desear con demasiada necesidad.

Marc

¡Joder!

Abril me había llamado para ayudarla con un problema y en ese instante era yo el que tenía otro. Porque me encontraba en la ducha, con ella medio desnuda, ambos completamente empapados y con un deseo por besarla que me amenazaba insoportablemente.

Estaba preciosa con el pelo cayéndole húmedo sobre la cara al tiempo que las gotas de agua recorrían, traviesas, sus sonrojadas mejillas para después aterrizar atrevidas en su pecho, uniéndose todas ellas en aquel provocativo valle que se formaba entre sus senos. ¡Lo que hubiese dado por recorrer con mis besos, primero, y con mi lengua, después, el mismo camino que aquellas afortunadas gotas!

De hecho, estuve a punto de perder el control. No lo voy a negar. Porque Abril me parecía preciosa y en esa situación lo estaba aún más. Encima despertaba en mí un deseo exacerbado. Quizá es lo que tiene lo prohibido; lo que tienes tan a la mano pero que sabes que no puedes coger, aunque te mueras por hacerlo.

Y lo peor de todo es que diría que, si la hubiese besado en ese instante, ella no me hubiera apartado... o a lo mejor era lo que yo quería pensar. Sin embargo, sé que no podía estar tan equivocado en reconocer las señales de su cuerpo, y sobre todo en reconocer el deseo con el que me miraban sus ojos.

¡Joder! Anhelaba tanto sentir su piel contra mi piel, su boca contra mi boca, que creí perder la cabeza cuando conseguí apartarme, porque en ese momento también fui absolutamente consciente de cuánto quería estar con ella. Y no hablo sólo de sexo.

Abril me atraía muchísimo, sí, pero es que, además, si en ese instante me hubieran preguntado como en una boda que si quería pasar el resto de mi vida junto a ella, en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte nos separase... hubiera dicho que sí sin dudarlo un solo instante, a pesar de todo.

Porque sentía con Abril algo muy diferente a lo que había sentido las otras dos veces que había estado enamorado. Tampoco sabía muy bien el qué. Simplemente era algo que se había instalado en mi corazón y que me decía que ella era la persona con la que acabaría mis días.

Así que me costó la vida salir de aquella ducha y dejarla sola en el baño para que terminara de arreglarse.

Mientras tanto di cuarenta paseos por la habitación, intentando dilucidar qué hacer, porque comenzaba a pensar que quizá debiera decirle a Abril lo que sentía por ella, aunque fuera

demasiado tarde para mí, porque, al parecer, ella ya había elegido a Yon, y a pesar, también, de que no fuera el mejor momento para ninguno de los dos debido a la situación sentimental que atravesábamos tras nuestras rupturas.

No obstante, acababa de decidir que tenía que intentarlo, porque, aunque no fuera lo más lógico o racional a priori, era lo que sentía y, sobre todo, era lo que me pedía hacer mi corazón... a pesar del más que probable batacazo que me pudiera llevar.

Así que esperé pacientemente a que saliera de aquel baño para decirle que quería hablar con ella.

Sin embargo, cuando lo hizo no me dio tiempo siquiera a abrir la boca. Alguien había llamado a la puerta, y ella se fue directamente a abrirla sin darme ninguna opción.

—Hola, Yon. ¿Qué haces aquí?

No me podía creer que aquel imbécil hubiera aparecido en el momento más inoportuno.

—Es que había reservado para esta noche mesa en el italiano y el colega que iba a venir conmigo me ha llamado desde la habitación diciéndome que algo le había sentado mal y que estaba vomitando sin parar, así que he pensado que a lo mejor te apetecía a ti venirte.

—Pues... —Abril dudó unos instantes—. Vale —le contestó finalmente—. De todas formas, iba a cenar sola, así que mejor acompañada. Dame dos segundos que coja mi móvil y nos vamos enseguida —le pidió mientras se volvía hacia mí, dejando la puerta de la habitación abierta.

Se me revolvió el estómago al ver cómo babeaba aquel cretino mientras fijaba su atención en el culo de Abril.

—Marc, me voy.

—Sí, ya lo veo —solté de mala gana.

—Luego me imagino que nos veremos en la palapa... Si es que te pasas con Andrea por allí —me dejó caer, con cierto retintín.

No entendí a qué había venido aquel último comentario y tampoco me puse a intentar comprenderlo. El cabreo que tenía en ese momento me hacía sentirme demasiado ofuscado como para poder razonar nada.

Mi oportunidad, cuando por fin había decidido plantarme delante de Abril y abrirme, se había esfumado porque aquel tipejo se había presentado en el momento más inoportuno.

¡Maldita fuera mi suerte!

Por otra parte, tampoco me convenía olvidar que ella parecía haber comenzado a salir con aquel idiota, así que quizá debía replantearme la decisión tan precipitada que había tomado.

Probablemente lo mejor fuera ir con cautela, estudiar primero el terreno y ver hasta dónde llegaba lo suyo, por lo que decidí que, después de cenar, me dirigiría a la dichosa palapa con el fin de ver si podía descubrir qué demonios había entre ellos dos y cuánto tenía de serio.

Cuando llegué, estaban ya todos allí, incluidos Andrea, Yon y, por supuesto, Abril, que lucía una enorme sonrisa ante un comentario de éste que no pude oír, pero que sin duda a ella le había hecho mucha gracia.

No quise acercarme en ese momento. Los saludé con la mano y me dirigí hacia la barra a pedir una copa. Estando en ella, llegó Andrea, lo que no me hizo mucha gracia.

—¿No quieres acercarte al grupo en general o es que no te quieres acercar a mí en particular? —me preguntó a bocajarro.

—Ambas cosas —contesté sin mirarla.

—Eso es que nos tienes miedo —me dijo con voz traviesa, sonrisa malévola y su dedo índice recorriendo, juguetón, la mano con la que sujetaba la copa que me acababan de poner.

La aparté de su alcance.

—Eso es que huyo de determinadas compañías.

Andrea sonrió, sardónica.

—La mía, por supuesto.

Asentí levemente mientras me giraba para mirar cómo la gente bailaba salsa en la pista de aquella palapa. A mi izquierda, Andrea continuó observándome con ganas probablemente de decirme algo más, pero permaneció en silencio durante un par de minutos, quizá escogiendo muy bien lo que me iba a decir a continuación. Después se decidió a hablar.

—Sé que te debo una disculpa.

—¿Una sola?

—Vale, varias. No lo he hecho nada bien contigo desde un principio.

—Andrea, no hace falta que sigas —le dije, haciéndole un gesto con la mano para que no continuara hablando—. No es necesario.

—Sí que lo es y, además, quiero hacerlo. —Volví a levantar la mano para que parase, pero me ignoró—. Te he tratado como trato a todos los demás tíos con los que me rodeo. Con ellos me funciona, ¿sabes?, pero está claro que me equivoqué al pensar que contigo también lo haría. Obviamente eres mucho más maduro y...

—Bastante menos manipulable —completé su frase.

—Sí, y las tretas que siempre me han funcionado con los otros es evidente que contigo no lo han hecho.

—Pues, si lo tienes tan claro, no sé qué demonios haces aquí hablando conmigo, porque mostrarte arrepentida y mirarme con cara de cordero degollado no me va a convencer en absoluto de que tus intenciones ahora son distintas.

Me sonrió, taimada.

—Vas a ser un hueso duro de roer.

—Desde luego, empeño no te falta, pero... ¿sabes lo que pasa, Andrea?... Que en este hueso ya no hay nada que roer, al menos para ti.

Suspiró, quizá ya vencida y convencida, y siguió mi mirada hasta la pista. En ella se encontraban Yon y Abril, que pretendían bailar una bachata.

—¿Quieres que salgamos ahí a enseñarles cómo se hace y ya de paso intentamos ponerlos celosos?

Sonreí al tiempo que negaba con la cabeza.

—Andrea, en el fondo creo que eres buena persona, pero querer manipular las situaciones y, sobre todo, a las personas para inclinar la balanza hacia donde tú quieres que lo haga no dice nada bueno de ti. Deberías empezar a usar esa cabecita pensante que tienes en cosas más útiles y dejar que la vida haga su parte, concediéndote lo que tenga que concederte sin forzar tanto las cosas.

—¡¿Así sin más?! ¡¿Sin luchar por lo que uno quiere?! —me contestó, completamente en desacuerdo—. Eso sólo lo hacen los cobardes, Marc.

—O las personas que han madurado y que saben que, cuando se fuerzan demasiado las cosas, éstas, a veces, te acaban explotando en la cara.

—Pues, ¿sabes lo que te digo?, que prefiero que me exploten a quedarme con la intriga de saber qué hubiera pasado si lo hubiera intentado —me rebatió mientras cogía su copa con evidente enfado y se largaba con los demás.

Sus palabras me hicieron pensar.

Quizá aquella chica inmadura e insensata tuviera razón. Quizá toda mi vida se había visto marcada por no querer forzar las cosas o presionar a las personas. Primero había sido con Alba, quien había decidido volar libre y a quien no había intentado convencer de que aquello no era para nada incompatible con el hecho de estar conmigo. No lo había intentado siquiera. Simplemente había respetado su decisión por encima de respetarme a mí mismo y mis sentimientos, por lo que estaba claro que no había luchado. Tampoco lo había hecho con Nerea, a la que tendría que haber puesto en su sitio mucho antes y haberle hecho entender que aquél no era el camino que debía seguir; porque, cuando quise hacerlo, ya era demasiado tarde.

Sí, quizá mi vida había estado marcada por el hecho de respetar de tal manera las decisiones de la otra persona, me parecieran acertadas o no, que había descuidado completamente las mías. Y lo había hecho hasta tal punto que en ese momento me sentía muy cabreado por ello. Pero no con los demás, sino conmigo mismo, por haberme relegado siempre a un segundo plano en pos de la libertad o la felicidad del otro y no de la mía propia.

El tema era si iba a continuar haciendo aquello, si iba a seguir dejando que los demás decidieran cosas que obviamente afectaban a mi vida mientras me callaba mi propia opinión. No se trataba de intentar manipular, como hacía Andrea, sino que se trataba de poner todas las cartas sobre la mesa y que, entre los implicados, decidiéramos a qué juego queríamos jugar.

Así que, después de sopesarlo durante un buen rato y estando por fin completamente convencido de que aquello era lo mejor para mí, a pesar de todo lo que tenía en contra, decidí acercarme a Abril.

Abril

Cuando vi que Marc atravesaba la pista viniendo directo hacia nosotros, me puse bastante nerviosa. Probablemente Yon y yo estuviéramos dando un espectáculo deplorable con nuestro intento de bailar bachata. No habíamos sido capaces de movernos coordinadamente ni un solo segundo, así que imaginaba cuáles eran las intenciones que traía Marc. Pensaba que querría dejarnos en evidencia... aunque, para ello, no se había traído a Andrea.

Venía solo, caminando muy decidido, y me miraba fijamente.

No medió ni una sola palabra con nosotros. Simplemente me cogió de la mano que descansaba sobre el hombro de Yon y, tirando de ella, me atrajo, dejándome completamente pegada a su cuerpo. Después me agarró de la cintura y me preguntó si quería bailar con él, a lo cual yo contesté, acompañando con un movimiento de cabeza, un tímido «sí».

—¡Pues ya la has oído, campeón! —le soltó a Yon, que nos miraba atónito.

Sin embargo, éste no iba a darse por vencido y empezó a protestar por la intromisión, pero a Marc le dio completamente igual. Me arrastró al centro de la pista, me encajó a él y, con una absoluta decisión y una intensa mirada, empezó a mecerme al compás de aquella sensual bachata.

Y todo lo demás dejó de existir a nuestro alrededor.

De repente me sentí como si hubiéramos estado haciendo aquello toda la vida. Un solo gesto suyo era comprendido por mi cuerpo, que reaccionaba a la perfección, siguiendo sus envolventes movimientos. Y aquello me pareció lo más erótico que había hecho en mi vida.

Y si la proximidad de Marc ya no me era en absoluto indiferente, después de enredar nuestros cuerpos de aquella manera tan demencial, menos aún. Aquel hombre de mirada intensa y cercana, de aspecto elegante y seductor, estaba meciendo mi cuerpo al compás del suyo, entrelazados por completo, en un baile absolutamente sensual que no había pasado desapercibido a nadie a nuestro alrededor.

Lo hicimos lento, despacio, sintiéndonos la piel, abrazando el aliento del otro en cada respiración, rozándonos aquí y allá sin un espacio libre entre ambos, devorándonos con la mirada.

Aquello fue narcótico.

Y para cuando aquella bachata terminó, sentí miedo. Miedo de no volver a experimentar con un hombre lo que acababa de experimentar con él. Pasión, compenetración, deseo. Tanto que tuve que apartarme un instante para no besarlo. Porque, aunque una nueva bachata había

comenzado a sonar, nosotros ya no la estábamos escuchando. Solo oíamos nuestros corazones, que marcaban el ritmo del vaivén con el que nuestros cuerpos se acompasaban en un baile tan íntimo y cercano que creí perder la cabeza.

Y quise irme, pero Marc me lo impidió. Me agarró de las muñecas, me miró como sólo él sabía hacerlo, provocándome un estremecimiento que recorrió mi cuerpo de pies a cabeza, y después me pidió que me quedara unos minutos más.

No pude negarme y, con un destello de felicidad en sus ojos, comenzó de nuevo a guiarme por un nuevo escenario. Esta vez la protagonista era sólo yo. Una protagonista que acabó acaparando las miradas de los allí presentes, aunque el mérito no fuera para nada mío. Pero de nuevo lo estábamos haciendo. De nuevo nuestra recién estrenada complicidad y nuestros compenetrados movimientos habían conquistado las miradas de los allí presentes.

Cuando acabamos de bailar, me sentí tan sumamente bien que me lancé a darle un abrazo... y nuestras bocas casi se encontraron en aquel abrazo. Sin embargo, algo hizo que ambos nos separásemos antes de que cometiéramos un error del que probablemente luego nos pudiéramos arrepentir.

Eso me dejó bastante confusa. Porque, a pesar de que parecía que los dos lo estuviéramos deseando, ambos nos habíamos apartado de la misma manera.

—¿Podemos hablar? —me preguntó entonces él, y no lo hizo sólo con palabras. Su mirada también me lo estaba pidiendo a gritos.

No pude y no quise negarme, así que, agarrándome de la mano, tiró de mí, sacándome de allí bajo la atenta mirada de Yon, que observaba con rabia cómo nos marchábamos de aquella palapa.

Nos dirigimos hacia el lobby del hotel, donde Marc pidió que le trajeran el coche de alquiler.

—¿A dónde vamos?

—Ya lo verás —me contestó sin más.

Y quise, una vez más, dejarme llevar por aquel hombre que estaba descubriendo una vida nueva para mí en muchos sentidos. Porque, con él, todo era intenso y excitante, pero a la vez reconfortante y seguro.

Durante el trayecto ninguno quiso hablar. No sabía sus razones, pero sí las mías. Necesitaba, antes que nada, una explicación por su parte.

El deseo que había entre ambos era más que evidente, pero habían pasado algunas cosas que exigían una detallada aclaración. Así que esperaba que aquellas explicaciones llegaran antes que cualquier otra cosa. De otro modo, no podríamos avanzar. Yo no querría avanzar.

Muy pocos minutos después llegamos a nuestro destino. Por lo visto íbamos a un sitio bastante cercano al hotel. Aparcamos el vehículo y comenzamos a andar por entre unos matorrales.

—Marc, ¿tú sabes seguro a dónde vamos? Es que no me gustaría perderme de noche en medio de la selva.

No me contestó. Sólo me miró con una gran sonrisa en los labios.

—Hemos llegado —me anunció muy poco después.

Ante nosotros se abrió la imagen más espectacular que había visto en mi vida. A mi derecha, unas ruinas mayas se dibujaban, soberbias, en el horizonte más cercano; a mi izquierda, la selva, sin más. Como ocurría allí en cualquier lugar, donde no había una construcción humana había naturaleza ocupándolo todo. Y delante de mí, una playa absolutamente paradisiaca. Una imagen perfecta de lo que podría ser el edén.

Marc me observaba, esperando mi reacción, la cual tardó en llegar, porque me costó recuperarme del impacto que tanta belleza había causado en mis retinas. Y es que, además, aquel mar turquesa, en ese instante oscurecido por la noche, reflejaba una enorme luna llena y un campo de estrellas a su alrededor, conformando una imagen difícil de olvidar. Aquello era como ver un amanecer, pero con la luna como protagonista y con los colores plateados como gama cromática. Simplemente espectacular.

—Es impresionante, ¿verdad? —me preguntó Marc en un susurro.

Asentí. No pude pronunciar ninguna palabra.

—Como tú, Abril —declaró entonces.

Me giré para mirarlo y me perdí. Me perdí en aquella profunda mirada que me observaba con deseo, pero también con cariño.

Y tuve ganas de besarlo de nuevo. Y sé que él también las tuvo.

No obstante, algo nos detuvo a los dos.

—Creo que primero deberíamos hablar —me dijo con cierta cautela.

Me mordí el labio inferior y asentí, aunque con cierto temor de lo que me tuviera que decir, porque aún no tenía claro cuál era su relación con Andrea, y acepté la mano que me tendía.

Caminamos en silencio hasta la orilla y allí nos sentamos.

Después de unos tensos segundos en silencio, Marc se decidió a hablar.

—Antes de nada, necesito saber una cosa, Abril. —Lo miré y lo invité a que me preguntara lo que quisiera saber—. Vale... —comenzó a decir, nervioso, mientras se pasaba la mano por el pelo—, ¿puedo preguntarte por lo que hay entre Yon y tú?

—Nada. No hay absolutamente nada —le contesté, aunque un poco incómoda, porque en cierto modo me parecía estar engañándolo, ya que, aunque en ese momento era verdad que solo éramos amigos, no podía borrar lo que había ocurrido entre nosotros en Playa del Carmen.

—Ya... —replicó, algo contrariado—. Oye, Abril, deberíamos ser sinceros el uno con el otro.

—¡Pues empieza tú por decirme que tienes con Andrea! —le exigí de muy malas formas.

—¡¿Yo?!... ¡Yo no tengo nada con esa chica!

—Ya, claro —repuse, levantándome de allí con bastante malestar. Si para mentirme de esa manera tan descarada me había llevado allí, lo mejor sería largarme.

De hecho, es lo que hice. No esperé a oír salir nada más de su boca. Comencé a andar deprisa hacia el coche y, sin pensar en nada, únicamente ofuscada por la rabia que estaba sintiendo, me

subí a él, lo arranqué y me largué, dejándolo tirado.

No fui consciente de la faena que le había hecho hasta que llegué al hotel, entregué el vehículo en la recepción para que lo llevaran al aparcamiento y me fui a la habitación.

Tras cerrar la puerta, pude empezar a pensar con claridad, porque hasta ese momento no lo había hecho. Me había dejado arrastrar por el tremendo enfado que me había producido que Marc me mintiera tan descaradamente y no había sido consciente de que lo había dejado completamente tirado, en un país desconocido, en una playa desierta, de noche y a unos cuantos kilómetros del hotel.

Pero me daba igual. Se lo merecía.

Obviamente él no sabía que yo los había visto besarse y por eso había intentado que me tragara su mentira.

Sin embargo, en ese momento no sabía qué me dolía más, si que estuviese liado con ella o bien que intentara ocultármelo, mintiéndome descaradamente.

El caso es que había pensado que Marc era diferente. Al menos creía que era una persona seria y comprometida, pero, por lo visto, nada más lejos de la realidad. Sólo era un tío más con una sola cosa en la cabeza, o por lo menos eso era lo que me acababa de demostrar a mí, a pesar de que anteriormente me hubiera tragado todas sus miserias como una idiota. Porque hasta de eso empecé a dudar también. Después de haberlo pillado en una mentira, ¿cómo saber que todo lo demás que me había contado no lo era también?

¡Dios! Tenía ganas de estrangularlo.

De hecho, decidí meterme en la ducha para intentar serenarme y no ponerme a hacer lo que realmente me apetecía, que era coger toda su ropa y tirarla por la terraza con un litro de gasolina por encima y un mechero prendido. ¡Joder!

Veinticinco minutos después, arrugada como una pasa y con el ánimo más calmado, salí del cuarto de baño con la intención de ponerme el pijama y acostarme. La noche había sido demasiado larga e intensa para mí.

—Espero que tengas una buena explicación para lo que has hecho.

Di un respingo tras oír a Marc, que se encontraba sentado en una de las butacas, con la cabeza gacha y los codos apoyados sobre sus rodillas.

—Marc, ¿qué haces aquí?

—Ésta sigue siendo mi habitación.

—Ya, pero ¿cómo leches has llegado? —le pregunté, bastante confusa.

—Pues he tenido que venir andando por la playa porque tú has decidido dejarme tirado en mitad de la nada.

—Lo siento —me disculpé, agachando la cabeza y sintiéndome bastante avergonzada. Que se lo mereciera no me daba derecho a hacerle lo que le había hecho.

Marc se levantó y vino decidido hacia mí. Me agarró de la barbilla y me la levantó, obligándome a que lo enfrentara.

—Sólo quiero saber por qué lo has hecho —me dijo a continuación, mirándome fijamente y esperando con cierta curiosidad mi respuesta.

—¿No estás enfadado? —le pregunté, atónita, porque para nada me esperaba que estuviera tan calmado. Sin duda una ristra de gritos e insultos era lo mínimo que me hubiera esperado de cualquiera que hubiera estado en su situación. No obstante, Marc me estaba dejando claro que, por lo menos en eso, no actuaba como cualquiera.

—Lo estaré si no me explicas al menos los motivos que has tenido para hacer una cosa así.

Seguía mirándome fijamente, pero para nada me sentí incomodada. Tan sólo abochornada por mi infantil comportamiento.

—Lo siento, Marc, pero lo he hecho porque me ha dado mucha rabia que me mintieras tan descaradamente.

—¿Y se puede saber en qué demonios crees que te he mentido?

—Os vi a ti y a Andrea besándoos anoche, y aun así has tenido la poca decencia de decirme que entre vosotros no hay nada.

Marc agachó la cabeza y sonrió.

Me crucé de brazos y bufé. ¿Qué le parecía tan gracioso?

—¿Sabes qué es lo que me hace gracia, Abril? —Negué con la cabeza—. Que te moleste tanto que yo me haya enrollado con Andrea cuando tú también lo estás haciendo con Yon.

Me dispuse a replicarle, pero cerré la boca. ¿Cómo se había enterado Marc de eso?

Sin embargo, unos segundos después las palabras comenzaron a brotar de mi garganta sin poder pararlas.

—No tengo nada con él y... ¿sabes por qué? —Esperé a que Marc me mirara de nuevo. Cuando lo hizo, continué hablando—. No lo tengo porque Yon no me gusta y, cuando quiso enrollarse conmigo en la playa, ¿sabes qué hice? —Marc negó de nuevo con la cabeza—. Mis labios pronunciaron el nombre de otro que no era él.

La intensidad de su mirada me arrasó.

Se acercó mucho más a mí y prácticamente pegó su mejilla a la mía.

—¿El nombre de quién pronunciaste, Abril? —me preguntó entonces, con un susurro acariciador.

Mi corazón se volvió loco. Mi respiración lo siguió. Y yo... yo no pude evitar responder con absoluta sinceridad.

—El tuyo, Marc.

Marc

—El tuyo, Marc —me respondió Abril.

Y ya no lo pude evitar más. Le agarré la cara entre mis manos y acerqué su boca hasta la mía. Su fresco aliento me contestó por ella. Deseaba aquel beso tanto como yo y no la hice esperar.

La besé. La besé dulcemente, con lentitud, saboreándola, recorriéndola con ganas pero pausadamente. Disfrutando de cada movimiento suyo y envolviéndola con los míos.

Pero aquello no duró mucho, porque ambos ansiábamos más y todo se precipitó.

Comenzamos a besarnos con más intensidad, con menos pausa, con más vehemencia... y me volvió completamente loco.

Quise saborearla entera, quise beber de su boca, quise recorrer su piel. Y no tuve espera. La encaramé a mis caderas sujetándola por las nalgas. La toalla enrollada al cuerpo que llevaba me facilitó el trabajo y lo agradecí. Después la mirada de Abril me lo dijo todo. Deseaba aquello tanto como yo y se quitó la toalla; sólo llevaba unas braguitas... Y eso me volvió más loco aún. Ansiaba recorrer su cuerpo y por fin lo podría hacer. Aquella mujer era preciosa y sería mía de inmediato. ¡Dios, cuánto había anhelado tenerla entre mis brazos!

—Abril... —comencé a decirle entre jadeos—, ¿sabes cuánto he deseado esto?

No me contestó con palabras, pero sus ojos me lo dijeron todo.

Abandoné entonces su boca para aventurarme por su cuello hasta llegar a sus pechos. Primero los saboreé con las manos y después lo hice con la boca. Oírla jadear, gemir de placer ante mis caricias, hizo que mi erección comenzara a dolerme. Necesitaba dejarla salir, así que, con Abril aún encajada en mis caderas, me dirigí hacia la cama. La dejé sobre ella y comencé a desnudarme precipitadamente mientras continuaba besándola en la boca, en el cuello, en los pechos. Después le bajé las braguitas. ¡Joder!, meter mi mano entre sus piernas y sentir aquella humedad me hizo perder la cabeza del todo. Porque ella estaba preparada para mí, estaba lista para recibirme. Y yo estaba deseando entrar dentro de ella. Por puro sexo, pero también por un sentimiento de pertenencia que de repente se despertó en mí. Quería que fuera únicamente mía, porque...

¡Dios! Darme cuenta de lo que acababa de sentir hizo que no lo soportara más y tuve que entrar en ella... y lo hice. Y los gemidos de Abril se unieron a los míos y ambos, perfectamente acompasados, nos mecimos en un vaivén de sensaciones que nada tenían que ver con lo que yo había sentido hasta ese instante con ninguna otra mujer. Porque allí había más. Una conexión

invisible que no sólo me acercaba a ella físicamente. Y me dio miedo. Porque, cuando pruebas la miel como acababa de hacer yo, entonces ya no puedes conformarte con cualquier sucedáneo.

Despacio, nos amamos, con largos besos y húmedas caricias. Lento primero, con vehemencia después; con dulzura primero, con necesidad después.

Y aquello acabó como había empezado. Con urgencia, pero también con pasión, con desmedido deseo y con una explosión de emociones recorriendo nuestros cuerpos invadiéndolo absolutamente todo hasta salir por todos y cada uno de los poros de nuestra piel. Porque acababa de aprender que el sexo, cuando es bueno y está acompañado de sentimientos, se exuda, se desprende para inundarlo completamente todo.

Por primera vez en mi vida, el sexo había sido algo más para mí.

Ya había estado enamorado antes y había querido, había hecho el amor y había follado, pero lo que había sentido con Abril no se acercaba a nada que hubiera sentido anteriormente. Perderme en su mirada mientras nuestros cuerpos convulsionaban de placer hizo que mi mente también convulsionara.

Porque querer pasar el resto de mi vida junto a ella comenzaba a ser algo más que un pensamiento pasajero.

Abril

Cuando le dije a Marc que fue su nombre el que pronuncié estando con Yon, se volvió loco. Me cogió la cara y comenzó a besarme con el mismo deseo con el que yo lo recibía. Porque ya no era un secreto que sentía por él una atracción desmedida.

Así que no sólo me dejé llevar, sino que le pedí más. Porque sus besos, sus caricias, sus miradas penetraban en mi cuerpo, calándome hasta los huesos. Porque jamás había tenido un sexo tan vehemente, tan apasionado, tan desordenado, tan... diferente.

Y aquello lo viví como una primera vez. Volví a sentir aquellos nervios, aquellas desbordantes ganas, aquella expectación por lo desconocido, pero esa vez con más experiencia, con mayor deseo, con muchísima más excitación.

Y es que Marc me hizo alcanzar el placer máximo. Sus caricias, sus besos, sus jadeos, sus movimientos de cadera primero, sus embestidas después, me arrancaron la virginidad invisible que aún conservaba, llevándome a un lugar en el que no había estado nunca. El centro del placer más absoluto.

Y quise que aquello no acabara nunca. Porque aquello no se parecía a nada que hubiera experimentado anteriormente. Pero no sólo por el placer físico, sino también por las emociones que manaron cuando llegué al orgasmo y que me hicieron derramar lágrimas.

—Estás llorando —me dijo Marc con una tierna sonrisa mientras besaba mi frente y se recostaba a mi lado después de haberme proporcionado uno de los mejores momentos de mi vida.

—Lo siento. ¡Qué vergüenza! —le dije, tapándome la cara con las manos, sin entender aún por qué había reaccionado de aquella manera—. Nunca me había pasado esto —susurré, pensativa—. Pero no es tristeza lo que siento —quise aclararle a continuación.

—Lo sé. Lloras precisamente por todo lo contrario.

—Sí —atiné a decirle mientras una sonrisa nerviosa brotaba, descontrolada, de mi boca—. ¿Cómo lo sabes?

—Por mi trabajo. Lo que te ha pasado es una reacción que se da a veces en las mujeres. —Lo miré bastante extrañada. No había oído hablar nunca de ello—. Verás —continuó explicándome —, cuando se llega al orgasmo, se libera oxitocina, la hormona de la felicidad. En algunas mujeres, por diferentes razones, esa liberación es masiva, y se sienten tan abrumadas que necesitan llorar como forma de liberación.

Lo miré. No se equivocaba. Aún me embargaba esa inmensa sensación de felicidad que había

sentido.

Me giré en la cama en sentido contrario a él y sentimientos encontrados acudieron entonces a mí.

—Nunca me había pasado esto con Fede —susurré con tristeza.

Aquel comentario salió de mi boca más como un pensamiento que como una información que hubiera querido darle, pero él, simplemente, me abrazó. Se pegó a mi cuerpo, haciéndome sentir su calor y su protección, y me besó el pelo con dulzura.

Ambos sabíamos lo que aquel llanto había significado.

—Quizá tengamos que pasar primero por otras relaciones para aprender qué es lo que no queremos, hasta llegar a la que finalmente sabes que te va a hacer feliz porque te aporta exactamente lo que quieres y necesitas —comentó mientras afianzaba su abrazo, sujetándome con más fuerza.

Y aquello me hizo pensar. Quizá yo hubiera tenido que estrellarme con Fede para darme cuenta del error que cometía buscando un marido y un padre para mis hijos sin estar realmente enamorada. Quizá Marc también hubiera tenido que pasar por esas dos tormentosas relaciones para saber qué no le hacía feliz y qué debía buscar de ahí en adelante en su vida.

Sin embargo, aquel pensamiento derivó en la siguiente pregunta: ¿encajaría yo en ese ideal de mujer que él andaba buscando?

—¿Estás bien? —me preguntó con cierta preocupación—. Te has quedado muy pensativa.

No sabía ni por dónde empezar a explicarle todo el maremágnum de pensamientos que invadieron mi mente en esos momentos, porque miles de preguntas acudieron, caprichosas, creándome millones de inseguridades.

Sin embargo, no quise perderme en ese mar de dudas, desperdiciando esos instantes con él, que por otra parte no quería que acabasen nunca.

—Mientras tú me sigas abrazando, estaré perfectamente —le contesté.

Su reacción fue tirar aún más de mí para envolverme completamente con sus fuertes brazos. Sus piernas se contrajeron, pegándose a las mías, y el poco espacio que había quedado entre ambos desapareció... al igual que mis dudas, mis inseguridades y mis preguntas. Tan sólo el calor de ambos cuerpos y sus manos acariciando las mías permanecieron presentes en aquella increíble noche en la que ninguno de los dos pudimos dormir.

Porque aquello no terminó ahí.

—Yo no besé a Andrea —me confesó instantes después Marc—. Fue ella la que lo hizo, pero la aparté enseguida de mí. No es a ella a quien quiero besar desde prácticamente el primer día que llegamos aquí, Abril.

Me giré hacia él.

—Sin embargo, pasaste la noche con ella —le recriminé, dolida.

—¡¿Qué?!... No, yo no pasé la noche con ella. —Con un movimiento rápido, Marc giró mi cuerpo del todo y, a continuación, se subió a horcajadas sobre mí—. Abril, dormí en la playa,

solo. Me fui allí porque Andrea me dijo que... —Marc agachó la cabeza y suspiró con cierto resentimiento—, me soltó que Yon y tú os estabais acostando.

—¡¿Qué?! —exclamé, sorprendida—. Pero ¿por qué te dijo eso? ¿Y de dónde lo sacó?

Estaba completamente alucinada.

—Por lo visto os siguió hasta la playa desde la discoteca y vio cómo Yon y tú os enrollabais.

Giré la cara, avergonzada de pensar en esa noche y en la de tonterías que cometí.

—Pues no debió de quedarse mucho rato o no quiso contártelo todo, porque ahí fue cuando, después de pronunciar tu nombre, Yon se largó, dejándome completamente tirada.

—Es evidente que manipuló la información.

—¿Y por qué demonios lo hizo? No lo entiendo.

—Para que yo creyera que no tenía ninguna posibilidad contigo.

—Marc, no te sigo...

—Me dijo que yo le gustaba, pero le di largas. Luego, supongo que no hay que ser muy avispado para darse cuenta de lo que... —Marc paró de hablar un instante, pero, tras un carraspeó, continuó—... de lo que despiertas en mí, Abril. Así que me dijo que te habías enrollado con él, evidentemente con la intención de convencerme de que no tenía nada que hacer contigo y que me olvidara de ti. —Marc suspiró—. Yo no supe encajarlo y me fui a la playa. Necesitaba estar solo y pensar.

Nos quedamos mirando fijamente.

Luego el tiempo se paró de nuevo, porque, tras esa intensa mirada, con una más que profunda declaración de intenciones por parte de ambos, comenzamos a dejarnos llevar de nuevo por nuestros cuerpos.

Marc era puro placer, pura generosidad, puro sentimiento, pura vehemencia. Y mi cuerpo, mi mente y mis sentidos danzaron bajo su embrujo, deleitándose con aquel desatado placer que sólo él había sabido proporcionarme.

Porque, cómo me recorría con su boca, cómo me abrasaba con sus labios, cómo me acariciaba con sus ardientes manos, cómo pronunciaba mi nombre con deseo, era algo que me volvía completamente loca.

Aquel hombre arrancaba en mí sensaciones desconocidas, sensaciones prohibidas. Arrancaba con sus palabras y sus caricias sentimientos inexplorados y exacerbados que se multiplicaban en mi cuerpo por mil cuando una mirada suya me atrapaba. Porque con ella me lo decía todo. Y ahí, mis dudas y mis inseguridades dejaban de existir para dar paso a la seguridad y a la confianza. Y entonces sentí la felicidad en su máxima expresión. Esa que te llena. Esa que te completa. Esa que te desborda y que, sin querer, despides por cada poro de la piel.

Pero también sentí esa felicidad que da pánico, porque una vez que la sientes temes con extremo pavor perderla.

Y de nuevo las lágrimas acudieron a mí. Por pura felicidad. Por puro miedo.

Porque todo eso sentía estando junto a él.

Y de nuevo, abrazados, volvíamos a respirar acompasados, al tiempo que el sueño nos envolvía, dando paso a la más absoluta relajación mientras la conciencia se desvanecía con un nuevo sentimiento en mí; el amor completo.

El amor en toda la extensión de la palabra.

Marc

Cuando desperté, me asusté. No era posible que todo hubiera sido un sueño.

No, aún percibía el olor de Abril sobre mi piel. Aún sentía el estremecimiento que habían provocado sus caricias en mí; esas caricias con las que nos habíamos comunicado y nos lo habíamos dicho todo.

No había sido un sueño. Había sido una más que placentera realidad. Porque nos habíamos devorado con ardiente intensidad hasta quedar exhaustos, hasta caer rendidos el uno junto al otro.

Sin embargo, Abril no estaba allí conmigo. Me había despertado solo.

Me incorporé en la cama y agucé el oído. Todo estaba en completo silencio.

No obstante, no tardé en encontrarla. Su silueta se dibujada en un contraluz perfecto sobre la cortina.

Me levanté, me puse un bañador que encontré a mano y salí a la terraza, donde ella se encontraba de pie, mirando hacia el horizonte.

—Buenos días, ojazos—le dije al tiempo que la rodeaba con mis brazos. Después sentí cómo una cálida sonrisa nació de su boca—. ¿Todo bien?

Abril asintió con un movimiento de cabeza, pero eso fue todo.

Entonces quise asegurarme. La rodeé, me puse delante de ella y observé su semblante.

Tenía la mirada fija en un punto, pero, al entrar en su campo de visión, la desvió hacia mí.

—¡Eh! ¿Qué ocurre?

Siguió mirándome con una expresión indescifrable para mí. Después tragó el nudo que tenía en la garganta y cogió aire, pero tuve que esperar unos segundos a que se decidiera a hablar.

—No sé —me contestó a continuación, encogiéndose de hombros al tiempo que sonreía y se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Ehhh... —La abracé—. Tranquila.

Esperé unos segundos a que se calmara. Después agarré su cara entre mis manos y volví a mirar esos preciosos ojos que tanto me habían cautivado. En ellos intuí miedo.

—¿Me lo quieres contar?

Me miró fijamente y después dudó unos instantes.

—No lo sé. Es que... Marc, yo no sé si estoy preparada aún.

—Preparada, ¿para qué?

—Para esto —me contestó, haciendo un gesto con la mano derecha que claramente nos señalaba a ambos.

—¿No sabes si estás preparada para ser feliz junto a un hombre que se dejará la piel a diario para conseguir que lo seas?

Me miró y sonrió.

—Visto así no sé de qué podría tener miedo, la verdad... —me contestó con una leve sonrisa.

—¿Pero...?

Agachó la cabeza y, con cierto titubeo, me expresó su temor.

—Hay algo que me dice que deberíamos tomarnos esto con más calma, Marc.

—Y lo haremos. ¡Eh, mírame! —le pedí de nuevo, al tiempo que volvía a cogerle la cara para obligarla a mirarme—. A mí también me asusta... esto —le comencé a decir, haciendo el mismo gesto con la mano que ella había utilizado momentos antes para referirse a nosotros—. Pero eso no me va a impedir que luche por algo en lo que creo de verdad. —Me miró con más miedo todavía. Quizá mi vehemencia la había abrumado un poco. No obstante, también intuí esperanza en su mirada—. Abril, creo saber cómo te estás sintiendo y los miedos que puedes tener, y te aseguro que son completamente lógicos. Pero tienes que confiar en mí. Sólo necesito que te dejes llevar. Si lo haces, el tiempo dará solución a tus preguntas y pondrá en su sitio las dudas.

Su mirada cambió. Su semblante también.

Quería confiar en mí y lo iba a hacer. Estaba convencido de ello.

—Necesito tiempo para asimilar algunas cosas y estar segura de otras —me pidió.

—Y lo tendrás, Abril. Todo el que precises. Hagamos esto con tranquilidad, disfrutando de cada instante y dejándonos llevar únicamente por lo que sintamos en cada momento, ¿de acuerdo? —Asintió con una confiada sonrisa en los labios—. Vale, y ahora podríamos vestirnos e ir a desayunar, ¿te parece?

Volvió a sonreír y no pude evitar besar esos labios aún hinchados y enrojecidos de tanto uso que les habíamos dado la noche anterior.

Tras mi beso, se sonrojó como una niña pequeña y eso me encantó.

Abril era un continente aún por explorar y yo quería ser su doctor Livingston.

Abril

Con sólo mirarlo supe que podía confiar en él. De hecho, debía hacerlo.

Aunque me dieran pánico todos aquellos sentimientos emergentes que tanto comenzaban a abrumarme. Porque jamás había sentido nada igual y empezaba a costarme gestionar algo tan intenso y tan diferente a todo lo que había vivido hasta ese momento.

Lo que había sentido en mi relación con Fede y lo que comenzaba a sentir con Marc no era para nada comparable. Porque había un inmenso abismo, no sólo en la cantidad de sentimientos, sino sobre todo en la intensidad de éstos.

Pero no quise ni siquiera pensarlo. Ni tampoco quise pensar en lo que ocurriría cuando acabase el viaje y los dos volviéramos a nuestras vidas. Sólo quería disfrutar de aquello, dejarme llevar y que ocurriera lo que tuviese que ocurrir.

Así que comencé por poner mi mente en blanco, focalizarla a continuación en nosotros dos disfrutando de un refrescante baño en la playa, y terminar con el recuerdo de imágenes de la noche anterior que, caprichosas, acudieron a mi mente, haciéndome estremecer de placer.

Si mi hermana y Vero hubiesen visto esas imágenes, hasta se habrían escandalizado, por lo que no pude evitar sonreír, orgullosa.

—¿De qué te ríes, ojazos?

La voz de Marc me sobresaltó, sacándome de mis pensamientos.

—De nada. Oye, ¿te apetece ir a la playa después de desayunar?

—Sí —afirmó con una amplia sonrisa y un especial brillo en los ojos—, pero vamos a ir a una que quiero que conozcas —me comentó, sin darme lugar a réplica.

Una hora después habíamos desayunado y estábamos cogiendo el coche de alquiler para desplazarnos hasta aquella misteriosa playa de la que Marc no me había querido adelantar nada.

Tardamos muy poquito en llegar. El camino tan sólo había durado poco más de cinco minutos. Eso y el aparcamiento donde dejamos el coche me hizo reconocer la playa a la que habíamos ido.

Era la misma donde Marc me había llevado la noche anterior y donde lo había dejado tirado.

—Siento lo de anoche —le volví a decir en cuanto nos bajamos del vehículo.

—Pues yo no —contestó, resuelto—, porque después de tu enfado vino la reconciliación, y aún me estremezco al acordarme de ella, ojazos.

Me temblaron las piernas al recordarlo yo también y sonreí como una tonta.

—Anda, vamos, que nos está esperando el guía —me indicó a continuación, ofreciéndome su

mano.

Y es que ya se había encargado él previamente de pedir en el hotel, mientras desayunábamos, que nos hicieran la reserva para una visita guiada a las ruinas mayas de Tulum, que era el sitio donde nos encontrábamos.

Y lo único que puedo decir es que aquel lugar me sobrecogió.

Primero, por su impactante belleza; después, por su interesante historia, que, de boca de aquel apasionado guía, parecía mucho más atrayente aún. Y es que la cultura maya fue, sin lugar a duda, cuando menos inquietante.

Una vez acabamos de deleitarnos con las explicaciones que nos dio aquel hombre y hubimos satisfecho nuestra curiosidad con las numerosísimas preguntas que le hicimos, decidimos bajar a la playa a darnos un chapuzón.

Y aquello continuó siendo una auténtica maravilla, porque ver a Marc entrar y salir del agua con aquella seguridad y con aquel cuerpo que la genética y el deporte le habían dado no dejaba de ser un espectáculo más con el que recrear mi vista.

—¿No te bañas? —me preguntó la segunda vez que salió del mar.

—Debería —susurré, nerviosa, al tiempo que comenzaba a abanicarme con la mano—, porque me ha entrado mucho calor, así... de repente —le confesé, apurada.

Y es que no lo podía evitar. Marc me había atraído mucho y había despertado en mí instintos que no sabía ni que tenía. El caso era que, además, después de lo que había pasado entre nosotros la noche anterior y sobre todo de lo que él me había hecho... sentir, no podía evitar que el calor me subiera y me derritiera con tan sólo una mirada suya.

En fin, que me di aquel baño con la intención de refrescar mi cuerpo y sobre todo mi mente, pero no conté con que él también quisiera bañarse junto a mí y que no pudiéramos evitar lo que ya era prácticamente inevitable entre nosotros.

Así que... sí. Ocurrió aquello que sólo ocurre entre dos adolescentes descerebrados a los que no les importa nada y que sólo quieren satisfacer sus instintos más primarios donde sea y como sea, porque no son capaces de evitarlo.

¡Dios mío, qué vergüenza...! ¡Pero, ay, Señor, qué gusto!

Desde luego ya podía tachar de mi lista de «cosas de juventud aún por hacer», lo de tener una noche loca de sexo del bueno y lo de hacerlo en un sitio público a la luz del día. En realidad, eso último nunca había estado en la lista, pero acababa de añadirlo yo mentalmente para poder tacharlo también.

Es curioso cómo durante una buena parte de mi vida había pensado que era completamente feliz y que tenía todo aquello que una mujer pudiera desear para sentirse plena. Tenía un trabajo que me encantaba, un buen sueldo, planes de futuro acordes con lo que siempre había soñado y un buen hombre a mi lado que iba a ser un excelente padre para mis hijos. Todo era perfecto, sí. Y, de hecho, lo hubiera sido, más o menos, de no ser por Fede, que en un alarde de valentía, y sobre todo de cordura, había decidido poner fin a algo que ya estaba muerto desde que empezó.

Justo cuando yo había comenzado a sentir el amor de una manera tan diferente, comparaba la historia de Fede y mía con la de tantas otras parejas de épocas muy anteriores a la nuestra, en las que, con un criterio bastante vago, elegían y decidían que querían pasar el resto de su vida al lado de otra persona de la que apenas conocían prácticamente nada. Parejas que acababan acostumbrándose el uno al otro y que, en el mejor de los casos, acababan queriéndose, como me había pasado a mí con Fede. Pero eran parejas que jamás habían sentido esa pasión, esa vehemencia que te da el estar completamente enamorado de alguien que encima te atrae desmedidamente.

Y sentí pena por el tiempo perdido, pero también ilusión por el amor encontrado. Porque, además, Marc era un hombre bueno, sensible y muy respetuoso. Quizá no fuera perfecto del todo y como cualquiera tuviera sus defectos, pero lo más importante era que partíamos de un comienzo muy prometedor y que a mí me apetecía de verdad aventurarme a conocer de él incluso su parte más negativa.

Y es que me sentía como una adolescente. Me daba vergüenza hasta reconocerlo porque, obviamente, aunque me sintiera así, ya no lo era. Pero las mariposas en el estómago estaban ahí, revoloteando como locas en una incipiente primavera que hasta entonces nunca había llegado, pero que en esos momentos lo hacía con una irruptora fuerza que me hacía sentir más viva que nunca.

No obstante, también tengo que decir que, con treinta y dos años, darme cuenta de que me había enamorado por primera vez en la vida daba vértigo. Mucho. Porque, cuando eres joven y te ocurre, supongo que sólo tienes que dejarte llevar y listo. Pero, a mi edad, entraban en juego otros factores que también debía tener en cuenta. Sin embargo, no me iba a poner a valorarlos en ese instante, porque lo que me apetecía realmente era disfrutar de aquello como una quinceañera, y ya me plantearía como adulta todo lo demás cuando volviéramos de aquel inesperado destino que, paradójicamente, me había encontrado en mi luna de miel.

—Estás muy pensativa. —La voz de Marc me devolvió a aquella playa de ensueño donde nos hallábamos.

Asentí con la cabeza y le sonreí.

—Gracias —le dije a continuación.

—¿Por qué?

—Por hacerme sentir viva. Creía que lo estaba, pero... ahora me doy cuenta de que no, de que sólo estaba viviendo la vida a medio gas.

Marc simplemente sonrió y desvió la mirada hacia el horizonte, donde comenzaban a asomar unas nubes muy negras.

—Quizá deberíamos irnos —me dijo, señalándome aquellos nubarrones con su dedo índice.

—Pero si están muy lejos y aquí ahora se está genial. Vamos a quedarnos un ratito más, por favor. Al menos hasta que sea la hora de comer —le supliqué, mirándolo con cara de niña buena.

—Desde luego, si me lo pides así y me miras con esos ojos, no puedo decirte que no —me

contestó, sonriendo con ternura—. Pero que quede claro que no me gusta nada cómo está cambiando el tiempo, y más viendo el viento que se está levantando.

—No seas exagerado. Si son dos nubes de nada allá a lo lejos.

No nos dio tiempo a llegar al coche. Comenzó a llover como si se hubiera roto el cielo y se estuviera derramando, justo encima de nosotros, toda el agua que hubiera contenida en él. Así que, cuando conseguimos alcanzar el vehículo, ya estábamos calados hasta los huesos.

Una vez dentro, miré a Marc con una clara disculpa en los ojos.

—Aquí es que las tormentas son así —me explicó, encogiéndose de hombros—. De un segundo para otro.

—No lo sabía.

Pero en realidad tampoco me importó mucho que se nos empapara la ropa hasta el punto de que se nos transparentara. Y menos aún me importó que se quedara pegada al cuerpo de Marc de una manera absolutamente insinuante. Ni tampoco me importó que tuviéramos que irnos corriendo a la habitación del hotel para quitárnosla y... en fin... que... ¡bendita tormenta!

Nos saltamos la comida... y la merienda también. Pero, a la hora de la cena, el concierto que teníamos en nuestros estómagos nos obligó a salir de aquella cama, a pesar de mis reticencias.

Y es que, si antes hacía la lista de la compra mientras me acostaba con Fede cuando me veía arrastrada a hacerlo, en ese momento era yo la que buscaba tener sexo. Pero porque con Marc era mucho más que eso. Con Marc el sexo era rico, divertido, dulce, placentero, desordenado, sincero y... me volvía completamente loca.

Por fin comprendía a esas mujeres a las que les gustaba tanto hacer el amor. Por fin, a mis treinta y dos años, había aprendido lo que era echar un polvo en condiciones. Y tengo que decir que me encantaba.

Me ruboricé sólo de pensarlo. Porque era una parte mía tan desconocida para mí que hasta me daba vergüenza admitirlo, pero era así... simple y llanamente.

—Te has puesto roja de repente —me advirtió Marc, mientras degustábamos un suculento plato de pasta *all'arrabbiata* en el restaurante italiano del complejo.

Carraspeé.

—Eso va a ser por la salsa de los *fettuccini*, que está un poco picante —le contesté más roja aún de pensar qué había sido en realidad lo que había provocado que se me subieran los colores de aquella manera.

Y mientras Fede hubiera comenzado a discutir conmigo porque en realidad aquella pasta tampoco estaba tan picante, Marc simplemente me sonrió con complicidad y lo dejó pasar.

Porque con él, hasta ese momento, todo había sido así, sencillo. Y eso era algo que yo valoraba muchísimo en una persona, sobre todo en una pareja, de quien esperaba que te hiciera la vida más fácil y, por supuesto, te la alegrara.

Después de la cena quisimos tomarnos algo, pero decidimos que quizá fuera mejor ir a una palapa diferente a la que siempre habíamos ido. Nos apetecía tener algo de intimidad.

Sin embargo, para nuestra sorpresa, el grupo de Yon y Andrea habían decidido cambiar de ambiente y habían escogido la misma palapa que nosotros para ir a tomarse sus copas.

—Si quieres, nos vamos a otro sitio —me propuso Marc cuando vio la cara que puse al verlos.

Estuve a punto de decirle que sí para no sentirme incómoda, pero entonces vi a Andrea, que desde la barra nos miraba descaradamente con actitud retadora.

Así que no sólo le dije que nos quedábamos allí, sino que, además, ya me encargué yo de dejarle bien claro a esa chica cuál era nuestra nueva situación sentimental, para que no le quedaran dudas al respecto.

Y Marc, que no era tonto, se dio cuenta de mi juego.

Y yo me sentí avergonzada, esta vez por parecer una colegiala.

—Me siento como si estuviéramos en la prehistoria —me comenzó a decir él en un momento dado— y estuvieras marcando tu territorio para que no se me acercara ninguna hembra. Sólo te falta mearme, Abril.

Me quise morir. ¡¿Tanto se notaba?!

—¡Ay, Dios! Lo siento mucho, Marc —me disculpé, sintiéndome completamente imbécil—. Te juro que nunca había hecho una cosa así. ¡Madre mía! ¡Qué bochorno!

—Eh... —me dijo mientras me cogía las manos y me las quitaba de la cara para que dejara de tapármela. Me miraba con preocupación—. Verás... es que en parte me siento halagado —suspiró profundamente—, pero hay otra gran parte de mí que me está gritando que salga corriendo, Abril.

Recordé entonces lo que me había contado sobre su última relación y lo mal que lo había pasado precisamente con los celos de Nerea, así que entendí perfectamente de qué me estaba hablando y era lógico que mi actitud hubiera hecho que se pusiera en alerta.

—Vale. Soy gilipollas —le solté, martirizada—. Perdóname. Jamás había hecho una cosa así, te lo aseguro.

En esos momentos me odiaba a mí misma porque había hecho algo que siempre me había parecido ridículo e infantil. Pero es que, además, lo había venido a hacer justo con la persona menos indicada, debido a su bagaje en ese sentido.

—No te preocupes —me comentó al verme tan apurada—. Sinceramente algo me dice que no eres de esas personas, lo que pasa es que no puedo evitar que me salten todas las alarmas ante una situación de este tipo.

—Lo entiendo perfectamente y no puedo sentirme más disgustada conmigo misma. —Volví a agachar la cabeza—. Ahora lo único que necesito es que te quede claro que confío plenamente en ti, Marc. Tienes que creerme.

Asintió.

Pero, aun así, necesité seguir explicándome.

—Sé que he reaccionado como una inmadura y hasta a mí me ha sorprendido, pero lo único que pretendía era que Andrea supiera que estamos juntos y que ya no tiene vía libre contigo.

—Bueno, en todo caso eso debería de ser yo quien se lo dejara claro.

—Pues sí, pero como no te ha funcionado ninguna de las veces que lo has intentado... —me justifiqué, encogiéndome de hombros.

Marc chasqueó la lengua.

—Ahí te voy a tener que dar la razón, ojazos. —Su expresión cambió entonces. En su semblante ya no había ese recelo inicial. Sonreía levemente, con un cierto brillo taimado en los ojos—. ¿Sabes qué? Se me está ocurriendo algo para cambiar eso.

Y diciendo esto último, se levantó, ofreciéndome su mano.

Ni qué decir tiene que la acepté y me dejé llevar por él hasta el centro de aquella palapa, donde una sensual bachata sonaba, incitadora.

Y me hizo el amor, allí, delante de todo el mundo, mientras bailábamos.

Porque, con su mirada primero y con sus manos después, me recorrió entera mientras nuestras piernas entrelazadas se dejaban acunar con un provocador vaivén que mecía nuestros movimientos mientras expresábamos de manera irreverente lo que comenzábamos a sentir el uno por el otro. Porque de aquello trataba aquel provocativo baile, de expresar sentimientos, pero también deseo.

Y yo me dejé hacer, porque en sus manos me sentía viva. Más viva que nunca.

Y aprendí que la vida era algo más que perseguir un sueño absurdo. La vida había que vivirla conforme venía, sin planes, sin previsiones, conforme te llegaba, sin miedo, sin recelos; abriéndote a ella, empapándote de ella, saboreándola.

Y eso estaba haciendo yo en aquel maravilloso viaje surgido del error más grande de mi vida, pero que me había procurado el acierto más delicioso que me hubiera podido imaginar.

Y aquella bachata terminó, pero no nuestro baile, que continuó perverso para volverme más loca aún, porque seguimos meciéndonos entrelazados y comiéndonos a besos.

—Marc...

—¿Qué? —me contestó casi sin aliento, con su boca aún contra la mía.

—Nos está mirando todo el mundo —le dije, empezando a sentirme bastante ruborizada al saberme el centro de atención.

—De eso se trataba, ojazos.

Y es que sacarme a bailar había sido la excusa perfecta para dejar claro, a todo el que tuviera que saberlo, que estábamos juntos. Y besarme como me besó cuando terminó la bachata lo hizo para que no les quedara lugar a dudas a ninguno de ellos.

Y tardó mucho en borrárseme la sonrisa de felicidad.

De hecho, no lo hizo hasta que fui al baño y, al salir de él, me crucé con Andrea, que obviamente había venido buscándome.

Se me paró delante, con los brazos cruzados, como si esperara una explicación por mi parte.

—Andrea, ¿qué quieres? —le pregunté con hastío.

—Habrás ganado la batalla, pero no la guerra, ¿sabes?

—Ya no hay ninguna guerra que librar. ¿Es que no te ha quedado claro aún?

—Pues no. ¿Y sabes por qué?

—A ver, ilústrame.

—Porque el otro día nos besamos.

—Dirás que lo besaste y él te tuvo que apartar.

—¿Eso es lo que te ha contado? —me preguntó, esbozando una maliciosa sonrisa.

Pero todo lo que tenía ella de joven lo tenía yo de inteligente.

—No hacía falta que me contara nada. Lo vi yo con mis propios ojos desde la puerta de nuestra habitación —le dejé caer, aunque fuera una verdad a medias, porque en realidad no había visto ni cómo había empezado ni cómo había terminado. Pero buscaba ver cómo reaccionaba.

Y funcionó.

—Que esa noche me rechazara no quiere decir nada —me escupió, furiosa—. Ya habrá otras noches en las que no lo hará.

—Sigue soñando, bonita —repliqué con el modo guerrera encendido mientras me largaba de allí dejándola con la palabra en la boca.

Si aquella tiparraca pensaba que tenía algo que hacer con Marc, lo llevaba claro. Porque entonces más que nunca sabía que podía confiar plenamente en aquel hombre.

Y es que al decirle a Andrea que yo había visto cómo era ella la que lo besaba a él, había matado dos pájaros de un tiro: desenmascararla impidiendo que siguiera mintiéndome, y también contrastar la información que me había dado Marc y que ella, inconscientemente y para mi absoluta satisfacción, me había confirmado.

Así que me sentí triunfal y, cuando llegué a la barra donde Marc me esperaba sentado en un taburete, le di el beso más ardiente que había dado en mi vida.

—Vaya —dijo con cierto asombro, pero obviamente encantado.

—¿Nos vamos? —le pregunté con un tono más que sugerente.

—Por supuesto —me respondió con una amplia sonrisa, al tiempo que me cogía de la mano para arrastrarme con premura hasta la habitación.

Y, allí, nos volvimos a decir todo lo que sentíamos sin usar las palabras.

Marc

Amanecer abrazado a Abril era algo que me encantaba pero que no sabía cómo iba a enfrentar una vez volviéramos a nuestras realidades. Porque la mía era compleja y no sabía hasta qué punto estaba preparado para incluirla en ella. Pero no porque yo no quisiera hacerlo, sino porque las circunstancias que me rodeaban probablemente no pudieran acompañar mis deseos y tal vez tendría que postergarlos.

No obstante, no quería pensar en eso de momento. Una buena amiga siempre me decía que ya cruzaríamos el puente cuando llegásemos a él, y eso era lo que pensaba hacer. Ya tendría tiempo de enfrentarme a mis problemas y tomar decisiones cuando volviera a casa.

—Buenos días. —La somnolienta voz de Abril me sacó de mis pensamientos. Seguramente la alarma de mi reloj la había despertado. Después refunfuñó.

—Buenos días, ojazos —le contesté con una enorme sonrisa—. Desde luego lo tuyo no es madrugar.

—Es que estamos de vacaciones —lloriqueó—. ¿Por qué siempre te pones el dichoso despertador?

—Hoy me lo he puesto porque tengo que ir a ver a María. Quiero que me acabe de explicar qué pasó con Lupe y también quiero darle las gracias por haberme dado el diario de mi abuelo y haberme contado todo lo que sabía.

—Ah, pues me voy contigo —me contestó, saltando como un resorte de la cama para dirigirse al baño—. Dame diez minutos.

—Si no quieres venir, no hace falta —le planteé, pensando que a lo mejor se estaba sintiendo en el compromiso de acompañarme y quizá prefería quedarse tomando el sol en la playa.

—¡¿Perdona?! —me soltó, saliendo del baño con el cepillo de dientes en la boca y un montón de espuma alrededor de ella.

—No me malinterpretes, que yo estoy encantado de que vengas conmigo. Te lo decía porque no tienes ninguna obligación y a lo mejor prefieres aprovechar el tiempo para hacer otras cosas.

—Dame un minuto —me pidió, levantando su dedo índice y luego despareció.

A los pocos segundos volvió a salir del baño, ya sin rastro de pasta de dientes, y me dijo, muy seria:

—Tú y yo hicimos un trato: tú me ayudabas con mis problemas emocionales y yo te acompañaba a averiguar qué le había ocurrido a tu abuelo, ¿no es así? —Asentí con la cabeza, divertido, y ella continuó hablando—: Pues bien, tú ya has cumplido con tu parte del trato... con

creces, además. —Y esto último lo dijo con un énfasis que me encantó—. Así que ahora me toca a mí terminar de cumplir con mi parte, por lo que te acompañaré a todos los asuntos que tengan que ver con Bastian. —Hizo una pausa y puso cara de interesante—. Entre otras cosas también porque me he pillado un poquito de su nieto y quiero pasar el mayor tiempo posible deleitándome con su grata compañía.

Aquella declaración me encantó, pero me supo a poco.

—Con que te has pillado un poquito nada más, ¿eh? —le pregunté, juguetón, mientras me levantaba de la cama y corría hacia ella para torturarla y que confesara. Porque a esas alturas ambos ya sabíamos hasta dónde llegaban nuestros sentimientos y yo tenía claro que lo que sentía Abril era bastante más de lo que me había dejado entrever.

—Por mucho que me tortures, no pienso decirte nada —me contestó a carcajada limpia en respuesta a las cosquillas que le estaba haciendo.

—Bueno, eso ya lo veremos cuando saque la artillería pesada —la reté, amenazador.

Lo que Abril no sabía aún es que yo podía ser muy persuasivo. Pero es que, además, ella ya empezaba a ser muy vulnerable a mi artillería pesada y no dudé en usarla a mi favor.

Y no tardó en darme lo que yo quería, porque, cuando mis caricias deleitaron sus sentidos ya era imposible que pudiera echarse atrás. Abril tenía la batalla perdida.

Pero yo también. Porque me gustaba demasiado. Recorrerla con mis manos y con mis labios, viendo cómo jadeaba bajo mi cuerpo, me hacía perder el control y disfrutar más allá incluso de lo físico.

Porque comer su boca mientras me adentraba en su interior era el mayor placer que había sentido. Y me encantaba hacerlo muy despacio, saboreándola, arrancándole gemidos de auténtico placer mientras mi cuerpo entero se deleitaba con las demoledoras sensaciones que tenerla debajo de mí, a mi merced, me provocaba.

Porque ella, al igual que no sabía lo hermosa que era, tampoco era consciente de la sensualidad que desprendía y de lo terriblemente erótica que podía llegar a ser. Y eso me volvía más loco aún.

Así que, antes de que perdiera la cordura mientras me mecía en su jugoso interior, quise aprovecharme de mi poder.

—Dime lo que quiero saber, Abril.

Un gemido surgió de su boca como consecuencia de mi primera embestida.

Una segunda, esa vez más profunda y arrasadora, me dio lo que quería.

—Te quiero en mi vida, Marc —me susurró entre jadeos.

Una tercera embestida me desarmó a mí.

—Y estaré. Te lo prometo.

Y ambos abrimos los ojos para mirarnos y entrar en el mundo del otro. Un mundo que ambos ya compartíamos y donde comenzaba a no existir la posibilidad de vivir el uno sin el otro. Y ahí,

unidos por esa intensidad, nos acompañamos en una explosión de sensaciones, pero también de sentimientos. Y Abril volvió a llorar.

—Vas a creer que soy una llorona —me dijo, tapándose con vergüenza la cara una vez que habíamos terminado y descansábamos, exhaustos, sobre la cama.

—Abril, me encantan esas lágrimas... —le indiqué con cariño—, porque sé lo que significan y no pueden hacerme más feliz.

Sonreímos abiertamente y, después de aquel inesperado pero absolutamente delicioso asalto, pusimos rumbo a la casa de María.

Durante el largo trayecto ambos fuimos en silencio hasta que Abril se decidió a hablar.

—¿Le contarás toda la historia de tu abuelo a tu madre? —preguntó con curiosidad.

—Pues sinceramente no lo sé, porque, aunque mi abuelo tuviera una razón de peso para hacer lo que hizo, no sé hasta qué punto quiero enturbiar el recuerdo que mi madre pueda tener de él, porque, lo quieras o no, el Bastian que he conocido aquí no deja de ser una persona muy diferente de la que nosotros conocimos.

—Desde mi punto de vista no es que sea una persona diferente, es simplemente que nunca llagasteis a conocer esa parte de él.

—Ya, y eso es algo que también me hace pensar que, si él decidió no contar nunca nada de lo ocurrido, por las razones que fueran, ¿por qué iba yo ahora a sacarlo a la luz? No sé, es como si una persona tiene un secreto que no quiere que nadie conozca y entonces viene alguien y, sin ningún derecho, lo airea a los cuatro vientos. Siento que estoy traicionando a mi abuelo.

—Te entiendo. —Abril hizo una pausa—. Pero, de todas formas, aún queda saber por qué nunca quiso que todo esto saliera a la luz. Quizá cuando lo sepas te ayude a decidir qué hacer.

Probablemente Abril tuviera razón. De hecho, ojalá fuera así.

Con ese deseo en mi cabeza entramos en el camino de tierra que llevaba directo a la casa de María. A lo lejos ya se divisaban las figuras de los niños corriendo aquí y allá. Lo hicieron hasta que nos oyeron llegar, porque, en ese momento, como habían hecho las otras veces, acudieron a darnos una cálida bienvenida.

Por iniciativa de Abril, les habíamos comprado un par de balones de fútbol y unas chuches. Lo agradecieron con unas enormes sonrisas en las caras y dando mil saltos a nuestro alrededor.

Mariela también nos lo agradeció.

—No tenían por qué hacerlo —nos dijo mientras nos acompañaba dentro de la casa, donde, en el mismo sitio de siempre, se encontraba esperándonos su madre.

Como me pasaba siempre, no pude evitar ponerme algo nervioso al verla, y Abril, que enseguida se dio cuenta, me cogió la mano para aportarme la calma que necesitaba, gesto que me hizo mirarla con profundo cariño mientras cruzábamos una sonrisa cómplice que lo decía todo.

María, que se había dado cuenta de aquella muestra de afecto, nos miró con ternura y, tras unos segundos, nos pidió que nos sentáramos frente a ella como habíamos hecho las otras veces.

Cuando se decidió a hablar, lo hizo dirigiéndose a Abril.

—Aunque sea un poco entrometido por mi parte esto que te voy a decir, no quiero guardármelo para mí. —Abril le sonrió con ternura, invitándola a continuar—. Este chico te necesita tanto como tú a él y es que, aunque aún no lo sepáis, estáis hechos el uno para el otro. Por eso alguien ha buscado que estéis juntos —terminó diciendo, con los ojos vidriosos y visiblemente emocionada.

—Se lo agradezco —comenzó a responderle Abril—, pero en realidad nosotros, de momento, sólo nos estamos conociendo y...

María levantó su mano derecha de manera que hizo que Abril interrumpiera sus palabras.

—Las almas gemelas no tienen que conocerse, mi niña, sino reconocerse. Y vosotros ya lo habéis hecho.

Tragué el nudo que se me acababa de formar en la garganta y miré a Abril. Ella parecía abrumada y tardó en reaccionar. Después me miró y pude observar cierta inquietud en sus ojos. Sin embargo, la emotiva sonrisa que le ofrecí hizo que cambiara su semblante y se relajara.

Después dirigí mi mirada de nuevo hacia aquella anciana que me observaba complaciente.

—Supongo que ya habrás leído el diario y querrás que te conteste algunas preguntas —me dijo, quedándose a la espera de que yo también regresara del desconcierto que me habían causado sus palabras.

—Eh, sí, sí, claro. Por eso hemos venido.

—Pues tú dirás, ¿qué quieres saber?

No tenía ni idea de por dónde empezar, así que comencé por lo que me resultó más sencillo.

—Antes que nada, quería darle las gracias por haberme dado el diario de mi abuelo y haberme contado todo lo que sabía. Ha supuesto mucho para mí. —Sonreí, sincero.

—Quizá haya supuesto para ti más aún de lo que ahora mismo crees. —María hizo una pequeña pausa—. Pero eso ya lo descubrirás a su debido tiempo —añadió, con una gran sonrisa con la que a mi parecer trató de restar importancia a sus palabras.

Carraspeé. De nuevo aquella mujer había conseguido que me inquietara y me removiera, nervioso, en la silla. Sin embargo, esa vez no encontré la mano de Abril ofreciéndome su apoyo. Ella también estaba bastante confundida.

—También quería... queríamos saber —rectifiqué, mirando hacia Abril. Después dirigí de nuevo la mirada hacia aquella anciana—... qué había pasado con Lupe. Entendemos que no la volvió a ver, ya que es obvio que nunca le entregó el diario como le pidió mi abuelo que hiciera.

María agachó la cabeza con tristeza y se tomó un tiempo antes de hablar. Parecía estar intentando hacerse fuerte antes de explicárnoslo, por lo que temí el peor de los finales.

—Veréis, Lupe y yo llegamos a ser como hermanas. Ella era muy joven cuando vino aquí y el miedo la acompañaba, inseparable. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para que confiara en mí y se abriera. —María suspiró—. Pero, por suerte, ese día llegó y aquella muchachilla de ojos asustados comenzó a hablar conmigo. Me contó que la habían sacado de su entorno de la manera más miserable. Su familia permitió que Máximo la trajera consigo desde España a cambio de una

generosa cantidad de dinero y la promesa de que cuidaría de ella. Pero no la cuidó como debía... aunque eso ya lo sabréis por el diario. —Nos miró con cierta pesadumbre en el rostro—. En realidad, sus problemas ya habían empezado mucho antes de que se fijara siquiera en tu abuelo. Os explico: Máximo comenzó por ser muy atento con ella, estando muy pendiente de las necesidades que pudiera tener. Siempre tenía un regalo o una sonrisa que ofrecerle, y Lupe, que tenía muy buen corazón y nada de maldad, no supo ver que, tras esos agasajos, lo único que había eran unas horribles intenciones que no tardaron en materializarse. Primero fueron roces fortuitos, luego leves caricias aparentemente descuidadas, pero, poco a poco, aquello fue siendo cada vez más frecuente y Lupe comenzó a contármelo. Máximo, por supuesto, se encargaba de que nadie lo viera teniendo aquellas deleznables actitudes con ella. Él era muy inteligente y supo preservar muy bien lo que ocurría. Pero es que, además, para que no hablara, le metió un miedo atroz en el cuerpo a base de amenazas contra ella y su familia, y a Lupe no le quedó más remedio que ceder a sus exigencias. Pero Máximo cada vez quería más. Él se había propuesto conseguirla como si fuera una carrera de fondo en la que, sin prisa pero sin pausa, quería que ella acabase rindiéndose a sus pies y que se entregara a él como su concubina. —Aquella anciana hizo una pausa en la que parecía estar recordando, como si hubiese sido el día anterior cuando todo sucedió. Después continuó—: Por aquel entonces, Máximo, sin saber aún las terribles consecuencias que aquello le acarrearía tiempo después, trajo a tu abuelo a la casa principal, donde nos conoció a todos y, desde ese mismo instante, la chispa saltó entre Bastian y ella. —María cambió su expresión facial por una más despreocupada—. Lupe siempre fue muy vergonzosa, y más con los hombres, así que apenas hablaba con ninguno de ellos, a no ser que fuera como respuesta a alguna pregunta que le plantearan. Pero con tu abuelo fue diferente. Desde el momento en que Máximo nos lo presentó a todos, ella se mostró muy interesada por él, por conocerlo, y yo me di cuenta enseguida de ello; sobre todo cuando la pillaba mirándolo furtivamente desde detrás de una puerta. —Sonrió al recordarlo—. Además, siempre estaba pendiente de él por si necesitaba algo para facilitárselo rauda, y, por supuesto, siempre tenía una hermosa sonrisa para Bastian. —María hizo una pausa y suspiró—. Y tu abuelo, que ya se había quedado prendado de los ojos de Lupe desde el día en que la conoció, también hacía lo posible por encontrarse con ella, aunque fuera con vagas excusas. Desde mi posición era muy evidente lo que pasaba entre ellos y quise hablar con Lupe. Al principio me lo negó; tenía miedo de lo que comenzaba a sentir por él y de las posibles consecuencias, y, por desgracia, no anduvo muy desacertada sobre eso último. Pero al final decidió abrirse a mí y una tarde, en la que los niños se habían ido con su madre a la ciudad y habíamos acabado pronto la faena de la casa, me preguntó si quería que nos diésemos un paseo por la hacienda. Obviamente intuí que, tras aquel paseo, lo que buscaba era tener un rato para hablar a solas conmigo sin el miedo de que alguien pudiera oírnos, y lógicamente accedí. Lupe se derrumbó enseguida. Comenzó a llorar y tuve que esperar un buen rato a que se calmara. Y es que la situación ya había comenzado a desbordarla. Por un lado, sus sentimientos hacia Bastian habían ido aumentando hasta llegar al punto de que se había

enamorado perdidamente de él y así me lo confesó. Yo entonces no lo sabía todavía, pero habían estado viéndose fuera de la casa. Por lo visto tu abuelo y ella quedaban en algún lugar de la plantación y se iban juntos a pasear lejos de las miradas de cualquiera y, como no podía ser de otra manera, acabaron enamorándose y planeando hacer una vida juntos. Sin embargo, Lupe tenía otro frente abierto con el que cada vez le estaba costando más lidiar, y es que Máximo cada día que pasaba la buscaba más a menudo y, además, con peores intenciones. Y ella ya no sabía cómo parar aquello, y encima tu abuelo, que no era tonto, empezó a presionarla para que le contara qué le pasaba y de dónde salían aquellos moratones que llevaba frecuentemente en su cuerpo. Cuando se lo contó, Bastian entró en cólera y quiso ir a por Máximo, pero Lupe supo convencerlo para que no hiciera tal cosa. No obstante, a tu abuelo se le acabó agotando la paciencia cuando vio que aquello cada vez iba a peor, así que decidió adelantar sus planes de huida con ella. Pero... como ya sabéis por el diario, éstos nunca llegaron a acometerse. —María hizo otra larga pausa para recomponerse—. Después todo se precipitó de la manera más dramática y acabó siendo un completo desastre. Tu abuelo terminó siendo buscado por haber intentado matar a un hombre, y ella, confinada en un sanatorio mental del que tardó mucho en salir.

Carraspeé, porque quería llamar la atención de aquella nonagenaria; quería preguntarle precisamente por la suerte que había corrido Lupe.

—¿Sabe usted qué fue de ella?

María agachó la cabeza y se tomó su tiempo. Después, cuando la levantó, pude observar cómo las lágrimas habían acudido a sus ojos, enturbiándole la mirada.

Negó con la cabeza.

—Intenté muchas veces ir a visitarla, pero, al igual que le pasó a tu abuelo, al no ser familiar ni tener ninguna potestad sobre ella, nunca me dejaron verla. Sólo me decían que estaba bien, pero nada más. —Tomó aire—. Yo tampoco sabía cómo localizar a sus padres, ni tan siquiera si desde el sanatorio habían intentado ponerse en contacto con ellos. Sin embargo, una de las veces que fui a preguntar por ella me comunicaron que ya no se encontraba allí, pues su familia había venido a recogerla y se la había llevado consigo de vuelta a España. Por un lado sentí una alegría inmensa, porque sabía que de ese modo ella estaría infinitamente mejor, pero, por otro lado, sentí una pena terrible. No había podido despedirme de ella, pero sobre todo me sobrevino la tristeza porque no había podido entregarle el diario que tu abuelo me confió.

María hizo otra pausa que Abril aprovechó.

—¿Y desde entonces no ha vuelto a saber nada más de ellos? ¿De ninguno de los dos?

Aquella anciana respondió negando con la cabeza. Se sentía realmente afligida y necesitó unos minutos para recuperarse.

—Intenté que en el sanatorio me facilitaran el nombre completo de ella o los apellidos de su familia para buscarla y mandarle el diario, pero jamás me dieron aquella información y acabé desistiendo. Lo que ya no sé es si, una vez en España, Lupe buscó a tu abuelo. Realmente no sé

en qué estado se la llevaron y si en algún momento ella pudo olvidarse de todo lo que había vivido y rehacer de alguna manera su vida. —Hizo otra pausa y después me miró directamente a los ojos—. De tu abuelo tampoco volví a saber nada. Espero que tuviera una buena vida.

—Por suerte, la tuvo. Nunca recuperó a Lupe, pero sé que junto a mi abuela Carmen fue feliz.

María sonrió, agradecida al saber que, al menos Bastian, había podido rehacer su vida.

—Pobre Lupe —oí que musitó Abril. Después una lágrima rodó por su mejilla.

Todos nos quedamos en silencio, digiriendo aquella terrible historia.

No obstante, yo aún necesitaba conocer algo más y así se lo hice saber a aquella buena mujer.

—María, tengo una última pregunta que hacerle.

—Pues adelante. Espero poder ayudarte.

—Verá, es que hay algo que no entiendo aún... —Necesité unos instantes para ordenar mis ideas—. ¿Por qué mi abuelo no dijo nunca la verdad? ¿Por qué la ocultó en detrimento suyo?

María movió la cabeza afirmativamente, dándome a entender que esperaba esa pregunta y que estaba preparada para respondérmela.

—Tu abuelo era demasiado bueno como para perjudicar a Lupe, y prefirió cargar él con los daños antes que hacérselos a ella.

—Pero no entiendo cómo podía perjudicarla si contaba la verdad y lo explicaba todo tal cual había ocurrido.

—Verás, hijo..., antes las cosas eran muy diferentes a como son ahora. Antiguamente la virtud de una mujer era el tesoro más valioso que poseía, por lo que, si la perdía, ningún hombre volvería a mirarla a la cara y sería repudiada.

—No entiendo —le dije, bastante confuso.

—Piénsalo un momento —me pidió a continuación—. Si tu abuelo contaba la verdad de lo sucedido, saldría a la luz que Lupe no sólo había estado yaciendo en pecado con un hombre, sino que, además, había sido mancillada por un segundo. Eso, en aquella época, habría destrozado su reputación por completo, por lo que hubiese sido despreciada por cualquier hombre, impidiéndole que volviera a rehacer su vida. Quedaría señalada para siempre, ¿lo entiendes?

Asentí con la cabeza a pesar de las náuseas que comencé a sentir. Porque en ese momento fui consciente de que mi abuelo, por encima de su vida, había callado para salvaguardar el buen nombre de aquella mujer y que no quedara estigmatizada.

—Cuando Bastian se negó a decir la verdad, yo tampoco lo entendí, pero, cuando él me explicó las consecuencias de hacerlo, comprendí el inmenso amor que sentía por Lupe. Porque él sabía que, si hablaba y desenmascaraba a Máximo, todo el mundo conocería el embarazo de ella y quién se lo había hecho, así como también quién le había provocado el aborto, por lo que la muchacha nunca podría tener una vida normal, ya que sería desechada por los hombres. Y Bastian sabía que, no estando él aquí, lo mejor que podía hacer por ella era callar y darle así la posibilidad de que tuviera una vida medianamente normal, en la que algún día pudiera iniciar una relación con algún hombre que la quisiera.

Abril me miró con lágrimas en los ojos y yo no pude evitar en esos momentos sentirme orgulloso de mi abuelo. Entonces más que nunca se corroboraba que siempre había sido un hombre bueno, desinteresado y que se desvivía por los demás, ya que, aun sabiendo que lo buscaban para lincharlo y que tenía que huir porque todo el mundo lo consideraba como el hombre que había intentado asesinar a Máximo, calló y lo hizo por amor.

Un amor infinito del que yo nunca hubiera sabido nada de no haber sido por aquel inesperado viaje.

Abril

No pude evitar llorar por aquella mujer. Y es que, aunque ambos sufrieran mucho con su historia, quien sin duda se había llevado la peor parte había sido Lupe. No sólo había perdido al amor de su vida, sino que, además, había sufrido una violación, un aborto como consecuencia de ésta y, posteriormente, el internamiento en un sanatorio mental, de donde por suerte había sido sacada por su familia. Sin embargo, me atenazaba el corazón pensar en cómo habría sido su vida después de aquello, si es que había conseguido tener una.

Pero es que, cuando nos despedimos de María, volví a llorar, porque allí se quedaba aquella mujer a la que no volveríamos a ver y a la que, quién sabe por qué, había cogido un especial cariño. Quizá el sentido abrazo que nos había dado antes de irnos tenía mucho que ver, y es que aquella anciana nos miraba con el cariño con el que una mujer mira a sus nietos, a pesar de que nosotros no éramos nada de ella.

Marc también parecía haber sentido lo mismo y la despedida fue muy dura para él. María había contribuido a descubrir una parte de su abuelo que le era por completo desconocida y resultaba evidente que le estaría inmensamente agradecido por ello toda la vida.

—¿Cómo estás? —le pregunté cuando ya llevábamos un buen rato subidos en el coche, camino del hotel.

Tardó en responderme. Su mente parecía estar lejos de allí.

—No lo sé —me contestó, todavía con la mirada perdida en la calzada—. Aliviado, supongo.

No quise seguir preguntándole. Sabía que necesitaba reposarlo todo y me quedé en silencio, también sumida en mis pensamientos.

—Voy a buscarla —me anunció como media hora después, sacándome del ensimismamiento que tenía. Lo miré sin comprender—. A Lupe. Voy a intentar localizarla en España. Quizá aún esté viva y pueda entregarle el diario de mi abuelo.

Miré a Marc y no pude evitar emocionarme de nuevo. Estaba claro que era el vivo reflejo de Bastian: un hombre de buen corazón con una generosidad infinita. Y me sentí inmensamente agradecida porque la vida me lo hubiera puesto en mi camino. No podía haber tenido más suerte.

—Me parece la mejor idea del mundo. Ojalá la encuentres, Marc. Seguro que la harías muy feliz.

—En realidad no tengo muchas esperanzas de encontrarla viva después de tantos años, pero quién sabe. Tengo que intentarlo al menos.

—¿Y por dónde empezarás? —le pregunté, siendo consciente en ese momento de las

dificultades que obviamente iba a encontrar. No tenía más que un nombre, sin ni siquiera los apellidos.

—No lo sé aún, pero tengo una ligera idea. —Hizo una pausa para quizá terminar de reflexionar cómo lo iba a hacer—. Preguntaré a mi madre si sabe la fecha exacta en que mi abuelo vino aquí y con ella buscaré, en los registros que haya de la época, el listado de pasajeros de todos los barcos que salieron alrededor de esa fecha hacia aquí desde España.

—Pero podría haber decenas de barcos y miles de pasajeros —le advertí.

—Lo sé. No va a ser fácil, pero tengo que intentarlo.

—Tampoco tienes sus apellidos, ¿y si encuentras a varias pasajeras con su mismo nombre?

—Pues no me quedará más remedio que buscarlas a todas ellas y preguntarles, una por una, si conocieron a mi abuelo.

—Sabes que tardarás meses en dar con ella, ¿verdad?

—Es probable, pero tengo que intentarlo, Abril. Lo tengo que hacer por mi abuelo, y también por ella.

Me volví a emocionar por su determinación, que una vez más me demostraba el tipo de hombre que era; uno cuyo corazón no le cabía en el pecho y que evidentemente había heredado de su abuelo.

Por eso, cuando llegamos al hotel, quise llamar a mi madre y contarle lo feliz que me sentía al lado de Marc, así que le pedí que se fuera adelantando hacia la habitación mientras yo me quedaba en el lobby.

—¡Hola, hija! ¿Cómo estás?

—Muy bien, mamá.

—¡Hola! —La cara de Ainara apareció en la pantalla de mi móvil. Después puso un gesto raro —. Oye, tú estás muy feliz, ¿no? —Era obvio que no podía ocultar lo bien que me sentía, así que simplemente sonreí. Pero debí de expresar algo más con esa sonrisa nerviosa que me entró—. Uy, uy, uy, uy... No voy a decir de lo que tienes cara por respeto a mamá, pero, hermanita, tú a mí no me engañas.

—No sé de qué me hablas —le contesté, haciéndome la tonta. Pero me equivoqué diciéndole eso, porque entonces quiso explicármelo y no dudó en hacerlo sin ningún recato.

—¡Tú tienes cara de haberte hinchado a follar!

—¡Ainara! —Soltamos mi madre y yo al mismo tiempo.

—Ni Ainara ni leches... Cuéntanos ahora mismo con quién, que yo al menos estoy en ascuas.

—No pienso hablar de eso por aquí...

—¡Hostia, mamá, que es verdad!

A veces me daba por pensar que yo era gilipollas, y ésa era una de ellas, porque mi hermana me había sacado la información sin ningún esfuerzo.

—Hija, ¿tienes algo que contarnos?

Suspiré. Total, había llamado para eso, ¿no?

—Pues sí, la verdad. —Miré a mi madre y a Ainara, que me observaban con expectación, sin poder articular palabra. Carraspeé—. Es que he conocido a alguien.

—¿A quién, hija?

Tras unos segundos de indecisión, le contesté.

—A Marc, el chico con el que comparto la habitación del hotel.

—Bueno, pero que lo habías conocido ya nos lo habías dicho, cielo. Es lógico si convivís.

—¡Joder, mamá! —le soltó Ainara—. Luego decís que soy bruta, pero es que a veces o se os dicen las cosas como son o no os enteráis —añadió.

—Ay, no entiendo nada —lloriqueó mi madre.

—¡Coño, mamá! ¡Que se lo está tirando! Que si te dice que lo ha conocido no es porque se haya ido con él a tomar un café y después hayan hablado de lo revuelto que está el tiempo. Si te dice que lo ha conocido es porque el susodicho ha tenido a bien meterle la...

—¡Ainara! —le recriminé yo entonces—. No hace falta que sean tan explícita.

—Ya, pero seguro que de esta manera mamá ya lo ha entendido. ¿A que sí?

A mi madre se le había ido el color de la cara.

—Mamá, ¿estás bien? No le hagas caso a la cafre esta.

—¿Entonces lo has conocido o no, cielo?

¡Joder!

—Sí, lo he conocido, mamá. En todos los sentidos, además—solté ya cabreada—. Y estoy muy feliz de haberlo hecho, porque he descubierto en él al hombre más maravilloso del mundo.

Mi hermana silbó.

—Pues sí que te ha dado fuerte, colega.

—Ainara, por una vez en tu vida, cierra el pico, por favor.

Aquello la dejó confusa. Nunca me había dirigido a ella de esa manera tan mandona. Y no me replicó, algo del todo extraño en ella.

Me había propuesto que ya empezaran a conocer a la nueva Abril; una que en realidad ni siquiera yo conocía todavía, pero que comenzaba a gustarme.

—Mamá, verás... Es muy largo de explicar y cuando vuelva te lo contaré todo con más detalle, pero ahora quédate con que me siento la mujer más afortunada del universo por haberlo conocido, porque es un hombre tierno, respetuoso, comprensivo y sincero. Pero, sobre todo, quédate con lo más importante, y es que me hace sentir más viva que nunca.

—¡Madre mía, mamá! ¡Que se ha enamorado hasta las trancas!

—¡Ainara!

—Vale, me callo... pero llevo razón.

Y no se la quité... porque la llevaba, del todo.

—Bueno, hija, pero ten cuidado. Es muy pronto aún y...

—Para echar un polvo nunca es pronto, mamá.

—Ainara, de verdad... —la reprendí.

—¡Vale! Ya me callo.

—Mírame bien, mamá. Mi cara lo dice todo. Por primera vez en mi vida me siento completamente feliz y eso ha sido gracias a él, que me ha devuelto la confianza en mí misma.

—Me alegra mucho, hija —atinó a decir, por fin, mi madre.

—Ya verás cómo te encanta cuando lo conozcas.

—¡Hombre, así de primeras, le encantaría a cualquiera, porque el tío está para repetir series de tres con él hasta que te deje seca!

—¡Ainara! —Esa vez fue mi madre la que le recriminó su falta de decoro—. Yo no te he llevado a un colegio de monjas para que hables de esa manera.

—Mamá, ¿tú te has parado a pensar alguna vez que a lo mejor la culpa de que yo hable así sea precisamente por el hecho de haber estado en un colegio de monjas, donde siempre nos han tenido reprimidas? —Mi madre la miró como si no creyera lo que acababa de oírle decir—. No me mires así y piénsalo.

—Bueno, no creo que sea necesario ahora valorar si nuestra educación ha sido mejor o peor por haber acudido a un colegio de monjas, Ainara. Mamá hizo lo que creyó que era mejor para nosotras en su momento y ya está. Además, tú hubieras salido igual de bruta con colegio de monjas o sin él.

—Eso es verdad —me contestó, completamente convencida.

Estaba claro que conocía su naturaleza rebelde y no podía evitarla.

—Bueno, os tengo que dejar ya, que Marc me estará esperando para ir a cenar. Mamá, estate tranquila, porque yo estoy bien. Muy bien, de hecho.

—Vale, hija. Pero no hagas locuras. Cuídate, por favor.

—Lo haré. Un beso. Ah, y dale otro a la abuela. Dile que ya queda muy poco para que vaya a verla, que me espere.

—No te preocupes que yo se lo digo. Adiós, hija.

—Adiós.

La pantalla del móvil se puso negra, perdiéndose la imagen de mi hermana y de mi madre. Pensé entonces en lo poco que me quedaba para volver a verlas y de repente sentí emociones encontradas. Por un lado, evidentemente estaba deseando hacerlo, pero, por otro, eso significaba que volvía a mi vida, dejando atrás unas vacaciones que habían supuesto para mí muchísimo y de las cuales echaría de menos muchas cosas. Entre otras, sentirme yo misma en cada momento.

Sin embargo, tenía que ser consciente de que tenía que extrapolar todos esos aprendizajes adquiridos y llevármelos conmigo para que me acompañaran siempre. De nada me serviría haberme dado cuenta de tantas cosas si luego retomaba mi vida tal y como la había dejado, siendo la misma persona. No, la nueva Abril se vendría conmigo y comenzaría una vida completamente diferente.

Con ese pensamiento llegué a la habitación, donde Marc me esperaba recién duchado y listo para irnos a cenar.

—Dame veinte minutos, por favor —le pedí, para poder arreglarme mínimamente.

Pasado ese tiempo nos fuimos al último restaurante que nos quedaba por probar del complejo. Era de cocina mediterránea y en su carta había platos griegos, italianos y, por supuesto, españoles.

—¿Sabes que en tres días estaremos cogiendo el avión de vuelta? —me preguntó Marc entre plato y plato, mirándome con cierta inquietud.

—Sí. Después de hablar con mi madre lo he pensado.

—Y puedo saber qué es lo primero que se te ha pasado por la cabeza.

—¿Me estás haciendo una especie de test psicológico o algo así? —le planteé, porque veía algo más que simple curiosidad en su pregunta.

—Perdona si ha sonado así. Sólo quería saber si te has planteado cómo será la vuelta a tu vida.

Resoplé y Marc levantó su mirada para clavarla en mí. En ese momento parecía más inquieto aún.

—Son demasiadas cosas las que debería plantearme, así que no quiero agobiarme. Cuando volvamos ya iré paso a paso solucionando asuntos.

Marc simplemente asintió, probablemente aprobando mi intención de proceder.

—¿Y tú? —indagué con miedo..., el mismo que quizá él había sentido hacía un momento. Porque en nuestras cuestiones, entonces fui consciente de ello, iban implícitas muchas más, entre ellas si había cabida para nuestra relación en la vida del otro.

—Yo, ¿qué? ¿Qué es realmente lo que quieres saber, Abril?

Lo pensé detenidamente, porque mi pregunta podía llevar incluida una respuesta a la suya. Sin embargo, decidí lanzarme a la piscina. Si no lo hacía en ese instante, no lo haría nunca, y ya me había cansado de ver la vida pasar sin ser yo la que tomara nunca las riendas de la misma.

—Me gustaría saber si... —Me removí, inquieta, en la silla. Aquello me estaba resultando algo complicado—. Quería saber si podrás hacerme un hueco en tu vida para seguir conociéndonos —le terminé de decir conforme bajaba la mirada por pura vergüenza, porque con mi pregunta le estaba dejando claro que mi interés por él iba más allá de lo que pudiéramos tener en aquellas vacaciones.

Pero Marc se encargó enseguida de devolverme a la comodidad a la que me tenía acostumbrada cuando estaba con él.

—Por supuesto que quiero seguir teniéndote en mi vida, Abril —me contestó al tiempo que me levantaba la barbilla para que lo mirara mientras acariciaba mi mejilla con dulzura.

Sonreí como una tonta. No obstante, otras dudas acudieron a mi mente y tuve que planteárselas. No quería empezar algo sin tener claras determinadas cosas.

—¿Y puedo preguntarte qué pasará con Nerea?

—Nerea ya no está en mi vida.

—Lo sé, pero mi duda es acerca de saber qué pasaría si ella se enterara de que tú... en fin, de

que sales con alguien. ¿Eso podría ser perjudicial para ti? ¿Lo podría usar en tu contra de alguna manera?

Marc agachó su cabeza y suspiró, molesto.

—Mira, no lo sé, la verdad. —Se pasó la mano por el pelo, claramente nervioso—. Pero no voy a continuar permitiéndole que se inmiscuya en mi vida cuando ya está totalmente fuera de ella.

—Vale —le contesté con un hilo de voz. Realmente me preocupaba que los problemas de Marc, de alguna forma, nos pudieran salpicar.

—Mira, mi vida fuera de estas vacaciones está hecha una mierda, ¿vale? Pero hacía mucho tiempo que no veía un rayo de esperanza en ella, así que, ahora que lo he visto, no voy a dejar que se me escape esta oportunidad que se me presenta de poder volver a ser feliz de nuevo.

Parecía contundente con su determinación, y eso me gustó. Para mí, ésa era la actitud correcta. Ya había estado con una persona que pensaba que, si las cosas eran de una determinada manera, éstas no se podían cambiar. Sin embargo, me había demostrado a mí misma que aquello era una solemne tontería y que, cuando uno quiere y lo intenta de verdad, las cosas pueden cambiar y dirigirse hacia donde uno desea que vayan.

—¿Puedo preguntarte ahora algo yo?

—Sí, claro —accedí.

—¿El tema de Fede está completamente zanjado?

Me quedé mirándolo, confusa.

—Claro que está zanjado. Es obvio, ¿no?

—Sí, supongo que sí —me dijo, soltando un profundo suspiro. No obstante, aún parecía rondarle algo por la cabeza y, antes de que yo le preguntara, me lo contó de motu proprio—. En realidad, te lo pregunto porque, como fue Fede quien anuló la boda, no sé... quizá tú quieras hablar con él y preguntarle por sus razones —me planteó con cierto temor.

—Es muy probable que hable con él, sí. Creo que nos debemos una explicación. Pero, Marc —añadí con verdadero cariño y mirándolo directamente a los ojos—, yo quiero que tengas claro que no podría estar aquí contigo si aún sintiera algo por él. Fede tomó la decisión, sí, pero yo no puedo estar más de acuerdo con ella. Lo estuve en su día, a pesar del impacto inicial, y, ahora que te he conocido, lo estoy más todavía. Porque, para mí, conocerte ha sido totalmente revelador y me he dado cuenta de qué es lo que quiero en mi vida y qué no. Y a Fede, a pesar de que es un buen hombre y de que aún siento un cierto cariño por él, tengo claro que ya no lo podría tener como pareja.

Su sonrisa me lo dijo todo. Mi explicación lo había dejado más tranquilo, alejando los temores iniciales que había sentido.

—Por nosotros, entonces —quiso brindar Marc, levantando su copa de vino.

—Por lo que nos depare el futuro —contesté yo, chocando mi copa contra la suya.

Después sonreímos y bebimos, ilusionados por aquello que había nacido entre nosotros en

aquel destino tan inesperado.

Marc

Brindé con Abril. Haber hablado con ella me había aportado, sin duda, cierta tranquilidad.

No obstante, aún sentía cierto miedo por cómo pudieran encajar nuestras vidas una vez que volviéramos a la realidad. Ambos arrastrábamos tormentas interiores con las que tendríamos que lidiar y no iba a ser fácil.

De todos modos, no quería seguir hablando de ello, puesto que aún estábamos de vacaciones, así que cambié radicalmente de tema.

—Dentro de tres días sale nuestro vuelo de vuelta, pero todavía nos queda tiempo para hacer un par de excursiones.

—Yo quiero ir a ver la pirámide de Chichén Itzá —me soltó de golpe, sin apenas dejarme terminar de hablar.

—Vale y ¿algo más? —pregunté, curioso.

Abril se quedó pensativa y, tras unos segundos, negó con la cabeza.

—A mí me gustaría... —carraspeé—, bucear contigo en Cozumel —le propuse, prestando mucha atención a su reacción.

—Ya, bueno. Y a mí me gustaría ir a Laponia a sentarme en el regazo de Papa Noel, pero... ya ves..., aquí estoy.

Sonreí. Sabía que no iba a ser tarea fácil convencerla.

—¿Después de todas las actividades interesantes que has hecho en este viaje no vas a hacer la más increíble de todas? —Abril fue a negarse, pero continué hablando antes de que pudiera hacerlo—. No me puedo creer que vayas a dejar pasar esta gran oportunidad —la piqué, con la clara intención de presionarla.

—¿Qué oportunidad? —preguntó con cierta curiosidad.

—La de bucear en la segunda barrera de coral más grande del mundo de manos del mejor instructor que existe en el planeta.

—Ya, y ese instructor tan excelente no serás tú por casualidad, ¿verdad?

Sonreí abiertamente como respuesta.

—Marc, no voy a bucear. Me da pánico sólo de pensar que tengo que meter la cabeza debajo del agua.

—Pero si ya lo hiciste en el cenote y te encantó.

—Sí, pero no es lo mismo.

—Es prácticamente igual. Lo único que cambia es que te sumergirás a más profundidad.

—Pero ¿y si necesito salir?, ¿y si no puedo respirar con el cacharro ese?, ¿y si me ataca un tiburón?, ¿y si...?

—Podrías estar así toda la noche, ¿sabes? —la corté—. La vida, por si no lo sabías, está llena de «¿y sis?». Mira, por ejemplo: ¿y si te pierdes la actividad más impresionante que podrías hacer en tu vida?, ¿y si resulta que te encuentras con una preciosa tortuga y descubres que te encanta recrearte mirándola?, ¿y si lo que experimentas te gusta tanto que quieres seguir practicándolo?, ¿y si buceando te demuestras a ti misma que eres capaz de eso y mucho más? ¿Sigo?

Se me quedó mirando. Obviamente estaba sopesando todo lo que le acababa de decir.

—¿Y si no hubieras venido a este viaje?, ¿y si te hubieras casado? —añadí, para darle el último golpe de efecto a mi discurso—. Tú decides qué «¿y si?» es importante y cuál sólo lo utilizas como excusa para seguir escondiéndote.

—¡Yo no me escondo! Ya no —se defendió, molesta.

—Perfecto, pues mañana a las ocho sale el ferry para Cozumel. Lo acabo de reservar.

Se le salieron los ojos de las órbitas.

—Marc, ¡que me da miedo!

—Y la tirolina, y el rápel, y el *snorkel*... y tener una relación conmigo, pero, ¡mira!, aquí estás, ¿no?

Se me quedó mirando como si hubiese adivinado su secreto más oculto.

—Vale —aceptó finalmente—, pero prométeme que estarás a mi lado en todo momento.

—Por supuesto. Eso ni lo dudes.

—¡Ay, Dios!

—Anda, venga. Vamos a celebrarlo —le propuse, levantándome y tendiéndole mi mano para llevármela a alguna palapa a tomarnos algo.

—Vale, pero el último día vamos a ver Chichén Itzá —me demandó entonces.

—Por supuesto, ojazos.

Cuando nos dirigíamos a la palapa de siempre, cambié de idea. No me apetecía que nos encontrásemos allí con Yon o con Andrea y que perdiéramos el tiempo con ellos, así que decidí acercarme al bar de la piscina, que aún estaba abierto, y pedir allí los mojitos para llevárnoslos a la playa.

No obstante, no fuimos capaces de llegar a la orilla del agua. Por el camino comenzamos a besarnos y la urgencia determinó nuestro nuevo rumbo.

Acabamos en la habitación, haciendo el amor como sólo nosotros sabíamos hacerlo.

A la mañana siguiente me estremecí de nuevo al recordar los jugosos besos, las calientes caricias, los suaves movimientos, las potentes embestidas de la noche anterior.

Sin embargo, el sonido de la alarma y el bufido de Abril al oírla me sacaron de aquellos ardientes pensamientos.

—No sólo hoy voy a ir a bucear en contra de mi voluntad, sino que encima tengo que

madrugar para hacerlo —se quejó entre resoplido y resoplido.

—Te va a encantar —le advertí conforme daba un bote para salir de la cama—, así que, venga, no seas perezosa.

Oí desde el baño cómo rezongaba, pero, cuando salí de él, me la encontré ya vestida y casi preparada.

—¿Lista para esta nueva aventura?

—¿Puedo no estarlo?

—No.

—¿Pues entonces para qué me preguntas?

Sonreí. Estaba preciosa incluso cuando se enfadaba.

A las ocho en punto, y después de haber hecho un desayuno ligero en Playa del Carmen, nos montamos en el ferry que nos iba a llevar hasta la isla de Cozumel.

El recorrido, aunque no fue demasiado largo, sí que fue un poco movido y Abril se mareó levemente, pero nada que no se le pasase una vez llegásemos a tierra firme.

Cuando lo hicimos, el tiempo había mejorado bastante y ni rastro del viento que habíamos traído desde Playa del Carmen.

Después, un autobús nos llevó hasta el hotel donde estaba situado el club de buceo con el que había reservado la salida. En él le hicieron a Abril una especie de cursillo exprés en la piscina para que pudiera hacer la inmersión.

—No voy a acordarme de todo —me dijo, lloriqueando, cuando salió del agua una vez que terminó su entrenamiento.

Me tuve que reír, porque verla de aquella guisa, con el traje de neopreno, el chaleco, la máscara, las aletas, el pelo mojado y pegado a sus mejillas y la cara de circunstancias que tenía era, cuando menos, un espectáculo cómico.

—Venga, ojazos, que luego me lo vas a agradecer.

El barco que tuvimos que coger después para acercarnos al punto de inmersión tampoco le sentó muy bien, y es que, aunque el viento se había calmado bastante, el agua aún estaba algo movida.

—Mira, si no quieres, no tienes por qué hacerlo. No estás obligada, ¿vale? Suspendemos la inmersión y ya está, Abril —le dije al ver la cara que tenía.

Pero fue decirle eso y algo en su interior le hizo cambiar de actitud.

—No. Voy a hacerlo. Quiero hacerlo, Marc.

—Pero ¿estás completamente segura?

—Pues no, completamente segura no se puede estar nunca de nada. Pero quiero hacerlo y ya está. No me preguntes más y no le des más vueltas. ¿Dónde hay que tirarse?

—Mujer, espera a que lleguemos al sitio —le contesté, sonriendo por su ataque de valentía o de falta de cordura, no sé.

Porque era cierto que había que estar un poco loco para hacer aquello sin experiencia ninguna.

Yo había querido introducirla en ese mundo, pero quizá lo había hecho de una manera un poco brusca. Sin embargo, ahí estaba ella, completamente decidida, esperando a saltar del barco.

—A lo mejor, antes de tirarte deberías ponerte la botella de oxígeno para poder respirar debajo del agua, ¿no crees? —le dejé caer con una sonrisa.

Se le salieron los ojos de las órbitas al darse cuenta de que aún no se la había colocado.

—Ves como se me iban a olvidar las cosas. Esto es una locura —comenzó a decir, nerviosa, mirándose toda la equipación—. El botón rojo para llenar el chaleco de aire y subir, pero que no se puede hacer de golpe; el botón negro para soltarlo y hundirte, pero haciéndolo despacio para no irte al fondo; la válvula del regulador para...

La besé.

—Tú sólo acuérdate de respirar —le dije, mirándola a los ojos cuando me separé de ella unos segundos después—. Lo demás déjamelo a mí, ¿de acuerdo?

Asintió sin más, con cierta inquietud aún, pero algo más relajada y sobre todo más confiada.

No obstante, cuando llegó la hora de saltar al agua, le sobrevinieron de nuevo los miedos.

—Eh, ojazos —le dije desde el agua, puesto que yo ya me había lanzado—, aquí hay una tortuga preguntando por ti.

Vi cómo sonrió levemente y cómo, a continuación, uno de los monitores que había en el barco la animó a que se tirase.

Y lo hizo. Se lanzó al agua.

La vi caer y me acerqué a ella para que cuando abriera los ojos yo fuera lo primero que viera. Lo primordial era que se sintiera tranquila.

Y exactamente eso fue lo que ocurrió. Cuando abrió los ojos y vio que estaba sumergida, su instinto la hizo mover las piernas y los brazos para tratar de ascender. Sin embargo, la sujeté por los hombros y la obligué a que me mirara. Cuando lo hizo, sentí cómo se tranquilizaba inmediatamente.

Con gestos le indiqué que íbamos a comenzar a descender, ya que prácticamente estábamos en la superficie. Asintió y se dejó llevar. A los pocos segundos estaba tan embelesada mirando los peces que no hizo falta siquiera que la cogiera de la mano.

Es curioso cómo debajo del agua, a pesar de la máscara y el regulador que llevas puestos en la cara, se pueden observar las emociones en los demás. Tan sólo hay que mirarlos a los ojos para comprender cómo se sienten. Y cuando miré a Abril supe que aquello no lo olvidaría nunca. Sus ojos destellaban emocionados por todo lo que estaba viendo. Y es que aquél era el lugar más bonito del mundo. Miles de peces de otros miles de colores salpicaban aquel inmenso turquesa. Miles de formas diferentes para miles de corales distintos conformaban el relieve de aquel otro universo, tan desconocido para algunos pero tan impresionante.

Abril disfrutó por encima incluso de lo que yo había esperado y así me lo explicó una vez salimos del agua.

—¡Ha sido... ha sido maravilloso! Ha sido como estar dentro de una pecera enorme. Es

increíble lo que hay ahí abajo y lo bonito que es todo —me expresó, completamente emocionada —. Pero ¿tú te has fijado en los colores de los peces? Si es que son una pasada. —No me dejaba siquiera contestarle—. Y las formas de los corales... No sé cuál me ha gustado más. Pero es que ya, cuando hemos visto la tortuga, me ha parecido todo un espectáculo. Ahí ella, tan tranquila nadando, y yo emocionada perdida de ver cómo lo hacía...

Yo no podía más que sonreír y disfrutar con su entusiasmo.

—A lo mejor quieres agradecerme de alguna manera que te convenciera para hacer la inmersión —le dije con un tono de voz bastante sugerente, una vez que hubo terminado de contarme todo lo que le había parecido aquello mientras volvíamos en el barco hacia la isla de Cozumel.

—Humm... No veo el momento de llegar al hotel para empezar a agradecértelo —me contestó en un tono más sugerente todavía.

Así que el viaje de vuelta se nos hizo muy largo; eterno, de hecho.

Ambos estábamos deseando llegar al *resort*, pero no precisamente para descansar después de la excursión que, entre unas cosas y otras, nos había llevado todo el día. No. Ambos estábamos deseando llegar para satisfacer otro tipo de necesidad que, sin duda, cada vez, era más acuciante en nuestra relación.

Y lo hicimos.

La ducha para quitarnos el salitre de la piel fue la excusa perfecta, las ganas que nos teníamos fue el estímulo idóneo y la vehemencia con la que nos desahogamos fue el resultado lógico de aquella ecuación en la que un solo factor, el amor, multiplicaba nuestros deseos, elevándolos a la enésima potencia.

Y fue perfecto. Con besos acariciados, con caricias susurradas, con respiraciones ahogadas por los gemidos emitidos, sin espacios entre nosotros, con suaves entradas y salidas, con vehementes movimientos después, culpables de la más absoluta locura. Con sentimientos dulces, con emociones desatadas, con deseos cumplidos, con necesidades satisfechas. Perfecto.

Y el día siguiente no lo fue menos.

Por la mañana bien temprano salimos camino de la pirámide de Chichén Itzá y, aunque tardamos bastante en llegar, el trayecto no se nos hizo demasiado largo debido al guía que llevábamos, que nos lo estuvo amenizando con chistes sobre Cantinflas, los perros chihuahuas y las muchas peculiaridades de la cultura mexicana. Estaba claro que era un hombre al que le encantaba su trabajo y que disfrutaba enormemente con él.

De hecho, una vez que llegamos al lugar donde se encontraba la pirámide, comenzó a hablarnos de ella emocionado. Y no era para menos, aquellos restos arqueológicos mayas, que ya habían sido considerados patrimonio de la humanidad, eran simplemente impresionantes.

La majestuosidad de la pirámide fue lo que más nos impactó. Su tamaño, su belleza, pero también las explicaciones relativas a su uso y construcción nos resultaron muy curiosas e interesantes. Y es que aquella cultura era muy distinta a todo lo que habíamos conocido hasta

entonces, porque sus tradiciones y creencias nada tenían que ver con las nuestras. Pero es que, además, era una cultura muy evolucionada para su tiempo y que hoy en día aún seguía fascinando a los estudiosos del tema.

Así que disfrutamos un montón con las explicaciones del guía y con la belleza que teníamos ante nuestros ojos.

Después visitamos un cenote cercano y no pudimos evitar darnos un chapuzón en él y disfrutar de sus cristalinas y fresca aguas.

Aquel lugar tenía algo especial que, por lo que fuera, me atraía. Igual que me ocurría con Abril, que había despertado en mí, en muy poco tiempo, unos sentimientos que jamás había tenido y que me eran muy difíciles de explicar. Porque percibía que la conexión que había entre nosotros dos era especial. Quizá simplemente fuera el lugar, que le confería a todo un aspecto mágico, pero no podía dejar de sentirme un poco abrumado por las extrañas sensaciones que me envolvían.

Miré a Abril, quien, ajena a todos mis pensamientos, simplemente nadaba deshaciéndose del calor y disfrutando de las espectaculares vistas que aquel cenote nos brindaba.

Y entonces se me ocurrió. Quería que nuestro viaje tuviera el broche perfecto y llamé al hotel para que lo preparasen todo. Esa noche iba a ser la última allí y quería que la viviésemos de una manera única.

Abril

Marc tenía razón cuando me decía que me iba a encantar bucear y desde luego no se había equivocado en absoluto, porque nuestra inmersión en Cozumel había sido, sin duda alguna, la experiencia más increíble que había vivido jamás.

Ver la pirámide de Chichén Itzá también me había resultado impactante y también había disfrutado muchísimo de su visita, pero desde luego no me había despertado las mismas sensaciones que ver aquellos llamativos peces rodeados de esos espectaculares corales, todos ellos disfrutando de una equilibrada y perfecta simbiosis en su hábitat natural.

Quizá fuera por eso por lo que me encontraba tan exhausta, ya que los dos últimos días habían sido muy intensos y extenuantes. Eso me llevó a querer descansar esa última noche que íbamos a pasar allí y así se lo hice saber a Marc.

—Oye, ¿te importa que en vez de salir a cenar pidamos que nos traigan algo? —le pregunté cuando ya casi estábamos llegando al hotel.

—Pero hoy es nuestra última noche aquí, deberíamos aprovecharla, ojazos.

—Se me ocurren muchas maneras de aprovecharla sin tener que salir de la habitación —le dije, mirándolo con deseo.

—No me cabe duda de que habrá decenas de maneras y a cuál más interesante, pero me gustaría salir y... yo qué sé... bailar nuestra última bachata aquí, por ejemplo.

Me sentía bastante cansada y no me apetecía demasiado, pero Marc no dejaba de mirarme con la misma cara que tendría un perro que estuviera esperando impaciente a que su amo lo sacase a la calle después de llevar todo el día encerrado. Sólo le faltaba mover la colita.

—Venga, vale —accedí finalmente, y él pareció alegrarse sobremanera—. ¿Siempre se te complace con tan poco?

—Disfrutar de tu increíble compañía en este entorno tan maravilloso no es, para nada, poco —me contestó con una enorme sonrisa.

Evidentemente no había podido negarme, entre otras cosas también porque en parte Marc tenía razón, pues ya descansaría cuando estuviera en casa. Debíamos aprovechar esas últimas horas que, seguro, iban a pasar volando.

Y, efectivamente, así fue.

Cuando llegamos al hotel ya eran cerca de las ocho, así que nos fuimos directos a darnos una ducha y a arreglarnos para la cena.

Cuando terminé de hacerlo y salí del baño, me encontré con un Marc absolutamente

espectacular. Se había puesto una camisa blanca de lino que realzaba aún más su intenso bronceado y el color caramelo de sus ojos. Tenía claro que, si de normal no pasaba desapercibido para las mujeres, esa noche lo haría aún menos. Estaba tremendamente atractivo... y no pude evitar que me temblaran las piernas, me diera un vuelco el estómago y me subieran los calores, todo a la vez.

—Se te han sonrojado las mejillas —me comentó, acercándose a mí y mirándome con una intensidad que abrasaba—. Estás preciosa esta noche.

Simplemente sonreí como una tonta. No acudieron las palabras a mi boca y no fui capaz de responder de ninguna otra manera.

—¿Estás lista ya? —me preguntó a continuación, con lo que me pareció cierto nerviosismo.

—Cuando quieras —convine.

Y salimos de la habitación, pero no nos dirigimos hacia ninguno de los restaurantes del complejo. Tomamos un rumbo muy diferente que no entendí.

—¿Por qué vamos hacia la playa? —quise saber.

—Para dar un paseo antes de cenar —contestó Marc sin más.

Me pareció bien. Ver la playa a esas horas de la tarde era todo un espectáculo, porque los tonos rojizos y dorados de la puesta de sol daban paso a los plateados de la luna y su séquito de estrellas, convirtiéndose aquella escenografía en un pase perfecto para deleitar nuestras retinas.

Sin embargo, no habíamos ido hasta la playa para contemplar el atardecer, y las lágrimas acudieron a mí cuando me di cuenta de por qué estábamos allí.

—Marc... —atiné a decir únicamente cuando fui consciente de todo.

—Te merecías esta cena, Abril.

Ante mis ojos, como si de una metáfora se tratara, se iniciaba una pasarela de madera que se adentraba en el mar y que terminaba abriéndose en un cenador cubierto de telas blancas, flores silvestres y velas encendidas. Aquél era un camino de nuevo a recorrer, pero que esa vez me llevaría a un destino muy diferente. Un destino completamente inesperado, pero que colmaba de alegría e ilusión mi corazón.

—Muchísimas gracias —le dije con una lágrima rodando por mi mejilla mientras avanzábamos hasta el cenador.

En él, exactamente igual que había ocurrido la otra vez, un camarero nos estaba esperando para explicarnos que la cena se encontraba bajo unas campanas de metal y que en la cubitera teníamos una botella de vino blanco, que acompañaría perfectamente el marisco que habían servido, y otra de champán con la que poder brindar en el postre.

Después de aquella explicación, el camarero se retiró, dejándonos a solas en aquel idílico entorno.

—Me sentí muy mal la primera noche que vinimos aquí —me comenzó a explicar Marc—. No debería haberte insistido en aprovechar la cena romántica que el hotel te ofrecía por tu condición de recién casada. Sin embargo, lo hice, y obviamente fue un desastre, así que

necesitaba resarcirte por eso. Pero, además —añadió, cogiéndome la mano por encima de la mesa y mirándome fijamente—, también quería celebrar contigo que nos hayamos conocido y, por supuesto, quería brindar por nosotros y por lo que nos depara el futuro —declaró mientras servía en las copas el vino blanco—. Por habernos conocido, Abril —brindó finalmente, chocando su copa contra la mía.

Estaba emocionada. La cena y el lugar, pero sobre todo la compañía, era más de lo que hubiera podido esperar de ese viaje que había comenzado por el efecto que las palabras de aquel anciano de la agencia de viajes habían tenido en mí. Y es que las tenía grabadas en mi mente.

—¿Sabes por qué me decidí a hacer finalmente este viaje, Marc?

Negó con la cabeza, pero, tras unos segundos de pensar en ello, me preguntó:

—¿Tuve yo algo que ver? Me refiero a que, si no recuerdo mal, creo que te lo sugerí en aquel bar, ¿no?

—Sí, tú me lo sugeriste y en esos momentos valoré la idea como una opción bastante factible, pero, cuando te fuiste y me puse a pensar en ello más detenidamente, decidí que no quería hacer un viaje de luna de miel sin tener un marido y acabar siendo la comidilla de todo el mundo.

—Entonces, ¿qué fue lo que te animó a venir?

—No fue el qué, sino quién —le comencé a explicar, recordando la imagen de aquel anciano —. Verás, cuando fui a entrar en la agencia de viajes, con la clara idea de anular la reserva, un hombre mayor que había allí me dijo unas palabras que me hicieron reconsiderar mi decisión. De hecho, después de hablar con él fue cuando resolví que quería venir aquí.

—¿Y puedo saber qué te dijo?

—Pues me vino a decir algo así como que, antes de empezar una nueva vida, era importante reflexionar y que un viaje podría ser bueno precisamente para eso y para encontrarse a uno mismo.

Marc me miró un tanto extrañado.

—Desde luego, razón no le faltaba al hombre. Pero ¿tú lo conocías de algo?

—Pues no.

—Pero... entonces, ¿por qué te dijo eso?, ¿qué sabía ese hombre de ti?

—A ver, yo estaba parada delante de la puerta de la agencia de viajes un sábado por la tarde, vestida de novia, con el rímel corrido y absolutamente convencida de que mi vida era un caos, así que tampoco había que ser muy lumbreras para darse cuenta de qué me ocurría. De hecho, creo que el tipo era un comercial y, al verme de esa guisa, me soltó aquello para convencerme de que viajar era lo mejor.

—¿Y lo ha sido? —me preguntó Marc, aun sabiendo ya cuál sería mi respuesta—. ¿Hacer este viaje ha sido lo mejor que podrías haber hecho?

—Pues no lo tengo muy claro todavía... —contesté con sorna para picarlo, pero entonces me acordé de algo más—. Ah, ¿sabes qué me dijo también?

Marc, con un gesto de su cara y de sus manos, me invitó a que se lo contase.

—También me soltó que cabía la posibilidad de que pudiera encontrar algo más en este viaje.

—¿Algo como qué?

Me encogí de hombros.

—Ni idea. Ya no me dijo nada más y, cuando luego salí de la agencia, ya no estaba allí.

Marc se quedó pensando y, tras unos instantes, quiso hacerme partícipe de su reflexión.

—Es curioso cómo las palabras de alguien que no sabe nada de tu vida, pero dichas en un momento claramente oportuno, pueden influirte para que tomes una decisión que a priori probablemente hubieras descartado.

Me quedé meditando también sobre ello, porque era cierto que, de no haber sido por aquel anciano, nunca me hubiera replanteado cambiar de idea y jamás hubiese hecho ese viaje, que sin duda había sido la experiencia más bonita de toda mi vida, pero que, además, me había permitido tener la oportunidad de conocer al hombre que tenía sentado enfrente. Un hombre que llenaba mi corazón y con el que esperaba tener un futuro juntos.

—Pues entonces brindemos por el anciano que me dio la oportunidad de conocerte —le propuse a Marc, levantando mi copa.

—Por él y por el dichoso lío que se hicieron en la agencia con las reservas y que nos obligó a conocernos de la manera en que lo hemos hecho.

Choqué mi copa con la suya y sonreí al recordar cómo fueron esos primeros días de vacaciones con él en la misma habitación. Aquello que me pareció un absoluto desastre en su momento y que no sabía cómo demonios iba a poder sobrellevar había acabado siendo una auténtica bendición que me había permitido no sólo darme cuenta de por qué había cometido mi error, sino también curarme rápidamente de mis heridas, y, sobre todo, poder rehacer mi vida encontrando el amor de un hombre fantástico. Desde luego no podía ser más afortunada.

Después de aquellas confesiones y de unas cuantas copas bebidas tras cada uno de los brindis que habíamos hecho, comenzamos a disfrutar de la exquisita cena que nos habían preparado. Luego vino el postre y, con él, las caricias, los besos dulces, las complicidades y las promesas, esas que se estrenan al inicio de una relación y que colman de ilusión el camino a recorrer.

También bailamos como habíamos aprendido a hacer el uno con el otro, expresando nuestro deseo y también nuestras emociones..., abrazándonos, embebiéndonos.

Y también nos amamos. Era el final inevitable para una noche cargada de sentimientos, ilusiones y promesas de futuro. Una noche que quedó grabada a fuego en mi mente por su pureza, por su significado; por ser la última y la primera. La última de aquel viaje, pero la primera de otras muchas en común.

Y con esas sensaciones de haberme descubierto a mí misma y de haber comenzado a confiar en mí, me dormí. Pero también lo hice acompañada de otras sensaciones que, deliciosas, recorrieron mi cuerpo, envolviéndolo; esas que se tienen cuando te enamoras por primera vez y sientes que lo mejor aún está por llegar.

Pero me equivoqué.

Me equivoqué dejándome llevar por la ingenuidad. Me equivoqué por confiar en un desconocido que me había vendido una mentira disfrazada de algo que no era.

Y al día siguiente fue cuando descubrí su falsedad.

—Buenos días, ojazos.

—Humm... —rezongué—. Hoy sí que no me quiero levantar.

—Lo entiendo perfectamente. A mí tampoco me apetece nada volver, pero tenemos que hacerlo y, además, debemos empezar ya a recoger si no queremos perder el vuelo —me dijo mientras se levantaba de la cama y se llevaba consigo la sábana para dejarme completamente destapada y, por ende, helada, ya que el aire acondicionado estaba puesto en modo Polo Norte. Era lo único malo que le había encontrado a Marc hasta ese momento, que era demasiado caluroso para mi gusto.

Volví a rezongar, pero acabé saliendo de la cama. Marc tenía razón, aunque me fastidiase. Teníamos unas dos horas para recogerlo todo, desayunar, hacer el *check-out* e ir al lugar donde nos tenía que recoger el transporte que nos iba a llevar al aeropuerto.

Tardamos prácticamente una hora entera en recogerlo todo, pero no precisamente porque tuviéramos muchas cosas que guardar, sino por el tiempo que perdimos cada vez que nos cruzamos por la habitación y que aprovechamos para besarnos como dos adolescentes.

Pero finalmente acabamos cerrando nuestras maletas y juntos abandonamos con verdadera nostalgia aquella *suite* que nos había dado la oportunidad de conocernos y que nos había visto nacer como pareja.

Una vez que hubimos desayunado, nos dirigimos al lobby del hotel, donde se encontraban todos los demás viajeros que, como nosotros, también debían regresar.

—Oye, tú no habrás cogido mis cascos, ¿verdad? —le pregunté a Marc mientras esperábamos en la cola para hacer el *check-out.* Los había buscado en mi bolso ya tres veces y no aparecían.

—No, lo siento.

—Es que no los encuentro.

—A ver si te los has dejado en la habitación. ¿La has revisado antes de salir?

—Eh, no... No lo he hecho, francamente. Estaba algo distraída besándote —le recordé.

—Yo tampoco, así que coge tu llave y vete a buscarlos. Pero procura no tardar, en unos diez minutos vendrán a recogernos.

Le hice caso y salí corriendo con maleta y todo. En tres minutos había llegado a la habitación y en otros tres la había revisado entera. Ni rastro de los cascos, pero encontré en el armario los vaqueros de Marc, esos que había llevado puestos en el viaje de ida y que, obviamente, se había dejado allí olvidados.

Abrí mi maleta para meterlos en ella y, al descolgarlos, un papel cayó al suelo. Se había salido de su bolsillo posterior. Cogí el papel y me lo guardé en el bolso para dárselo después a Marc. A continuación, metí los pantalones en mi equipaje y salí pitando de allí. Temía que el transporte se fuera sin mí y no pudiera llegar a tiempo para coger el avión... y a punto estuvo de pasarme. Si

no hubiera sido por Marc, que logró convencerlos de que esperaran un poco, se habrían largado sin mí.

—Venga, ¡vamos! —me gritó él desde la puerta del autobús, haciéndome un gesto para que espabilara.

—¡Pero tengo que devolver la llave de la habitación! —chillé, totalmente apurada.

—No te preocupes por eso ahora. Me han dicho que podemos llevárnosla de recuerdo.

Acababa de llegar a su lado y estaba sin aliento.

—Venga, ojazos, que casi te dejan aquí.

—Y tanto.

Por suerte para mí, el resto del viaje fue más tranquilo. Tardamos una hora aproximadamente en llegar al aeropuerto de Cancún y nuestro vuelo fue puntual a la hora de despegar.

Diez horas después, estábamos aterrizando en Madrid.

—Supongo que habrá venido alguien a buscarte, ¿no? —me preguntó Marc entonces.

—Sí, me espera mi madre y supongo que también mi hermana, si es que no está trabajando. ¿Y a ti?

—Mis padres.

Me quedé en silencio, al igual que Marc, sopesando la idea de si queríamos que nuestras familias se conocieran y, sobre todo, si era oportuno que Marc me presentara a sus padres, ya que él a mi familia sí la conocía, aunque vagamente y debido a unas circunstancias un tanto peculiares.

Pero ninguno de los dos dijimos nada. Supongo que ambos convinimos en que no había que forzar las cosas y, si simplemente surgía, pues lo haríamos sin darle mayor importancia.

Tras desembarcar, nos dirigimos a la zona de recogida de equipaje. Mi maleta salió enseguida, pero la de él se estaba retrasando bastante.

—Marc, necesito ir al baño.

—Claro, no te preocupes. Yo me quedo aquí mientras, esperando a ver si sale ya mi equipaje.

Tiré de mi maleta y me dirigí a los baños con urgencia. Éstos estaban prácticamente en la zona de salida y me pareció ver a mi madre tras las puertas de entrada del aeropuerto, pero ya no me aguantaba más y tuve que entrar en ellos. Nada más hacerlo, pude mirarme de refilón en el espejo y no me gustó para nada las ojeras que llevaba, así que, cuando terminé, me puse a buscar en mi bolso el corrector, pero, al hacerlo, vi el papel que había encontrado en los vaqueros de Marc. Se había abierto un poco y se podían leer varias palabras escritas a mano y, aunque no quise fijarme en ellas, no pude evitarlo. La palabra «embarazada» saltó como una alarma en mi mente, empujándome a abrir aquel dichoso papel y averiguar lo que ponía en su interior.

Era una nota manuscrita de Nerea.

> Marc, he intentado hablar contigo muchísimas veces y nunca me ha sido posible, pero tienes que escuchar lo que tengo que decirte.
> Estoy esperando un hijo tuyo.

No hubiera querido darte esta noticia así, de esta manera, pero no me has dejado otra opción.
Estoy embarazada y, lo quieras o no, tendremos que hablar. Ésta es una responsabilidad de ambos, así que espero que me llames y nos sentemos tranquilamente a ver cómo vamos a gestionar todo lo que se nos viene encima.
Te sigo queriendo.

NEREA

Me quedé helada. La sangre dejó de fluir por mis venas y un sudor frío perló mi frente.

¡¿Cómo no me había dicho nada de que iba a ser padre?! ¡¿Cómo había podido esconderme una cosa así?!

No me podía creer que Marc me lo hubiera ocultado, ni mucho menos que me hubiera engañado con falsas promesas de futuro cuando su presente aún no estaba resuelto, porque un hijo podía volver a unir a una pareja. No sería la primera vez que eso ocurriera, y más si todavía no estaban divorciados. Y... aunque no fuera así y Marc no continuara su relación con Nerea, el hecho de que iba a ser padre era algo lo suficientemente importante como para que, desde mi punto de vista, se hubiera tomado la molestia de comentármelo.

Mi cabeza iba a mil por hora porque intentaba encajar las piezas de un puzle imposible, porque en él había demasiados elementos que no podían encajar entre sí de ninguna de las maneras.

Y no supe cómo reaccionar, porque aquello me vino demasiado grande.

Así que me dejé llevar por mi instinto, que sólo me condujo a hacer una cosa: huir.

Corrí hasta la calle sin pensar en nada más. Corrí hasta tropezar con mi madre, que me esperaba apoyada en el coche.

—Pero, cielo, no llores —me pidió al recibirme entre sus brazos—. ¡Pues sí que nos has echado de menos! —añadió al cabo de un rato, cuando veía que no me separaba de ella y seguía llorando.

Evidentemente había confundido el motivo de mis lágrimas.

—Mamá, vámonos, por favor —le pedí en cuanto fui capaz de dejar de abrazarla y pude meter mi equipaje en el maletero.

—Pero ¿ya te has despedido de Marc?

La miré sin saber qué decirle.

—Vámonos, por favor —conseguí pedirle finalmente, con voz trémula, mientras me subía al coche y esperaba impaciente a que ella lo arrancara—. De Marc ya me he despedido —le dije a continuación, sin poder contener el llanto—. Para siempre.

Abril

Ya no me quedaban más lágrimas que derramar.

Y es que el corazón, por suerte, siempre acaba endureciéndose. «Se te ha hecho callo en él», me había dicho mi hermana, y probablemente así fuera, porque ya no me sentía igual de dolida como cuando leí aquella nota en el aeropuerto.

Ya no sentía tanto el vacío, la impotencia, el odio, la rabia... porque me hubiera engañado, por haberme hecho creer en sueños. Ya no.

Habían sido meses muy duros, sí. Meses en los que me había sentido enloquecer. Porque el dolor por la pérdida es siempre muy fuerte, pero, si además a ese dolor le añades otro por sentirte engañada, entonces éste se multiplica por mil.

Y lo había pasado muy mal..., tanto que mi madre me había llegado a suplicar que hablara con un psicólogo.

—Abril, por Dios, no puedes seguir así. Tienes que comenzar a salir de aquí y hacer tu vida. ¿Por qué no hablas con alguien que te ayude a superar esto? ¿Por qué no llamas al psicólogo que ayudó a Silvia con su divorcio?

Pero mi silencio era la única respuesta que recibía, porque yo no quería hablar con nadie del tema. Quería borrarlo, que pasasen rápido los días y el dolor fuera disminuyendo hasta que lo olvidara por completo.

Sin embargo, me estaba resultando muy complicado.

A veces me descubría pensando en si él habría intuido por qué me había ido de aquella manera aquel día o si habría intentado buscarme después. Aunque eso era prácticamente imposible, y es que, como si de un golpe de suerte para mí se tratara, no nos habíamos llegado a dar nuestros números de teléfono. Habíamos hablado de hacerlo durante el vuelo de vuelta, pero se nos había pasado, y en el aeropuerto, con todo lo que había ocurrido, tampoco lo hicimos, así que ni él ni yo teníamos forma de contactar con el otro. Ni siquiera sabía sus apellidos o él los míos para poder buscarnos de alguna manera.

Y eso me hacía pensar en lo efímero y volátil que había sido lo nuestro. En su liviandad, aunque para mí se hubiera convertido en un enorme peso que me aplastaba el pecho.

Intentaba no recordar nada de aquellos días, porque, cuando lo hacía, me sentía idiota; quizá como la adolescente que había querido ser y que por primera vez en su vida se encuentra cara a cara con el engaño, con la mentira. Porque para mí eso era lo que había sido todo aquello que habíamos vivido, una terrible falsedad disfrazada de ilusiones y sentimientos que eran

completamente simulados... al menos por su parte, claro. Por la mía, había vivido todo aquello con la misma intensidad con la que se vive la primera vez que te enamoras, la primera que sientes que no hay nada más importante que lo que a ti te ocurre, que no hay nada más crucial en tu vida que tú y la otra persona por la que respiras.

Y sentía mucha vergüenza también. Porque esos desengaños los sufres siendo una quinceañera, que es cuando se confía plenamente en los demás, pero no con mi edad, cuando ya debería saber lo que es la vida y estar de vuelta de todas esas cosas.

Pero me había ocurrido y tenía que lidiar con ello. Con el sentimiento de amargura, y también con el de desolación, con el de rabia y dolor, con el de decepción. Decepción conmigo misma, que había confiado como una ingenua y me había dejado llevar como una adolescente y no como la mujer que era. Y, sobre todo, me sentía decepcionada con él, porque me había mostrado a un hombre que no era. Un hombre que parecía ser respetuoso, comprensivo, honesto, comprometido, pero que había acabado ocultándome una realidad lo suficientemente importante como para ser necesario el tener que compartirla con la mujer con la que esperas mantener una relación... pero no lo había hecho. Me lo había escondido con una absoluta y terrible alevosía.

Y eso no se lo podría perdonar nunca.

—Pero, cielo, intenta encontrarlo y hablar con él. A lo mejor hay alguna explicación para que no te lo hubiera comentado —me decía mi madre cuando me veía tan desesperada, tan cabreada.

—Mamá, no hay explicación posible. Me lo ha ocultado y punto. No tengo más que saber —le contestaba entonces, siendo muy tajante porque no quería ni siquiera que me lo mencionara.

—Pero Marc parecía un buen hombre...

—Tú lo has dicho: *parecía*, pero es obvio que no lo era. Ha sido un falso y un mentiroso, y ya ni siquiera sé si hay algo de verdad en todo lo que me dijo. A lo mejor todo era mentira y simplemente me lo contó para darme una imagen de él que obviamente no era.

El caso es que las dudas me hacían desconfiar de todo lo que Marc me había explicado sobre su vida. ¿Y si las cosas eran al revés y era él quien había acosado con los celos a Nerea? ¿Y si la denuncia que tenía interpuesta por malos tratos psicológicos estaba basada en la realidad y no, como había afirmado él, en las maquinaciones de ella?

En realidad, de lo que me daba cuenta entonces era de que no lo conocía en absoluto. Había creído que sí, pero ciertamente lo único que había hecho había sido idealizarlo basándome en todas esas mentiras que sobre sí mismo me había contado y que yo, ingenuamente, me había tragado.

Y por eso debía olvidarme de él. Marc sólo había sido un amor de verano, un espejismo, una ilusión a la que me había aferrado y que me había hecho ver en él a alguien que no era... pero hasta ahí había llegado nuestra relación; hasta ahí había llegado su compromiso conmigo... y tenía que asumirlo.

Ya me quedaba menos camino por recorrer, porque los meses transcurridos habían ido difuminando, poco a poco, esa sensación de desengaño, de mentira, dando paso a otra igual de

desagradable pero menos dolorosa: el vacío. El que se siente cuando te has roto por dentro; cuando te han roto, en realidad. El que se siente cuando pasas de sentirte acompañada, complementada, amada, completada, a sentir que ya no tienes nada.

Pero sabía que, aunque aquel camino fuera largo, no me quedaba más remedio que recorrerlo si quería seguir adelante con mi vida, y tenía que hacerlo... por mí, y también por mi madre, que sufría en silencio mi dolor. Porque se veía reflejada en él, ya que era el mismo que ella había sentido cuando mi padre se había largado, abandonándonos de aquella ruin manera, así que me comprendía a la perfección.

Sin embargo, yo no dejaba que me ayudara. Ni siquiera dejaba que me viera mal... aunque en ocasiones me resultaba imposible no mostrar el horrible estado en el que me encontraba y ella, inevitablemente, acababa sufriendo por ello.

Pero, como he dicho antes, por ambas, tenía que salir de aquel hoyo. Tenía que reponerme y recuperar mi vida, o más bien tratar de iniciar una nueva después de todo lo ocurrido.

Para ello, entre otras cosas, me había propuesto hablar con Fede. Debía hacerlo para cerrar definitivamente ese capítulo de mi vida, y también para comprender mejor qué lo había llevado a él a dar el paso, tan acertado, de cancelar la boda.

Y una tarde, en la que ya no brotaban descontroladas las lágrimas de mis ojos hacía tiempo y en la que me sentía con las fuerzas necesarias, lo llamé.

—Hola, Fede —dije tras unos instantes en los que, después de descolgar, se quedó en absoluto silencio.

—Hola, Abril —me contestó escuetamente.

Quizá pensaba que mi llamada era para desquitarme con él por lo que había hecho y estaba esperando a que, de un segundo a otro, comenzara a gritarle y a insultarlo. No lo podía culpar por pensar así, pues era lo que había hecho el día de nuestra boda en la iglesia.

Pero mi intención era otra y así se lo hice saber.

—Fede, no te guardo ningún rencor por lo que hiciste; es más, te lo agradezco. —Esperé unos instantes, pero tras la línea no oí nada—. Quería saber si podríamos vernos para hablar de ello, porque siento que ambos le debemos una explicación al otro. —Seguía sin oír nada al otro lado del teléfono—. Fede, no sé qué estarás pensando, pero lo único que quiero en realidad es darnos la oportunidad de despedirnos como creo que debemos hacerlo... sin rencores, sin reproches..., simplemente como los buenos amigos que siempre fuimos.

Era normal que desconfiara de mis intenciones y que tuviera miedo de que, una vez lo viera, me liara a decirle cosas como que me aburría su pene y demás desvaríos que solté el día del enlace.

—Está bien —me contestó finalmente, tras meditarlo un rato. No podía culparlo. Su reticencia estaba más que justificada.

A la hora acordada, aparecí en la cafetería en la que habíamos quedado. Él aún no había llegado, pero me senté en nuestra mesa de siempre. Supuse que quedar allí, que había sido idea

de él, tenía un motivo, y es que los dueños de aquella cafetería eran familiares lejanos de Fede y habían estado en nuestra boda, así que, si yo me liaba a decir barbaridades, al menos lo haría delante de gente que ya las había oído con anterioridad y que eran de cierta confianza como para no asustarse por el numerito y tener que llamar a la policía.

Cuando ya llevaba cinco minutos esperando, Fede llegó. Lo hizo con cierto apuro en el rostro. Siempre había sido muy puntual y no soportaba a la gente que llegaba tarde. Sin embargo, él ese día lo había hecho, aunque seguramente tuviera un buen motivo.

—Hola, Abril. Perdona el retraso —me dijo conforme se sentaba en la silla.

—Hola. No te preocupes. No pasa nada.

—Ya, bueno, pero ya sabes que a mí no me gusta llegar tarde a los sitios.

Me hizo sonreír. Era el Fede de siempre.

Aunque fuera una tontería, no sé por qué había esperado que se hubiera producido algún cambio en él. Pensaba que quizá el vuelco tan radical que habían dados nuestras vidas, de alguna manera, le habría podido influir, cambiándole determinados aspectos o actitudes... pero no. Estaba claro que la esencia seguía ahí.

Uno de los camareros se acercó y le pedimos nuestras bebidas: un café solo para él y uno con leche para mí; como siempre.

Y es que habíamos compartido tantísimos años juntos que podía decir, con absoluta seguridad, hasta qué calzoncillos llevaba en ese momento. Lo sabía por la camiseta que se había puesto, una azul con una enorme estrella blanca impresa en la espalda y que siempre se ponía acompañada de unos bóxers de tela y pata ancha, también azules y con un discreto estampado de estrellitas en ellos.

Y aquello me resultó, por un lado, agradable, pero por otro también tedioso.

Agradable porque me recordaba tiempos pasados en los que no había sobresaltos y donde la vida era predecible y, por eso precisamente, relajada. Una vida en la que todo mi mundo estaba controlado y nada se podía escapar de ese control. Y eso me hacía sentir tranquila y segura.

Pero al mismo tiempo también me resultó tedioso, porque, tras conocer otra forma de vivir la vida y, sobre todo, otra manera de sentirla, me había dado cuenta de que aquello que yo confundía con tranquilidad y seguridad no era otra cosa que monotonía y rutina, algo que sin duda ya no podría llenarme. Porque lo que antes era bueno para mí y creía que me hacía feliz, en ese momento me parecía anodino e insulso, y por supuesto no conseguía llenarme en absoluto.

Era lo que tenía haber probado lo excelente, que ya no podía o no quería conformarme con lo mediocre.

No obstante, aparté esos pensamientos de mi mente. Fede no tenía la culpa de todo aquello. Ni tan siquiera yo la tenía. Nuestra relación había sido producto de las circunstancias y no había más culpable que éstas.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal te va todo? —le pregunté una vez se hubo acomodado y nos trajeron los cafés.

—Bien —me contestó, aún con cierto recelo y mostrando muy poco entusiasmo.

—Fede, no vengo en plan despechada. No es así cómo me siento —comencé a decirle para intentar que se relajara, porque evidentemente venía tenso y con cierto temor a lo que pudiera encontrarse—. He tenido mucho tiempo para reflexionar y creo que lo que hiciste fue lo más oportuno que podías haber hecho. Es más, yo misma me he recriminado el no haber cortado aquella locura antes.

Me quedé mirándolo, aguardando la reacción que pudiera tener a mis palabras. Y tuve que hacerlo durante bastante tiempo. Estaba claro que no se esperaba para nada lo que acababa de decirle y lógicamente debía de estar reconsiderando su discurso, que obviamente ya no tendría que estar basado en defensas.

—Me siento un poco desconcertado, la verdad —me confesó tras su largo silencio—. Había imaginado que vendrías con otra actitud y desde luego con otras intenciones.

—Es lógico que pensaras que quería montarte un numerito, pero no es lo que pretendo. Tan sólo quería que habláramos y se quedaran las cosas bien entre nosotros, sin malos rollos.

—Entonces... ¿tú estás de acuerdo con lo que hice? —me preguntó, todavía sin creérselo.

Asentí.

—Sí, Fede. Yo no había sido consciente hasta ese momento de que lo que yo sentía por ti no era suficiente como para casarme contigo. Pero no me malinterpretes —me apresuré a añadir—, porque yo te quise muchísimo. Sin embargo, el amor que tenía por ti era más un amor fraternal y no el que se debe sentir por la persona de la que se supone que estás enamorada.

Me quedé observando de nuevo su reacción, porque tenía claro que mis palabras habían sido bastante duras. No obstante, me había permitido la licencia de decírselas porque, al fin y al cabo, había sido él quien había dado primero ese paso, tomando la decisión de dejarme.

Se quedó muy pensativo de nuevo. Estaba claro que lo que le había dicho lo había obligado, por segunda vez, a desarmar el alegato que había traído preparado de casa y, después de emitir un largo suspiro, pareció querer ser totalmente sincero conmigo.

—Yo tampoco te quise nunca como se debe querer a la persona con las que te vas a casar.

Me quedé helada, no lo voy a negar, porque eso no me lo esperaba. No me esperaba una confesión tan directa en la que él me dijera que tampoco había estado enamorado de mí. Pensaba que al menos él sí lo había estado, aunque luego se le hubiera acabado ese sentimiento y por eso me hubiera dejado.

—¿No estuviste enamorado nunca de mí? —le pregunté con curiosidad, pero también con cierta reticencia, porque en realidad no sé si estaba preparada para oír lo que sabía que estaba a punto de decirme.

—Puede ser que a lo mejor un poco al principio... —me contestó vagamente y sin ningún convencimiento en la voz.

—Joder —susurré, completamente aturdida.

—Abril, quizá hubiera sido mejor dejarlo como estaba y no haber hablado. No quiero que me

odies más aún —terminó diciendo, con cierto pesar.

—No te odio, Fede. Es sólo que... —se me quebró la voz—... me cuesta asimilar algunas cosas.

Que tú te des cuenta de que no has estado enamorada de alguien es duro, pero lo es más todavía que esa persona te diga que tampoco lo ha estado de ti. Porque, entonces, ¿qué demonios habíamos estado haciendo con nuestra relación?

Un denso silencio nos envolvió y tardó bastante en disiparse, porque ninguno de los dos sabía qué decir a continuación.

—¿Qué tal el viaje? —acabó preguntándome, quizá para relajar la situación desviando el tema hacia algo, en principio, más banal.

Cerré los ojos y suspiré profundamente. Cuando los abrí, fui consciente de las lágrimas que habían brotado en ellos.

—Oye, perdona —me dijo entonces, claramente sorprendido por mi reacción. Después, como en un acto reflejo, me cogió la mano—. No he querido inmiscuirme en tus cosas, ni mucho menos hacerte sentir mal.

—Lo sé —le contesté cuando pude recomponerme—. Es que el viaje... —Iba a decirle que había ido muy mal, pero en realidad eso no había sido así. El viaje había sido lo mejor que me había pasado en la vida, a pesar de todo, porque había descubierto a la Abril que llevaba dentro, había ganado seguridad en mí misma, había soltado el lastre de mis complejos... y, sobre todo, había aclarado mis confusos sentimientos hacia él y el porqué de ellos. También había conocido por primera vez en mi vida lo que era estar completa y absolutamente enamorada de alguien. Pero eso último había desembocado en un terrible desengaño..., uno muy duro y cruel que aún arrastraba—. Me enamoré de alguien en él —le solté finalmente, sin pensar.

Fede no tardó ni una milésima de segundo en reaccionar.

—Pero eso es genial, Abril —me dijo mirándome con ternura. Parecía que sus palabras eran sinceras.

Sonreí con amargura.

—Ya no estoy con esa persona. Me engañó —le expliqué sin más.

—Joder. Lo siento.

—No te preocupes, ya casi lo tengo superado —le aclaré mientras le mostraba un intento de sonrisa con la que traté de ocultar el dolor que todavía sentía.

Tras unos segundos en los que intenté deshacerme del nudo en la garganta que se me había formado, Fede pareció reunir el valor suficiente para contarme algo que, sin duda, era muy importante para él a juzgar por su semblante.

—Yo también me he enamorado —me declaró con cierta cautela, pero con mucha seguridad —. Ése fue el verdadero motivo de que no quisiera seguir adelante con la boda.

Me quedé mirándolo, desconcertada. Porque entendía que hubiera querido rehacer su vida después del intento fallido de nuestro enlace, pero lo que no me esperaba era que precisamente lo

hubiera cancelado porque ya estaba enamorado de otra persona. Me sentí engañada y dolida, no lo voy a negar, pero también, en mi interior, comprendía en parte que eso hubiera podido pasarle.

—¿Desde cuándo? —le pregunté con esa curiosidad insana que a veces nos consume a las mujeres.

—Qué más da eso, Abril.

—Sí, ya lo sé. Supongo que tienes razón —le contesté, convencida, aunque sintiendo aún esa misma necesidad de saberlo.

—No tengo problemas en hablarte de ella, pero no quiero hacerte daño o que te sientas mal —me explicó finalmente.

—En realidad me alegra mucho que seas feliz, Fede, de veras. Te lo mereces, eres un buen hombre.

—Gracias, Abril. Tú también te mereces ser feliz.

Nos volvimos a quedar en silencio hasta que yo lo rompí.

—¿Por qué llegamos tan lejos? ¿Por qué no nos dimos cuenta antes? —me planteé en voz alta.

Fede suspiró con resignación.

—Le he dado millones de vueltas a esas mismas preguntas, Abril —me comenzó a contar, con pesar en su expresión—, y siempre he llegado a la misma conclusión. Desde mi punto de vista, comenzamos a salir siendo muy jóvenes e inexpertos y lo único que hicimos fue dejarnos llevar por la inercia, que nos arrastró sin darnos cuenta a un cariño nacido de una buena amistad surgida de la relación acomodada que habíamos establecido entre nosotros. Creo que, para ambos, durante un tiempo, fue suficiente. Sin embargo, yo... —carraspeó—... conocí a otra persona y acabé enamorándome de ella. —Volvió a carraspear—. Cuando esto ocurrió, fui consciente de que lo que nosotros teníamos no era para nada lo que se supone que debe ser una relación de amor completa. Nos queríamos, sí. Eso nunca lo he dudado y siempre te he tenido un inmenso cariño. Pero entre nosotros jamás hubo complicidad, ni hubo deseo, ni tan siquiera esa necesidad de crear un proyecto conjunto para ambos. Sí, nos íbamos a casar, pero no porque nosotros lo decidiéramos convencidos porque sintiéramos un verdadero amor que nos arrastrara a ello, sino porque era lo que se suponía que debíamos hacer después de tantos años de estar juntos.

Desde luego no podía haber hecho un boceto más certero y preciso de lo que había sido la realidad de nuestra relación.

—Yo también le he dado muchas vueltas y he llegado a la misma conclusión que tú. Por eso no puedo odiarte por lo que hiciste ni tampoco puedo odiarme a mí misma. A veces estas cosas pasan. Simplemente te dejas llevar, acabas siendo arrastrado por unas circunstancias y ni siquiera te planteas a dónde vas o si verdaderamente quieres seguir ese rumbo.

Fede me miró con una leve sonrisa en los labios.

—Abril, tú me has dado muchísimo a lo largo de todos estos años y eres una mujer increíble,

pero me temo que ni yo soy para ti ni tú eres para mí.

Sonreí yo también. Seguía sintiendo el mismo cariño por Fede y agradecía que hubiéramos podido hablar tranquilamente y aclarar las cosas. Sabía que podía contar con él y que acabaría siendo un buen amigo, después de todo.

—Me alegro mucho de haber podido charlar contigo —me sinceré—. Temía que viéramos las cosas de una manera diferente y no pudiéramos esclarecer nuestros sentimientos o lo que verdaderamente había ocurrido entre nosotros, pero es obvio que, tras nuestras reflexiones, ambos hemos llegado a las mismas conclusiones y eso es algo muy positivo.

—Abril..., quiero que sepas que nunca quise engañarte ni mucho menos llegar a la situación a la que llegamos. Intenté en varias ocasiones decirte cómo me sentía y que me había enamorado de otra persona, pero te veía tan ilusionada con la boda que siempre acababa echándome atrás y diciéndome a mí mismo que debíamos intentarlo, al menos por todos los años que habíamos compartido juntos. Pero el día del enlace fue cuando, al borde del precipicio, entendí que no tenía sentido casarme con alguien a quien sólo veía como una buena amiga o compañera, por mucho cariño que te tuviera. Y también me di cuenta de que aquello no sería más que un terrible error a sumar a la larga lista que llevábamos ya acumulados. Porque entonces sentí el peso de todos los años que habíamos estado juntos y supe que lo nuestro no había sido más que una pérdida de tiempo, por lo que no quise seguir alargando algo que sabía fehacientemente que desembocaría en un terrible fracaso.

—Y yo no te puedo estar más agradecida por lo que hiciste, Fede. Está claro el gran error que hubiéramos cometido de no ser por tu valentía. —Hice una larga pausa, tras la que le pregunté por algo que, aun siendo trivial para nosotros, tenía curiosidad por saber—. Por cierto, ¿cómo se lo tomaron tus padres?

—Pues tener que pagar finalmente el banquete porque tú decidiste mantener el convite, a pesar de que ya no había boda, no les hizo demasiada gracia —me explicó, aunque sin rencor y con una sonrisa en la cara—. Si te sirve de consuelo, a mí tampoco me han perdonado. Aquello les pareció un intolerable agravio por parte de su hijo, que, hoy en día, aún no han comprendido. —Fede carraspeó—. Ni siquiera han querido conocer todavía a Laura.

—¿Laura?

—Sí, bueno, mi... novia y futura mujer —me aclaró, observando muy atento mi reacción.

—Ah, ya. Puedes hablarme tranquilamente de ella. No pasa nada, de verdad —le reiteré. Y era cierto. Lo dolida que me había sentido inicialmente al saber que había otra persona en su vida ya se me había pasado. Realmente no sentía celos por aquella chica. Es más, me alegraba mucho que al menos él hubiera podido encontrar una persona con la que rehacer su vida—. ¿Eso significa, entonces, que te vas a casar? —le pregunté finalmente.

—Bueno, ninguno de los dos queremos hacerlo, en realidad. No va con nosotros, pero sí que queremos irnos a vivir juntos, así que ya estamos buscando piso.

—Me alegro muchísimo por ti. Te lo digo de corazón.

Una lágrima brotó de mis ojos. Me sentía feliz porque él, al menos, pudiera por fin serlo de verdad.

Fede me agarró de nuevo la mano, mostrándome con ese gesto un sincero agradecimiento a mi comprensión.

—Vaya, vaya, parejita —nos comenzó a decir el dueño del bar, y tío lejano de Fede, desde la barra—, ya veo que no voy a tener que echaros de aquí. —Lo miramos sorprendidos—. No, no. No me miréis así, que, después del espectáculo que disteis el día de vuestra boda, lo que menos me esperaba era que os fueseis a comportar así de civilizados aquí.

Nos tuvimos que reír.

—Anda, tío Juan, pon otro par de cafés —le pidió Fede, ya completamente relajado.

Y nos tomamos esos cafés y otros dos más que pedimos casi una hora y media después.

Y es que estuvimos hablando de casi todo. Desde lo fea que había ido el día de la boda su tía Rosario hasta todas las actividades interesantes que había hecho en el viaje a México.

—Madre mía, Abril. ¡Quién te ha visto y quién te ve! Tú haciendo todos esos deportes de aventura —me soltó Fede, tras escuchar el breve resumen que le había hecho del viaje, en el que por supuesto había obviado totalmente la parte de Marc—. Mira que me cuesta imaginarte haciendo todo eso, y encima tú sola.

Su comentario hizo que no pudiera evitar acordarme de la persona que me había dado el impulso para hacer todo eso.

—Antes te he comentado que me había enamorado en el viaje —le comencé a decir tras armarme de valor—. Él fue quien me animó a hacer todas esas cosas y también quien me ayudó a superar nuestro fracaso como pareja.

—¿Y puedo preguntarte qué pasó con ese hombre?

Respiré hondo y comencé a contarle toda la historia desde el principio. Le estuve explicando cómo nos conocimos, luego todo lo que me contó Marc sobre Nerea, también lo que nosotros vivimos allí, incluida la historia de su abuelo con todos los detalles, y finalmente cómo había descubierto la nota en la que Nerea le informaba de su paternidad en el aeropuerto.

Después de haber escuchado atentamente toda la narración, y de haber dejado transcurrir unos segundos en silencio, Fede me preguntó algo que me dejó completamente desconcertada.

—¿Y no te has planteado nunca que quizá esa nota fuera un engaño por parte de ella para presionarlo y que volvieran juntos? O incluso se me ocurre que, si efectivamente estaba embarazada, ¿cómo tener la certeza de que el padre era él y no otro que se hubiera buscado para tal fin? No sé, Abril..., esa tía, por lo que me has contado, parece que podría ser capaz de hacer cualquier cosa por recuperarlo y, por otra parte, aunque no conozco a Marc de nada y aun a riesgo de equivocarme, lo que me has contado de él me hacer pensar que no es el típico tío que se quiera desentender de esas cosas y se las oculte a los demás.

Me quedé mirando a Fede totalmente confusa. De hecho, tardé bastante en reaccionar.

—En fin, no sé qué decirte, Fede —le contesté, inquieta por la cantidad de ideas que

comenzaron a hilarse solas en mi mente—. Realmente no se me había pasado por la cabeza el hecho de que Nerea pudiera hacer una cosa así y... ahora que lo pienso, si Marc no me mintió acerca de cómo era ella, es cierto que podría ser muy probable que todo fuera un embuste por su parte. Sin embargo, aunque todo hubiera podido ser una gran mentira de esa mujer, Marc debería de habérmelo dicho. Me tendría que haber explicado la situación, debido a su gravedad.

—Pero ¿y si él no lo sabía? ¿Y si desconocía que Nerea estaba supuestamente embarazada?

—¿Cómo no lo iba a saber? —inquirí, molesta porque intentara defender a Marc, al que encima no conocía de nada—. ¡Llevaba la nota en el bolsillo de sus vaqueros!

—Sí, pero tú misma me has explicado antes que su abogado le aconsejó que no leyera ni escuchara ningún mensaje proveniente de ella y que por eso tú le tuviste que leer aquellos dos recados que Antonio y Mariela le habían mandado. ¿Y si simplemente cogió la nota y la guardó en sus vaqueros para entregársela más tarde al abogado sin haberla leído siquiera?

Dejó de correrme la sangre por las venas ante esa posibilidad. Porque, si eso hubiera sido así, yo habría cometido el error más grande de mi vida.

—¡¿Qué?!... —susurré, atribulada.

—No me puedo creer que no hayas pensado siquiera en esa posibilidad, Abril —me reprochó Fede. Después, ante mi silencio y por tanto mi confirmación de que así había sido, chasqueó la lengua—. Ya veo que tu impulsividad no ha cambiado y que, cuando actúas, sigues haciéndolo sin pensar con la cabeza.

Me quise morir. Comenzó a faltarme el aire.

¿Y si Fede tenía razón y Marc no tenía conocimiento de lo que había escrito en aquella nota?

Si eso era así, entonces podía considerarme la persona más imbécil sobre la faz de la tierra. Porque, como bien decía Fede, y él me conocía perfectamente, quizá mi impulsividad me había llevado a sacar conclusiones erróneas de una manera totalmente precipitada.

Las repercusiones de aquello cayeron entonces como una pesada losa sobre mi conciencia. Porque no sólo me podía haber perjudicado a mí misma haciéndome un innecesario daño, sino que probablemente también le hubiera provocado el mismo inmenso e innecesario daño a Marc.

Las lágrimas brotaron descontroladas ante aquella revelación, porque, por alguna razón, aquello me encajaba. Y es que en el fondo de mi ser siempre me había negado a creer que Marc pudiera decepcionarme de aquella forma, y aquella explicación podía demostrar, de una manera totalmente plausible, que él podía no ser el farsante que yo había esbozado en mi cabeza.

—Anda, ¿por qué no lo llamas? —me propuso entonces Fede, atendiendo al desencajado semblante que sin duda tenía yo en esos momentos.

—No puedo. Nunca llegamos a darnos nuestros números de teléfono y tampoco sé sus apellidos como para intentar localizarlo de alguna manera —le respondí, palideciendo.

—Joder, Abril. Entonces es muy probable que la hayas liado muy parda.

—Ya lo sé, Fede —contesté amargamente con un hilo de voz.

—¿Y no hay ningún otro modo de poder encontrarlo? No sé, alguna información de él que

puedas usar para empezar a buscarlo por alguna parte.

Negué con la cabeza. No tenía absolutamente nada.

Aquello me dinamitó por dentro. El simple hecho de pensar en la posibilidad de que me hubiera equivocado con él de aquella manera tan injusta se fue clavando en mi interior como un aguijón envenenado y acabó por hundirme completamente.

Mi madre, mi hermana, mi amiga Vero e incluso Fede, que se convirtió en un nuevo hombro en el que llorar, acabaron acompañándome en ese nuevo duelo.

Pero ninguno podía hacer nada por mí. Ni siquiera yo misma.

Y los días volvieron a pasar, cada vez más lentos, cada vez más insoportables.

—Abril, tienes que salir a la calle. Vente con nosotras, aunque sea a darte un paseo o a tomarte un refresco en una cafetería —me propusieron reiteradas veces tanto Ainara como Vero.

Mi respuesta siguió siendo siempre la misma. El silencio y, con él, mi negativa.

Y el tiempo volvió a ser denso en su transcurrir, asfixiante. Y mi ánimo, en descontrolada decadencia, me envolvió, subyugándome.

No obstante, un día ocurrió algo.

Era mediados de septiembre y ya habían comenzado las clases, por lo que me dirigía hacia el colegio. Lo hacía como todas las jornadas: de mal humor, cansada y sin ningunas ganas. Sin embargo, esa mañana, cuando quise coger la avenida principal como hacía siempre, un peón de la construcción ataviado con su uniforme reflectante me indicó que tenía que tomar un desvío alternativo, pues tenían toda la calle levantada, aceras incluidas, para iniciar unas obras.

Obligadamente le hice caso y varié mi rumbo, y, al hacerlo, el desvío que tomé me llevó a pasar por delante de la iglesia donde nunca se llegó a celebrar mi enlace con Fede y, por tanto, también a pasar por delante de aquel bar en el que conocí a Marc ese mismo día.

Hasta ese instante no me había acordado para nada de aquel sitio, pero, al verlo, casi se me salió el corazón por la boca.

¿Y si Marc aún siguiera trabajando con aquellos dos chicos y estuviera dentro del bar en ese momento?

Comencé a hiperventilar ante la posibilidad de encontrármelo allí. Mi corazón también se aceleró.

Pero en aquel bar no había nadie. A esas horas el dueño no había levantado siquiera aún la persiana del negocio.

Sin embargo, una idea nació en mi mente y, con ella, la esperanza volvió con más fuerza que nunca.

—¡Tú estás chalada! —me soltó mi hermana cuando le expliqué lo que quería hacer.

—Ainara, por favor —le supliqué casi llorando—. Es la única posibilidad que tengo de encontrarlo.

—Pero si es que no tiene ni pies ni cabeza, Abril. Ni que esto fuera una película de esas ñoñas que dan a la hora de la siesta. —Cogió aire—. Además, ¿por qué crees que va a estar ahí Marc

esperándote? —terminó preguntándome, exasperada.

—Pues porque nos conocimos precisamente en ese bar un sábado por la tarde. —Esperé unos segundos, pero, viendo que no le había convencido mi argumento, decidí usar otra estrategia—. ¿Vosotras no decíais que tenía que salir? Pues esta tarde quiero ir a tomarme un café al bar España. Voy a llamar a Vero y le voy a pedir que también se venga, así no te aburres conmigo.

—Mira, voy a ir porque soy tu hermana y te quiero y no te voy a dejar sola, aunque me parezca una solemne tontería lo que vas a hacer.

—A mí me valen esas razones —le contesté, feliz.

Logré convencer también a mi amiga y a las cinco de la tarde nos presentamos en aquel rancio establecimiento.

—Joder, ¡qué ascazo da este sitio! —soltó Vero nada más sentarnos a una de las pocas mesas que había libres. El resto estaban ocupadas o bien por gente de la tercera edad jugando al dominó o bien por posibles delincuentes comunes que probablemente estuvieran tramando cómo liarla aquella noche.

—¡Madre mía, qué fauna hay aquí! No me puedo creer aún que me hayas convencido para venir —me soltó Ainara tras un bufido.

—Mirad, sé que esto suena a locura absoluta, pero pensadlo un poco, por favor. Si él hubiera querido encontrarme, éste es el único sitio que tenemos en común y donde podría haber estado viniendo todo este tiempo con la esperanza de que yo estuviera aquí.

—Pero Abril, aunque él hubiera podido venir aquí como tú dices, hace ya más de cuatro o cinco meses que volvisteis de vuestro viaje. Nadie podría tener la santa paciencia de estar haciendo una tontería de este tipo durante tanto tiempo —me rebatió Ainara.

—Eso no me ayuda, ¿sabes?

—Venir aquí tampoco, Abril —me soltó, perdiendo la paciencia—. Lo que tienes que hacer es pasar página ya de una maldita vez.

Aquello me dolió. Sin embargo, no repliqué. Tenía claro que hacerlo sólo me conduciría a enzarzarnos en una pelea absurda, de la que ninguna de las dos saldría victoriosa.

Después de eso no volvimos a hablar; Vero tampoco. Sabía que ella pensaba exactamente igual que mi hermana, pero, por respeto a nuestra amistad y debido al cariño que me tenía, no me dijo nada. Tan sólo me acompañó en mi locura, incluso después de que Ainara se largara cabreada tras más de una infructífera hora de espera. Lo hizo hasta que ya no tuvo sentido seguir allí. Entonces fue cuando me pidió que nos marchásemos.

Y nos fuimos. Ella, con el penar de ver mi tristeza, y yo, destrozada al ver cómo se esfumaban todas mis ilusiones y esperanzas.

Y aunque acudí a aquel bar todos los sábados por la tarde durante algo más de dos meses sin que nadie lo supiera, Marc nunca apareció por allí.

Con la única persona con la que encontré consuelo a partir de entonces fue con mi abuela. Ella no me podía decir que estaba chiflada, así que para mí fue un gran alivio.

Día tras día había estado acudiendo a verla a la residencia, porque desde el viaje había tenido la sensación de que ella se estaba preparando para irse. Pero, por suerte, aún no lo había hecho.

Y una tarde, en la que ya no pude evitar llorar delante de ella, quise contarle por qué me encontraba tan mal. Hasta ese momento le había ocultado mi pena porque no sabía hasta qué punto le podían afectar las cosas, pero esa tarde reventé y, para que entendiera lo que me ocurría, quise hacerla partícipe de mi historia con Marc desde su inicio.

—Conocí a alguien muy especial en México, abuela. Pero fui tan tonta que lo dejé escapar —comencé a decirle.

Pareció que incluso le interesaba, pero sabía que eso sólo podía estar en mi cabeza, porque su silencio, junto con su inexpresividad, seguían ahí.

Le fui contando al detalle todo lo sucedido entre nosotros. Durante más de una hora, fui rememorando aquel viaje y narrándoselo a mi abuela como si lo estuviera viviendo en esos momentos.

Dejé para el final todo el asunto del abuelo de Marc.

—Te voy a contar también la terrible historia que descubrimos allí sobre Bastian, el abuelo de Marc, y Lupe, la mujer de quien se enamoró.

Pero no pude hacerlo.

El leve balanceo de cuerpo que mi abuela había comenzado a tener de manera constante desde que yo me había ido de viaje se tornó en ese momento en un balanceo exacerbado que me sobresaltó, por lo que tuve que llamar con urgencia a las enfermeras.

Para cuando éstas acudieron, mi abuela me miraba fijamente y hacía unos pequeños sonidos con la boca.

Me asusté muchísimo, porque jamás la había visto así.

Siempre se había mostrado estática, carente de respuesta ante los estímulos, ensimismada y, por tanto, ausente de todo lo que la rodeaba. Pero últimamente se habían producido cambios en ella que los médicos no sabían a qué atendían y que tampoco podían explicarnos.

Y lo que acababa de ocurrir había sido otro cambio más..., otro motivo que me llevaba a pensar que su final estaba próximo y que aquellas crisis que tenía no eran otra cosa que su manera de decirnos que le quedaba poco tiempo. Para mí, eran claros avisos.

Así que quise aprovechar todo el tiempo que tuviera con ella, por lo que acudí más a menudo aún a verla.

Siempre le contaba cómo me iba la vida. Era mi manera de sentirme cercana a ella, pero también de desahogarme... porque mi hermana ya había dejado de escucharme. Se había cansado de mis lamentaciones, pero es que, además, había conocido a un chico con el que llevaba ya un tiempo saliendo y por el que estaba completamente absorbida.

Mi madre, por su parte, embebida como estaba en su trabajo, también había dejado de preguntarme tan a menudo por mi estado anímico, y yo tampoco había querido mostrarle lo mal

que me sentía aún. Sabía que verme triste le pesaba mucho y por eso trataba siempre de ocultárselo. No quería que mi dolor se convirtiese en el suyo.

Fede sí que había estado ahí al principio. Era curioso cómo, después de nuestra primera charla, nos habíamos convertido en grandes amigos, contándonos absolutamente todo... y es que, después de tantos años estando juntos, nos conocíamos el uno al otro como la palma de nuestra mano, entendiéndonos a la perfección. Pero él también tenía su vida y a Laura, la chica con la que se había ido a vivir, por lo que ya sólo manteníamos un contacto telefónico bastante espaciado en el tiempo.

Y Vero, a pesar de los años, seguía siendo Vero, una amiga para muchísimas cosas, pero no para saber escucharte o aconsejarte ante los problemas.

Así que a la única persona a la que le podía explicar el inmenso vacío que se había instalado en mi interior era a mi abuela.

Y entrando precisamente en la residencia donde ella se encontraba, la tarde anterior a Nochebuena, fue cuando volví a ver a Marc.

Marc

Que Abril hubiese desaparecido de aquella manera en el aeropuerto fue algo que nunca comprendí y que me dejó destrozado.

Todo parecía ir bien entre nosotros hasta ese momento en el que me giré por casualidad y la vi salir corriendo de la terminal para largarse subida en el coche con su madre.

Desde entonces no había vuelto a saber nada más de ella. Nunca nos dimos los teléfonos, nuestras direcciones o algún otro dato con el que pudiéramos localizarnos, así que nunca la pude buscar para preguntarle por qué demonios había hecho aquello.

Y por muchas vueltas que le di y por muchas noches que pasé sin dormir, no conseguí jamás llegar a entenderlo... porque aquello era de locos.

Sin una despedida, sin un porqué, sin un algo a lo que me pudiera agarrar para poder entender qué la había llevado a hacer eso... No podía comprenderlo, ni tampoco respetarlo. Porque, cuando alguien toma una decisión, el otro puede no compartirla, pero sí respetarla, pero, si ese otro ni siquiera te ha explicado el porqué de sus actos, así es imposible que puedas respetar sus decisiones.

Decisiones que por otra parte nos afectaban a los dos, pero que de manera unilateral había tomado Abril. Y eso tampoco podía respetarlo, porque no había sido justo para mí.

Únicamente me quedó acatarlo, pero porque no la tenía delante para decirle que no estaba de acuerdo con su elección y mucho menos con su forma de llevarla a cabo, que, a mi parecer, había sido del todo ruin y cobarde. Creo que al menos me hubiera merecido una mínima explicación, que por supuesto nunca llegó y que obviamente tampoco esperé, dadas las circunstancias.

Así que, con el mayor desengaño de mi vida a cuestas, comencé a sumergirme en un hondo pozo.

Porque no saber qué demonios había hecho mal o en qué había podido fallar me carcomía. Y es que uno siempre tiende a pensar que él es el culpable cuando lo han dejado. Y yo, por desgracia, había caído en esa dinámica tan destructiva de la autocompasión.

Pedí una excedencia en mi trabajo del ayuntamiento y dejé a un amigo a cargo de mi consulta privada por un tiempo. Si no podía con mis propios problemas, estaba convencido de que no sería capaz de ayudar a los demás a resolver los suyos.

Porque las complicaciones se me seguían acumulando.

Nerea me había interpuesto una nueva demanda, de la que tuve constancia al día siguiente de volver del viaje. Mi abogado me llamó y me lo comunicó.

—Hola, Marc. Espero que puedas atenderme. Necesito hablar contigo de algo urgente.

—Hola. Claro, dime.

Aquello no pintaba nada bien. Javier parecía más serio y preocupado de lo normal.

—Antes de nada, me gustaría saber si últimamente has tenido algún intento de comunicación por parte de Nerea.

—Pues... déjame que haga memoria —le pedí, intentando recordar cuándo había sido la última vez que había tenido noticias suyas—. Estando de viaje, me llamó al móvil con número desconocido porque las veces anteriores que lo había hecho con el suyo no se lo había descolgado. Ésa creo que fue la última vez que intentó contactar conmigo.

—¿Y te dijo algo que yo deba saber?

Recordé entonces que yo no había hablado con ella. En esa ocasión Abril me había arrebatado el teléfono de las manos y había sido ella la que le había contestado.

—En realidad no hablé con ella, fue Abril.

—Perdona, ¿quién?

Le expliqué brevemente a Javier quién era Abril y cómo la había conocido.

—¿Y se puede saber por qué dejaste que esa chica descolgara? —me preguntó, claramente cabreado.

—No la dejé, joder. Ella supuso de quién provenía la llamada y quiso ayudarme.

—¿Diciéndole a Nerea qué, exactamente?

—Pues creo que algo así como que ella era mi novia y que se olvidara de mí para siempre.

—Ya, pues esa tontería ahora te puede costar muy cara.

—Y, eso, ¿por qué? —le pregunté, empezando ya a sentirme muy harto de la situación.

—Pues porque grabó la conversación y la va a presentar como prueba en el juicio por la demanda de paternidad.

—¡¿La demanda de qué?! —No debía de haberlo oído bien.

—De paternidad. ¡Joder, pensaba que ya lo sabías!

Me dejé caer en el sillón. No podía creer lo que acababa de oír. No, eso no me podía estar pasando a mí. Me recliné sobre el respaldo mientras me masajeaba las sienes como si con ese gesto pudiera comprender aquella locura.

Mi vida, lo poco que me quedaba en pie de ella, se acababa de desmoronar por completo.

—Marc, ¿sigues ahí?

—Sí —contesté de manera apenas audible.

—Según Nerea, tú ya estabas informado de que ibas a ser padre. Dice que te lo comunicó a través de una nota escrita que dejó en el buzón de tu casa.

Mi mente viajó hasta la noche anterior a coger el vuelo hacia México. Recordé en ese momento que, tras volver a casa de la agencia de viajes, efectivamente había recogido una nota de ella en el buzón... pero no la había leído. La había guardado en los vaqueros que había llevado

puestos al día siguiente y que... no recordaba haberlos vuelto a ver. Probablemente se hubieran quedado olvidados en el hotel.

—No llegué nunca a leer esa nota, Javier. Seguí tu consejo.

—Bueno, eso está bien, pero ¿dónde está?

—Creo que en Riviera Maya —le anuncié tras soltar un suspiro, porque acababa de acordarme de que a mitad de viaje había colgado esos vaqueros en el armario de la habitación, pero había olvidado mirar ahí cuando lo recogí todo y, por tanto, no los había metido en la maleta a la hora de hacer el equipaje a la vuelta.

—¡Joder! ¿Y qué hace allí?

Se lo expliqué.

—Vale, en cualquier caso, necesito saber si lo que dice es verdad. Marc, ¿tú te has acostado con ella alguna vez desde que presentaste la demanda de divorcio?

Suspiré.

—No.

—¿Seguro?

—¡Sí, joder!

—Pues ella afirma que os habéis acostado, que tiene pruebas y que fruto de ello en seis meses nacerá una criatura.

Aquello ya era demasiado.

¿Cómo puede llegar una persona a quererte supuestamente tanto y después a odiarte hasta el punto de intentar fastidiarte la vida de esa manera? ¿Qué cojones había llevado a Nerea a querer hacerme eso? ¿Por qué querría destrozarme de esa forma?

—Pues tendrá que demostrarlo, Javier —le contesté, hastiado.

—Embarazada está, porque su abogado ya ha presentado el análisis médico que así lo ratifica.

Me parecía increíble estar viviendo aquella terrible pesadilla y que precisamente la culpable de ella fuera la persona que decía haberme amado más en este mundo. No dejaba de ser tremendamente irónico.

—Pues se habrá buscado a algún desgraciado, porque mío no es, te lo puedo asegurar. No he vuelto a tocarla desde hace al menos más de siete meses.

—De acuerdo. Entonces voy a pedir la prueba de paternidad cuanto antes. A ver con qué nos salen ella y su dichoso abogado.

—Vale. Muchas gracias por todo, Javier.

—No me las des, es mi trabajo. Además, ya te cobraré mis honorarios cuando ganemos a esa arpía.

Tenía claro que le pagaría de buena gana todo lo que me pidiera si con ello conseguía librarme de aquella odiosa locura.

Pero, para que aquello se resolviera, aún quedaba bastante. Javier ya me lo había advertido en una de las tantas conversaciones que manteníamos prácticamente a diario, así que, mientras

tanto, tuve mucho tiempo para reflexionar sobre mi vida.

También dediqué mucho tiempo a estar con mis padres. Ellos lo habían sido todo para mí. Me habían apoyado de una manera totalmente incondicional con el tema de Nerea. Jamás los había visto tan volcados en mí. Ciertamente era el único hijo con el que podían volcarse, porque no habían tenido más, pero también era verdad que siempre habían acudido solícitos a sus trabajos y quehaceres y que no habíamos sido una familia de hablar a diario contándonoslo todo, hasta que lo de Nerea y los problemas de corazón de mi padre les hizo ver que lo más importante era la familia, por encima de cualquier otra cosa.

Así que no dudé cuando mi madre me pidió que me fuera a pasar unos días con ellos a la casa de la playa. Con la excedencia que había pedido en el trabajo podía permitírmelo.

Esos días me vinieron muy bien, porque pude hablar con ellos de absolutamente todo y eso me sirvió de desahogo... sobre todo cuando le hablé a mi madre de Abril.

—Oye, no me has contado nada de lo que hiciste o viste en el viaje —me comentó una mañana mientras desayunábamos.

Mi padre había salido a andar un rato y nosotros nos habíamos quedado en casa porque no nos apetecía ese día acompañarlo.

—Sí te lo he contado, mamá. Ya te expliqué todo lo que averigüé sobre el abuelo.

Finalmente había decidido que mi madre debía conocer aquella historia por muy dura que fuera, y acabé compartiendo con ella, al día siguiente de mi vuelta, todo lo que había descubierto sobre Bastian, además de que le había entregado el diario para que lo leyera.

—No me refiero a eso —me indicó—. Lo que quiero saber es qué más cosas vistes o si hiciste algo interesante. Tu padre y yo hemos estado hablando y a lo mejor el verano que viene nos vamos allí de viaje, así que quiero saber las opciones de ocio que hay.

Se las comencé a explicar y también le fui diciendo por cuáles de todas esas opciones me había decantado yo. Pero en un momento dado, sin darme cuenta, hablé en plural y mi madre se dio cuenta. Se me quedó mirando, a la espera de que le aclarara aquello. Porque no sólo había hablado en plural, sino que lo había hecho refiriéndome a una mujer.

Podría haberle mentido y haberle dicho simplemente que había sido una chica que había conocido allí y con la que había compartido un par de excursiones, sin darle mayor importancia al asunto... pero no. Algo me llevó a querer contárselo todo.

—Verás, en México conocí a alguien —acabé por confesarle ante su inquisitiva mirada. Mi madre me observó con una clara preocupación en su semblante. Y era lógico, porque no había terminado de resolver mis problemas con Nerea y ya le estaba diciendo que había conocido a otra mujer—. No lo pude evitar, mamá —me excusé—. Abril entró en mi vida sin darme cuenta siquiera de que lo estaba haciendo.

Le conté entonces cómo la había conocido en aquel bar el día en que se había cancelado su boda, cómo habíamos tenido que compartir habitación durante nuestra estancia allí y cómo me había acompañado a descubrir toda la historia sobre el abuelo.

Además, le comenté cómo era Abril, su vitalidad, su belleza, lo cariñosa que se mostraba conmigo, así como con todo el mundo que conocía. También le hablé de los problemas que tuvo con su padre, de lo mal que lo había pasado por culpa de éste, de cómo había sido su vida después de su abandono y de por qué no se había llegado a celebrar su boda.

Por último, le conté, con tremenda amargura, lo que había pasado con ella en el aeropuerto.

—¡Por eso estabas tan descentrado! —exclamó mi madre, llevándose las manos a la boca, ya que de pronto estaba entendiendo por qué había actuado de aquella manera tan rara aquel día cuando fueron a recogerme—. Pero, Marc, ¿por qué no me habías contado todo esto antes?

—No lo sé, mamá. Ni siquiera sé por qué te lo estoy contando ahora.

Y era cierto, había empezado a hablar con ella del viaje, pero había acabado contándole algo que siempre me juré que me guardaría para mí mismo. Porque me sentía estúpido por lo que me había ocurrido.

—Pero ¿por qué se fue del aeropuerto sin despedirse de ti? No lo entiendo.

—No lo sé, mamá.

—¿Cómo no lo vas a saber? Algo tuvo que pasar para que se marchara de esa manera.

Me encogí de hombros.

—Te juro que me encantaría saberlo, porque así al menos podría intentar arreglarlo. Pero no tengo ni la menor idea de qué fue lo que la llevó a hacer una cosa así.

—¿Y no has vuelto a hablar con ella?

—No tengo su número, ni sé dónde vive, ni tengo nada que pueda usar para poder localizarla.

—Pero hijo..., entonces, ¿qué vas a hacer?

—Nada, mamá. Eso es lo más frustrante de todo: que no puedo hacer absolutamente nada —le respondí con auténtico pesar.

—Veo que te gustaba de verdad, ¿no es cierto?

—No es ya sólo lo mucho que me gustaba, es lo jodidamente feliz que me sentía a su lado.

—Marc, no digas palabrotas.

—¡Joder, mamá! Hablaré como quiera, que ya soy mayorcito.

—Ya lo sé, hijo, pero es que sólo te oigo soltar tacos cuando algo te afecta mucho y por eso no me gusta que lo hagas.

Suspiré. Mi madre me conocía demasiado.

—Es la mujer a la que más he amado. De hecho, es la mujer que querría como esposa para toda la vida y como madre para mis hijos. ¿Con eso te haces ya una idea de lo realmente jodido que estoy, mamá?

Supongo que sí se había hecho una ligera idea, porque no me dijo nada más. Tan sólo su cara me expresó la preocupación que ella, por supuesto, me trató de esconder por todos los medios.

Días después decidí volver a mi casa. Ya había pasado demasiado tiempo desconectado del mundo y tenía que regresar. Además, mi abogado quería verme para que juntos preparásemos el

juicio. Primero se celebraría el de los supuestos malos tratos y, después, el del divorcio, en el que también se trataría la demanda de paternidad.

Pero, aunque sí volví a la ciudad, aún no quise regresar al trabajo. La excedencia que había pedido era de tres meses y tan sólo había pasado uno. Por otra parte, seguía sin verme con fuerzas para atender los problemas de otros, así que tampoco quise retomar de momento la actividad en mi consulta.

Sin embargo, los días comenzaron a parecerme demasiado largos. El juicio, a pesar de tenerlo todo preparado, aún iba a tardar en celebrarse, y yo, sin un trabajo al que acudir, comencé a sentir el peso del tiempo pasar, por lo que decidí que algo tenía que hacer para no desquiciarme.

Buscar a Lupe fue la mejor opción que pude encontrar. No obstante, no resultó una tarea fácil. Primero comencé por intentar averiguar dónde podría dar con los listados de pasajeros de los barcos que en aquellos años zarparon desde España hacia México.

Tardé casi una semana en hacerlo, porque en un sitio me decían que ese tipo de documentos estaban archivados en un lugar determinado, y, cuando llegaba allí, me decían que era en otro diferente.

No obstante, no desesperé y pude finalmente esclarecer dónde se habían mantenido guardados todos esos años aquellos listados. Además, por suerte para mí, alguien se había dedicado a digitalizarlos, escaneándolos página por página, lo que me facilitó bastante la tarea.

Aun así, aquello fue una locura. Había más de cinco mil páginas, con decenas de nombres en cada una de ellas que debía revisar.

Me armé de paciencia y acudí allí todos los días. Llegaba cuando abrían por la mañana y me iba prácticamente a mediodía, cuando cerraban.

La funcionaria que día tras día me estuvo atendiendo fue muy amable conmigo y, tras haberle explicado toda la historia y por qué buscaba a aquella mujer, me ayudó muchas veces con mi tarea.

Finalmente no encontré a ninguna Lupe en los registros y me sentí bastante frustrado y desanimado. Sin embargo, gracias al apunte que me hizo aquella empleada, pude tener otra opción de encontrarla. Y es que yo no había caído en que Lupe podía tratarse del diminutivo de Guadalupe, así que tuve que revisar de nuevo todos aquellos listados, lo que me llevó unas cuantas semanas más. Pero no desistí y al fin logré dar con cinco mujeres con ese nombre que viajaron a México en aquellas fechas.

Una vez que tuve esas identidades en mis manos, comencé otra labor también bastante complicada. Porque entonces necesitaba conocer dónde vivía cada una de ellas para poder personarme en sus casas y averiguar cuál de todas era la Lupe que yo buscaba.

Para ello me tuvo que ayudar Javier, quien, tras tirar de varios contactos suyos, pudo dar con un detective que pasado un tiempo me consiguió la información que necesitaba.

Una vez con aquellos datos en mi poder, simplemente tuve que decidir por qué Guadalupe quería empezar primero. Lo hice por la que más cerca se hallaba de la zona donde yo vivía.

Me intenté serenar antes de llamar a su puerta y después toqué el timbre con la esperanza de que pudiera ser ella.

No lo era. Aquella mujer había vivido siempre en España y no había oído hablar de ningún Bastian. Su nombre aparecía en la lista de pasajeros que habían ido a México porque había ido de joven a probar fortuna, pero regresó enseguida porque no soportó estar tan lejos de su familia.

La siguiente tampoco podía ser la Lupe que yo buscaba por la misma razón que la anterior.

La tercera mujer había fallecido hacía ya más de diez años, pero pude hablar con su hija, que me explicó muy amablemente que, aunque su madre sí había vivido fuera de España, en realidad lo había hecho en Suiza casi toda su vida. Había emigrado a México en busca de trabajo, pero allí conoció al que sería su marido y, tras casarse, decidieron volver a Europa. Así que también la pude descartar.

Solamente me quedaban dos opciones y mis ánimos por encontrarla comenzaron a disminuir. Además, empezó el juicio por malos tratos y tuve que centrarme en él, por lo que dejé la búsqueda aplazada para otro momento en el que estuviera de mejor humor.

El juicio fue muy duro. No reconocía a la mujer que tenía delante y a la que un día había querido. Nerea estaba dispuesta a hacerme el mayor daño posible y mi cabeza no lo podía procesar.

Quise hablar con ella, pero mi abogado me lo desaconsejó tajantemente. Si lo intentaba, ella lo podría usar en mi contra como una prueba más del acoso al que decía haber estado sometida por mí.

No me quedó otra que tener que aguantar estoicamente todas las mentiras que vertió sobre mí con aquella impunidad que me hacía bullir la sangre.

Por suerte, mis padres estuvieron allí, acompañándome, así como mis amigos, que testificaron a mi favor, declarando lo celosa y controladora que se había mostrado siempre Nerea conmigo. Pero, sin duda, el testimonio crucial para el caso fue el del psicólogo que nos evaluó a ambos y que determinó la enorme inestabilidad emocional de ella frente a la templanza y serenidad que yo mostraba.

Tras casi tres semanas de absoluto infierno, mi abogado, una mañana, me llamó diciéndome que ya había salido una sentencia en firme.

Me habían absuelto de todos los cargos por no encontrar ninguna prueba que pudiera demostrar el alegato que había hecho Nerea de los hechos.

Sin embargo, aquello sólo fue una pequeña batalla ganada en lo que sería una gran guerra, porque en eso se convirtió el siguiente juicio, el de la demanda de divorcio junto con la de paternidad.

Pero antes de él pasó otro tiempo en el que los días se me volvieron a acumular. Días en los que veía la vida pasar sin ser partícipe de ella.

—Marc, hijo, tienes que hacer algo con tu vida. No puedes seguir así —me repetía mi madre una y otra vez en cada ocasión que venía a visitarme.

Yo le daba la razón y le prometía que iba a empezar a hacer cosas, pero luego no las hacía, porque todo me podía.

Muchas veces me descubría pensando en cómo hubiera afrontado aquellos juicios si Abril hubiera estado a mi lado. Seguramente lo hubiera hecho con mucha más fuerza y, sobre todo, con mucho más ánimo y entereza. Pero entonces aquello se convertía en una terrible trampa en la que yo sólo caía y de la que no podía salir. Porque su recuerdo no me lo permitía. Porque su recuerdo caía a plomo sobre mi pecho, aprisionándolo. Y entonces la respiración comenzaba a faltarme y tenía que llorar para liberar todo aquel dolor contenido.

Mis amigos intentaban sacarme de casa buscándome deportes de aventura que sabían que me gustaban o salidas a la naturaleza donde pudiera desconectar de todo.

Mis padres también me habían suplicado que me fuera con ellos a la playa.

Pero a todo decía que no, a pesar de saber que mi respuesta era la peor opción de todas. Y es que ya se sabe..., en casa de herrero, cuchillo de palo. Porque nada de lo que siempre les había aconsejado a mis pacientes que hicieran en esas situaciones me lo aplicaba a mí mismo.

Lentamente, el tiempo siguió avanzando. Quedaba tan sólo un mes para que llegara septiembre y, con él, se retomara la actividad judicial. Estaba deseando que se celebrara aquel segundo juicio y que, con la resolución que fuera, se acabara aquella pesadilla en la que se había convertido mi vida. Porque ya me daba igual ganar o perder, tan sólo quería que todo terminara.

Además, siempre había pensado que, si al menos ya no tenía el quebradero de cabeza de los juicios, el dolor que sentía por lo ocurrido con Abril sería algo más llevadero.

Y es que yo siempre había sufrido mucho por amor, pero esa vez estaba siendo muy diferente, porque algo en mi interior me gritaba que eso no se podía haber acabado así, que entre nosotros había alguna conexión que tenía que descubrir y que, tarde o temprano, acabaría volviéndome a encontrar con ella.

Con todo, era curioso que pensara así, porque ése era el tipo de falacia que una y otra vez había visto que esgrimían mis pacientes en consulta y que siempre trataba de desmontarles por irracionales, para que pudieran comenzar una vida nueva al margen de ellas.

Sin embargo, no lo podía evitar y mi criterio científico se esfumaba, dando paso a uno que, obviamente, me interesaba más, a pesar de no ser nada lógico ni fundamentado.

Y pensando precisamente en ella y en el día en que la conocí fue cómo se me ocurrió aquella idea que me hizo maldecir por no habérseme pasado por la cabeza antes.

Ni siquiera me cambié de ropa. Bajé a la calle con lo que llevaba puesto. Tan sólo cogí la cartera, las llaves y el móvil y me dirigí hacia el bar donde la había visto por primera vez.

No tardé demasiado en llegar, a pesar de encontrarse en otro barrio diferente al mío, ya que el tráfico en aquellas fechas era prácticamente inexistente.

Aparqué en la calle de atrás y me dirigí andando hacia aquel local.

Cuando llegué a él pude observar cómo allí no había ni un mísero cliente. Tan sólo vi a un hombre detrás de la barra, al que reconocí por haberlo visto las otras ocasiones en las que había

ido allí a hablar con los chavales del proyecto.

No obstante, no perdí la esperanza y entré en aquel local que, como bien recordaba, olía a rancio.

—Hola, ¿me pones un café solo, por favor?

Aquel tipo ni me contestó, tan sólo dejó de mirar el móvil y, con absoluta desgana, me lo preparó. Cuando me lo trajo a la mesa, aproveché para hacerle unas preguntas.

—Está esto muy tranquilo, ¿no?

Se encogió de hombros, dándome a entender con ese gesto que no le apetecía demasiado entablar una conversación conmigo.

Sin embargo, le insistí.

—Oiga, ¿está usted aquí todos los días? —Se me quedó mirando con cara de no entender mi pregunta—. Me refiero a que si hay más camareros o sólo está usted.

—Sólo yo, ¿por qué?

—Vale, es que quería saber si ha venido por aquí recientemente una mujer... —De repente paré de hablar, porque comencé a sentirme completamente ridículo. Ni siquiera a un adolescente se le habría ocurrido tal gilipollez como la que estaba haciendo yo. ¿Qué esperaba, que Abril entrara por aquella puerta buscándome de la misma manera que lo estaba haciendo yo? Se me había ido la cabeza del todo—. Nada, da igual. Olvídese de lo que le he dicho.

Y aquel tipo, tras soltar un bufido, se giró sobre sus propios talones y se dirigió hacia aquella barra tras la que de nuevo se parapetó.

No obstante, y a pesar de lo ridículo que me llegué a sentir, estuve casi dos horas esperando allí. Porque el único nexo de unión que había entre nosotros era aquel bar y, si en algún momento Abril quería localizarme, la única manera de hacerlo sería yendo al sitio donde nos habíamos conocido.

Así que me convertí en cliente asiduo de aquel sitio y acudía mañana y tarde a él con la esperanza de que alguna vez me encontrara con ella allí.

De hecho, también la intenté encontrar de otra manera. Y es que uno de los muchos días que estuve allí esperándola se me ocurrió la idea de preguntar los apellidos de Abril al cura de la iglesia donde ella estuvo a punto de celebrar su boda. Con ellos me sería relativamente fácil localizarla. Pero me topé con la negativa más contundente que había recibido nunca. Aquel sacerdote rechazó, amparándose en la ley de protección de datos, darme cualquier información que me ayudara a dar con ella.

Así que lo único que me quedó, aunque fuera una completa locura, fue mantener mi rutina de ir mañana y tarde a aquel dichoso bar.

Pero el milagro no se obró y Abril nunca apareció.

Así que, una vez que llegó septiembre y con el segundo juicio a punto de celebrarse, desistí definitivamente de seguir acudiendo allí.

Había perdido la esperanza y, por tanto, la ilusión de volver a verla.

Me centré entonces en estar lo más sereno posible para afrontar lo que se me venía encima. El problema de la paternidad para mí no era tal, porque tenía claro que era imposible que Nerea esperara un hijo mío, pero mi abogado parecía nervioso por el as que se pudieran sacar de la manga y que pudiera hacer que aquello diera un vuelco cuando, a priori, parecía que el juez se iba a decantar por darme la razón a mí.

Y es que, que me la diera significaría que no perdería mi consulta, que era el negocio que con tanto esfuerzo había levantado y que me daba de comer, ya que era mi principal fuente de ingresos. Y tampoco perdería mi casa, la cual había pagado yo en su totalidad antes de casarme con ella y que, sin embargo, me reclamaba para poder criar en ella a *nuestro* hijo, según había alegado.

Y aquel circo comenzó. Nerea fue a por todas, exhibiendo una cara de ella que no conocía y que, para ser sincero, tampoco imaginé nunca que me mostraría.

Aquello me hizo sentir una pena terrible y a punto estuve de ceder a sus pretensiones con tal de no volver a verla, porque pensar que yo había compartido mi vida con aquella desconocida me acabó por hundir y terminó afectándome no sólo emocionalmente, sino que también lo comenzó a hacer físicamente.

De hecho, uno de los últimos días del juicio, cuando ya casi estaba todo visto para sentencia, tuve que salir de la sala debido a las náuseas que día tras día se repetían cuando entraba en aquel juzgado.

—Marc, quiero hablar contigo.

—Nerea, ¿qué demonios haces aquí? —le pregunté, atónito, cuando fui consciente de que me había seguido hasta el baño.

—Ya te lo he dicho, quiero hablar contigo.

—Pues no va a poder ser. Mi abogado me ha aconsejado que...

—Marc, por favor —me suplicó.

—Nerea, ¿tú eres consciente del daño que me estás haciendo? —le pregunté, mirándola fijamente a los ojos—. ¿Tú sabes por lo que me estás haciendo pasar?

Agachó la cabeza en lo que me pareció un gesto de arrepentimiento. Sin embargo, no debía bajar la guardia con ella. Ya me había dejado más que claro el tipo de persona que era.

—Lo siento mucho.

—¡¿Qué?! —No daba crédito.

—Acabo de decirle a mi abogado que ya no quiero nada.

Estaba en *shock*. Miraba a Nerea y no podía creer que me estuviera diciendo eso después del calvario que me había hecho pasar.

—Nerea... —comencé a decirle al tiempo que me pellizcaba el puente de la nariz mientras intentaba comprender qué demonios estaba sucediendo—. Mira, si esto es otra estratagema tuya para...

—No, no lo es. Siento de veras todo el daño que te he causado.

Seguía sin dar crédito a sus palabras.

—¿Y esperas que ahora te crea? ¿Así, sin más?

—Comprendo que no me creas, comprendo que me odies y comprendo el asco con el que me miras —me dijo, llorando—. Yo también siento asco de mí misma.

—No entiendo nada, Nerea...

—He estado yendo a un psicólogo —me confesó entonces—. Lo he hecho durante todo el verano y me ha ayudado mucho. Ahora soy consciente de la horrible persona en la que me he convertido y que con mi manera de actuar lo único que he conseguido ha sido precisamente lo que quería evitar, que era que te separaras de mí.

—Joder, Nerea.

—Ya está, Marc. Todo ha terminado. Lo siento de verdad y entiendo que no puedas perdonarme, pero, si algún día lo consigues, te agradeceré que quieras hablar conmigo. Sé que no me merezco siquiera que me mires a la cara, pero me gustaría saber que no me guardas rencor, a pesar de todo.

Tras decir aquello, salió de allí.

Cuando llegué a la sala, mi abogado tenía cara de no entender nada.

—Marc, ya no hay juicio —me soltó. Lo miré intentando asimilar aún todo lo que había ocurrido en aquel baño—. El abogado de Nerea me ha comunicado que ella ha firmado un documento en el que renuncia a todos tus bienes, declara que tú no eres el padre del bebé que espera y, lo que más alucinado me ha dejado, pide al tribunal que se te retiren los cargos que en su día se te imputaron de malos tratos, porque ahora afirma que son falsos.

—¡¿Qué?!

—Sí, bueno, tú saliste absuelto por falta de pruebas, pero todavía aparece que has sido procesado por ello, y lo que ha pedido Nerea es que se borre eso de tu expediente judicial, para que no conste en ningún sitio, de forma que el día de mañana no te pueda repercutir de ninguna manera en tu vida.

—Pero ¿eso entonces va a tener repercusiones para ella?

—Ése es su problema, Marc. Ella solita se lo ha buscado.

Y así era. Sin embargo, exculparme a mí implicaba culparse ella de graves delitos, que obviamente tendrían sus consecuencias.

Me giré hacia donde sabía que se encontraba y no pude evitar mirarla con tristeza. Tardaría mucho en olvidar el daño que me había hecho, pero...

—Gracias, Nerea —le dije cuando llegué a su altura.

Ella rompió a llorar y, con un movimiento totalmente inesperado, se acercó a mí y me abrazó.

No me separé de ella, pero tampoco pude corresponder a aquel abrazo.

Simplemente esperé a que se apartara de mí. Lo hizo pasados unos segundos, con un semblante que me mostraba claramente lo arrepentida y avergonzada que se sentía.

Y tuve que perdonarla... a pesar de todo.

Pero realmente lo hice por mí, por sentirme en paz conmigo mismo y poder empezar de nuevo.

Por fin todo había terminado y podía retomar mi vida donde la había dejado.

No obstante, me llevó un tiempo más hacerlo, porque no era fácil olvidar todo por lo que había pasado y muchas noches me despertaba sobresaltado y siendo víctima de alguna pesadilla que evidenciaba que todavía no estaba todo en orden.

Pasó un mes más hasta que decidí que ya estaba preparado para volver a mi rutina diaria y a mi trabajo. Retomé las citas en mi consulta y también el proyecto del ayuntamiento con el que intentaba devolver a aquellos jóvenes la esperanza de un futuro para ellos fuera de las calles.

Y, estando ya próxima la Navidad, decidí continuar con la búsqueda de Lupe. Sólo me quedaban dos posibles opciones. Si ninguna de aquellas dos mujeres había conocido a mi abuelo, entonces abandonaría definitivamente mi propósito de dar con ella.

A la cuarta mujer me fue imposible localizarla. En la dirección que me habían facilitado, nadie la conocía ni nadie supo decirme dónde podría encontrarla.

Ya sólo me quedaba una Guadalupe, a la que decidí visitar la tarde antes de Nochebuena.

Abril

Quedaba tan sólo un día para que fuera Nochebuena y había decidido ir a la residencia de mi abuela con la intención de sacarla de allí y llevármela a casa para que pasase la Navidad con nosotras. Por supuesto, lo había hablado previamente con mi madre, a la que no me había costado demasiado convencer.

Yo aún no había mirado apartamentos para emprender mi vida en solitario. La casa en la que pensábamos vivir Fede y yo, finalmente y tras un acuerdo del todo amistoso, se la había quedado él, por lo que yo continuaba viviendo con mi madre. No obstante, había decidido que, tras pasar las vacaciones de Navidad, empezaría a buscar algo. Ya me encontraba más preparada para hacerlo y poco a poco me iba sintiendo más animada.

Me había centrado mucho en el trabajo y eso me había ayudado a superar lo de Marc. Aún no había perdido la esperanza de encontrarme algún día con él, y con esa idea me pasaba de vez en cuando por aquel viejo bar que nos había permitido conocernos. Pero, como era de suponer, no lo había encontrado allí ninguna de las veces. Sin embargo, pasar por delante de aquel establecimiento se había convertido en mi rutina de todas las tardes cuando volvía del colegio o cuando iba a hacer algún recado.

Ese día, camino de la residencia, también lo hice. Pasé por delante con el coche, pero únicamente pude ver llenas las dos mesas de siempre, en las que se sentaban los mismos ancianos que, como todas las tardes, se reunían allí para su partida de dominó.

Sonreí con cierta tristeza. ¿Cuándo iba a dejar de esperar encontrármelo allí?

A esas alturas era ya tan improbable que lo volviera a ver que me parecía absurdo seguir manteniendo la esperanza.

El desasosiego que me provocó pensar aquello me acompañó hasta llegar al parking de la residencia.

Si todo iba bien y el médico que trataba a mi abuela no me planteaba inconvenientes, me la podría llevar, así que aparqué lo más cerca posible de la puerta principal.

Al bajar del coche, una fuerte brisa removió mi pelo. Empezaba a anochecer y a esas alturas del año, además, hacía ya bastante fresco, por lo que un escalofrío recorrió mi cuerpo entero.

Me quedé quieta, observando aquel antiguo edificio y sus ventanas; esas tras las cuales habitaban vidas enteras con mucho que contar. Normalmente había mucho trasiego y la gente entraba y salía de aquella residencia con premura... sobre todo familiares que venían a visitar a

sus mayores, pero que lo hacían en medio de la vorágine de su día a día, por lo que no les dedicaban demasiado tiempo y acababan yéndose prácticamente nada más llegar.

Sentí pena entonces, porque la sociedad y el estilo de vida actual nos había robado lo más importante en esta vida: pasar tiempo con la familia.

Y esa tarde, previa a la Nochebuena, la gente andaba muy liada con todos los preparativos de las fiestas y se notaba. Tan sólo un hombre joven subió los escalones delante de mí.

Saludé a Gloria, la enfermera que casi siempre se encontraba en la recepción, y me apresuré hacia el ascensor. Aquel hombre había entrado en él y las puertas se cerrarían de un momento a otro.

—Espera —le pedí justo antes de llegar.

Una mano se posó sobre el sensor, evitando que éstas se cerraran, y entré en aquel cubículo.

Toqué el botón del tercer piso, planta donde se encontraba la habitación de mi abuela, y a continuación me giré y levanté la vista para darle las gracias a aquel hombre por esperarme.

Me quedé mirándolo completamente paralizada.

Parpadeé en repetidas ocasiones, como si quisiera limpiar de mis ojos la inesperada visión que tenía delante.

Porque aquello no podía ser verdad. Mi mente debía de estar jugándome una mala pasada.

Sentí por un momento mi cuerpo desvanecerse. Mi corazón parecía haber dejado de hacer su trabajo.

Pero no podía desmayarme... No en esos momentos.

Él estaba ahí, lo tenía delante de mí.

Me estaba mirando tan desconcertado como probablemente lo estuviera haciendo yo con él.

¡Oh, joder! ¡Cuánto tiempo esperando que aquello ocurriera! ¡Cuántas veces imaginando cómo sería! ¡Cuántas veces deseándolo!

Y por fin había ocurrido.

Marc estaba delante de mí, a escasos centímetros de mi tembloroso cuerpo.

—Abril... —oí que susurró.

Y quise lanzarme a su cuello; quise abrazarlo, quise besarlo... pero no sabía cuál podía ser su reacción.

Mi huida en el aeropuerto no me había dejado en buen lugar y quizá aquel hombre que un día me amó en ese momento sentía un terrible odio hacia mí.

Habíamos subido un piso y las puertas del ascensor se abrieron de nuevo, pero ninguno de los dos nos movimos. Tan sólo nos miramos, incapaces de nada más.

Tres personas entraron, provocando que me tuviera que pegar más a él, y entonces pude observar cómo sus ojos se tornaban vidriosos.

No, no me odiaba. Quizá no me hubiera perdonado todavía lo que le hice, pero no me odiaba por ello.

—Marc, yo... —No pude continuar; un nudo en la garganta me lo impidió.

Él negó con la cabeza, quizá tratando de guardarse para sí sus sentimientos.

Sin embargo, pasados unos segundos, me sonrió con dulzura... a pesar de todo.

—Lo siento muchísimo —atiné a decirle entonces, cuando por fin pude hablar—. Fui una idiota y en el aeropuerto actué de manera impulsiva sin pensar en las consecuencias.

Las puertas del ascensor se abrieron de nuevo, esa vez en el segundo piso, y todo el mundo salió, dejándonos solos.

Marc tragó el nudo de su garganta y, tras posar su mano en mi mejilla y acariciarla cariñosamente, volvió a sonreírme.

—Te he echado tanto de menos... —me dijo al fin.

Lo abracé. No pedí permiso. Lo hice impulsada por aquellas palabras que él había pronunciado y que habían desbordado mi corazón.

Sentí cómo me recibió. Él también deseaba aquel abrazo. Le oí suspirar de alivio.

—¡Joder!... —consiguió decir tras unos instantes—. ¿Por qué demonios lo hiciste, Abril? —me preguntó a continuación.

Intenté aclararme la garganta antes de responder.

—Porque tuve miedo —contesté con voz trémula.

—Miedo, ¿de qué?

Las puertas se volvieron a abrir. Habíamos llegado al tercer piso y me separé de él.

—Tengo que bajarme aquí. He venido a ver a mi abuela —le anuncié—, pero necesito que hablemos y explicártelo todo.

Marc asintió.

—Dame tu móvil —me pidió entonces. Lo busqué en mi bolso y se lo entregué. Entonces lo trasteó—. Acabo de hacerme una llamada perdida con él, así que ya tenemos nuestros números. Espero que me llames, Abril.

—Lo haré. No lo dudes.

Y entonces las puertas se cerraron y no pude evitar romper a llorar.

Porque todas las emociones contenidas estallaron en mí.

Entré en la habitación de mi abuela aún con el llanto descontrolado. No quería que ella me viera así, pero no lo pude evitar.

Y me senté a su lado para contarle lo que acababa de ocurrir, ya que ella conocía de antemano toda mi historia con Marc.

Cogí su temblorosa mano y la encerré entre las mías. Ese día estaba especialmente nerviosa: quizá era más consciente de las cosas de lo que nos pensábamos y saber que me la iba a llevar a casa la había alterado.

Luego le dije que bajaba a hablar con su médico. Se me había olvidado hacerlo con todo lo que había ocurrido, pero necesitaba su aprobación si quería llevármela de allí.

No tuve que esperar mucho. Aquel doctor me atendió enseguida y, aunque al principio mostró un poco de preocupación por los cambios que había percibido en mi abuela últimamente,

finalmente accedió. Podía llevármela conmigo.

Cuando entré de nuevo en su cuarto, me la encontré mirando hacia la puerta. Parecía estar esperando algo. Había abandonado ese punto fijo al que siempre miraba y en ese momento parecía que su centro de atención fuera esa puerta.

Un nuevo escalofrío recorrió mi cuerpo.

—Abuela, te vienes con nosotras a casa —le anuncié con una gran sonrisa—. Estas Navidades las pasaremos todas juntas, como debe ser.

Sin perder mucho tiempo, me puse a recoger sus enseres.

Fui echando en una bolsa de viaje que me había llevado para tal fin la ropa que pensé que podía necesitar para los días que iba a pasar con nosotras y también metí en un neceser los pocos útiles de aseo que poseía.

Mientras lo hacía, no me podía quitar de la cabeza a Marc. Por supuesto esa misma noche lo llamaría para quedar, si era posible, al día siguiente. Por fin lo había encontrado y no pensaba perderlo de nuevo. Ese error sólo lo cometería una vez.

No obstante, una inquietud acudió a mi mente.

¿Y si él había rehecho su vida? ¿Y si Nerea no mentía y él finalmente había acabado siendo padre? ¿Y si esa circunstancia había hecho que volvieran juntos?

No quise pensar en ello, porque, cuando por fin lo había encontrado, consiguiendo así lo más complicado, no quería creer que el destino fuera a ser tan cruel como para maltratarme con una situación tan dolorosa para mí.

Aparté aquel pensamiento de mi mente y salí del baño tras haber terminado de recoger todas las cosas.

—Abuela, ¿estás lista?

Me asusté cuando la miré a los ojos. Los tenía muy abiertos mientras continuaba mirando fijamente hacia la puerta. El balanceo de su cuerpo se había incrementado y comenzó a hacer unos extraños sonidos con la garganta.

Entonces llamaron a la dichosa puerta. Acudí muy nerviosa a abrirla, deseando que fuera alguna de las enfermeras, pero, antes de que lo hiciera, mi abuela balbuceó algo. Después, ese balbuceo se repitió, convirtiéndose en un sonido más parecido a las palabras.

Me quedé mirándola, paralizada. Jamás la había visto así. Sin embargo, el reiterativo golpear de los nudillos tras la puerta hizo que finalmente agarrara el pomo y la abriera.

Cuando lo hice, todo se precipitó de una manera que aún hoy escapa a mi comprensión.

Marc

Ver a Abril me había trastocado completamente y necesité un tiempo para recuperarme del impacto que me había producido encontrármela de aquella manera tan inesperada.

Nuestras vidas se habían vuelto a cruzar. Eso tenía que significar algo.

Sin embargo, que aquello hubiera pasado no tenía por qué acabar de la manera en que yo quería.

Por la cabeza se me pasaron decenas de situaciones por las que nuestras vidas no pudieran unirse. Ella podía tener a otra persona, e incluso podía haber vuelto con Fede. También podía haberse dado cuenta de que yo no era para ella o haber visto algo en mí que la hiciera huir, como de hecho pasó aquel día.

Miles de razones podrían abrir un abismo entre nosotros.

No obstante, me había dicho que en el aeropuerto había actuado de manera impulsiva y sin pensar en las consecuencias, lo que me daba a entender que se sentía arrepentida.

¡Joder!

Aún podía notar el calor de su cuerpo. Aún podía percibir la increíble sensación de tenerla entre mis brazos de nuevo.

Y eso me dio un chute de adrenalina mayor que cualquiera de los que hubiera obtenido practicando el deporte más arriesgado del mundo, porque aquello era mucho más fuerte, más intenso, más arrollador.

Salí al exterior para coger aire. Verla me había sobrepasado y necesitaba recuperarme antes de hacer aquello que había ido a hacer, así que me senté en uno de los enormes escalones de piedra que, custodiados por sus ornamentados pasamanos, daban acceso a aquel antiguo edificio convertido en residencia de ancianos.

Necesité varios minutos para conseguir que mi corazón bajara su ritmo y mi respiración se recuperara. Sin duda, ver a Abril me había devuelto a la vida, sacudiéndome de la manera en que sólo ella podía hacerlo.

Pero había ido allí con un motivo, por lo que, pasados esos minutos, me puse en pie y me adentré de nuevo en aquel edificio gris. Volví a coger el ascensor y me pareció percibir su olor en él.

Pulsé el número dos y esperé a que aquel montacargas hiciera su trabajo.

Cuando se abrieron las puertas y comprobé que efectivamente me encontraba en el segundo piso, salí de él y busqué con la mirada el indicador que me informara hacia qué lado del pasillo

debía ir.

A la derecha.

Me giré hacia ese lado y fui comprobando la numeración grabada en las puertas de las habitaciones hasta llegar a la que yo llevaba anotada en la documentación que me había proporcionado aquel detective.

Respiré hondo, intenté serenarme y, tras unos segundos para reunir valor, llamé con los nudillos a la puerta.

Me abrió una mujer mayor, aunque no lo suficiente como para ser Lupe.

—Perdone, estoy buscando a Guadalupe Sierra Marín.

—¿A quién? —me preguntó aquella anciana, poniendo cara de no tener ni idea de por quién le estaba preguntando.

—Guadalupe, Lupe —le repetí—. Es una señora mayor, debe de tener alrededor de ochenta años.

No recibí más respuesta por su parte que una mirada incómoda.

—Ésta es la habitación doscientos cuarenta y ocho, ¿verdad? —La mujer asintió—. ¿Y aquí no hay nadie con el nombre que le digo?

Se encogió de hombros y, después de eso, me cerró la puerta en las narices. Aquella anciana, de manera completamente unilateral, había dado por finalizada nuestra conversación.

¡Joder!

Me quedé allí parado, sin saber qué hacer.

—Buenas tardes, ¿le puedo ayudar en algo?

Me giré hacia donde provenía la voz y pude ver que una enfermera, que identifiqué como la que me había encontrado en la recepción y que me había indicado dónde estaba el ascensor, venía directa hacia mí.

—Pues quizá sí —le contesté, con la esperanza de que realmente pudiera hacerlo—. ¿Sabe usted si tienen aquí a una residente llamada Guadalupe Sierra Marín?

—Guadalupe, por supuesto —me respondió con una sonrisa y un claro semblante que me indicaba que sabía de quién le estaba hablando—. Lo que pasa es que su habitación está en el piso de arriba. En la planta tercera. De hecho, es justo la que hay aquí encima —me dijo, señalando hacia el techo—. Habitación trescientos cuarenta y ocho.

Miré el papel donde llevaba anotados los datos y, cuando revisé el número, me di cuenta de dónde estaba el error. La parte de abajo del tres estaba casi borrada y a simple vista parecía un dos.

—Genial. Muchas gracias —le dije, enfilando el pasillo—. Voy a ver si la encuentro.

—Pues dese prisa. Su nieta ha venido a por ella para llevársela a su casa. No sé si las va a pillar todavía.

Corrí. No esperé al ascensor. Subí directamente por la escalera y, cuando llegué a su habitación, toqué con los nudillos en la puerta.

Nadie abrió e insistí.
Esa vez sí obtuve respuesta, pero una que mi lógica jamás llegará a comprender.

Abril y Guadalupe

Habían vuelto a llamar a la puerta por segunda vez y abrí pensando que pudiera ser algunas de las enfermeras. Mi abuela parecía fuera de sí.

Sin embargo, cuando abrí me encontré allí a Marc.

—¿Abril? —me preguntó, extrañado, mirando el número que había grabado en la puerta de la habitación como si quisiera comprobar algo.

—Bastian. Mi Bastian.

Me quedé helada.

Había reconocido la voz de mi abuela a pesar de la lejanía en el tiempo... porque hacía ya muchos años que no la había vuelto a oír. No desde que había enfermado.

—Abuela... —le dije, acercándome a ella, preocupada. Me agaché a su lado y le cogí las manos.

—Bastian —volvió a decir, pero esta vez mirando fijamente a Marc y con lágrimas en los ojos.

—Abuela, pero ¿qué... qué dices?

No entendía.

No entendía nada. ¿Por qué le decía a Marc el nombre de su abuelo? ¿Cómo sabía que ellos tenían algo que ver? ¿Cómo conocía ella siquiera el nombre de Bastian?

¿Qué demonios estaba pasando?

—Abril, ¡¿tu abuela es Lupe?! —me preguntó Marc, totalmente desconcertado.

—No, ella no es... Ella es... Ella es Guadalupe —acabé diciendo, pero sintiéndome completamente confusa.

—Sabía que vendrías a por mí. Te estaba esperando —dijo entonces mi abuela, mirando a Marc.

—Abril, ¿qué está pasando?

—No... no lo sé.

Estaba conmocionada. ¿Qué demonios estaba ocurriendo allí? ¿Por qué mi abuela conocía el nombre de Bastian? ¿Por qué miraba a Marc de aquella forma?

—Abril, ¿tu abuela se llama Guadalupe Sierra Marín? —me preguntó entonces.

Asentí, aún sin comprender qué demonios ocurría.

Marc se acercó y se agachó junto a mí. Yo seguía observando con preocupación a mi abuela, que en ese instante sonreía en dirección a donde Marc había estado hasta hacía unos segundos.

—¿Qué significa todo esto? —le pregunté, muy nerviosa.

—Abril, tu abuela es Lupe.

—¡¿Qué?!

—Si tu abuela se llama Guadalupe Sierra Marín, entonces ella es Lupe.

Observé a Marc con escepticismo y después desvié la mirada hacia mi abuela. Seguía sonriendo y mirando en aquella dirección, como si pudiera ver a alguien en ese punto.

Y un escalofrío me recorrió el cuerpo entero de nuevo.

—Abuela... —Me armé de valor para preguntarle aquello—, ¿a quién estás viendo?

Mi abuela sonrió con más intensidad aún y luego me miró.

—A mi Bastian —me respondió, feliz—. Ha venido a por mí.

Abril y Marc

—Hola, mamá —le dije tras oír que descolgaba el teléfono.

—Hola, hija. ¿Qué te ha dicho el médico? Me has dejado muy preocupada antes.

—Pues el doctor dice que la abuela está perfectamente. Le han hecho varias pruebas y piensan que probablemente lo que haya pasado es que ha confundido a Marc con su abuelo. —Hice una pausa para intentar mitigar mi nerviosismo—. Mamá, ¿tú sabías algo de lo de México?

Se lo tuve que preguntar porque aún no entendía cómo yo no conocía nada de aquella historia. ¿Cómo era posible que jamás me hubieran hablado del pasado de mi abuela?

—No, Abril. No sabía absolutamente nada. Tu abuela siempre se mostró muy celosa de su intimidad y no hablaba apenas del pasado y, desde luego, mucho menos de cuando ella fue joven. Ésa era una parte de su vida que yo desconocía totalmente, pero es que creo que el abuelo tampoco sabía nada de todo eso. De hecho, lo que le pasó en México se lo había ocultado incluso a su familia, porque he llamado hace un rato a la tía Isabel y dice que tu abuela jamás le contó nada de lo que le ocurrió. Todos intuían que su vida allí no le debió de resultar nada fácil, porque volvió totalmente cambiada. Me ha explicado que tu abuela siempre fue muy risueña y muy agradable con todo el mundo, pero que, cuando regresó, ya no quería hablar con nadie, ya no sonreía nunca y siempre se mostraba huraña con la gente. Además, dice también que sus padres ni siquiera le contaron que a su hermana la habían sacado de un sanatorio mental, sino que simplemente le explicaron que había caído enferma y que tenían que ir a por ella para traérsela de vuelta a España.

Me quedé en silencio. Saber que Lupe, la chiquilla que se había enamorado de Bastian y que tanto había sufrido en aquella hacienda, era mi abuela había sido un tremendo *shock* para mí.

—Abril, ¿sigues ahí?

—Sí, mamá. Es que... me está costando mucho asimilar todo esto.

—Ya lo sé, hija. Yo también estoy muy desconcertada. —La línea se quedó en silencio, y al cabo de unos segundos oí un lamento.

—Mamá...

—Dime, hija —me contestó tras unos instantes en los que sabía que había estado intentando recomponerse.

—Lo importante ahora es que la abuela se encuentra bien. Ha vuelto a su estado de siempre y ya no tiene esos balanceos. De hecho, le iban a administrar un calmante, pero después de

examinarla me han dicho que ya no ha hecho falta, que está relajada y sus constantes vitales están perfectas.

—¿Te la vas a traer entonces a casa?

—Sí. El doctor me ha autorizado a ello, así que, en cuanto acabe de hablar contigo, salimos para allá. Te he llamado simplemente para que estuvieras tranquila, pero la vas a ver con tus propios ojos enseguida.

—Cielo, quizá debiera ir yo a ayudarte a traértela. Me da miedo que le dé una crisis o algo mientras vas conduciendo.

—Marc va a venir conmigo. Se ha ofrecido a acompañarnos.

—Ah, está bien entonces. Oye... ¿has hablado con él? —me preguntó con cautela.

—No, no hemos podido. Con todo lo que ha pasado, ha sido imposible, pero... ¿sabes, mamá?, me alegro mucho de que esté aquí conmigo.

—Cielo...

—Sé lo que me vas a decir. Tenemos que hablar primero largo y tendido, soy consciente de ello.

—Es que no quiero que vuelvas a sufrir y probablemente su vida haya cambiado y no sabes si él... —De repente se calló—. Bueno, ya hablaréis. —Se había dado cuenta de que lo que menos necesitaba yo en esos momentos era tener que cargar de nuevo con todas esas dudas.

—Si a ti no te importa... —le comencé a decir entonces, esperando que aceptara mi propuesta —, ya que Marc se va a venir conmigo para ayudarme con la abuela, me gustaría agradecérselo y que se quedara a cenar con nosotras.

—Pues claro, Abril. Me parece buena idea.

—Vale —le contesté con una inmensa sonrisa—, en unos veinte minutos estaremos allí.

Regresé a la habitación, pero antes de llegar a la puerta oí la voz de Marc y me paré para escuchar.

—Lupe, yo no sé si me estará escuchando, pero quiero que sepa que en realidad yo había venido aquí con una intención. —Lo oí suspirar y, tras unos segundos en los que pareció dudar, continuó hablando—. Le he traído algo que debería tener. Es el diario que escribió mi abuelo mientras estuvo allí en México. Fue voluntad de él que lo tuviera usted y, ahora que tengo la oportunidad, me gustaría entregárselo. En él habla de... —se le quebró la voz— de lo mucho que la quiso.

Entré justo en el momento en el que se lo depositaba sobre sus rodillas y le cogía las manos para ponérselas encima del diario.

A mi abuela le brillaron los ojos mientras continuaba con esa sonrisa que parecía habérsele quedado perenne en la cara. Me hacía feliz verla así.

—Hola —saludé, sonriendo.

—¿Qué te ha dicho el médico? ¿Está todo bien? —me preguntó Marc, inquieto—. Has tardado mucho.

Volví a sonreír.

—El doctor me asegura que está perfecta y que podemos llevárnosla a casa, así que nos podemos ir. Oye, Marc —le comencé a decir con cierto nerviosismo—, ¿tienes algo que hacer ahora? Bueno, me refiero a después de acompañarme a llevar a mi abuela.

Carraspeó.

—La verdad es que no.

—Perfecto. —Sonreí de oreja a oreja—. Entonces cenarás en casa con nosotras —solté. Sin embargo, Marc no mostró la alegría que yo hubiera esperado y eso me hizo rectificar—. Bueno, si quieres. O, si no, no hace falta. Ya hablaremos otro día. Me ayudas con mi abuela y te vas. No hay problema.

—Abril, nada me gustaría más que cenar en tu casa —acabó diciendo, entonces sí, con una enorme sonrisa.

Y yo me deshice por dentro. No lo pude evitar.

De camino no hablamos mucho. La conversación que teníamos pendiente era demasiado densa y, yo, al menos, no quería iniciarla para luego tener que dejarla a medias.

Así que nos dedicamos a charlar del tiempo, del trabajo y de poco más.

Cuando llegamos, mi madre nos estaba esperando en la puerta. A pesar de haberle dicho que mi abuela se encontraba bien, no se relajó hasta que la vio.

Después, todo fue fenomenal en la cena. No hubo silencios incómodos y la conversación, e incluso las bromas, fluyeron de manera muy agradable entre todos.

Pero se hizo bastante tarde y Marc anunció que se tenía que ir.

Se despidió de mi madre y de mi hermana, que se había presentado también en casa, y salí con él. En realidad, tenía que llevarlo hasta la residencia porque su coche se había quedado allí, así que subimos al mío y empecé a conducir.

Al principio fuimos en silencio. Lo hicimos hasta que él lo rompió.

—¿Por qué lo hiciste, Abril?

Estaba claro que aquélla era su mayor inquietud.

—Marc..., me gustaría hablar contigo de todo. Te debo una explicación y te la daré, por supuesto, pero ahora mismo no puedo ya pensar siquiera con coherencia. Hoy ha sido un día muy largo y mi cabeza no da para más. La tengo a punto de estallar. —Oí cómo suspiró con cierto enfado—. ¿Podemos quedar mañana para hablar de todo? —le supliqué entonces.

—¿Aparecerás o me dejarás tirado de nuevo?

Su miedo era lógico y no podía culparlo por ello, pero también era verdad que la cabeza me iba a explotar y no podía tener la conversación que él quería en esos momentos.

Sin embargo, sí que podía hacer algo para demostrarle lo que de verdad sentía por él.

Paré el vehículo en el arcén, me desabroché el cinturón y me lancé sin red al vacío.

Lo besé.

Y fui correspondida. No me apartó de él. Ni tan siquiera extrañamos los besos... porque eran

los mismos de aquel viaje, con el mismo sentimiento, con la misma necesidad, con la misma intensidad. No habían cambiado.

Eso era buena señal.

—Me asusté —le dije finalmente, separándome de él y comenzando a contarle qué me había llevado a hacer lo que hice en el aeropuerto. No entraría en detalles, no podía, el dolor de cabeza no me lo permitía, pero al menos quería dejar una puerta abierta entre nosotros—. Encontré una nota de Nerea en la que te decía que ibas a ser padre y me sentí traicionada porque no me lo hubieras contado. Creí que eso era lo suficientemente importante como para que me hicieras partícipe de ello, pero no lo hiciste y no supe gestionar el enfado que sentí. Lo siento, Marc —terminé diciendo, con lágrimas en los ojos al recordarlo todo—. Me he arrepentido de lo que hice absolutamente todos los días, pero, por desgracia, ya no podía dar marcha atrás.

Entonces fue él quien me besó. Lo hizo con tal intensidad, con tal vehemencia, que ya no tuve dudas de lo que sentía por mí.

—Marc, yo también necesito saber algo —le dije, separándome de nuevo de él—. ¿Has vuelto con ella?

Me miró fijamente y me cogió la cara entre sus manos.

—Desde que te conocí sólo he podido pensar en ti. Día tras día. —Hizo una pausa—. No, no he vuelto con ella. No lo hubiera podido hacer nunca, porque estoy jodida y completamente enamorado de ti, Abril.

Sonreí. Era todo lo que necesitaba saber.

Después lo besé de nuevo. Con más vehemencia aún si cabe. Con auténtica locura. Porque sabía que aquellos besos lo decían absolutamente todo.

Ya no había dudas entre nosotros.

Ambos sabíamos lo que sentíamos por el otro.

Abril y Lupe

Regresé a casa tras prometernos Marc y yo que al día siguiente hablaríamos de todo. Teníamos que ponernos al día de muchas cosas y explicarnos otras tantas. Pero regresé sintiéndome absoluta y completamente feliz. Porque de nuevo tenía a Marc en mi vida y sabía que esa vez sería para siempre.

Cuando llegué, mi madre aún estaba levantada. Me miró escrutando mi cara. Sin duda buscaba muestras que le indicaran si Marc y yo habíamos hablado y, en caso de hacerlo, cómo había acabado todo.

La sonreí abiertamente y corrí a abrazarme a ella.

—Ya veo que ha ido bien la cosa. —Suspiró, aliviada.

Simplemente asentí. Tenía tal nudo en la garganta debido a la emoción que no pude articular palabra.

Después, con la firme promesa de que al día siguiente se lo contaría todo, me dirigí hacia mi habitación, pero no pude evitar pasarme antes por la de mi abuela. Necesitaba comprobar que se encontraba bien.

Mi madre ya la había acostado, pero ella aún no se había dormido. Estaba tumbada boca arriba y sujetaba entre sus manos, sobre el pecho, el diario del abuelo de Marc.

Me acerqué a ella para darle un beso y entonces se me ocurrió algo.

—¿Quieres que te lo empiece a leer? —le pregunté, ya abriéndolo y situándome en la primera página. Sabía que no me iba a contestar.

Pero lo hizo. No con palabras, pero sí con una leve sonrisa.

Así que, sentándome en una butaca que había situada al lado de su cama, comencé a leerle aquel diario.

Página tras página le fui narrando todo lo que allí había escrito y su sonrisa se fue agrandando. Sus ojos también me mostraron su agradecimiento, tornándose vidriosos.

Tardé bastante tiempo en terminar de leérselo entero.

Estaba exhausta después de todas las emociones que había vivido ese día, pero no me había importado hacerla partícipe de los sentimientos que aquel hombre había plasmado en su diario.

Tan sólo quedaba pendiente la carta que Bastian le había escrito a ella.

Miré a mi abuela. Aún seguía despierta, así que decidí leérsela también.

Cuando terminé de hacerlo, cerré aquel diario con la misma sensación que había tenido en México, una muy agridulce.

Luego me quedé allí sentada, viendo cómo una lágrima rodaba por su mejilla. Su semblante estaba relajado. Mostraba una paz interior que jamás había visto en ella.

Y con aquel diario entre mis manos y con la satisfacción de saber que Lupe, mi abuela, había podido por fin conocer las palabras que había escrito Bastian para ella, me dormí.

A la mañana siguiente me desperté prácticamente en la misma postura en la que me había quedado dormida. Sentía el cuerpo entumecido después de haber pasado la noche en aquella butaca.

Me desperecé y miré a mi abuela.

Seguía dormida en la misma posición en la que la había dejado, sólo que tenía, de nuevo, el diario entre sus manos, sobre su pecho.

Me extrañé. No recordaba habérselo puesto yo ahí.

Me levanté y me sorprendió darme cuenta de que en su cara se intuía una leve sonrisa, a pesar de estar dormida.

Fui a darle un beso. Me sentía tremendamente feliz de poder tenerla en casa. Ésas serían unas Navidades estupendas... pero sentí el frío nada más posar mis labios en su mejilla.

—¡Mamá! —grité, desgarrada.

Mi abuela ya no estaba allí.

Nos había dejado.

Se había ido para siempre.

Abril y Marc

Era el día más importante de mi vida y yo ya estaba preparada.

Los invitados, probablemente, ya habrían llegado a la iglesia y estarían esperando tan ansiosos como yo el enlace.

Porque por fin había llegado el día, esa vez de verdad.

Esa vez sí tendría la boda soñada, porque iba a casarme con el hombre perfecto. Y lo era no sólo por lo guapo e inteligente y lo respetuoso y comprensivo que se mostraba conmigo, sino porque estaba totalmente enamorada de él.

Entonces sí. Entonces tuve la completa seguridad de haber elegido al hombre indicado. En ese momento todos y cada uno de los requisitos se cumplían con él.

Así que, cuando ya estuve preparada, suspiré hondo y comencé a enfilar, decidida, el camino hasta el coche que me iba a llevar directa a aquel altar a contestar con el sí más rotundo que daría nunca.

—Venga, hija, que se nos va a hacer tarde —me apremió mi madre.

—Pero si a la iglesia llegamos en dos minutos y son menos cuarto —le contesté, porque no entendía las prisas—. Además, no quiero llegar antes que el novio, así que tendremos que dar un par de vueltas a la manzana para hacer tiempo.

—Bueno, tú súbete, que podamos salir ya.

No sé quién estaba más nerviosa de las dos, si ella o yo.

Nos montamos ambas en el coche. En realidad, según la tradición tendría que haber venido conmigo mi padre, porque debería haber sido mi padrino de bodas, pero obviamente en mi caso no iba a ser así, por lo que habíamos decidido que mi madre sería mi madrina, y el padre de Marc, su padrino. Cuando lo propusimos, todos nos miraron con una cara un poco rara, pero, dada la situación, todo el mundo lo entendió y accedieron finalmente de buena gana.

En cuanto a los lugares donde celebrar la boda no hubo mucho que decidir. A mí me seguía correspondiendo la misma iglesia, por lo que, aunque no me hacía demasiada gracia, tendría que casarme en ella a pesar de los recuerdos que me traía y de lo sumamente fea que era. Eso sí, el cura le pidió a Marc que por favor no faltara a la boda y a mí me indicó que tenía terminantemente prohibido hacer uso del micrófono.

Obviamente sus peticiones eran de entender, dados mis antecedentes.

Con el lugar del banquete tampoco dimos muchas vueltas. En realidad, dejamos a los padres de Marc que escogieran ellos el restaurante, y es que, según me dijeron, tenían un familiar que

dirigía un salón dedicado a este tipo de eventos y no podían eludir el compromiso de celebrarlo allí, así que acabé accediendo. Por las fotos que me habían enseñado el sitio no estaba mal, aunque parecía un poco anticuado, pero después de todo ya no me importaban tanto esos detalles, habían quedado relegados a un segundo plano, porque yo había pasado de querer celebrar una boda de ensueño a querer casarme con un hombre de ensueño, y eso estaba a punto de conseguirlo, así que todo lo demás había pasado a ser completamente secundario para mí.

—¿Estás nerviosa, hija? —me preguntó mi madre, sacándome de mis pensamientos.

—Un poquito, pero no mucho —mentí.

Porque en realidad no podía evitar recordar lo que me había ocurrido la última vez que me había dirigido a un altar, a pesar de saber que esa vez sería totalmente diferente. Pero supongo que los miedos son así, incontrolables e inoportunos, y eso me hizo complicado no sentir de nuevo ese temor al fracaso. Sin embargo, había otra parte de mí que me decía que no tenía nada de que preocuparme; sobre todo la parte que tenía que ver con mi corazón, que apostaba de lleno por lo que Marc le había hecho sentir.

Y es que él se había convertido en alguien tan importante en mi vida que en ese momento lo llenaba todo.

Ya lo hizo durante aquel viaje, pero con la muerte de mi abuela pasó a ser alguien completamente imprescindible para mí. Porque estuvo en todo momento a mi lado, apoyándome, compartiendo mi dolor, no dejándome caer. Nos ofreció a mi familia y a mí más de sí de lo que podía dar y ya solamente por eso le estaría eternamente agradecida.

Luego aquellas duras semanas pasaron y entonces pudimos comenzar a disfrutar de nuestra relación como nos merecíamos. Y pudimos por fin hablar, aclarando todas las cosas que habían quedado pendientes entre nosotros.

Lo hicimos una noche en la que Marc me había invitado a cenar en su casa. Había preparado un plato de pasta que sabía que me encantaba y después, con una copa de vino aún por terminar de beber, nos acomodamos en el sofá.

No tenía ni idea de qué había ocurrido en su vida desde que nos habíamos separado, porque, aunque sabía que había sufrido mucho, él no había querido hablar conmigo de ello. Decía que no lo haría hasta que yo no me encontrara más fuerte después de lo de mi abuela.

Pero esa noche me hallaba con el ánimo suficiente y le pregunté lo que quería saber.

—Marc, ¿qué pasó finalmente con Nerea?

No las tenía todas conmigo de que me quisiera hablar de ello aún.

Sin embargo, sí lo hizo.

Me miró con melancolía en los ojos, después suspiró y, a continuación, me relató todo el calvario que vivió.

—¡Por Dios, Marc! No... no me puedo imaginar todo lo que tuviste que sufrir —le dije, consternada, cogiéndole la mano cuando terminó de contármelo todo.

Me respondió con un intento de sonrisa a pesar de su tristeza.

—Por suerte todo eso ya pasó.

—Lo que no alcanzo a entender es por qué ella, al final, cambió de opinión.

Marc emitió otro suspiro.

—Estuvo yendo a un psicólogo que la ayudó mucho. Le hizo ver en qué se había convertido su vida y todos los errores que estaba cometiendo por culpa de lo que arrastraba de sus experiencias pasadas. Supongo que darse cuenta de todo ello fue lo que hizo que diera marcha atrás.

—¿Y tú cómo sabes lo de que estuvo acudiendo a ver a un psicólogo?

—Me lo comentó ella el último día del juicio, pero además... —carraspeó—... me lo volvió a decir cuando la vi después, en un par de ocasiones más.

—¡¿Qué?! ¿Por qué la volviste a ver? No lo entiendo.

Marc levantó ambas manos, pidiéndome con ese gesto que lo dejara hablar.

—Me llamó un día al cabo de dos meses. Yo ya me sentía más fuerte y ella me suplicó quedar para hablar. Decía que necesitaba pedirme perdón de nuevo y hacerme partícipe de los avances que había hecho.

—Y fuiste, claro —lo interpelé, un poco molesta, porque no llegaba a entender muy bien sus motivos.

Marc asintió.

—Acudí porque sabía que Nerea necesitaba pasar página y no lo haría hasta que no tuviera la certeza de que yo la había perdonado.

—¿Y lo has hecho?

—Sí —me respondió, mirándome fijamente—. Ella sólo fue una víctima de sus circunstancias.

—¡Pero casi te hunde la vida, Marc! —le solté al ver que se mostraba tan comprensivo con alguien que lo había tratado tan mal.

—Que la haya perdonado a ella no significa que haya olvidado lo que me hizo. Nerea no estará en mi vida nunca más, pero tampoco quiero negarle la oportunidad de que rehaga su vida y pueda ser feliz. No soy tan mala persona.

—Marc, ¿tú eres consciente de que cualquiera en tu lugar no sólo no la habría perdonado, sino que, además, lo más probable es que se hubiera vengado de ella por todo el daño?

—¿Y qué conseguiría yo con eso? Dime... —me pidió muy tranquilo.

—Pues... ¡yo qué sé! Desahogarte por lo menos.

—No siento esa necesidad. Entiendo las razones que llevaron a Nerea a comportarse como lo hizo y, aunque no estuvo bien, no puedo estar machacándola toda la vida por ello. —Marc me miraba con deseo de que lo comprendiera—. Abril, hablar con ella era algo que yo también necesitaba, porque así podría dejar atrás el rencor y continuar con mi vida.

Suspiré, porque en realidad Marc tenía razón, pero era muy raro encontrar a alguien con tanta serenidad y, sobre todo, con tanta comprensión como había mostrado él ante ese asunto.

—¿Y hablar con ella te ayudó finalmente como esperabas?

Sonrió.

—Nos ayudó a los dos —comenzó a explicarme—. Ella se disculpó por todo. Se había dado cuenta de hasta dónde había llegado y se sentía muy avergonzada y arrepentida. —Hizo una pausa, pero después continuó hablando—. Y, por mi parte, celebré esas disculpas que me ayudaron a no guardar más rencor dentro de mí.

—Y, la segunda vez que os visitéis, ¿por qué fue?

—Me la encontré por casualidad en una cafetería y acabó contándome que había rehecho su vida con otra persona y que estaba feliz porque ya le quedaba poco para dar a luz al hijo que esperaban. —Marc volvió a suspirar—. Eso es todo, Abril. Nerea no es mi amiga ni lo va a ser nunca, pero tampoco le voy a negar el saludo si me la encuentro por la calle. Espero que lo entiendas.

Su mirada me lo decía todo. De verdad necesitaba que comprendiera su postura y, aunque a mí al principio me costó hacerlo, luego entendí que, si él se sentía bien haciendo las cosas así, yo no era quién para pedirle que pensara de manera diferente.

Entonces lo besé.

Ésa fue mi manera de demostrarle que respetaba su decisión. Y es que una de las tantas cosas que me había enamorado de Marc era ciertamente la comprensión y el respeto que mostraba siempre hacia los demás, por lo que no podía echarle en cara que hiciera precisamente eso con su expareja.

—Oye, ya que estamos hablando de nuestras relaciones anteriores... —me comenzó a decir él entonces, cuando dejamos de besarnos—, podrías tú también contarme si finalmente llegaste a hablar con Fede.

—Sí, lo vi y tuve una conversación muy larga con él —le expliqué sin reparos—. Lo llamé un día para tomarnos un café y charlar y, aunque al principio se mostró muy reacio porque pensaba que era para montarle una bronca, al final accedió. Entonces hablamos de qué lo había llevado a suspender la boda. —Marc me miró con intriga, animándome a que se lo contara—. Resulta que conoció a otra, se enamoró de ella y ahí fue cuando se dio cuenta de que de mí no estaba enamorado.

—¿Y a ti cómo te sentó eso?

—A ver, mucha gracia no me hizo, la verdad. Es raro enterarte de algo así... pero es cierto que tampoco fue algo que me pillara muy de sorpresa.

—Y, entonces, ¿cómo habéis quedado?

—Pues muy bien, en realidad. Ahora somos muy buenos amigos. Él me conoce muchísimo, y eso hace que me pueda dar excelentes consejos.

—Ah, ¿sí?

—No te lo vas a creer, pero fue él quien me dijo que había actuado de una manera totalmente precipitada cuando le conté que había leído la nota de Nerea en el aeropuerto y me había largado

de allí sin pedirte explicaciones.

—Mira, sólo por eso ya me cae bien el tío.

Sonreí, porque recordaba haber pensado en aquel momento que acabarían siendo buenos amigos. De hecho, lo había invitado a la boda, a él y a su nueva pareja, con el beneplácito de Marc, por supuesto.

Ese último pensamiento me trajo de vuelta a la realidad y de repente fui consciente de que llevábamos demasiado tiempo subidas en el coche, a pesar de que le había pedido al chófer que diera sólo un par de vueltas antes de llegar a la iglesia.

—Mamá, ¿a dónde vamos? —le pregunté entonces, extrañada también porque estuviéramos saliendo de la ciudad.

—Hija... Marc quiere hablar contigo —me indicó entonces, ofreciéndome su móvil.

Yo había estado tan sumida en mis pensamientos que ni siquiera había oído la llamada.

La cara de Marc aparecía en pantalla. Me quedé paralizada.

No, no podía estar pasándome lo mismo otra vez. Era imposible... pero el caso es que ni siquiera estábamos yendo hacia la iglesia.

Miré a mi madre. Adiviné el nerviosismo en su rostro.

—Anda, cógelo —me insistió.

Qué cruel era la vida conmigo, que otra vez me ponía en la misma situación. Aunque en esa ocasión sería más dolorosa, más dura, más devastadora.

Había tenido incluso pesadillas con ello, pero las había rechazado por pensar que nada de eso podría volverme a ocurrir.

Sin embargo, estaba pasando. De nuevo, la pesadilla se tornaba realidad. Una cruel y amarga realidad.

Cogí el móvil con la mano completamente temblorosa y me lo acerqué a la oreja. El nudo en la garganta me impidió hablar con claridad y tan sólo conseguí emitir un trémulo sonido.

—¿Sí?

—Abril, quería explicarte que no estoy en la iglesia. —Me bloqueé y no pude decir nada. Todos mis miedos se confirmaban... una vez más—. Ahora mira a tu derecha, por favor —me pidió. Lo hice como una autómata, porque ya mi cerebro había dejado de pensar, seguramente como medida de defensa ante el dolor—. ¿Ves el castillo que hay? —Me preguntó entonces, pero no esperó a mi respuesta y continuó hablando—: En él hay una preciosa capilla adornada con millones de flores en la que te estoy esperando para que te cases conmigo. Porque te quiero como no he querido nunca a nadie, Abril. Porque quiero despertarme cada mañana y poder observar lo preciosa que eres. Porque quiero amarte cada noche como te mereces. Porque quiero pasar el resto de mi vida ofreciéndote lo mejor de mí.

Y rompí a llorar.

Porque aquel hombre me había preparado la boda de mis sueños sin que yo supiera nada. Había buscado un entorno idílico donde no sólo celebraríamos la ceremonia, sino también el

banquete, ya que lo del restaurante de sus familiares tan sólo había sido una excusa para que yo no me enterara de nada.

Y allí, tras un año y medio de relación, en aquel castillo, con aquella maravillosa campiña a su alrededor, nos dimos el «sí, quiero».

Y fue para siempre.

Abril y Bastian

—Oye, Marc, ¿tú sabes dónde pusimos mi álbum de fotos? —le pregunté alzando un poco la voz, para que pudiera oírme porque se encontraba en el jardín.

Nos habíamos mudado a esa casa unos seis meses después de habernos casado. Nada más volver de nuestra luna de miel, me había instalado con él en su piso, pero enseguida decidimos que queríamos comprar algo más grande donde poder criar con espacio suficiente a nuestros hijos. Porque, aunque en aquel momento aún no era nuestra intención tenerlos, sí que habíamos hablado de, en un futuro no muy lejano, acabar formando una familia.

—Lo puse en el despacho, creo que junto con los libros. Tiene que estar por ahí —me contestó.

Lo estaba buscando porque ese día venía a cenar toda la familia, tanto la suya como la mía. Y es que todavía no habíamos hecho una inauguración en condiciones de la casa y, con la llegada del buen tiempo, habíamos decidido preparar una barbacoa para todos en el jardín.

Y también teníamos algo que anunciarles.

No tardé en encontrar aquel álbum que tantas veces me había llevado a la residencia para mostrárselo a mi abuela con la intención de que no nos borrara de su memoria a mi madre, a mi hermana y a mí. Siempre pensé que, quizá, viendo nuestras fotografías antiguas, en las que aparecíamos con nuestra imagen tal cual la tendría ella guardada en su interior, le sería más difícil olvidarse de nosotras.

La echaba tantísimo de menos... Ella había sido un pilar fundamental en mi vida. La persona que me educaba estaba claro que era mi madre, pero la que escuchaba mis problemas y guiaba mis pasos siempre había sido mi abuela. Y, aunque ya no estuviera allí con nosotros, yo continuaba hablando con ella a diario. Porque sentía que seguía acompañándome en mi camino, igual que lo había hecho de niña. Tal vez fuera una tontería, cosa de locos o lo que yo quería pensar y por eso nunca se lo había contado a nadie, pero para mí ella siempre estaría conmigo.

No tardé en encontrar el álbum. Estaba situado en una estantería junto a una de mis novelas favoritas: *Una y mil veces que me tropiece contigo*, una preciosa historia romántica que me había acompañado en mi segunda, y realmente verdadera, luna de miel.

Cuando por fin bajé el álbum de aquella estantería, no pude evitar abrirlo y echarle un vistazo rápido. No obstante, tenía que darme prisa si quería llegar a tiempo con los preparativos antes de que aparecieran todos los invitados, así que lo cerré y me lo llevé al salón. Lo había buscado para usarlo en la sorpresa que les teníamos guardada.

—¿Lo has encontrado? —me preguntó Marc conforme entraba en la casa. Había estado fuera, preparando las ascuas para la barbacoa.

—Sí, ya lo tengo aquí. ¿Te encargas tú de pegar las ecografías en él?

—Por supuesto —me dijo, acercándose a mí muy zalamero.

Y no pude evitar besarlo. Hacerlo se había convertido en mi pasatiempo preferido.

Unos minutos más tarde, después de unos siete u ocho intentos de separarme de él, lo conseguí y me metí en la cocina para preparar los que iban a ser los aperitivos.

Cuando ya estaba prácticamente todo listo, empezaron a llegar nuestros invitados.

Mi madre, Ainara y su novio, con el que ya llevaba algo más de dos años, fueron los primeros en tocar el timbre; después lo hicieron mis suegros.

Los acomodamos a todos en la mesa que habíamos puesto bajo la pérgola que un amigo de Marc nos había instalado en el jardín.

Y todo fue genial. La comida resultó muy distendida y, como les habíamos puesto la excusa de inaugurar la casa y estrenar el mobiliario del jardín, nadie intuyó nada.

Pero, cuando en los postres saqué el álbum, mi madre comenzó a sospechar algo.

—¿En serio quieres que veamos las fotos de cuando eras pequeña? Si nunca has querido enseñárselas a nadie porque siempre te ha avergonzado tu aspecto de pequeña —me dijo, mirándome con extrañeza.

Era verdad. Ese álbum sólo se lo había enseñado de motu proprio a mi abuela. El resto de las veces que lo había visto alguien había sido en contra de mi voluntad. Porque, aunque a mí no me hiciera ninguna gracia, mi madre parecía disfrutar mostrándoles a sus amigas las fotografías de sus hijas.

Y es que era completamente cierto que muy agraciada no salía en ellas. Entre las coletas que me hacía estilo Pipi Calzaslargas, el aparato que tuve que llevar un montón de años en los dientes, las pecas de mi cara y lo rechoncha que estaba, parecía una muñeca repollo de esas que tanto estaban de moda.

Pero esa vez no me iba a importar que lo vieran, porque había un motivo para ello..., uno que estábamos deseando desvelar.

Y es que, a Marc, el embarazo le había hecho una ilusión tremenda, tanta que la misma tarde en la que le había dado la noticia me había hecho ir a un centro comercial a ver ya cosas para el bebé.

A mí eso me había dado un poco de miedo, porque conocía los riesgos de los primeros meses, pero tenía tal brillo en los ojos y tal sonrisa en la cara que no pude negarme.

Sin embargo, en ese momento ya no tenía ese temor. Había superado ya el tercer mes de embarazo y el peligro había disminuido considerablemente, así que ya me encontraba preparada para dar la noticia.

—Mamá, a lo mejor quieres ser tú la primera en verlo —le dije con los ojos ya vidriosos por la emoción.

Me miró totalmente extrañada y con cierta intriga, así que lo cogió y comenzó a mirarlo con premura. Cuando llegó a la última página, no dijo nada. Simplemente las lágrimas inundaron sus ojos.

Me abracé a ella y comenzamos a llorar de la emoción.

A esas alturas todos intuían ya lo que ocurría, pero, aun así, Marc quiso también que sus padres recibieran la noticia de la misma forma. Él había pegado las ecografías en su álbum de niño y, con una gran emoción en los ojos, se lo entregó a sus padres.

Ellos, obviamente, se fueron directos al final del álbum.

—Es la primera foto de vuestros nietos —les anunció.

Ninguno fue consciente de lo que había dicho Marc, excepto el novio de Ainara, que no se había dejado llevar tanto por la emoción del momento y había atendido perfectamente a las palabras de Marc.

—Perdona, cuñado, ¿has dicho vuestros nietos? —le preguntó poniendo el énfasis en las eses finales.

Se hizo un silencio absoluto y todos lo miraron con los ojos como platos.

—Eso he dicho.

A continuación, las miradas se dirigieron hacia mí y yo no pude evitar llevarme las manos a la barriga y sonreír como una tonta.

Marc se me acercó por detrás y me abrazó, posando sus manos encima de las mías. Después apoyó su barbilla sobre mi hombro y soltó la bomba.

—Vamos a tener mellizos.

—Un niño y una niña, a los que, por supuesto, llamaremos Bastian y Guadalupe —terminé apuntando yo.

Las caras pasaron del desconcierto más absoluto a la emoción más inmensa y, después, a un completo júbilo. Y de nuevo no pude contener mi emoción. Acabé abrazando a todo el mundo, al tiempo que lloraba de auténtica felicidad.

Cuando se fueron todos y nos quedamos a solas Marc y yo, también lloré. Porque me dio pena que mi abuela no hubiera podido llegar a conocer cómo había acabado siendo de feliz y plena mi vida después de las vueltas que había dado ésta y del destino tan inesperado con el que me había tropezado. Un destino que me había llevado a hacer ese viaje en el que había conocido al verdadero amor de mi vida, y en el que también había descubierto al que había sido el suyo.

—¿Estás bien? —me preguntó Marc al ver mi emoción.

—Sí —le contesté—. Deben de ser las hormonas, que me tienen muy sensible.

—¿Y puedo hacer yo algo por apaciguar esas hormonas? —me preguntó, comenzando a darme besos por toda la cara.

Aquello me encantaba y él lo sabía. Me encantaba que empezara a besarme aquí y allá, a acariciarme también aquí y allá, y que después, aquello que había comenzado con unas inocentes muestras de cariño, acabara con otras menos inocentes y mucho más placenteras.

Así que me dejé hacer y, tal y como me había prometido el día de nuestra boda, me amó como nos merecíamos. Y volví a llorar.

A la mañana siguiente me desperté con la satisfacción de tener cumplidos con creces mis sueños. Tenía a mi lado al hombre más maravilloso que pudiera imaginar y una bonita casa donde criar a los hijos que venían de camino.

Así que, con una sonrisa en la cara derivada de la placidez que sentía, me levanté y me fui a preparar el desayuno.

Dirigiéndome a la cocina pasé por delante del despacho y me llamó la atención un sobre que había encima de la mesa. Pensé que seguramente era el que nos habían dado en la consulta del ginecólogo con las ecografías y me acerqué para cogerlo y meterlas de nuevo allí.

Pero el sobre contenía algo, a juzgar por el tacto duro que se apreciaba en él.

Lo abrí y saqué una foto en blanco y negro de un hombre mayor.

Enseguida reconocí a ese hombre, a pesar del tiempo que había pasado desde que lo había visto por primera y última vez.

Lo que no entendía era por qué Marc tenía una foto de él en el despacho.

Volví al dormitorio y me tumbé a su lado.

—Cielo...

—¿Qué?

—¿Puedes abrir los ojos un momento?

—¿Tengo otra opción?

—No.

—Vale —me contestó finalmente, con pereza—, ¿qué quieres?

—Saber quién es este hombre —le dije, mostrándole la foto que había encontrado sobre su escritorio.

—Ya sabes quién es —me contestó, como si yo realmente debiera saberlo.

—No, no lo sé. Y me quieres explicar, por favor, ¿por qué tienes esta foto?

—Pero ¿cómo no la voy a tener? —me dijo, desconcertado.

—Pero ¿tú sabes quién es? —le pregunté, ya exasperada.

—Pues claro. —Hizo una pausa para coger aire—. Abril, me estás empezando a preocupar. ¿Se puede saber qué demonios te pasa esta mañana? Además, estás muy pálida.

—Pues me pasa que no entiendo cómo es que la foto de este hombre, que es el anciano que en la puerta de la agencia de viajes provocó que yo cambiara de idea y que finalmente viajara a México, está metida dentro de un sobre que está encima de la mesa de tu despacho.

Marc se quedó muy callado. También pareció palidecer.

—Abril, ¿tú estás segura de que éste es ese mismo anciano? —me preguntó con cierto temor a lo que le pudiera contestar—. Es posible que no recuerdes bien a aquel hombre. Eso fue hace mucho tiempo.

—Marc, estoy completamente segura —afirmé, intentando tranquilizarme—. Recuerdo

perfectamente la cara de aquel anciano, pero es que, además, recuerdo con absoluta seguridad el curioso lunar que tenía junto a una antigua cicatriz en lo alto de su pómulo izquierdo, igual que lo tiene éste —añadí, señalando la foto.

Tenía grabados en mi memoria esos dos detalles y el hombre de la imagen los tenía exactamente igual.

—Pero, Abril, tú ya sabes quién es este hombre —me dijo dando por hecho de nuevo que yo debía saberlo—. Has tenido que ver alguna otra imagen de él en alguna ocasión.

—Ésta es la primera fotografía que veo de esta persona. ¿Me puedes decir ya de una vez de quién se trata? —le exigí, porque estaba comenzando a alterarme bastante.

—Abril, este hombre de la imagen es Bastian, mi abuelo.

Lupe y Dani

—Mamá, ¿dónde está mi bikini blanco? —me preguntó con un grito Lupe desde su habitación.

—No lo sé. No recuerdo haberlo visto desde el verano pasado.

Era mi hija, pero aun así debía reconocer que era un auténtico desastre con sus cosas. Era muy desordenada. Todo lo contrario que Bastian, su hermano, al cual le encantaba el orden absoluto. Eran el día y la noche para eso y para un millón de cosas más.

Sin embargo, siempre se habían llevado muy bien. De hecho, salían juntos de fiesta, compartían amistades, confidencias y también se cubrían muy bien las espaldas el uno al otro frente a nosotros. Eso último a mí no me hacía mucha gracia, pues de niños nunca habíamos podido castigarlos por las cosas que hacían mal, ya que siempre se estaban protegiendo entre ellos. Pero también era verdad que me gustaba mucho su relación y la complicidad que tenían.

—¿Has mirado en tu bolsa de la playa? —le gritó Bastian desde su habitación.

—¡No se me había ocurrido! —Oí que salía corriendo de su cuarto y se dirigía hacia el armario empotrado de la entrada, donde guardábamos todas las cosas de la playa—. ¡Bastian, eres la leche, está aquí!

Estaban preparándose la maleta porque se iban de viaje de fin de carrera. Ese año ambos acababan el grado de arquitectura y habían decidido, junto con el resto de los compañeros de clase y alentados por el profesor que todos los años organizaba el viaje, ir a Riviera Maya.

Aquella casualidad me encantó..., así podrían descubrir el lugar donde, tanto sus abuelos como sus padres, se habían conocido.

—Hija, no me puedo creer que todavía no hayas terminado de hacer la maleta —le dije, preocupada por lo desastre que era para todas esas cosas.

—Pues en media hora salimos hacia el aeropuerto. Ya puedes correr —la amenazó su padre para que se pusiera las pilas.

—¿En media hora? —pregunté, confusa.

—Lupe me acaba de decir que, antes de ir al aeropuerto, tenemos que pasar a recoger a su amiga Daniela porque sus padres no la pueden llevar, así que tenemos que salir un poco antes —me informó Marc.

—Yo ya lo tengo todo listo —nos anunció Bastian—. Voy a ayudar a Lupe. No quiero perder ese vuelo —soltó, resignado.

Ambos eran un reflejo nuestro. Bastian era como su padre: ordenado, respetuoso con los demás, comprensivo, sensible. Y Lupe era todo lo contrario: desordenada, despreocupada. En

definitiva, un completo torbellino.

Pero ambos eran muy buenas personas y nos sentíamos muy orgullosos de ellos. Sabíamos que lo habíamos hecho bastante bien. Obviamente, que su padre fuera psicólogo también había ayudado en muchas ocasiones.

—¡Ya estamos! —gritó Lupe, casi cuarenta y cinco minutos después.

Su padre resopló. No le gustaba ir con prisas y tendría que correr si queríamos estar a la hora que nos habían indicado en el aeropuerto.

—Que no se te olvide pasar a recoger a Dani, papá —le dijo Lupe a su padre una vez subidos en el coche.

—¿Quién es Dani? —pregunté, curiosa.

—Daniela, mamá —me explicó Bastian.

—¿Y por qué la llamas Dani? Eso es nombre de chico.

—La llamo así porque a ella le gusta y quiere que la llamemos de esa manera.

—Pues no entiendo qué tiene de bonito que te llamen con un nombre masculino.

—Ay, mamá. ¡No seas antigua! Hoy en día muchos nombres son unisex —me replicó finalmente mi hija, haciendo que me callara. Se me hacía un poco cuesta arriba ser consciente de que ya no era lo joven que en realidad me sentía.

Quince minutos más tarde, llegábamos a casa de Daniela.

Para tranquilidad de Marc, ya estaba preparada y esperándonos en la puerta. Un retraso más y le hubiera dado algo.

—Buenos días —dijo muy sonriente nada más entrar en el coche mientras Marc se peleaba con todo el equipaje para acomodarlo bien en el maletero.

—Bueno días, Daniela —le contesté con todo el retintín ante el bufido de exasperación de Lupe y la puesta de ojos en blanco de Bastian. A veces me gustaba ser un poco quisquillosa. Era una pena que, teniendo un nombre tan bonito, no quisiera usarlo.

El resto del trayecto fueron hablando de sus cosas y, sinceramente, se me hizo muy corto.

Prácticamente a la hora programada nos encontrábamos en el aeropuerto buscando su grupo. Enseguida vieron a sus compañeros y nos dirigimos hacia ellos.

Cuando llegamos a donde se encontraban, nos llevamos una tremenda sorpresa Marc y yo.

Y es que Yon se encontraba allí.

Sinceramente, yo no me había acordado en ningún momento de que él era profesor en la escuela de arquitectura y ni siquiera fui consciente hasta ese instante de que les había dado a mis hijos dos asignaturas.

Él también se quedó muy sorprendido al vernos a los dos allí y, sobre todo, al enterarse de que éramos los padres de Bastian y Lupe.

No obstante, tras una cordial charla en la que nos comentó, entre otras cosas, que finalmente se había acabado casando con Andrea para separarse de ella tan sólo medio año después, nos despedimos de todos y vimos cómo partían rumbo a México.

Unas quince horas más tarde, tal y como le había pedido a Lupe que hiciera en cuanto llegaran y se acomodaran en el hotel, me hizo una videollamada desde la habitación.

—¡Hola, hija! ¿Qué tal el vuelo?

—Pues el viaje muy bien, mamá, y el hotel es una pasada. El complejo este es enorme.

—Y la habitación, por lo que veo, también es muy bo... —Me callé de golpe porque me pareció haber visto salir a un chico medio desnudo de lo que intuía sería el cuarto de baño—. Oye, Lupe, ¿tú no me dijiste que habíais pedido que os pusieran en la misma habitación a Daniela y a ti?

—Ajá... —me confirmó con ese simple sonido mientras se le salían los ojos de las órbitas porque, obviamente, ella también había visto en la pantalla al chico medio en pelotas pasando por detrás de ella.

—¿Y tienes algo que contarnos? —le preguntó su padre, un poco tenso.

No nos había hablado nunca de que tuviera novio o ni siquiera un amigo especial.

—¡Ay, si es que se ha liado muy gorda, papá! —comenzó a decirnos, lloriqueando—. Resulta que cuando hemos llegado a la habitación ya había un chico aquí dentro. El hotel ha debido de confundirlos a Daniela y a él por el nombre...

—¿Por el nombre? —quise saber, porque me había llamado la atención que hubiera usado, esta vez, el nombre de Daniela al completo.

—Sí, es que el chico que hay aquí se llama Dani Sánchez García y...

—¡Hola! Encantado —nos soltó aquel muchacho tras asomarse, ya vestido completamente, a la pantalla del móvil.

—Perdona, estoy hablando con mis padres —le soltó Lupe antes de que nosotros pudiéramos siquiera reaccionar—. Pues lo que os decía, que da la casualidad de que sus apellidos son los mismos que los de Daniela.

—Ya, y como ella tiene esa manía de que la llamen Dani, seguro que le dio ese nombre a la agencia de viajes y de ahí la confusión.

—Supongo. Está ahora mismo en la recepción, a ver si se lo solucionan.

A su padre y a mí nos dio la risa. No lo pudimos evitar. Nos sonaba bastante aquella situación.

—No sé de qué os reís. Esto es un completo desastre.

—Hija... —comenzó a decirle su padre—, las cosas no son como empiezan, sino como acaban. Créeme lo que te digo.

Y, casi tres años después, celebrábamos dos bodas. Las nuestras de plata, por nuestro vigésimo quinto aniversario de casados, y la de Lupe con Dani, el chico que conoció en aquel destino y de la manera más inesperada.

Agradecimientos

Quiero empezar por esas personas a las que de vez en cuando tengo que acudir para pedirles información sobre los aspectos técnicos de algún deporte. David, María del Mar y José, muchas gracias por vuestras detalladas explicaciones.

También quiero mencionar a una nueva y, al mismo tiempo, vieja amiga, por su interés, su ánimo y su apoyo, pero sobre todo por la alegría y el positivismo que transmite. Gracias, Eva.

Por otro lado está Laura, una de mis lectoras cero. Gracias por dejar tus cosas aparcadas para dedicarte a leer mis novelas y ayudarme con la corrección de éstas. Eres un cielo.

Y, por último, estáis todas las personas que habéis decidido aventuraros a leer esta historia. Es un placer saber que le habéis dedicado parte de vuestro tiempo y espero no haberos defraudado. A vosotras, y también a todas las que os animéis a comentar qué os ha parecido la novela en las redes sociales, muchísimas gracias.

Biografía



Me llamo Carolina Bernal Andrés, soy psicóloga y ocupo mi tiempo trabajando con niños que se encuentran dentro del espectro autista. Sin embargo, desde pequeña siempre tuve la ilusión de poder escribir historias que hicieran disfrutar a la gente y que por un rato les hicieran olvidarse de los problemas de esta vida loca que llevamos. Por eso un día me aventuré a perseguir ese sueño y decidí plasmar en mis libros historias a veces románticas, a veces divertidas, a veces apasionadas, pero sobre todo, historias con ese algo más que hacen que quieras seguir leyendo y que vuelvas a sentirte viva mientras las lees.

Encontrarás más información sobre mí en: https://m.facebook.com/CarolB.A.Escritora/?notif_t=fbpage_fan_invite&notif_id=1509037738958089&ref=m_notif

Un destino completamente inesperado
Carol B. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Carol B. A, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición (epub): septiembre de 2020

ISBN: 978-84-08-23330-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!